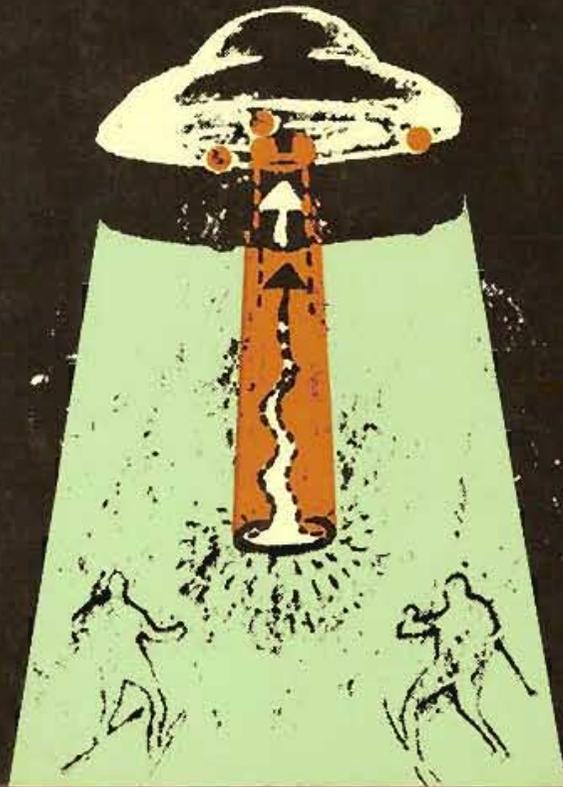


Antonio Ribera

Miles de seres humanos se han encontrado con "ellos" en todos los lugares del mundo...

Encuentros con humanoides

Planeta



El catálogo mundial de aterrizajes de ovnis consta de unos 3 500 casos, la "punta del iceberg" tan sólo, según señalan destacados investigadores. Y entre estos casos de aterrizaje hay muchos "encuentros cercanos del tercer tipo" (no en la tercera fase) en que el ovni posado en el suelo está acompañado de "ocupantes". Por lo común estos "ocupantes" o "tripulantes" tienen una apariencia humanoide. Estadísticamente, los más numerosos son los pequeños humanoides macrocéfalos, pero hay casos bien documentados de ocupantes "humanos", y algunos en que los seres vistos por los testigos eran gigantes de dos metros y más.

¿Qué se oculta tras esa fantasmagoría? ¿Quiénes —o "qué"— son "ellos"? ¿Por qué vienen a nuestro mundo? ¿Por qué tantas personas dignas de crédito, que *no creían en los ovnis*, y entre las que están representadas prácticamente todas las profesiones, han visto a estos seres recogiendo muestras de vegetación y de tierra, sacando agua de lagos y embalses, "flotando" en el aire para regresar a sus naves o realizando otras actividades que nos resultan absurdas e incomprensibles? ¿Son "buenos" o son "malos", caso de existir realmente? ¿Qué pretenden?

Estas y otras preguntas se contestan —o tratan de contestarse— en este libro que a su rigor expositivo une la amenidad que es norma en todas las obras de Antonio Ribera, investigador entregado desde hace muchos años al estudio del "problema número uno de la ciencia contemporánea", como lo denominó el malogrado profesor James E. McDonald. Pero este libro es sobre todo un serio intento por "concienciar" al público de la realidad de unos hechos que no pueden seguir ocultándose por más tiempo.

Colección Documento

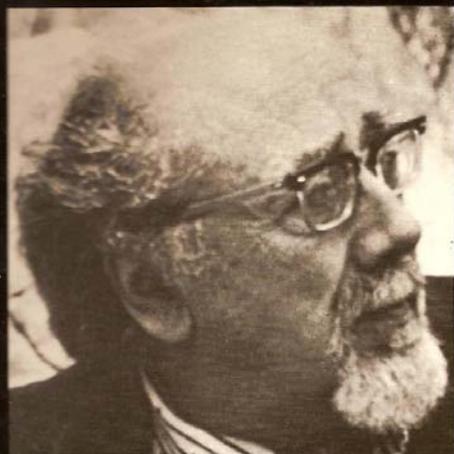


Foto Frantz Crébely

Antonio Ribera y Jordá nació en Barcelona (Gracia) el 15 de enero de 1920. Su padre era Ignacio de L. Ribera-Rovira, escritor, periodista y eminente lusófilo. Su infancia transcurrió rodeada de libros en la vieja masía de "Can Mestres", al pie del Tibidabo. Cursó estudios en el Instituto Técnico Eulalia, el Instituto-Escuela Ausiàs March y la Universidad de Barcelona (Facultad de Filosofía y Letras). Sus estudios superiores, empero, se vieron truncados por la guerra civil y la muerte de su padre, en 1942. Tras una dura posguerra, en que tuvo que ejercer múltiples ocupaciones para subsistir, se dedicó profesionalmente a la traducción, vertiendo al castellano cerca de trescientos títulos, principalmente del inglés. En 1953 se interesó por el mundo submarino, siendo cofundador del Centro de Recuperación e Investigaciones Submarinas (CRIS) de Barcelona, entidad decana en su género en la Península. En 1958, con otros tres estudiosos barceloneses, fundó el Centro de Estudios Interplanetarios (CEI), decana también en el campo de la Ufología, y del que es presidente de honor. Tres años después (1961) apareció su primera obra

sobre este tema: *Objetos desconocidos en el cielo*. Su producción literaria, en castellano y catalán, era ya muy abundante, y en pocos años publicó varias obras más sobre el fenómeno OVNI que le convirtieron en el número uno indiscutible en lengua hispana: *El gran enigma de los platillos volantes* (su obra fundamental, traducida a varios idiomas), *Un caso perfecto* (con Rafael Farriols), *¿De veras los OVNIS nos vigilan?*, *OVNIS en Iberoamérica y España*, *Proceso a los OVNIS*, *Platillos volantes ante la cámara*, *Secuestrados por extraterrestres*, etc. Es un conferenciante ameno y documentado que domina seis idiomas, y en diciembre de 1979 fue invitado especialmente ante el Grupo de Estudio OVNI (UFO Study Group) de la Cámara de los Lores de Inglaterra, siendo el primer conferenciante no anglosajón que disertó ante este grupo selecto de lores. Ha recibido innumerables premios y distinciones, y es socio de honor de diversas entidades científicas nacionales y extranjeras. Tiene tres hijos y seis nietos, y actualmente reside en un pueblo próximo a Barcelona.

Editorial Planeta
Córcega, 273-277, Barcelona-8

COLECCIÓN DOCUMENTO

Dirección: Rafael Borràs Betriu
Consejo de Redacción: María Teresa Arbó,
Marcel Plans, Carlos Pujol y Xavier Vilaró

© Antonio Ribera, 1982
Editorial Planeta, S. A., Córcega, 273-277,
Barcelona-8 (España)

Edición al cuidado de Xavier Vilaró
Diseño colección y cubierta de Hans
Romberg (realización de Jordi Royo)
Ilustración cubierta: reconstrucción del
encuentro de Viljo y Heinonen cerca de
Imjärvi, según el GICOFF de Göteborg
(dibujo publicado en la revista «FSR»,
núm. 5, 1970)

Procedencia de las ilustraciones: Autor

Primera edición: setiembre de 1982
Depósito legal: B. 26580 - 1982
ISBN 84-320-3638-2
Printed in Spain - Impreso en España
Talleres Gráficos «Duplex, S. A.»,
Ciudad de la Asunción, 26-D, Barcelona-30

Índice

<i>Notas preliminares importantes</i>	11
Introducción	15
LOS ENCUENTROS	21
1. Humanoides de la «belle époque»	23
Empieza el siglo xx, 25; Un buen susto para mister Sithbridge, 27; Una reunión de humanoides, 28; Varios casos mundiales, 31; De Vallée a Méheust: curiosas com- probaciones, 32; Donde se hace un inciso para hablar de agnóptenos, 34.	
2. El ovni «milagroso» (I)	37
¿Qué pasó en Fátima? Examen de los hechos bajo un prisma ufológico, 37; Seis «observaciones», 40; El «mila- gro del Sol», 45.	
3. El ovni «milagroso» (II)	49
El humanoide de Imjärvi, 49; El informe Fredrikson, 52; Hechos corroborativos, 58; Diez años después, 58; Aarno Heinonen: ¿un predestinado?, 60; Segundo encuentro con la entidad, 62; La nave, 64.	
4. De la Mancha al Guaporé	67
El «hombrecillo» de la Mancha, 67; Encuentro en el frente de Guadalajara, 70; Vámonos al Brasil, 71; El caso de Guaporé, 75; El ovni de Lago Argentino, 79; Ovnis «Made in Germany», 80.	
5. Las oleadas de 1950 y 1954	83
La oleada de 1950, 83; La oleada francesa de 1954, 88; El caso de Marius Dewilde, revisitado, 90.	
6. Extrañas compañías	97
Encuentro nocturno en Le Vézenay, 97; Conclusiones, 100; Los «Humanoides Asociados» de Lagoa Negra, 101;	

Aparecen los humanoides, 102; Lo que no se dijo sobre el caso de Julio F., 106; Encuentro en Río Piedras, 107; El testimonio del señor Rivera (no es broma), 111; Mis comentarios, 113; El increíble caso del señor Freddy Miller, 117; El inesperado encuentro del señor Virgilio Gómez Contreras, 119; Descripción del ser, 123; Las predicciones, 124; La perrita «profética», 126.

7. ¿«Buenos» o «malos»? (I)	129
Un rayo de luz verde, 132; Inácio es llevado a Goiânia para examen médico, 135; Muerte de Inácio, 136; ¿Y si hablásemos también de João Prestes Filho?, 136; Un intento de interpretación, 141; Recordemos el caso del doctor X, 143; El ovni de los Monegros, 145; Los triángulos, 146.	
8. ¿«Buenos» o «malos»? (II)	147
El alucinante asedio de Cisco Grove, 147; Explicaciones oficiales, 155; Esta vez no era el general Custer, sino... 158; Un humanoide al volante, 159; Los humanoides «juguetones», 162; Comentarios del equipo de consultores del NICAP, 164; ¿Quién ataca a quién?, 165; El ataque frustrado de Olavarría, 166; Villa Carlos Paz: preludio a Olavarría, 170; Reconocimiento médico, 172; Más y más casos, 175.	
9. Mis humanoides favoritos	177
Los «diablillos voladores» de Cussac, 180; Los hechos, 182; Detalles sobre la esfera y los seres, 183; Intento de «explicación», 185; ¿Qué buscan en el patio de mi casa?, 188; Más humanoides voladores, 189; Humanoide volador en Suecia, 192; Y en los Estados Unidos, 193; Humanoide «volador» en Puerto Rico, 194; Apariencia del humanoide, 196; Más detalles, 198; «Pero había alguien más con nosotros en la montaña», 201; Descripción de los seres, 206.	
Epílogo	209
Obras consultadas	215
<i>Índice onomástico</i>	221
<i>Índice toponímico</i>	227

A Vicente-Juan Ballester Olmos,
en justa correspondencia

En realidad, a veces resulta más importante considerar adecuadamente lo que la ciencia no sabe o se ve incapaz de explicar, que aquello que se ufana de conocer... Con frecuencia, la ciencia ha pecado por no querer llamar la atención hacia las cosas que ignoraba, o incluso por hablar demasiado cuando mejor hubiera sido que guardase silencio.

H. E. L. MELLERSH, *The Story of Life*

...la encontró el ángel de Yahvé junto a la fuente que hay en el desierto, camino de Sur...

Génesis, 16, 7

El ángel de Yahvé se le apareció en una llama de fuego, en medio de una zarza... que ardía sin consumirse.

Exodo, 3, 2

NOTAS PRELIMINARES IMPORTANTES

1

Esta obra no es un libro de ciencia-ficción. Ni de ciencia-ficción, ni de ningún tipo de ficción en general. Recopila hechos reales, entendiéndolos por tales cosas que, al parecer, suceden actualmente en nuestro mundo y son protagonizadas por semejantes nuestros.

Así quiero hacerlo constar al principio, pues más de una vez alguna de mis obras ha sido tildada de ciencia-ficción por críticos presurosos que, generalmente, no han leído más que la solapa del libro. Me estoy refiriendo, naturalmente, a aquellas de mis obras que tratan del fenómeno OVNI en sus distintas manifestaciones; no a ninguna de mis cinco novelas de ficción científica, publicadas hace más de veinte años. La realidad del fenómeno OVNI me parece más fascinante que cualquier fantasía; por ello dejé de cultivar aquel género literario.

Y lo que digo en esta nota no es un recurso estilístico para dar más gancho a la obra, sino que es la pura verdad. Por otra parte, yo no he inventado nada: casi siempre me he basado en casos publicados en revistas especializadas y en publicaciones que tratan de estos fenómenos.

Y así lo digo, para que conste.

2

La casuística que tengo a mi disposición para redactar este libro de encuentros con humanoides es enorme, inmensa. Miles de seres humanos se han encontrado con «ellos». Sin embargo, para la gente, una de las cosas más importantes que siguen sucediendo en este mundo son los mundiales de fútbol y otros eventos similares. Que centenares, que miles de semejantes nuestros se hayan encontrado con unos seres que no son de este planeta, no parece impresionarlos demasiado. ¿Por qué? En primer lugar, por razones de falta de credibilidad. «¡Esto no puede ser!», es lo que murmuran muchos para sus adentros. Luego, la idea resulta demasiado turbadora, demasiado inquietante, y se prefiere relegarla al subconsciente, a esa especie de desván psicológico donde conviven los terrores ancestrales ante el dragón con el temor a lo desconocido, a la noche y a los fantasmas.

3

Las citas bíblicas que encabezan este volumen no significan una toma de posición previa ante el fenómeno «humanoide». En absoluto hay que verlas como una posible identificación del mismo, ni tampoco habría que suponer tal identificación si las citas se refiriesen a espíritus, demonios, gnomos, trolls o farfadets (sin olvidar los follets del folklore catalán), que, con otros personajes fantásticos, acompañaron mi niñez.

Simplemente, se proponen evocar la intrusión de lo maravilloso, bajo forma más o menos humana, en la vida cotidiana del hombre. Es natural que en sociedades antiguas, donde lo mágico tenía carta de naturaleza, tal intrusión tuviese una interpretación «religiosa». En este libro, los humanoides no son más que... humanoides, y valga la pe-rogrullada. Parodiando a Tono —creo que fue Tono quien lo dijo—, podríamos afirmar que los seres antropomorfos, protagonistas de los encuentros que componen la materia de este libro, no son «buenos ni malos, sino todo lo contrario».

12

Mi libro no es un pasaporte para Magonia. En realidad no es un pasaporte para ninguna parte. Si a alguna nos lleva, es a la comprobación de que, bajo la historia que creen recoger los periódicos y vivir los políticos —¡desdichados!—, subyace otra historia, que quizás, andando el tiempo, será la que aprenderán nuestros biznietos. Es posible —así lo creo— que en el año 2082 se recuerde el encuentro de Valensole —y se le dé su significado auténtico, que hoy aún desconocemos—, pero se haya olvidado ya totalmente el abrazo de Vergara y otros abrazos posteriores.

Porque —lo sospecho vivamente— la verdadera historia es la que estamos escribiendo quienes nos ocupamos de estos «temas», tan mal mirados por el establishment de hoy y de siempre: los ovnis, la parapsicología, los encuentros con humanoides...

La verdadera historia del tiempo de Augusto no se encuentra en Tácito, en Tito Livio ni en Suetonio, sino en cuatro pequeños libros escritos por unos llamados Mateo, Marcos, Lucas y Juan..., unos ilustres desconocidos para sus contemporáneos y para la orgullosa Roma.

Mutatis mutandis, esto también puede ser válido aquí y ahora...

13

INTRODUCCIÓN

Durante años, los investigadores «serios» del fenómeno ovni no querían ni oír hablar de «aterrizajes» de los presuntos objetos volantes no identificados, y mucho menos de aterrizajes asociados con la presencia de «ocupantes» o «humanoides». El ovni no era más que eso: un objeto «volante» no identificado. Y punto. Compilaciones tan rigurosas y excelentes como lo fueron en su día *The UFO Evidence* (1967) del NICAP, eliminaban cuidadosamente de la casuística presentada la menor alusión, ni que fuera indirecta, a posibles «tripulantes» de los ovnis. Y ello a pesar de que, en 1954, el fenómeno «humanoide» ya había hecho su irrupción masiva en el campo de la ufología, como más adelante veremos.

Pero una lógica elemental nos dice que si el ovni es una supermáquina o una navecilla de exploración (todo apunta hacia la posibilidad de que así sea), entonces, junto a tipos «teledirigidos» de ovni, puede haber tipos «tripulados» por seres vivientes, o por robots biológicos, si se quiere.

Pongamos un ejemplo, burdo, pero en el fondo válido. Un avión reactor visto en el cielo, a gran altura, aparece como una agujita plateada. Cuando este mismo reactor aterriza en un aeropuerto, se convierte en un aparato gigantesco, provisto de docenas de ventanillas. Pero luego, de él descienden unos seres vivientes, cuya presencia no se sospechaba cuando el objeto aún estaba en el cielo. Algo parecido puede estar ocurriendo con los ovnis. Según la clasificación propuesta por el doctor J. Allen Hynek, que

durante más de veinte años fue consultor en la cuestión ovni para la Aviación norteamericana, tenemos en primer lugar al «disco diurno», luego la «luz nocturna». Con un criterio muy sensato, Hynek dice que ambos fenómenos pueden ser uno solo, dependiendo de las circunstancias en que se realiza la observación. Luego vienen los tres tipos de «encuentro cercano»: *Close Encounter of the First Kind*, o CE I (Encuentro Cercano del Primer Tipo), no «en la primera, segunda o tercera fase», como se escribe equivocadamente por ahí: *fase* presupone una *intencionalidad*, ausente en esta clasificación, puramente metodológica. El CE I es un ovni visto a un centenar de metros del testigo, en el aire. Después viene el CE II (*Close Encounter of the Second Kind*), en que el ovni ejerce una acción física sobre el entorno o en los testigos (huellas en el suelo, paralización, etcétera) y, por último, llegamos al famoso CE III (*Close Encounter of the Third Kind*), los encuentros cercanos del tercer tipo (no en la tercera fase, repito). En el CE III están ya presentes «ocupantes», junto al objeto posado en el suelo.

Es evidente —al menos para mí— que existe una gran unidad interna y una absoluta coherencia entre los cinco tipos citados. Cuando el «disco diurno» (que de noche es una «luz nocturna») se acerca al suelo o aterriza, da o puede dar lugar a los tres tipos de Encuentro Cercano reseñados. Y es más que natural que uno de ellos (el tercero) consista en la salida al exterior de los ocupantes del ovni = nave de observación, para investigar, recoger muestras de flora y/o fauna, e incluso para efectuar una maniobra de «abducción» (véase mi libro al respecto) de seres humanos o animales. Para algunos investigadores, esto constituiría ya un CE IV, o Encuentro Cercano del «cuarto» tipo...

Pese a la presencia esporádica de humanoides en casos de los años cuarenta e incluso antes, tal vez hizo falta que ocurriese la oleada francesa de 1954, servida en bandeja a un país densamente poblado y altamente civilizado de la Europa occidental, para que los ufólogos más recalcitrantes aceptasen, aunque fuese a regañadientes, el fenómeno «aterrizaje», primero, y la presencia en dichos casos de «ocupantes» y «humanoides», después. A esta aceptación contribuyeron, ni que decir tiene, los excelentes estudios realizados en Francia por Aimé Michel y Jacques Vallée

(este último con su análisis por ordenador de doscientos casos de aterrizaje franceses, en 1954), y en España por nuestro Vicente-Juan Ballester Olmos, de Valencia, que efectuó un estudio similar al de Vallée sobre el mismo número de aterrizajes ibéricos.

Después de estos magníficos estudios —que hoy son ya clásicos— no se podía seguir negando por más tiempo la evidencia representada por este aspecto, importantísimo, del fenómeno ovni.

En efecto, tan importante que, en mi opinión, la solución del enigma únicamente nos vendrá a través del estudio en profundidad (estadístico, comparativo, tipológico, etc.) de los miles de casos de aterrizaje y de los cientos de casos de abducción. En estos casos, el fenómeno ovni se nos hace más tangible, se pone a nuestro alcance; desciende del cielo, donde no era más que un punto o una lucecita, para convertirse en una «máquina» y en unos «seres» que pueden estudiarse y compararse a través de las declaraciones de los testigos.

El catálogo mundial de aterrizajes, en efecto, está compuesto actualmente por unos 3 500 casos (cifra obtenida sumando los catálogos «Magonia», de Vallée, el «UFOcat», de Saunders, los de Vallée-Ballester Olmos, etc.), aunque esta cifra, en opinión del mismo Vallée, es muy conservadora y habría que multiplicarla sin duda por un factor de 15..., lo que nos daría una cantidad superior a los 50 000 casos y, probablemente, aún nos quedaríamos cortos.

¿Por qué los aterrizajes pasan tan inadvertidos? Pues porque el «fenómeno aterrizaje» se caracteriza por dos parámetros principales: nocturnidad —sin alevosía— y carácter rural, parámetros descubiertos por Vallée, estudiando los doscientos aterrizajes franceses.¹ Es como si los ocupantes de los ovnis lo desearan todo menos ponerse en contacto con nosotros. Parecen contestar así a la insistente pregunta, que todos nos hemos formulado, de: «¿Por qué no establecen contacto con nosotros?» Si su deseo fuese éste, las dos leyes formuladas por Vallée (la «ley horaria» y la «ley de distribución geográfica») se formularían al revés: los aterrizajes serían «diurnos» y tendrían lugar en el centro de las plazas mayores de los pueblos...

1. Estas dos constantes han surgido «siempre» en todos los países donde el fenómeno aterrizaje se ha estudiado con el mismo rigor (España incluida).

Pero no es así. Lo que a «ellos» parece interesarles es «algo» que posee nuestro mundo y que acaso ellos no tienen. No el *Homo sapiens*, precisamente, del que se mantienen a una prudente distancia (justificada, evidentemente, por el carácter belicoso y agresivo de nuestra «civilizada» especie).

Hagamos, por último, algunas precisiones, que considero necesarias. Todos los «encuentros cercanos» antes enumerados, más los dos casos de observación en el cielo que los preceden, en ocasiones se traslapan y pueden ir en orden creciente.

Un «viaje» de un sujeto mesiánico a bordo de un ovni (invitado por sus ocupantes) no puede ni debe confundirse con una «abducción» contra su voluntad y de la que, luego, no recuerda nada el testigo.

Un contacto como el de Gary Wilcox (que no se recoge en este libro) no es mesiánico; el del signor Siragusa, en cambio, sí lo es (admitiendo su existencia). La mayor parte de los fraudes se producen entre este tipo de contactos y de *contactees*, o contactados. Una conversación sobre abonos nitrogenados con un humanoide pequeño y cabezón, evidentemente no tiene ningún valor mesiánico. El «contacto», en cambio, con «extraterrestres» altos, bellos, rubios y apolíneos, en los que éstos previenen dramáticamente al terrestre contra los peligros de la bomba atómica, cae dentro de la mejor tradición de los contactos mesiánicos, inaugurada brillantemente por el *late* George Adamski y proseguida con suerte incierta por el IPRI peruano, Siragusa y otros. Pero de este tema pienso ocuparme extensamente en un próximo libro.

El encuentro con humanoides puede estar acompañado o no de ovni posado en el suelo, al lado o en las proximidades. El encuentro de un humanoide aislado presupone la existencia, más o menos cercana, del «vehículo».

Un «encuentro cercano del tercer tipo» puede encerrar potencialmente un caso de abducción. Esto también puede ser válido para un encuentro del segundo tipo. En tal caso, hay que buscar si existe un «tiempo perdido».

Hay casos en que el «humanoide» es claramente una teleproyección inmaterial o un «holograma» (caso de Talavera la Real, por ejemplo). En estos casos, nos enfrentamos a un aspecto particular de lo que yo llamo «tecnología cósmica, o galáctica». Mediante esta técnica, hay intrusio-

nes de humanoides en casas habitadas por seres humanos. (O técnicas de materialización-desmaterialización que se nos escapan.)

El *hard UFO* (ovni «sólido», material), opuesto al *soft UFO* (ovni «blando», inmaterial), se resuelven así, armónicamente, en una unidad superior, dependiente de un nivel tecnológico capaz de realizar esto que, en otros tiempos, se hubiera interpretado como algo «mágico» o «milagroso». La visión simplista de pioneros como el mayor Keyhoe, por ejemplo, se armonizaría con las tendencias modernas, parapsicológicas y ultradimensionales, de un Vallée o un Keel. La «transmogrificación» de este último no sería más que un logro tecnológico y «normal». Podría extenderme mucho más sobre el particular.

No deseo terminar esta introducción sin insistir en lo que manifiesto en la nota preliminar: sospecho vivamente que la verdadera historia de nuestra época no es la que publican a diario los periódicos ni la que creen recoger los historiadores en sus libros. La verdadera historia de nuestra época es casi invisible; es subterránea; transcurre en la sombra y el silencio.

Yo y otros como yo, somos los que la estamos escribiendo. Los políticos vocingleros, con su cháchara vacía, apenas si rascan la superficie de la realidad. Lo cierto es que no se enteran de casi nada. Viven en la Babia permanente de su desmesurado protagonismo, sus utopías, sus demagogias y sus estrechos intereses de partido. Nosotros, no. Nosotros seguimos la corriente profunda de la verdadera historia. Porque no hay alternativa: o se admite la realidad de estos hechos «condenados», o no se admite. En este último caso, se considera que todo son simples lucubraciones sin ninguna base real, hijas de espíritus fantásticos y —¿por qué no?— desquiciados.

Pero si se admite que todo esto es real, la consecuencia inmediata de tal admisión es la de que *estamos siendo visitados, de manera discreta pero asidua*, por seres altamente inteligentes y evolucionados que proceden de otros mundos, de otras dimensiones, o de ambas cosas a la vez.

¿No dejaría tal suceso, de ser cierto —como yo creo—, pequeños e insignificantes los hechos mayores de nuestra historia, desde el descubrimiento de América hasta la declaración de los Derechos del hombre?

Porque —repito— no existe término medio: o se admite, o no se admite. Aquí no vale el «sí, pero...».

Y antes de poner punto final a esta introducción, otra pregunta: ¿Por qué «humanoides»? ¿Por qué estos seres han de tener forma más o menos humana? ¿Qué se ha hecho de los monstruos de la ciencia-ficción? Preguntas sin respuesta, de momento (aunque yo podría decir que los monstruos de la ciencia-ficción sólo existen... en la ciencia-ficción).

Como la respuesta no sea la de suponer que la forma humana responde a un patrón cósmico, en el que se encarna la Inteligencia... Nuestro pragmatismo, empero, como notarios que somos de lo insólito, nos lleva a comprobar que las cosas son así. No como quizá desearíamos que fuesen. Lo que, por otra parte, da un sello de veracidad a las declaraciones de los testigos. Si los «ovninautas» fuesen hijos de la imaginación humana, seguramente vestirían formas mucho más fantásticas. En realidad, su variación tipológica es de una pobreza abrumadora, pese a clasificaciones como la de Jader U. Pereira, con sus veintiocho tipos, que no son más que variaciones sobre tres temas principales: el pequeño humanoide macrocéfalo (el más importante numéricamente), el humano —como usted y como yo, amigo lector— y el «sobrehumano» o gigante (muy raro estadísticamente).

Luego hay algunos —muy pocos— tipos aberrantes y monstruosos: el «monstruo» de Sutton, los horrendos gigantes de Zanfretta (sin embargo contruidos sobre el patrón humano), y algún que otro ser de pesadilla, que presta cierta amenidad y variación a lo que, sin ellos, resultaría una *ménagerie* bastante monótona, y paremos de contar.

Mejor dicho: empecemos a contar.

Los encuentros

1. HUMANOIDES DE LA «BELLE ÉPOQUE»

El verdadero «abuelo de todos los humanoides» sería sin duda, y con todos los honores, el famoso *Springheel Jack* victoriano. Este *Superman avant la lettre*, que pegaba unos brinco increíbles (de ahí que el vulgo lo bautizara con el nombre de «Juanito el de muelles en los tacones», que eso es lo que viene a significar *Springheel Jack*), asustó a la gente, por los oscuros y angostos callejones londinenses, en los años 1837 y 1838, en los albores de la época victoriana.

Su aspecto era impresionante. Alto y huesudo, de fuertes manos que parecían garras, iba envuelto en una amplia capa, se tocaba con un casco metálico y llevaba el cuerpo enfundado en un traje de aspecto metálico y brillante. En mitad del pecho lucía una lámpara, según declaraciones de los asustados testigos. Tenía unas orejas grandes y puntiagudas, como las del «señor Spock» en la serie televisiva *Star Trek*.

En 1877, Jack —o un hermano gemelo suyo— fue vuelto a ver en Inglaterra, concretamente en Aldershot. Esta vez pasó volando, en uno de sus saltos increíbles, sobre dos asustados centinelas, que le dispararon sin resultado alguno.¹

Con esto llegamos a la *Belle époque* propiamente dicha... y a la famosa «oleada» norteamericana de 1896-1897,

1. Quien desee más información sobre *Springheel Jack* puede acudir a mi obra *¿De veras los OVNIS nos vigilan?*, Col. Rotativa, Plaza & Janés, S. A., Editores, 1979, pp. 115-121.

con sus centenares de observaciones del o de los *airships* o «naves aéreas» misteriosas. Muchas de estas observaciones —especialmente cuando la nave aérea estaba posada en tierra— van acompañadas de la observación simultánea de sus «ocupantes» que, salvo raras excepciones (una de ellas es la del granjero Alexander Hamilton y su «ternera arrebatada»), son seres humanos corrientes y molientes. El aspecto del *airship* era muy juliovernesco, y recuerda extrañamente al de la nave *Albatros*, inventada por Robur, uno de los personajes de Verne. Cuando, hace unos años, estudié la cuestión, lo primero que me pregunté es qué había sido antes, si el huevo o la gallina (si el *Albatros* de ficción o el *airship* real). Efectuada la correspondiente investigación, comprobé que ambas eran casi coetáneas, con una ligera ventaja para el *Albatros*. Esto derrumbó una teoría que había esbozado, según la cual Verne pudo inspirarse en la «oleada» norteamericana para describir «su» nave. Por lo visto fue al revés. ¿Se trataba de otra de las fabulosas premoniciones de Verne? ¿O bien tanto el escritor francés como los desconocidos constructores del *airship* se inspiraron en los últimos adelantos aeronáuticos de la época?

Esto es precisamente lo que apuntan dos, suponemos que jóvenes, investigadores belgas, Josiane y Jan d'Aigue, en una serie de artículos publicados en la revista *Infospace*. Afirman que el *airship* norteamericano de 1897 no era extraterrestre, sino que su origen era terrestre y bien terrestre. Según su documentadísimo trabajo —que casi me ha convencido—, la tecnología de la época tenía muchas realizaciones similares, por sus características, al enigmático *airship*, y los vuelos en aerostato eran entonces mucho más corrientes de lo que hoy suponemos. Es más: fue uno de estos artilugios —un globo aerostático— lo que vio precisamente el campesino John Martin desde Denison, en 1878, dando al objeto observado el flamante nombre de *saucer* (platillo). Antecediendo así, en casi setenta años, a Kenneth Arnold.

De ser cierta esta tesis, significaría un golpe mortal para la teoría de Vallée (compartida por John Keel y otros), según la cual los ovnis se camuflan de acuerdo con la tecnología más avanzada de cada época. (No veo que la de la actual se caracterice precisamente por «discos volantes» y naves que dominan la antigravedad, sino por horriblos

proyectiles cohete y pesadísimos *Saturnos*, que se levantan trabajosamente del suelo, consumiendo miles de toneladas de propergoles.)

Pero hay autores capaces de todo, antes que reconocer que nos hallamos en presencia de una tecnología superior y de una civilización más avanzada, que no es terrestre..., sin hablar de unos seres con mayor capacidad cerebral e inteligencia que nosotros (mejor dicho, que ellos).

Empieza el siglo XX

El caso más antiguo que conocemos en este siglo, de encuentro con humanoide, se remonta a 1901. Es un caso en que, además del ser, el testigo vio una «máquina». Esto es importante, porque para algunos investigadores muy rigurosos —por ejemplo, para nuestro Vicente Juan Ballester Olmos—, un caso de humanoide sin ovni «no vale»: en tales casos —siempre según el investigador valenciano— puede tratarse de una «aparición», un fenómeno antropomorfo «keeliano», una proyección psíquica u holográfica, e inclusive una alucinación. (Aunque todo ello sería también válido para la observación con aparato incluido.)

Según refieren Jenny Randles y Philip Barnet, en el artículo que consagran al caso (FSR, vol. 24, núm. 5, marzo de 1979), el testigo de este caso aún vive; se trata de un caballero muy anciano que no desea revelar su identidad. Randles y Barnet lo llaman simplemente Frank. Ocurrió así. Una tarde de verano del año 1901, con el siglo recién estrenado, cuando Frank tenía diez años, regresaba a su casa después de jugar al aire libre, con sus amiguitos, aprovechando el tiempo cálido y soleado. El niño vivía entonces en una casa con terraza, situada en Bourm Brook, localidad cercana a Bourneville, en los actuales West Midlands. La casa se alzaba a un extremo de la terraza y en la parte posterior tenía un jardincito. El chico, para atajar, tomó por un sendero, situado tras el jardín, cuando se dio de manos a boca con una extraña estructura, posada sobre el césped.

El objeto parecía una casita y era rectangular, pero estaba rematado por una pequeña torreta situada en el centro del mismo. No se veían ventanas, pero sí una portezuela en el centro de la parte que miraba al testigo (véase cro-

quis). El curioso objeto era de una tonalidad verdeazulada y mostraba un extraño brillo metálico.

Parece que el artefacto medía 1,20 m de altura, alrededor de 1,80 m de largo y cosa de un metro de ancho. La puerta llegaba sólo a media altura (o sea, que debía de medir unos 60 cm).

Por esta portezuela, ante el asombro de *Frank*, salieron al exterior dos pequeños seres, de un metro aproximadamente de estatura. La puerta se abrió hacia afuera, exactamente igual que la puerta de un coche. Uno de los humanoides se quedó junto a la puerta y el otro avanzó cautelosamente hacia *Frank*, tendiéndole los brazos y haciéndole ademanes que el niño interpretó claramente como de que no se acercase y que se retirase. El testigo no oyó ninguna palabra: el contacto se realizó únicamente por gestos.

Los pequeños seres tenían aspecto humano. Su tez era de una coloración similar a la nuestra y sus rasgos fisiológicos no tenían nada de particular. Eran barbilampiños y parecían tener entre 30 y 40 años.

Ambas figuras vestían igual, con un traje muy ajustado que parecía —o así se lo pareció al niño— un uniforme militar, aunque él no les vio insignias ni distintivos. El color del «uniforme» era un gris verdoso. La característica más curiosa del atavío de los seres, sin embargo, era el casco con que se tocaban y que, al parecer, les cubría también las orejas. Era oscuro y parecía una gorra, aunque por ambos lados asomaban dos «alambres» o «antenas» verticales, que medirían unos 23 cm de largo por unos 7 mm de grosor. El niño no observó la presencia de un barboquejo ni cualquier otro medio de sujeción del casco a la cabeza.

Frank se dio inmediatamente por aludido y retrocedió varios pasos. El ser que se había adelantado hacia él regresó rápidamente a la «nave» y, reuniéndose con su compañero, ambos penetraron en el interior. A los pocos segundos se produjo un brillante destello y algo que parecía un arco eléctrico rodeó el objeto, formando un círculo completo a su alrededor y brillando intensamente. Entonces, emitiendo un fuerte zumbido, el objeto salió disparado hacia arriba y desapareció por encima de los tejados, describiendo una parábola. En la parte posterior del artefacto, el muchachito distinguió una luz roja pulsante.

Así terminó este curioso encuentro. Algunos vecinos afir-

maron haber oído también el fuerte zumbido, y un par de ellos dijeron que habían visto el objeto cuando estaba en el aire. El joven testigo no experimentó ningún malestar ni efectos particulares, después de su observación. Es curioso observar aquí que, al parecer, durante el resto de su vida *Frank* no vio jamás un ovni, ni considera como tal el objeto que vio posado en el prado, en la trasera de su casa. Para él no era más que «un curioso vehículo», y sólo muchos años después aceptó la posibilidad de que pudiera tratarse de una nave procedente de otro mundo. Por más que se esforzó repetidamente por considerarlo una visión, o una fantasía, él mismo observa: «¿Cómo podía soñar algo que no me interesaba, ni sobre lo que no había leído nada, pero que muchos años después resultó ser cierto?»

El caso de *Frank* se sitúa de pleno entre las dos grandes oleadas de «naves volantes» de 1897 y de 1909. Los tripulantes vistos, sin embargo, no parecían humanos. Como acertadamente observan Randles y Barnet, este caso parece representar una transición entre las observaciones proporcionadas por dichas oleadas (que siempre tratan de aparatos «victorianos» en la punta de la tecnología contemporánea) con los de las actuales «naves de observación», de superavanzada tecnología electromagnética y antigravitatoria. A esto, *Frank* comenta ingenuamente: «Tal vez los platillos volantes son un modelo más perfeccionado que el vehículo que yo vi.»

Tal vez.

Un buen susto para mister Lithbridge

La oleada norteamericana de 1897, en realidad se desarrolló de noviembre del año anterior (1896) hasta mayo de 1897. La oposición o mínima distancia (en este caso de 80 000 000 de km) de Marte con la Tierra se produjo en diciembre de 1896; o sea, en plena oleada.

En el año 1909 tenemos una nueva oleada de «naves misteriosas», que afectó principalmente a Inglaterra y al País de Gales. El apogeo de dicha oleada fue en mayo del año mencionado. Y en setiembre del mismo tenemos nueva oposición (perihélica) con el planeta Marte, que lo situó a tan sólo 55 000 000 de km de nosotros. Las oposiciones marcianas, en efecto, varían entre las afélicas, a 100 000 000 de

km, y las perihélicas, a 55 000 000. En ambos casos, distancias ridículas, astronómicamente hablando, y traspuestas por la luz en unos pocos minutos.

Como me he cansado de decir, escribir y repetir, esta coincidencia de oposiciones de Marte y destacados eventos ufológicos «no es casual», ni la puede admitir el cálculo de probabilidades. Pero no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor ciego que el que no quiere ver.

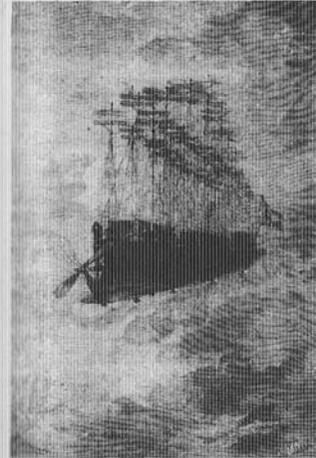
El 18 de mayo de 1909 se registra un curiosísimo «aterrizaje» en los montes Caerphilly, en pleno País de Gales. Hubo un solo testigo, un tal mister Lithbridge, o Lethbridge,¹ que vivía en Cardiff. Se hallaba paseando a las once de la noche (una hora un poco rara para pasear) por la carretera que cruza el monte Caerphilly, cuando, en un campo próximo, distinguió un gigantesco aparato en forma de cigarro o de torpedo. Ante este fantástico aparato se hallaban dos «hombres» cubiertos con gruesas vestiduras. Cuando los dos seres distinguieron al testigo, cambiaron rápidamente unas palabras en una lengua extraña y, muy excitados, se precipitaron hacia la nave elíptica. El aparato despegó inmediatamente, dejando al pobre mister Lithbridge completamente estupefacto.

Este comportamiento, característico de los encuentros cercanos del tercer tipo, corresponde al *Don't bother us!* (¡No nos molesten!), señalado por el doctor Hynek. Es completamente opuesto al «contacto mesiánico», en que el «ocupante» u «ocupantes» dan elevados mensajes a los subyugados *contactees*. En otro caso, ocurrido muchos años después y que hoy es un clásico (el de Valensole, del 1 de julio de 1965), los «ocupantes» se comportaron exactamente de la misma manera. Los años 1909 y 1965 fueron *casualmente* años de oposición marciana. Aviso para los navegantes...

Una reunión de humanoides

Según los investigadores Michel Figuet y Jean-Louis Ruchon (véase *Bibliografía*), éste sería el primer caso conocido de humanoides en Francia. Hay que saltar a 1921 para

1. Vallée, en su catálogo *Magonia*, escribe Lethbridge, pero Charles Fort, de quien he tomado el caso, publicado en su libro *Lo!*, da la grafía de Lithbridge. A ella me atengo.



El «Albatros», la nave aérea imaginada por Julio Verne y que aparece en dos de sus obras: «Robur el Conquistador» y «Año del Mundo».



Nave rodeada por «arco» luminoso antes del despegue

Curioso ovni con ocupante visto por «Frank» en 1901.

encontrar el siguiente encuentro cercano. Ocurrió a las diez de la noche de un día indeterminado del año 1906, en las afueras de La Celle-sous-Gouzon, pueblo del departamento del Nord. El único testigo (fallecido en 1977) contaba dieciocho años a la sazón. Los dos investigadores citados lo presentan como *Jules B.*

Los hechos se desarrollaron de la manera siguiente. Cuando el testigo llegaba a la bifurcación de donde partía el camino que conducía a la finca de Manaly, percibió a diez o doce «personajes» sentados en corro en el mismo centro del camino. Pasó a unos diez metros de ellos y los extraños personajes lo contemplaron en silencio. El breve encuentro no duró más de una docena de segundos. «Eran todos hombres —declaró el testigo—. Ni jóvenes ni viejos. Parecían ir todos vestidos del mismo modo, con una especie de uniforme gris.»

Jules había recorrido apenas un centenar de metros, cuando de pronto, al ras de las copas de los árboles, vio surgir a un ser volador. El ser iba muy aprisa y le pasó prácticamente por encima de la cabeza. Tenía el cuerpo alargado horizontalmente y la cabeza levantada, mirando hacia delante, como para ver a dónde iba. Llevaba las piernas tendidas y juntas, los brazos no eran visibles, pero el ser llevaba a la espalda como dos «alas» inmóviles. Se dirigía hacia el lugar donde estaban reunidos los demás. El testigo percibió un ligero silbido, como de fricción con el aire.

Las «alas», en realidad, podían ser un dispositivo anti-gravitatorio. Este personaje recuerda al famoso *Mothman* de Virginia occidental, estudiado por John Keel,¹ aunque sin su catadura siniestra. No es la primera vez que aparecen «hombres» u «hombrecitos» volantes en la casuística. En este mismo libro recogemos el caso de Cussac, notable por muchos conceptos, y en el que varios pequeños humanoides negros evolucionan por los aires para penetrar en su «nave», y algunos otros.

1. Véase *¿De veras los OVNIS nos vigilan?*, pp. 121 ss.

Varios casos mundiales

El fenómeno ovni es mundial. En todas sus manifestaciones: objetos en el cielo, aterrizajes y abducciones. Jacques Vallée, en su catálogo *Magonia*, recoge tres preciosos casos, anteriores a la Primera Guerra Mundial, la «gran guerra» por antonomasia, como los anteriores situados en plena *Belle époque*. Y el primero de ellos proviene nada menos que de... ¡Nueva Zelanda!

A las once de la noche de un día de enero de 1910, varios moradores de la población de Invercargill (entre ellos el vicario, el alcalde y un policía) vieron un objeto inmóvil a unos 30 m de altura. Un «hombre» se asomó por una puerta lateral y le oyeron gritar unas palabras en un idioma desconocido. La abertura se cerró y el objeto aceleró, perdiéndose de vista en un santiamén.

(Marte había estado en oposición perihélica —recordémoslo— en setiembre del año anterior.)

El siguiente caso procede de Hamburgo, en Alemania. Fecha: un día de junio de 1914, a las cuatro de la madrugada. Herr Gustav Herwagen abrió la puerta de su casa y, en el campo, vio un objeto fusiforme y brillante, con ventanillas iluminadas. Al lado del mismo estaban cuatro o cinco «enanos» de 1,20 m, vestidos con ropas claras. Se aproximó a ellos, pero así que parecieron darse cuenta de su presencia, subieron a bordo del objeto. Se cerró una puerta y el aparato despegó sin ruido, para ascender verticalmente.

El tercer caso lleva fecha de agosto de 1914: fecha fatídica, pues señala el comienzo de la «gran guerra». Ocurrió en Georgian Bay (Canadá). William J. Kiehl y otras siete personas vieron un aparato esférico sobre la superficie del agua de la bahía. En su cubierta estaban dos pequeños seres que vestían ropas verde violáceas. Parecían estar muy atareados con una manguera, cuyo extremo hundían en el agua. En el lado opuesto había tres «hombres» (el entremillado es nuestro) vestidos con ropas marrón claro y máscaras cuadradas que les bajaban hasta los hombros. Al ver a los testigos, volvieron a entrar en el aparato, a excepción de un enano, que calzaba unos zapatos de extremo curvo y puntiagudo, que se quedó fuera, mientras el aparato se elevaba a 3 m sobre el agua, para, después, salir disparado hacia arriba, dejando una breve estela.

En la literatura mundial hay unos cuantos casos más, parecidísimos al que hemos relatado, y que no vamos a exponer aquí para no aburrir al lector. Estos casos parecen indicar un «vivo interés» de los humanoides por el agua. Imaginemos —sólo imaginemos— que éstos proceden de un planeta donde el agua escasea o es muy rara. En tal caso, su superabundancia en nuestro mundo debe de resultarles embriagadora: sin duda cogerán verdaderas borracheras de agua. La asociación ovnis-extensiones líquidas es frecuente: los lagos y los embalses son zonas abundantemente visitadas por ellos. Aquí hay algo más que mera curiosidad o coincidencia.

De Vallée a Méheust: curiosas comprobaciones

Aunque el propio Jacques Vallée recoge catorce casos en su catálogo *Magonia*, entre los años 1915 y 1945 (ambos incluidos), ello no le impide afirmar que dicho período es un período «muerto» para la actividad ovni.¹ En cambio —son sus palabras—, «ha sido uno de los más ricos en relatos de ciencia-ficción de todo tipo», y también «ha presenciado el creciente interés de la industria cinematográfica por las historias fantásticas y de “terror”, que pudieran haber resultado en un número cada vez mayor de fraudes y alucinaciones, e incluso en oleadas ovni, si la teoría “psicológica” de los ovnis resultase correcta». (Y esto dicho, precisamente, por el padre de la teoría del «sistema de control» de las mentes humanas por los ovninautas.)

En efecto, ya en 1916, Otto Ripert rodó su filme *Homunculus*, sobre la creación de un hombre artificial por un científico loco. (¿Por qué todos los científicos de ficción tienen que estar locos?) Pero ya antes, en 1914, y luego en 1920, la cinematografía alemana produjo dos películas sobre el tema judío del Golem, a cargo de Paul Wegener y Henrik Galeen, respectivamente. El filme *Las manos de Orlac*, inspirado en una novela de Maurice Renard, alcanzó cierta resonancia. En 1926, Fritz Lang (después pasado a Hollywood) rodó *Metrópolis*; no hay que olvidar que, en 1920, apareció la palabra «robot» (de un verbo ruso que significa «trabajar»), en una obra teatral de Karel Capek:

1. *Anatomy of a Phenomenon*, p. 27.

RUR (iniciales de «Robots Universales de Rossum»). En 1928, Fritz Lang realizó para la UFA la inolvidable película *La mujer en la Luna* (*Die Frau im Mond*), que contó con el asesoramiento científico del profesor Hermann Oberth, el «padre de la astronáutica» y maestro de Von Braun. Pero el primer «viaje a la Luna» cinematográfico fue realizado en 1902 por el gran pionero francés Georges Méliès (*Le voyage dans la Lune*). Las célebres series de Frankenstein (sobre todo en la sobrecogedora creación de Boris Karloff) y de John Carter de Marte fueron creadas también durante este período «muerto» para la actividad ufológica.

Lo mismo que la famosa emisión de Orson Welles de 1938, en que éste lanzó a las ondas la adaptación de Howard Koch de *La guerra de los mundos* (*The War of the Worlds*) de su casi homónimo H. G. Wells, según la realización de la compañía del Mercury Theater, con el realismo que es de todos conocido y que afectó a más de cinco millones de radioyentes, según el estudio posterior realizado por Hadley Cantril.

Lo que, por su parte, dice el investigador francés Bertrand Méheust aún es más intrigante (véase *Bibliografía*). Documentos en mano, Méheust demuestra que lo que él llama «toda la panoplia del fenómeno ovni» (platillos volantes, humanoides, abducciones, encuentros cercanos, aterrizajes, haces compactos y coherentes, efectos electromagnéticos, etc.) se encuentra ya en oscuras obras de ciencia-ficción de comienzos de siglo, escritas por autores hoy totalmente olvidados, a ambos lados del Atlántico. ¿De dónde sacaron su inspiración estos escritorzuelos norteamericanos y franceses desenterrados por Méheust? ¿Se trata de un caso de premonición literaria —comparable al de Verne— o bien alguien introdujo en su subconsciente toda esta imaginaria, que ellos utilizaron en sus obras sin saber bien de qué se trataba? ¿Premonición o introyección? ¿Tal vez preparación? El enigma es intrigante, en verdad, y parece evocarnos esa «resaca del futuro» de que habla Louis Pauwels.

Méheust pudo realizar su trabajo buceando en sus propios archivos, pero principalmente en los del pionero de la ciencia-ficción en Francia, Pierre Versins, que posee una de las bibliotecas más completas del mundo sobre este género literario, mirado «por encima del hombro» por los críticos «serios». En efecto, la ciencia-ficción es un género

extraño. Diríase el «eco» de algo que pasa, que pasó o que pasará, y no precisamente en nuestro mundo. Si bien siempre ha existido una literatura «fantástica», desde Luciano de Samosata hasta Swift, pasando por Cyrano de Bergerac, la «explosión» de la ciencia-ficción es súbita y casi puede fecharse: en la década de los veinte, en que el norteamericano Hugo Gernsback acuña el nombre de *Science Fiction*. A partir de esa fecha, la ciencia-ficción inunda el mundo con sus producciones.

Fenómeno extraño, en verdad, y sobre el que creo que aún no se ha dicho todo ni se han calibrado todas sus implicaciones.

Donde se hace un inciso para hablar de agnóptenos

Cuidado: que no se confunda el lector. No nos vamos a dedicar de pronto a la entomología. Simplemente ocurre que, iniciado este libro, caigo en la cuenta de que estoy empleando la anticuada sigla OVNI (Objeto Volante No Identificado), sustantivada en ovni. Sin embargo, doctores tiene la Iglesia y sabios la ufología, que proponen nombres más eruditos. Por ejemplo, «agnópteno». Oigamos cómo define este nombre —acuñado por Félix Ares de Blas— el Colectivo LAU, al principio de un artículo publicado en el número 46 de *Stendek* (diciembre de 1981) y titulado, precisamente, «Encuentro con un agnópteno en las proximidades de Jaca»: «Es posible que a muchos lectores les sorprenda la palabra “agnópteno”. Simplemente es la traducción al griego clásico (¡nada menos!) de las siglas OVNI (de *agnostos*: desconocido, y *ptenos*: cosa que vuela).»¹

Pues ya lo sabe el lector. En cuanto a mí, de ahora en adelante me guardaré muy mucho de acercarme a Jaca, por el temor a encontrarme con un agnópteno (palabreja que evoca irresistiblemente, en mí, el recuerdo del pterodáctilo, el terrible saurio volador del Mesozoico). También me recuerda una deliciosa anécdota que me contó mi buen amigo José Mascaró Pasarius, menorquín («Pep» para los íntimos), el hombre viviente que más sabe sobre cultura

1. «Agnópteno», evidentemente, da además «agnoptenología» (ufología u ovnilogía), «agnoptólogo», etc. («Un agnoptólogo neurótico habla por teléfono con un artrítico sobre su telescopio: así acabaremos todos hablando en griego sin saberlo, tal como el burgués de Molière hablaba en prosa sin saberlo tampoco.»)

megalítica de las Baleares. Un día, con gran asombro por su parte, dos payeses menorquines vieron pasar por un campo, cerca de Alayor, a dos sabios alemanes que perseguían a las mariposas (a los lepidópteros) con sendos cazamariposas de tul. «¿Sabes qué son éstos? —dijo un payés al otro—. Pues son *odontólogos*, para que te enteres.» («¡Cuánto sabe mi amigo!», debió de pensar el otro.)

¿Qué hacemos, pues, amigo lector? ¿Y si dejásemos «ovni»? Por mí, de acuerdo. Aun a riesgo de pecar de anticuados...

2. EL OVNI «MILAGROSO» (I)

*¿Qué pasó en Fátima? Examen de los hechos
bajo un prisma ufológico*

Algún día pienso escribir un libro sobre las apariciones marianas en general y sobre Fátima en particular. Hoy me limitaré a exponer sucintamente lo que pasó en Fátima en 1917, visto a través de un prisma ufológico, ovnilógico o agnoptenológico, como se quiera. Muy oportunamente ha llegado a mis manos —¿o debiera decir «providencialmente»?—, en el momento de iniciar este libro, el de la investigadora portuguesa Fina d'Armada: *Fátima: o que se passou em 1917 (Fátima: lo que pasó en 1917)*, publicado en 1980. Sin embargo, para la redacción de este estudio me basaré principalmente en un artículo mío, aparecido en el número de marzo-abril de 1964 de la *Flying Saucer Review* inglesa, y cuyo título (que parece anticipar el del libro de Fina d'Armada) era *What happened at Fátima? (¿Qué pasó en Fátima?)*

La aportación de Fina d'Armada es importante porque investigó «de primera mano», y sobre todo en los Archivos Formigão, dejados por el canónigo José Formigão (más conocido por su seudónimo de *Vizconde de Montelo*), en los que desenterró documentos inéditos que le permitieron trazar un retrato robot de la «Señora», el «ser» o la «Uraniana» (como ella la llama) que se apareció reiteradamente a los pastorcillos.

Pero, como me gusta siempre decir, «vayamos a los hechos».

Pocos años después del comienzo del siglo —en 1917, para ser exactos— cuando la «gran guerra» —en la que participaban tropas portuguesas— aún se hallaba en su apogeo, ocurrió en Fátima, un lugarejo del distrito de Leiria, a unos cien kilómetros al norte de Lisboa, una serie de extraños eventos que entonces fueron interpretados como «milagros», pero que hoy pueden recibir una interpretación totalmente nueva y altamente significativa.

Hace sesenta y cinco años, Portugal era un país muy atrasado, con un altísimo índice de analfabetismo, y los inexplicables sucesos que se desarrollaron en una remota zona rural del país, entre campesinos iletrados, era natural que recibiesen una explicación «religiosa», y aún más en aquella época de superstición y de beatería. Las ocurrencias se interpretaron como la aparición de la Virgen María, aunque dos mil años antes hubieran podido interpretarse como el descenso de los dioses a la tierra, y en ambos casos se hubiera tratado de visitas de seres «extraterrestres», completamente reales de hecho y sin nada de «divino» ni «milagroso». Lo que ocurrió en Fátima sería una corroboración más de la ley que podríamos enunciar como sigue: los mismos hechos son susceptibles de recibir distintas interpretaciones o «explicaciones», de acuerdo no sólo con la época en que tuvieron lugar, sino también respecto al trasfondo cultural sobre el cual tuvieron lugar.

«Muy bien —es posible que se diga al llegar aquí, el lector “enteradillo”—. En principio, estoy de acuerdo con que el “prodigio solar” de Fátima fuese un “platillo volante”, tal como nos dice Paul Misraki. Pero este libro, señor Ribera, es un libro sobre *humanoides*; sí, sobre *humanoides*, y ya me dirá usted dónde están los *humanoides*, en Fátima.»

¡Pero, hombre de Dios!, podría contestarle yo. Tenga usted paciencia, que ya llegaremos a ellos. El «*humanoide*» no falta, en Fátima. Y es precisamente —o podría ser, seamos prudentes— la «Señora» misma, la «Uraniana» de Fina d'Armada. Cuando lleguemos a ella —o a «ello», o a «él»—, creo que el lector de marras comprenderá que tengo pleno derecho a incluirla en un libro sobre *humanoides*.

Pero sigamos.



De izquierda a derecha, los hermanos Jacinta y Francisco Marto y su prima Lúcia de Jesús, de nueve, siete y diez años respectivamente, los pastorcillos que vieron repetidamente a la «Señora» de Fátima.

Imagen «oficial» de Nuestra Señora de Fátima, obra del imaginero J. Thedim, quien se inspiró en una imagen de Nossa Senhora da Lapa y no en las descripciones de Lúcia.



Seis «observaciones»

Si reducimos los sucesos, supuestamente milagrosos, de Fátima a la actual terminología ufológica, podríamos decir que las «observaciones» tuvieron lugar del 13 de mayo al 13 de octubre de 1917, todos los días 13 (salvo una excepción).

En realidad, fueron cinco CE III (encuentros cercanos del tercer tipo) y un CE II (encuentro cercano del segundo tipo, con efectos físicos sobre el entorno y los testigos). Los testigos de los CE III fueron tres pastorcillos: Lúcia de Jesús, de diez años, y sus primos Jacinta y Francisco Marto, hermanos, de nueve y siete años, respectivamente. La testigo principal (que aún vive en el momento de escribir estas líneas) fue Lúcia (y aquí observo que su nombre es Lúcia, femenino de Lúcio, y no Lucía —Luzía, en portugués—, como siempre se ha supuesto equivocadamente). La quinta observación contó con varios cientos de testigos. La sexta y última —la famosa «danza del sol»— contó con una cifra que se estima entre cincuenta mil y setenta mil personas. ¡Fue el ovni que más testigos ha tenido hasta el presente!

Pero más que «encuentros cercanos del tercer tipo», hoy consideraríamos el encuentro de los pastorcillos con la «Señora más brillante que el Sol», como la calificó Lúcia, como un caso de «contacto mesiánico» pues, como veremos, la entidad comunicó un «mensaje» a los videntes, tal como ocurrió en otras apariciones marianas anteriores y posteriores. En este caso, los «encuentros» o «contactos» se desarrollaron en Cova da Iria, un amplio valle de forma aproximadamente circular, situado a dos kilómetros y medio de Fátima. Mientras los tres pastorcillos recogían sus ovejas al mediodía, en el lugar mencionado, vieron de pronto un brillante destello en el cielo. Pocos minutos después, una figurilla blanca y rutilante pareció materializarse sobre una *azinheira*, una de las muchas encinas o carrascas que poblaban el lugar. El ser era muy pequeño: de las descripciones de los pastorcillos se desprende que medía poco más de un metro de estatura. Ahora bien: de acuerdo con la ley antes enunciada, ¿cómo tenía que aparecer un ser del espacio a tres niños ignorantes e iletrados de un país católico y supersticioso como era el Portugal de hace más de sesenta años? Como la Santísima Virgen, naturalmente.

(La aparición nunca les dijo que «Ella» fuese la Virgen; esto hay que tenerlo muy en cuenta.)

Más tarde la describieron así:

«En las estampas que he visto, Nuestra Señora parece llevar dos mantos. Si yo supiera dibujar (y si supiera, no sería capaz de dibujarla cual ella es, porque sé que es imposible, como no me es posible hacerlo con palabras), pondría solamente una sencilla túnica, blanca cuanto posible fuere, y un manto que baje desde la cabeza hasta el borde de la túnica; y como no podría dibujar su luz y difusa belleza, suprimiría todos los otros adornos, menos un hilillo de oro en torno al manto. Este hilo resaltaba como si fuera un rayo de sol, que brillaba más extensamente. La comparación no dice nada de la realidad; pero no sé explicarme mejor.»¹

La cabeza parecía cubierta por un manto transparente (¿casco?); sobre el pecho portaba algo que emitía una «luz intensa», comparado ora a un rosario (*terço*) ora al Sagrado Corazón o el Corazón Inmaculado de María. Ahora bien, son numerosos los casos catalogados de humanoides con un objeto brillante en el pecho o en el cinto. Su enumeración se haría farragosa, pero van desde el caso de Oskar Linke hasta el de Valensole, pasando por otros muchos de similares características. Por si aún no fuera bastante, la aparición descendía «por una especie de camino de luz», sin duda un haz compacto y coherente, también abundante en la casuística mundial. Más adelante estableceremos una comparación estremecedora entre el caso de Fátima y un caso ufológico actual.

Y en el repertorio de hechos insólitos, asociados a las apariciones de Fátima, tampoco faltan las lluvias de *fil de la Vierge* «hilos de la Virgen» (de nombre muy apropiado, en este caso), llamados también por los anglosajones *Angel hair*, cabellos de ángel. La caída de estos filamentos evanescentes, compuestos principalmente de silicio, a lo que parece, acompañan muchos eventos ufológicos. Así, al paso de una escuadrilla de ovnis, en 1952, sobre Oloron y Gaillac, en los Pirineos franceses, se produjo una espectacular lluvia de este material, de vida muy efímera. Y el famoso «bicho» extraterrestre, al parecer hallado en la localidad portuguesa de Évora, y que, de la mano de Raul Berenguel,

1. Lúcia, citada por L. G. da Fonseca, S. I., en *Las Maravillas de Fátima*.

constituyó la sensación del I Congreso Ibérico de Ovnología, celebrado en Oporto, venía presuntamente de pasajero en un «hilo de la Virgen».

Y, por último: «Cuando la visión empezó a alejarse, se oyó como la explosión lejana de un cohete, o como otros se expresan en el proceso, un trueno subterráneo, venido de la encina, y se vio levantarse en el espacio una nube blanca.»¹ Estas fuertes detonaciones son perfectamente explicables, según la teoría sobre la propulsión de los ovnis, elaborada por el capitán aviador René Plantier. Dicha teoría explicaría también, por la acción de un campo magnético, el hecho de que cuando, terminada la aparición, la Señora empezaba a elevarse para dirigirse hacia Oriente, «todas las hojas de la encina se recogieron y plegaron en aquella dirección, como si la orla del manto de la Señora, al partir, hubiera pasado rozando sobre ellas».²

Y conviene no olvidar tampoco que la Señora contestó a Lúcia, cuando ésta le preguntó «Donde é que é Vossemecê (¿De dónde es Vuestra Merced?), «Sou do Céu» (Soy del Cielo). ¿Del cielo espiritual, o del cielo = espacio cósmico? Naturalmente, la sencilla Lúcia sólo podía hacer la primera interpretación..., lo mismo que los «padres» (curas) que después analizaron estos curiosos diálogos entre unos niños terrestres y un «ser» luminoso extraterrestre.

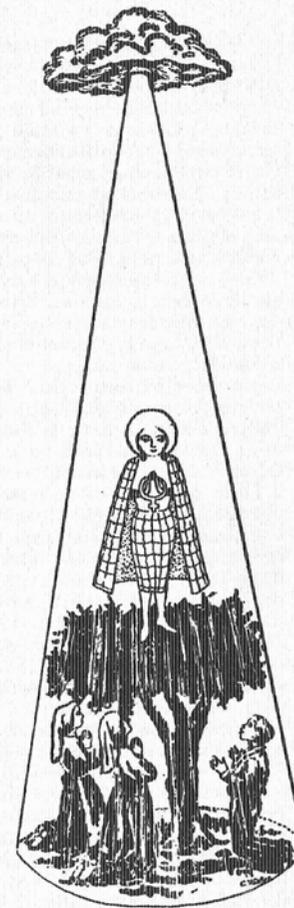
Entre la «Señora» y los tres niños —principalmente Lúcia— se entabló una especie de diálogo, probablemente telepático. Evidentemente, este diálogo era sumamente religioso en esencia, pero debemos recordar de nuevo cuál era la mentalidad y los antecedentes de los tres pastorcillos y de su país en la época. Sencillamente, si el ser se les hubiese dirigido en términos «científicos», no lo hubieran entendido. Recordemos también al explorador europeo que en el siglo pasado se presentaba a los «salvajes» como el Gran Dios Blanco, para conseguir que lo reverenciasen, pero al mismo tiempo para impartirles algunas ideas y verdades muy simples. Por otra parte, nada nos permite descartar cierto vínculo misterioso entre los ovnis y las creencias religiosas; no sólo la Biblia, sino otros libros de la Antigüedad, contienen alusiones que, hoy día, se pueden interpretar perfectamente a través de la ufología y los «extraterres-

1. L. G. da Fonseca, *ibid.*, p. 41.

2. *Broteria* XII, 5 (1931), pp. 279 ss., cit. por L. G. da Fonseca, *op. cit.* p. 39.



Así era la «Señora» de Fátima, de acuerdo con las primeras descripciones de Lúcia, guardadas en los archivos Formigao. (Dibujo de Claro Fángio, por cortesía de Fina d'Armada.)



La «Señora» descendía sobre la encina en un «haz de luz compacto y coherente», según puede apreciarse en esta reconstrucción. (Dibujo de Claro Fángio, por cortesía de Fina d'Armada.)

tres». Así, para el escritor franco-griego Paul Thomas (Paul Misraki), lo que se apareció en Fátima era verdaderamente la Virgen, pero dentro de ese contexto indisoluble de *ovnis-religión*. Dicho de una manera muy sencilla —demasiado sencilla—, la Virgen y su hijo Jesucristo, si no eran «extra-terrestres», estaban íntimamente relacionados con ellos y con el experimento genético iniciado en tiempos de Abraham, y que había de culminar en el Mesías.

El segundo «contacto» tuvo lugar el 13 de junio, y fue muy similar al primero. En esta ocasión, la «Señora» dijo que le gustaría que los niños aprendiesen a leer.

El tercer «contacto» o «aparición», según la terminología de la Iglesia católica, tuvo lugar exactamente un mes después. Muchos sacerdotes, entre ellos el párroco de Fátima, el reverendo Manuel Marques Ferreira, se mostraron escépticos, o abiertamente hostiles, ante las apariciones. El digno señor párroco incluso llegó a pensar que podía ser el demonio en persona quien estaba tentado a los niños. Tal era el fanatismo de la época, que las tres pobres criaturas incluso llegaron a ser encarceladas por varios días. Durante el tercer contacto, el Ser anunció por primera vez a Lúcia que en octubre realizaría un gran milagro para que todos creyesen (*para que todos crean*).

La cuarta aparición debía haber tenido lugar el 13 de agosto, pero los niños se retrasaron, por haber sido llevados a Vila Nova de Ourém, en automóvil, por Arturo d'Oliveira Santos, alcalde de Vila Nova, francmasón y ateo, que sometió a los pastorcillos a un interrogatorio acompañado de amenazas, antes de secuestrarlos. Esto dará al lector una idea de la atmósfera que rodeó al caso. Tras un nuevo «lavado de cerebro» a cargo del señor Santos, se permitió a los niños ir nuevamente a Cova da Iria el 19, pero esta vez encontraron al Ser luminoso en un lugar inesperado: en los Valinhos (los Vallecitos).

El 13 de setiembre, los testigos fueron muy numerosos, e inclusive se vio la «nave» en que el Ser acudía al lugar de la cita. Según el reverendísimo vicario general de Leiria, que fue uno de los testigos, la Virgen vino en «un aeroplano de luz» (sic), «un globo inmenso, que se mueve hacia occidente, desplazándose lento y majestuoso a través del espacio». Otros testigos vieron salir del globo a «un

1. L. G. da Fonseca y Jiménez, op. cit., p. 33.

Ser blanco». El globo partió hacia el este, a los pocos minutos, desapareciendo en dirección al Sol. Por su parte, los tres pastorcillos volvieron a ver a la «Señora», quien esta vez les dijo de nuevo que en octubre realizaría un milagro para que lo viesen todos. Esta vez el fenómeno estuvo acompañado por un hecho clásico en ufología: la caída de *filas de la Vierge*, descrita así por L. G. da Fonseca: «Del cielo llovían como flores blancas o copos de nieve que desaparecían antes de llegar al suelo, y cuando querían recogerlos con los sombreros o tomarlos con la mano» (op. cit. p. 75). Entre los testigos de esta caída de filamentos blancos se hallaba el obispo de Leiria, quien así lo atestiguó.

El «milagro del Sol»

Pero la «observación» más importante aún había de tener lugar. Tal como había prometido el Ser celestial, ocurrió el 13 de octubre y fue presenciada por millares de testigos, pues por todo Portugal se había esparcido la noticia de que algo «grnd» iba a suceder aquel día.

Las características de esta observación aún recuerdan más, si cabe, la fenomenología «platilística» actual. Desde primeras horas de la mañana, todas las carreteras y veredas que conducían a Fátima estaban abarrotadas de «peregrinos», que iban desde grupos de fanáticos hasta simples curiosos e incluso ateos (había muchos entonces —sin duda por reacción— en países católicos oficialmente como Portugal, España e Italia), muchos de los cuales acudían allí con claros propósitos de mofarse del «milagro» y de los que creían en él. Desdichadamente, el día amaneció nublado y lluvioso. A las once y media de la mañana, se calcula que se habían congregado en el gran anfiteatro natural de Cova da Iria entre cincuenta mil y setenta mil personas. Entre ellas se encontraban numerosos informadores de prensa, enviados por periódicos de Lisboa y Oporto. A las doce y medio, aproximadamente, se inició el llamado *prodigio solar*: el Sol brilló entre las nubes (llovió torrencialmente en aquellos momentos) e inició su danza.

Pero dejemos que el prodigio nos sea relatado por un testigo calificado: el profesor Almeida Garrett, distinguido hombre de ciencia, catedrático en la Universidad de Coim-

bra, que se encontraba entre la multitud: «Llegué a mediodía. La lluvia, que desde la madrugada caía lenta y persistente, sacudida por un fuerte vendaval, continuaba y amenazaba inundarlo todo. Me detuve en el camino..., dominando el lugar que decían ser el de las apariciones. Me hallaba distante un centenar de metros.

»La lluvia caía copiosa sobre las cabezas y, bajando a regueros, empapaba los vestidos. Eran como las dos de la tarde (poco después de mediodía). Pocos instantes antes, el Sol había rasgado el denso nubarrón que lo ocultaba y apareció radiante: todas las miradas se dirigieron a él como atraídas por un imán.

»También yo lo miré fijamente y lo vi semejante a un disco de contornos definidos, resplandeciente, pero sin deslumbrar.

»No me pareció exacta la comparación que allí mismo, en Fátima, oí, de un disco de plata empañado. No; su aspecto era de una claridad nítida y cambiante, que se asemejaba a los cambiantes o *irisaciones de una perla*.¹ No se parecía en nada a la luna en noche serena, pues no tenía ni su color ni los clarososcuros. Parecía una *rueda bruñida*, sacada de una concha nacarada. Esto no es poesía: mis ojos lo han visto así... Por otra parte, aquel disco solar no parecía difuso ni de modo alguno cubierto; antes se destacaba nítido en su fondo y en su circunferencia.

»Este disco, tan rápidamente cambiado y tan esplendoroso, parecía haber tomado el vértigo del movimiento. No era el centelleo de luz viva de una estrella. *Giraba sobre sí mismo con una velocidad arrolladora.*

»De repente, de la muchedumbre brota un clamoreo, cual grito de angustia. El Sol, conservando la velocidad de

1. En una antigua obra sánscrita, el *Samarangana Sutradhara*, se describe así el método de propulsión de las *vimanas*, o naves aéreas que aparecen en el *Mahabharata*: «Cuatro sólidos recipientes de mercurio deben instalarse en la estructura interior. Una vez calentados por el fuego..., la *vimana* adquiere la fuerza del trueno gracias al mercurio. E inmediatamente se convierte en una *perla en el cielo* (la cursiva es mía). Es preciso señalar que en sánscrito se distinguía entre obras místicas (*Daiva*) y reales (*Manusa*). El *Samarangana Sutradhara* tiene la consideración de obra *Manusa*.

Volvemos a encontrar el símil de *perla en el cielo* en un caso muy reciente, acaecido en Turís (Valencia) el 25 de julio de 1979 y recogido por Vicente-Juan Ballester Olmos y Miguel Guasp en su última obra (véase *Bibliografía*). El testigo, un agricultor de cincuenta y cuatro años llamado Federico Ibáñez, dice que, tras despegar, el objeto por él visto se convirtió en una *perla en el cielo*. Estas *perlas* son verdaderas «perlas» para el investigador que practica el método comparativo, como uno de los caminos para llegar a la verdad.



Algunas apariciones de la «Virgen» iban acompañadas por la caída de copos blancos, o filamentos evanescentes, llamados por los franceses —muy apropiadamente en este caso— «Fils de la Vierge». La caída de estos filamentos ha acompañado muchas observaciones de ovnis. Parece que contienen silicio en gran proporción.

su rotación, se desprende del firmamento y, sanguinolento, avanza hacia la tierra, amenazando aplastarnos bajo el peso de su ingente mole de fuego...

»Son momentos de impresión terrorífica... (L. G. da Fonseca, op. cit., pp. 97 y 98.)

La cursiva, naturalmente, es mía, y se propone resaltar el parecido de estas extrañas evoluciones del Sol con las evoluciones de un «platillo volante». Otros testigos hablan también de la caída del astro en «hoja muerta» (movimiento característico de los ovnis), y el barón de Alvaizere dice que descendió y luego subió «en espiral». Paul Misraki presenta en su obra (véase *Bibliografía*) un detallado cuadro comparativo del fenómeno solar de Fátima con diversos eventos ufológicos.

Cuando el supuesto disco solar, que no cesaba de girar sobre su eje, descendió hacia la multitud, fueron muchas las personas que sintieron una sensación de hormigueo y calor. A algunos se les secaron completamente los vestidos, que tenían empapados. A otros, no. Desde lugares situados en un radio de varios kilómetros en torno a Fátima, se observó también la «danza del Sol». Pero los observatorios astronómicos del hemisferio iluminado no observaron aquel día nada anormal, ni en los cielos ni en el Sol. Esto significa que se trató de «un fenómeno local»; un fenómeno que se desarrolló a muy baja altura (probablemente a unos cientos de metros), y que estaba dirigido únicamente a «la gente reunida en Cova da Iria», con objeto de impresionarla.

Quizá fuese uno de los últimos intentos realizado por ellos para establecer contacto con la humanidad a gran escala; una de las mayores demostraciones cósmicas que han realizado en nuestro planeta. Sea por lo que fuere, no parece haber conseguido el resultado propuesto.

3. EL OVNI «MILAGROSO» (II)

El humanoide de Imjärvi

Dos rudos esquiadores finlandeses tuvieron un encuentro, en un bosque nevado de su país, que de haber ocurrido en otro lugar, época y a cuenta de otras personas más crédulas y sencillas (niños, tal vez), hubiera originado una «aparición mariana» más que añadir al catálogo donde figuran La Salette, Lourdes, Fátima, Garabandal, La Codosera e, incluso, El Palmar de Troya. Pero el encuentro de los finlandeses con un extraño ser «que descendió del cielo en un rayo de luz» es interesante, porque nos permite ver lo que pasó en Fátima desde una nueva óptica y comparar ambos casos.

Vamos a relatarlo sucintamente.

El extraño incidente saltó por primera vez a la luz pública en la sección «World round-up» (De todo el mundo) de la revista inglesa *Flying Saucer Review*, en su número de mayo-junio de 1970. Se trataba de un informe enviado a la FSR por el investigador sueco Sven-Olof Fredrikson, miembro de un grupo llamado GICOFF, de Gotenburgo. Por aquel entonces, el señor Fredrikson era un estudiante de física en aquella universidad. En su informe se refería al extraño encuentro que tuvieron dos obreros finlandeses, los señores Aarno Heinonen y Esko Viljo, de treinta y seis y treinta y ocho años de edad, respectivamente, en un bosque nevado situado a 16 km al norte de la población de Heinola. Fredrikson describe a ambos hombres con estas

palabras: «Los dos son hombres muy prosaicos y, en su vida de operarios, jamás habían experimentado nada parecido.»¹

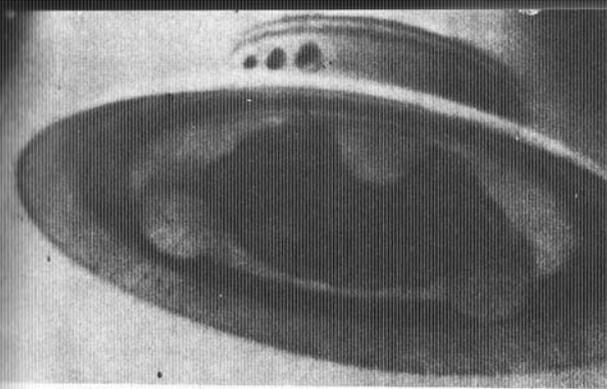
En el número de julio-agosto del mismo año, la revista citada publicaba un nuevo artículo de Sven-Olof Fredrikson, con más información sobre el caso. En este artículo se refería a los trastornos fisiológicos experimentados por los dos testigos, con mayor detalle que en el informe anterior. Pero hay que esperar al número de setiembre-octubre de 1970 de la FSR para obtener una visión más completa y de conjunto del caso, debida también a Sven-Olof Fredrikson. Este texto es el que nos va a servir de base para la exposición del llamado «caso de Imjärvi» (después veremos por qué).

Fredrikson empieza diciendo que, en las cartas que le escribieron, ni Heinonen ni Viljo contaron toda la historia. Y ello por dos razones: en primer lugar, Heinonen, que fue quien facilitó casi toda la información, parece que sufrió una amnesia parcial. (Este detalle es importantísimo, porque no puede descartarse totalmente que el incidente no encerrase una abducción.) Este inconveniente, según Fredrikson, se obvió casi totalmente cuando pudo entrevistarse en persona al testigo.

En segundo lugar, resulta que, después del incidente, Viljo y Heinonen «no lo comentaron en absoluto» en sus conversaciones, lo que no deja de resultar raro, incluso para dos flemáticos hijos del Norte. Por lo visto, a ello contribuyó «el creciente temor que Heinonen sentía por su camarada» Viljo, que le impedía ir a visitarlo. Este temor surgía de la creencia —equivocada, según se comprobaría— de que había visto una imagen grotescamente distorsionada y disminuida (hasta poco más de 1 m) de Viljo, durante el episodio, en medio de la niebla. Por su parte, Viljo consideraba que había visto «algo inexistente», y prefirió no hablar de ello, porque no quería que la gente se riese de él.

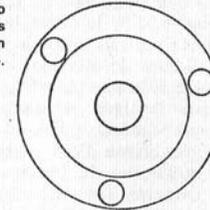
A principios de junio de 1970, un reportero enviado por una revista sueca se desplazó a Finlandia para investigar el caso de primera mano y escribir un reportaje sobre el mismo. Fredrikson y el reportero en cuestión estuvieron

1. También hay un excelente estudio sobre el caso, a cargo de Alberto Adell Sabatés, en el número 42 (diciembre de 1980) de la revista *Stendek*.



Nave «adamskiana», mostrando las tres «bolas» equidistantes.
(Foto George Adamski.)

Plano del ovni de Imjärvi, visto por su parte inferior. Obsérvense las tres bolas o hemisferios que lo convierten en una «nave adamskiana».



Los dos esquiadores finlandeses, Heinonen (izquierda) y Viljo, en el claro del bosque donde se produjo el extraño encuentro.



en contacto durante seis meses; en este tiempo, el interés del periodista por el tema se avivó enormemente. Gracias a las preguntas que el enviado del semanario sueco formuló a Viljo y Heinonen, ambos fueron relatando toda la historia a retazos no sólo al reportero, sino uno a otro por primera vez. Del estudio de estas entrevistas y de la comparación de las mismas con lo que declararon ambos testigos en sus cartas a Fredrikson, después de estudiar los informes médicos sobre los efectos fisiológicos producidos al parecer a consecuencia del encuentro, he aquí lo que Fredrikson expuso como resumen del caso.

El informe Fredrikson

El incidente tuvo lugar el miércoles 7 de enero de 1970, a las 4.45 de la tarde, hora local, en un bosque de las afueras de Imjärvi, poblado situado 16 km al nornordeste de la ciudad de Heinola, en la Finlandia meridional. A su vez, Heinola se encuentra a 130 km al nordeste de Helsinki. Los dos testigos, el guardabosques Aarno Heinonen, de treinta y seis años, y Esko Viljo, labrador, de treinta y ocho, según queda dicho, habían salido a esquiar. Ambos eran esquiadores de fondo, habiendo tomado parte en muchas carreras; también practicaban el atletismo, participando en competiciones locales. Los dos son abstemios y no fuman.

Ambos descendían por la ladera de una pequeña colina, cuando se detuvieron en un calvero para hacer una breve pausa. El Sol iba a la puesta y empezaban a verse algunas estrellas. Hacía mucho frío: 17 °C bajo cero, y no soplaban un hálito de viento.

Llevaban unos cinco minutos de pie en el calvero, cuando oyeron un zumbido. Distinguieron entonces una luz que se movía por el cielo. La luz se aproximaba a ellos desde el norte, describiendo una amplia curva, lo que dio por resultado que se acercase entonces desde el sur. Al mismo tiempo descendió, mientras el zumbido, débil al principio, se hacía más fuerte. La luz era muy intensa cuando se detuvo. Ambos vieron entonces que una nube luminosa giraba a su alrededor. Era como una niebla, entre gris y rojiza, que pulsaba con una luminosidad fantasmal. Al mismo tiempo, de la parte superior de la nube salían vaharadas

de humo. Los dos hombres permanecían inmóviles, mirando hacia lo alto y sin pronunciar palabra.

La nube descendió hasta unos 15 metros de altura, y fue entonces cuando, en su interior, pudieron ver un objeto redondo, plano por abajo y de aspecto metálico. Les pareció que medía unos tres metros de diámetro. En su parte inferior se observaban tres hemisferios y, en el centro, un tubo de unos 25 cm de diámetro, que salía unos 20 centímetros.

El objeto permaneció suspendido en el aire unos momentos, mientras seguía oyéndose el zumbido. Este fue aumentando de intensidad, paulatinamente, mientras el objeto descendía con lentitud. Simultáneamente, la niebla gris rojiza comenzó a esfumarse. El objeto detuvo su descenso cuando se encontraba a tres o cuatro metros del suelo; al mismo tiempo cesó el zumbido. Heinonen manifestó que lo tenía tan cerca que podría haberlo tocado con su bastón de esquiar.

De pronto, del tubo inferior brotó un brillante rayo de luz que describió un par de círculos antes de detenerse, creando un círculo, brillantemente iluminado, sobre la nieve. Este medía cosa de un metro de diámetro y estaba rodeado por un borde negro, de 1 cm de ancho. Los dos hombres seguían muy quietos, mientras una niebla roja grisácea empezó a descender sobre el lugar.

Cedamos la palabra a Heinonen: «De pronto sentí como si alguien me hubiese agarrado por la cintura y tirase de mí hacia atrás. Creo que di un paso hacia atrás y en aquel mismo instante vi al ser. Estaba de pie, dentro del rayo de luz, con una caja negra en las manos. Por una abertura redonda de la caja surgía una luz amarillenta y pulsante. El ser medía unos 90 cm de alto; sus brazos y piernas eran muy delgados. Su rostro era pálido, cerúleo. No reparé en sus ojos, pero sí en la nariz, que era muy extraña. Más que una nariz parecía un pico ganchudo. Las orejas eran muy pequeñas y se estrechaban hacia la parte superior. Aquel ser llevaba una especie de mono de un material verde claro. Calzaba unas botas de un color verde más oscuro, que le llegaban hasta más arriba de las rodillas. Vi también que llevaba unos guanteletes blancos que le subían hasta los codos, y los dedos con que sostenía la caja negra parecían unas garras curvas.»

Veamos cómo Esko Viljo, por su parte, describe a esta

extraña criatura: «Yo también lo vi. El ser estaba en el centro de la luz brillante y despedía una luminosidad fosforescente, pero su cara era muy pálida. Tenía los hombros muy delgados y caídos, con unos brazos finos como los de un niño. No pensé en sus ropas, sólo observé que tenían una coloración verdosa. Sobre la cabeza llevaba un casco cónico que brillaba como si fuese de metal. El ser medía menos de un metro y era muy delgado.»

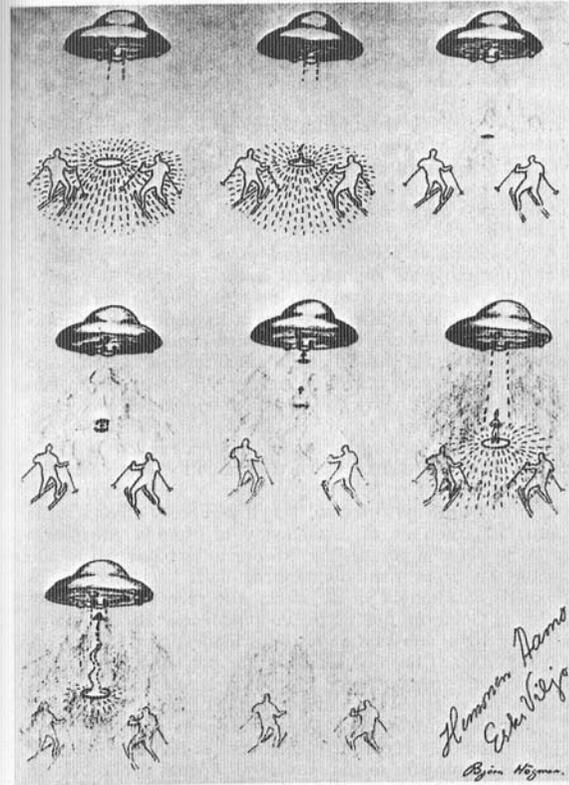
Mientras los dos esquiadores permanecían de pie, contemplando al humanoide, éste se volvió ligeramente y, con la abertura de la caja, apuntó hacia Heinonen. La luz pulsante era muy brillante, casi cegadora. Mientras el pequeño ser permanecía en el interior del rayo luminoso, una espesa niebla, entre gris y rojiza, descendió del ovni, y del círculo luminoso trazado sobre la nieve brotaron enormes chispas. Las chispas eran muy grandes, pues medían casi 10 cm de longitud. Su coloración era roja, verde y lila. Surgieron flotando en amplias curvas, para alcanzar a los dos hombres, pero éstos no notaron nada. La niebla se fue espesando cada vez más, hasta el punto que Heinonen y Viljo no podían verse. Por último, incluso el ser del rayo de luz dejó de ser visible. Para entonces, calculan que lo estuvieron viendo durante unos 15 o 20 segundos.

«Súbitamente —sigue relatando Esko Viljo—, el círculo sobre la nieve se fue encogiendo y el rayo luminoso ascendió, flotando como una llama temblorosa, hasta desaparecer en el interior del tubo que el objeto tenía en su parte inferior. Entonces pareció como si algo "apartase" la niebla, y sobre nuestras cabezas vimos el cielo estrellado y vacío.»

Ambos continuaron allí, sin moverse, quizá durante tres minutos más. «No teníamos miedo —dijo Heinonen— y permanecimos allí, sin hablar y sin hacer nada.» Pero unos dos minutos después de haberse disipado la niebla, Aarno Heinonen notó que su costado derecho estaba insensible, y cuando trató de dar un paso adelante con sus esquís, cayó al suelo.

«Había tenido el lado derecho de mi cuerpo —dijo— vuelto hacia la luz: me dolía la pierna derecha y la tenía completamente insensible desde el pie hacia arriba. No conseguí levantarme por mí mismo, aunque lo intenté varias veces.»

Tuvo que dejar sus esquís en el lugar; Viljo le ayudó a



Desarrollo del incidente de Imjärvi, en el que consta, al margen, la aprobación de los testigos. (Según el GICOFF.)

levantarse y a recorrer los 2 km que los separaban del poblado. Invirtieron aproximadamente una hora en recorrer esta distancia. Cuando finalmente llegaron a casa de los padres de Heinonen, éste no se encontraba nada bien. Le dolía la espalda y tenía las extremidades entumecidas y doloridas. Por si fuese poco, sufría una fuerte jaqueca y no tardó en sentir vómitos. Cuando más tarde fue al lavabo, observó que tenía la orina negra como café. (Este síntoma se mantuvo durante cosa de un mes.) También le costaba respirar.

A las ocho de aquella misma tarde fue a ver al doctor Pauli Kajanoja, de Heinola. El médico le tomó la presión arterial y la encontró mucho más baja de lo normal, lo cual era indicio de shock. Recetó a Heinonen un somnífero. El día 8 de enero volvió a visitar al mismo facultativo, quien esta vez le prescribió un sedante. Los síntomas no remitían, le dolían brazos y piernas y a veces sentía vértigos. Tenía frío, pero no mostraba temperatura elevada.

El 14 de enero fue por tercera vez al médico; éste le administró un medicamento destinado a regular la circulación. Pero su cuadro clínico continuaba y le impedía trabajar. A mediados de mayo escribió a Fredrikson lo siguiente: «Aún sigo enfermo. Tengo jaqueca y dolores en la nuca, así como en el estómago y la espalda. Me siento la mano derecha pesadísima. No puedo trabajar. Mi estado apenas ha experimentado mejoría desde el invierno. Los médicos de Heinola ya no saben qué recetarme. ¿Es tan pobre el Gobierno que no puede ayudarnos? He tratado de obtener algún subsidio de las autoridades, pero no he conseguido nada. Creo que tendrían que pagarme, pues yo no sé por qué estoy enfermo. Estuve en el sitio donde vimos el objeto y después mi estado ha empeorado.»

Heinonen sufría también una amnesia parcial. Tardó algún tiempo en recordar plenamente el incidente. A principios de junio aún seguía muy débil. Apenas probó bocado desde enero. Antes del 7 de enero se hallaba en una espléndida forma física, pero después del incidente el menor trabajo le dejaba exhausto.

En cuanto a su compañero Esko Viljo, éste no notó nada anormal inmediatamente después del encuentro, pero una hora después se le puso la cara hinchada y rojiza, y su andar se hizo titubeante. El doctor Kajanoja le recetó dos píldoras somníferas. A la mañana siguiente, a Viljo le cos-

taba mantener el equilibrio y notaba como una falta de peso, especialmente en las piernas. Las manos y el pecho también se le enrojecieron. El 9 de enero de 1970, el médico le prescribió un sedante. Durante un par de días tuvo dolor de cabeza.

El 12 de enero visitó un oftalmólogo de Lahtis, porque le dolían los ojos, que tenía hinchados y enrojecidos. El facultativo le recetó un colirio. Dos días después, un médico de Heinola le aconsejó que tomase un producto para la circulación. El 17 volvió al mismo médico, quien lo encontró normal. Pero en la sauna, su cuerpo adquirió una rojez desacostumbrada.

En una carta que escribió a Fredrikson, a mediados de mayo, comenta: «Algunas personas que visitaron el lugar de los hechos, se sintieron mal un par de días después. ¿Podría esto ser algún tipo de infección?»

El doctor Kajanoja, tras un detenido reconocimiento de ambos, declaró: «Creo que estos dos hombres han experimentado un tremendo shock. La cara de Esko Viljo estaba muy colorada y presentaba cierta tumefacción. Ambos parecían como ausentes, distraídos. Hablaban muy aprisa y de modo incoherente. No encontré nada anormal, clínicamente, en Heinonen. No se sentía bien, pero podía ser una reacción de su estómago ante la impresión sufrida. Los síntomas que me describió son iguales a los que presentan las personas sometidas a una dosis de radiactividad. Por desgracia, yo no disponía de instrumental para medirla. En cuanto a la orina negra, me parece algo inexplicable. Posiblemente debía de contener una elevada proporción de sangre, pero una situación así no puede prolongarse durante meses. (Solamente le duró un mes.) En consecuencia, no puedo prescribir ninguna medicación determinada.» Sin embargo, en las muestras de tierra analizadas no había radiactividad.

Cuando Bo Ahlqvist, reportero enviado por la revista sueca *Fib-Aktuellt*, visitó el lugar de la aparición, con un fotógrafo, a comienzos de junio y en compañía de Viljo y Heinonen, ocurrió el siguiente fenómeno: al cabo de un rato de permanecer en el sitio, las manos de Viljo, Heinonen y un intérprete que los acompañaba, enrojecieron. Heinonen se vio obligado a abandonar el lugar a causa de un repentino dolor de cabeza.

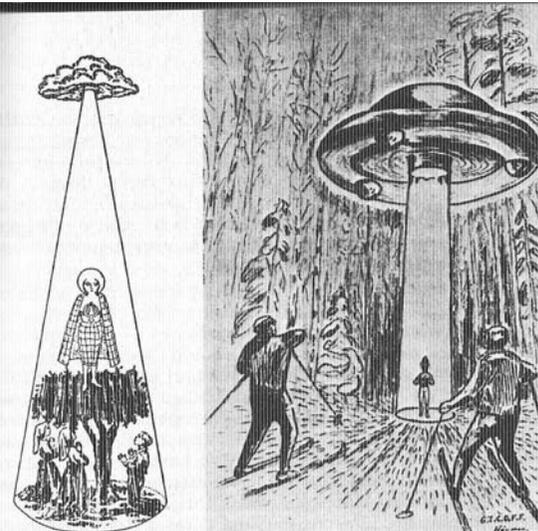
Hechos corroborativos

En primer lugar, señalemos que tanto Viljo como Heinen gozaban de una excelente reputación en la comunidad, donde se los consideraba personas serias e incapaces de urdir una historia tan extraña. Por otra parte, varias personas vieron una luz inexplicable en el cielo, el día 7 de enero, coincidiendo con el supuesto encuentro de los dos esquiadores, y no sólo desde Imjärvi, sino también desde Paaso, localidad situada a 10 km al norte de Imjärvi. Pero hay más: un año antes, un muchacho de dieciséis años, llamado Matti Kontulainen, había visto una luz extraña, en un lugar a sólo cien metros del calvero donde Viljo y Heinen vieron el ovni.

Diez años después

En setiembre de 1980, la FSR publicó lo que pudiéramos llamar un *post-scriptum* al caso de Imjärvi. Su autor era Anders Liljegren, director de la publicación ufológica sueca *AFUs Uyhetsblad*, de Södertälje. En realidad, el artículo de la FSR era la traducción al inglés del publicado por Liljegren en el número 18 (enero-marzo de 1980) de la publicación citada. A su vez, el artículo sueco se basaba en una serie de artículos aparecidos en la revista finesa *Ufoai-ka*, en 1972 y 1973, por una parte, y por otra en la correspondencia sostenida entre Aarno Heinonen y un investigador colega de Liljegren, llamado, curiosamente, Jorma Heinonen. Según aclara Liljegren, esta coincidencia de apellidos es puramente casual. Asimismo, Liljegren mantuvo estrecha relación con Sven-Olof Fredrikson, de Göteborg (Gotenburgo) y con el periodista Bo Ahlqvist, que se mantenía asiduamente en contacto con los testigos.

La información recogida a través de estas diversas fuentes por Liljegren es desconcertante y nos ofrece un cuadro muy complejo. En efecto: además de un encuentro con un humanoide y su nave, seguido de efectos fisiológicos, la cosa se complica y tenemos un contacto de tipo mesiánico de Heinonen, e incluso una posible abducción del mismo. Aparecen en escena más humanoides —uno de ellos femenino y que recuerda extrañamente a la «Señora» de Fátima—; por todo ello, este caso adquiere unas dimen-



A la izquierda, reconstrucción del descenso de la «Señora» de Fátima; a la derecha, reconstrucción del descenso del pequeño ser de Imjärvi. El parecido entre ambos sucesos es sorprendente.

George Adamski con su telescopio de aficionado, al que tenía acoplada una cámara fotográfica. Con este equipo obtuvo —asegura— algunas de sus sensacionales fotos de «naves venusianas».



siones mayores y se coloca a caballo de un simple CE III, un contacto mesiánico y una abducción. Por desgracia, estas noticias, que se remontan a 1973, es lo último que sabemos sobre el caso y sus extrañas secuelas. Después de esa fecha, Heinonen y Viljo parecen esfumarse. Liljegren afirma que ha rebuscado en vano en la literatura ufológica mundial, pero no ha hallado más información sobre el caso de Imjärvi con posterioridad a 1973.

Aarno Heinonen: ¿un predestinado?

Por lo que pudo averiguar Liljegren, el encuentro de 1970 quizá tendría que considerarse como un eslabón más en una continuada cadena de acontecimientos: ¡Heinonen aseguraba que ya en 1964 había visto un ovni! En su número 10 (1972) *Ufoaika* informaba que hasta el 15 de agosto de 1972, Aarno Heinonen había efectuado nada menos que veintitrés observaciones de ovnis. Y también se había convertido en un *contactee*. En una carta a Jorma, fechada el 8 de noviembre de 1972, Heinonen afirmaba haber visto unos treinta fenómenos luminosos (discoidales en cuatro ocasiones), y humanoides en cinco ocasiones distintas, el 7 de enero de 1970 inclusive. Y en tres ocasiones se había encontrado con una mujer humanoide, con la que sostuvo una conversación... ¡en finés!

Por su interés documental, voy a transcribir el relato que hizo el propio Heinonen de su supuesto primer encuentro con la «mujer»: «El 5 de mayo de 1972 oí tres “señales sonoras” y luego una voz femenina, desconocida, que me pedía que fuese a encontrarme con ella en un lugar situado a las espaldas de un granero rojo, situado cerca de la encrucijada de Jaala y Voikoski. Yo tenía que ir solo, y no debía llevar mi cámara fotográfica ni mi grabadora. La voz era aguda y parecía “cansada”.

»Me dirigí al lugar indicado, en mi Vespa. Eran las diez y cuarto de la noche. Cuando llegué a la parte posterior del granero vi a una mujer vestida con un traje y pantalones amarillo vivo y con largos cabellos rubios, de puntas levantadas, que le caían sobre los hombros. Su traje era muy ajustado y relucía cuando ella se movía. Vi que calzaba zapatos plateados con rosetas rojas. En su mano izquierda sostenía algo que me pareció una bola plateada,

conectada a una varilla que empuñaba con la diestra. De la bola salían tres antenas, de unos 30 cm de largo. Las tres estaban apuntadas hacia mí.

»Yo no tenía miedo y me dirigí hacia ella. La mujer vino a mi encuentro y me tendió la mano, diciendo: “Hyvää Päivää” (¿Cómo está usted?, en finés.) Yo le estreché la mano, que me pareció suave y fría. Ella dio entonces dos pasos atrás, y entonces reparé en la presencia de otra persona, un hombre, de pie e inmóvil, a unos 70 m de nosotros. El vestido del hombre también era amarillo, algo más claro quizá, y se tocaba con una especie de sombrero. En aquella oscuridad no pude verlo con demasiado detalle.

»Pregunté a la mujer que de dónde venían (la llamé “señorita” porque no vi que llevase ningún anillo en sus dedos). Ella me contestó: “Venimos del otro lado de la galaxia, de un agradable país verde.” Luego me dijo que tres especies distintas de “humanoides” habían visitado Imjärvi. Primeramente seres pequeños, luego gente como ella (medía 1,40 m) y, por último, una especie más alta, de casi dos metros de estatura. Me contó que la visita efectuada por el pequeño humanoide, en 1970, había durado tres minutos, aunque nosotros creímos que sólo había durado unos segundos. La mujer también me dijo que tenía 180 años,¹ aunque sólo aparentaba veinte.»

Este «contacto» casa en muchos de sus detalles con otros incidentes similares. La «bola luminosa» aparece en numerosos casos de encuentro, desde Carlos Villa Paz a Olavarría (ambos en la Argentina, y que examinaremos más adelante). La conversación en la lengua del testigo también es un detalle clásico: aparece desde el caso de Gary Wilcox (inglés) hasta el de Pere Ribalta Puig (catalán) y Fátima (portugués). El aspecto de la «mujer», repito, recuerda el de la «Uraniana» de Fátima, con su «traje resplandeciente», su pequeña estatura y sus facciones juveniles, casi añiñadas. Si en vez de un rudo guardabosques finlandés, el testigo hubiese sido un pastorcillo de un país católico del sur de Europa, hubiéramos tenido una «aparición mariana» más.

1. Se supone que el cómputo del tiempo era en años terrestres.

Segundo encuentro con la entidad

En este segundo encuentro, que paso a transcribir, Aarno vio el «vehículo» de la «señorita» cósmica. (Aquí, en efecto, se trataba de una «señorita»; no de una «Señora» como en Fátima.) Pero continúa la atmósfera de «aparición mariana» en todo el extraño episodio:

«El 18 de junio de 1972, a la misma hora que la primera vez, volví a recibir instrucciones por medio de la voz femenina. Esta vez tenía que ir al cruce de caminos de Antinhaara. De allí sale un sendero, de unos cien metros, que lleva a lo alto de un otero. Allí fue donde encontré a la mujer, esta vez sola.

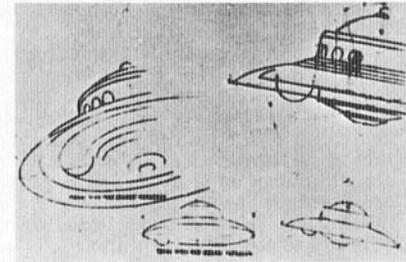
«Hablamos de las mismas cosas que en la primera ocasión. Cuando yo le pregunté cómo había llegado hasta allí; me contestó: "Vuelve a tu casa y verás el hermoso vehículo en que hemos venido." Así lo hice, y a unos ciento cincuenta metros de mi casa ya distinguí la nave. Estaba a baja altura, quizás a no más de cien metros. Se balanceó y dejó de moverse, para quedarse suspendida sobre mí. Detuve mi *scooter* y la observé desde abajo. Aquel objeto, de forma discoidal, no emitía luz alguna, pero vi que su color era plateado. Tampoco vi ventanas ni ojos de buey. Calculé que su diámetro era de cinco a siete metros. Al cabo de un momento se elevó lentamente en el cielo.

«En ambas ocasiones hablé con la mujer durante unos cinco minutos. Ella hablaba muy aprisa, con voz que parecía "tensa"; sus palabras, sin embargo, le salían de la boca. Le pude ver los dientes, que tenían una anchura doble a la de los nuestros. Tenía la cara y las manos muy blancas y era extraordinariamente hermosa. Parecía tener la nariz respingona. Ya he dicho que medía aproximadamente un metro cuarenta, y llevaba un traje de dos piezas con un cuello muy alto, tipo cuello de cisne. Sus zapatos no estaban unidos al pantalón. Tenía unos ojos muy grandes, de un azul maravilloso.

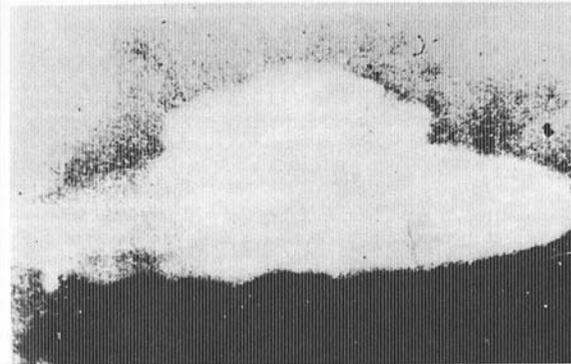
«Durante ambos encuentros, ella sostuvo constantemente la bola plateada en sus manos (como la "Uraniana" de Fátima). De la bola no brotaba el menor sonido. Su método de partida era muy singular: parecía irse "flotando" hasta que desaparecía. (También como en Fátima.) Andaba muy envarada, sin doblar las rodillas.»

Aarno Heinonen contó a los investigadores finlandeses

Arriba, dibujo
hecho por
el niño inglés
Stephen Darbishire
del ovni que
fotografió en 1954,
hecho «antes» de
que la película
fuese revelada.
Abajo, croquis
del ingeniero
Leonard Cramp,
en que se comparan
los «plátanos» de
Adamski y Darbishire.
Según el doctor
Cramp, se trataba
del mismo objeto.



Este fue el objeto fotografiado casualmente por Stephen Darbishire en Coniston (Inglaterra), cuando se hallaba fotografiando nidos de pájaros en compañía de su primo Adrian Myers.



otros detalles más bien de corte «keeliano»: un ser de rostro indiscernible que se materializó un día en la cocina de Viljo; algún fenómeno de tipo *poltergeist*, un encuentro en Heinola con otro humanoide que medía más de dos metros, y que entregó a Aarno una pluma o bolígrafo rojo..., etcétera.

Dijo, además, que los «extraterrestres» le habían implantado en la espalda (sic) un pequeño aparato por medio del cual le controlaban y le impartían órdenes. También afirmó que aquellos seres —que nos llevaban un adelanto tecnológico de 5 000 a 7 000 años— estaban entregados a la tarea de «limpiar» la atmósfera de nuestro planeta... y otras cosas igualmente increíbles.

¿Qué debemos pensar del extraño giro que tomó la vida de Aarno Heinonen —de su compañero Viljo no se nos dice nada— después del encuentro en la nieve, de 1970? Manifiesta muy a las claras el «síndrome del contactado», puesto de manifiesto en otros casos que conocemos. ¿Hay que tomar sus declaraciones al pie de la letra, o bien con ellas nos adentramos en el terreno de la psicopatología? Nada hace presumir que sea así: Heinonen era un hombre sano, robusto y sin complicaciones, a sus treinta y ocho años, edad en que ocurrió el encuentro con el humanoide. Soltero, vivía con sus padres en una casita sin electricidad. Sus principales aficiones eran la pesca y el deporte. El tema de los ovnis y los extraterrestres no le interesaba en absoluto; sus conocimientos al respecto eran prácticamente nulos. De ser todo ello una fabulación, ¿por qué la historia presenta tantos puntos de contacto con otros relatos de supuestos contactados, ocurridos en lugares situados a miles de kilómetros de Finlandia? ¿Y qué podemos decir de los rasgos «marianos» de la «mujer extraterrestre»?

Pero hay otro detalle que, curiosamente, ningún comentarista del caso menciona... o no quiere mencionar. Y es el siguiente.

La nave

En efecto: ni Fredikson ni Liljegren —ni tampoco Adell— hacen el menor comentario acerca de la «nave» vista por Heinonen y Viljo en el calvero del bosque de Imjärvi, aquel día, 7 de enero de 1970. Sin embargo, es una nave famosa

en la historia y la leyenda de los ovnis. ¡Es nada menos que el *Venusian scout ship* (la nave de reconocimiento venusiana) de George Adamski! Sí, la misma, con sus tres hemisferios en la parte inferior, su forma discoidal acampanada y su cúpula (solamente entrevista por Viljo y Heinonen desde su posición inferior). Pero la parte baja de la nave es idéntica a la que aparece en las famosas fotografías de Adamski, que datan de 1952 (compárese la nave que aparece en la reconstrucción del incidente, con la de una nave adamskiana).

De aceptarse el episodio del bosque de Imjärvi, ello significa un serio respaldo a la autenticidad de las fotos de Adamski. Pero hay más: volvemos a encontrar la nave discoidal, con las tres bolas inferiores, en un caso de abducción muy sólido: el del sargento Moody, de la aviación norteamericana. Charles L. Moody fue supuestamente abducido la noche del 12 de agosto de 1975, en Alamogordo (Nuevo México). El hercúleo sargento fue llevado por sus captores al interior de la navicilla, donde le mostraron su «sala de máquinas». En ella vio... la parte interior, o hemisferios, de las tres semiesferas que antes había visto por fuera de la nave. En un próximo libro pienso ocuparme con detalle del caso del sargento Moody, y de paso, establecer unas interesantes comparaciones.

Terminemos este capítulo citando de nuevo la «ley Ríbera» (enunciada ya en 1964): «Los mismos hechos son susceptibles de recibir distintas interpretaciones de acuerdo no sólo con la época en que tuvieron lugar, sino también respecto al trasfondo cultural sobre el cual tuvieron lugar.» Ley que explicaría muchas aparentes incongruencias.

En resumen: el caso de Imjärvi y sus extrañas secuelas constituye un verdadero compendio de eventos ufológicos. En él tenemos desde la «nave tipo Adamski» hasta el pequeño humanoide, el haz de luz compacta, los efectos fisiológicos, psicológicos y parapsicológicos en los testigos, el «contacto mesiánico», una posible —indemostrada— abducción, y para que no falte nada, un paralelo con una de las más famosas apariciones marianas.

Pero las piezas de la «aparición mariana» se nos dan por separado, en Imjärvi. Si la figurilla que descendió por el rayo de luz, desde el ovni (la «nube» en Fátima; pero es que el ovni de Imjärvi también apareció como una «nube»),

hubiese sido la «mujercita» con que Heinonen se entrevistó dos o tres años después, el parecido hubiera sido perfecto. Sin embargo, en Finlandia la «uraniana» prefirió aparecerse al testigo de otra forma, acaso más «normal». Y el diálogo que ambos entablaron brevemente no tuvo nada de religioso, por supuesto.

¿Qué o «quién» se oculta tras esa tramoya? Aarno Heinonen está en la línea de los hombres sencillos, jóvenes y sanos, que «ellos» parecen preferir para sus contactos, sus abducciones o como depositarios de sus «mensajes». ¿Pará ir creando «ciudadanos cósmicos», como postula el doctor Leo Sprinkle, el hombre que más supuestos abducidos ha estudiado y, por tanto, el hombre que más sabe sobre este aspecto importantísimo del problema?

Tal vez.

4. DE LA MANCHA AL GUAPORÉ

El «hombrecillo» de la Mancha

Este libro no se propone ser un catálogo exhaustivo de casos de aterrizaje de ovnis y de encuentros con humanoides. De publicar todos cuantos figuran en mis archivos, alcanzaría una extensión de varios miles de páginas y resultaría de lectura imposible. Únicamente me propongo efectuar una aproximación al fenómeno humanoide y entresacar los casos más reveladores e importantes, o los menos conocidos en España, y de paso concienciar al público.

A principios de enero de 1968 recibí una carta sin firmar, matasellada en un pueblo de Toledo, que a continuación transcribo literalmente:

«Muy Sr. mío: Informado de su interés por la recopilación de datos sobre platillos y seres extraterrestres, me dirijo a usted para darle a conocer un hecho, no sueño, que me ocurrió hace más de cuarenta años. En un lugar de la Mancha (sic), muy próximo al edificio de su iglesia parroquial, me encontré de sopetón con un ser rarísimo que, a pesar del mucho tiempo transcurrido, no he podido olvidar. Su altura era aproximadamente de 1,20 m; su vestimenta, de tipo uniformado y verdosa; sus brazos y piernas se encontraban rígidos y pegados al cuerpo y en las manos (también juntas) un soplillo circular de unos 20 cm de diámetro, flexible, pero con sonido metálico. Sus piernas, también rígidas y sus pies unidos por un eje, el cual

hacia girar una ruedecilla circular, sobre la que andaba, a mi parecer dirigida e impulsada dicha ruedecilla por los efectos del sopillo (que) portaba en sus manos. Llegué a contemplarlo a una distancia de unos dos metros, por breve tiempo, mirándonos mutuamente, pero sin llegar (a) hacer uso de la palabra.

«Rogándole sepa perdonar el anónimo, queda suyo afemo.» (Sin firma.)

La curiosa carta estaba matasellada en Quero, localidad de la provincia de Toledo, entre Alcázar de San Juan y Quintanar de la Orden. La población actual de Quero no llega a los 3 000 habitantes, y en su término municipal hay manantiales de aguas salinas medicinales. Nuevamente volvimos a encontrar el agua asociada a un caso de humanoides.

Reconozco que la evidencia en favor de la autenticidad de este caso es muy débil. Ballester Omos, que al principio lo había incluido en su catálogo de descensos aterrizajes ibéricos, terminó por eliminarlo del mismo. El humanoide de la monerueda y del «sopillo» resulta desconcertante, pero su mismo carácter absurdo, por paradójico que parezca, le confiere cierta verosimilitud. El testigo anónimo sitúa el singular encuentro cuarenta años antes. Atendiendo a que la carta es de principios de 1968, esto nos retrotraería a 1924. En 1924, en plenos «felices veinte», un compatriota nuestro se dio de manos a boca con un pequeño «extraterrestre» dedicado a misteriosas maniobras «en un lugar de la Mancha».

Como el clásico. ¿Tan fantástico como él, o «real»? Misterio.

Pero sea verdad o no el extraño encuentro, en una cosa deseo insistir. No estamos solos. Ni en el universo, ni en este planeta que nos ha tocado en suerte habitar. Digan lo que digan los «sabios», y por más que el elemento ilustrado, los «letraheridos» (vierto aquí literalmente el término catalán «lletraferit», intraducible, pero altamente expresivo), prefieran seguir hablando de Proust, de Kafka y de Brecht. Quizá si Balzac viviese hoy, su *Comedia humana* tendría algunos personajes —o personajesillos— más. Quizá.

Oval del tren de
Guastajira (1938).
Arriba: primera fase.
Abajo: segunda fase
con el «ascensor»
extendido y dos
humanoides. (Según
V.-J. Ballester Omos.)

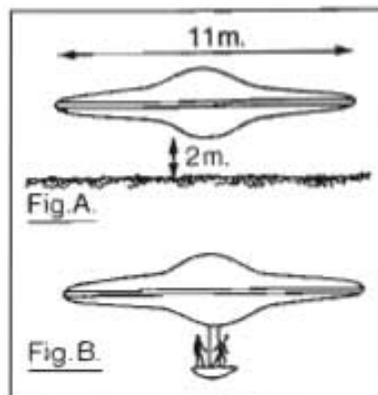
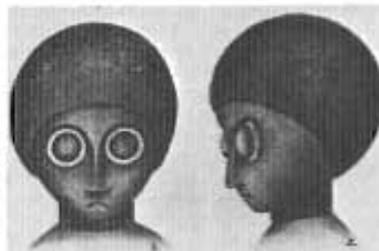


Fig. A.

Fig. B.



Detalle de la cabeza
de los dos pequeños
seres, que Johnnis pudo
observar detenidamente.
Llevaban un mono azul,
cinturón rojo y su
faz era grisácea.

En agosto de 1947,
hallándose en la
localidad italiana de
Villa Santina (Carnio)
el pintor Johnnis
practicaba el
montañismo, se
encontró con estos
dos humanoides que lo
paralizaron, haciéndole
correr el sueño. En
un caso clásico, y
probablemente
el encuentro
con humanoides más
antiguo de Europa.



Encuentro en el frente de Guadalajara

Estamos en las postrimerías de la guerra civil española. Falta menos de un año para que ésta toque a su fin. Eran las once y media de la noche. En un lugar impreciso del frente, un teniente del ejército republicano y su asistente vieron de pronto un intenso resplandor, procedente de un objeto que revoloteaba. Era negrozco y tenía forma lenticular; o sea, que parecía una gigantesca lenteja de unos 11 m de diámetro por 5 de altura, en su parte más gruesa. Una columna axial empezó a descender por su parte inferior, sosteniendo en una plataforma terminal a dos figuras vagamente humanas que se movían. El objeto se hallaba a unos 60 m de distancia de los dos militares y a unos 2 m del suelo. Del ovni partía un círculo de luz azul. Este foco se alzó hasta bañar en su resplandor a los dos testigos, quienes sintieron un escalofrío.

¿Quién era este observador furtivo de nuestra contienda civil? Como es de suponer, el teniente pensó que se trataba de un arma secreta de los alemanes (sic), o de su propio ejército. Jamás cruzó por su mente la idea que pudiese tratarse de algo que no fuera de este mundo. Pero no era la primera vez que nuestras luchas fratricidas — toda guerra es una lucha fratricida, sean quienes sean los contendientes — eran discretamente observadas. En guerras anteriores y posteriores también hubo espectadores no invitados. Precisamente el fallecido investigador gallego Oscar Rey Brea, que es quien comunicó el caso de Guadalajara, hallándose en el frente de Rusia con la División Azul española, pudo observar, en setiembre de 1943 y sobre la zona de Puskin, un disco volador, de aspecto metálico y brillante, que inmóvil a gran altura parecía seguir las incidencias de un combate aéreo entre cazas alemanes y soviéticos.

El disco de Guadalajara es casi igual al que vio el comandante Oskar Linke en Alemania, al visto por Mario Zuccalá en Italia y precisamente al que figura en el caso del abducido español Julio F., visto — y visitado — por él en Soria. Los cuatro aparatos mostraban el tubo o cilindro axial, la cúpula y la gran «ala» discoidal periférica.

Vámonos al Brasil

En un número de la excelente revista carioca *O Cruzeiro*, correspondiente al 13 de noviembre de 1954, el periodista João Martins, especializado en el tema de los *pires voadores* (platillos volantes), desenterró un caso de 1947, del que se enteró gracias a los recortes de prensa que le mandaron tres lectores de la revista que no se conocían entre sí.

El caso de «encuentro» sucedió en Baurú, localidad del estado de São Paulo, región del Paraná, al oeste de la colonia Goio-Bang, que queda al nordeste de Pitanga y al sudoeste de Campo do Mourão. El caso es interesante precisamente por su antigüedad, pues los casos de «contacto» y de «encuentro» aún eran prácticamente desconocidos del gran público. Aún faltaba un mes para que en Europa se produjese el famoso encuentro del pintor Johannes con dos humanoides, cerca de Villa Santina (Carnia). Pero cedamos la palabra al propio protagonista del caso, el topógrafo José C. Higgins:

«Me encontraba —dice éste—, el día 23 de julio de 1947, en el término de Baurú, realizando unos trabajos topográficos, cuando, al atravesar uno de los raros descampados de la región, un silbido profundo y grave me hizo levantar la mirada hacia el cielo. Vi entonces algo que me erizó los cabellos: una extraña nave aérea, de forma circular, con rebordes absolutamente iguales a los de una cápsula médica, descendía del espacio. Mis hombres, todos ellos sencillos caboclos,¹ huyeron despavoridos ante aquel espectáculo. Y yo, no sé por qué, decidí quedarme y aguardar los acontecimientos.

«El extraño aparato recorrió el terreno en un círculo cerrado y aterrizó suavemente a unos 50 m del lugar donde me encontraba. Era algo sorprendente. Tenía aproximadamente 30 m de diámetro, menos los rebordes, de un metro más o menos, y unos 5 m de altura total. Estaba atravesado por tubos en diversas direcciones, seis de los cuales dejaban oír el citado sonido ronco, sin que, a pesar de ello, desprendiesen humo. La parte que tocó con el suelo estaba provista de patas curvadas, que se arquearon un poco más al posarse en tierra. Todo el aparato parecía estar hecho de un metal blanco ceniciento, distinto, sin embargo, de la

1. Cabélos: Mezcla de indio y portugués.

plata. Mientras yo lo examinaba de conjunto, sin por ello atreverme a acercarme, distinguí además una pared que dejaba ver una ventana, provista de un vidrio o de algo semejante. Vi entonces a dos personas que me examinaban con aire de curiosidad. Esas personas, como comprobé a la primera mirada, eran de aspecto extraño.

«Pasados unos segundos, una de ellas volvióse hacia el interior del aparato y me pareció que hablaba con alguien. Inmediatamente oí ruido en el interior del mismo y se abrió una puerta por debajo del reborde, dando paso a tres personas, enfundadas en una especie de mono transparente, que las envolvía por completo, cabeza y todo, y que estaba hinchado como un neumático de automóvil. A la espalda llevaban una mochila metálica, que me pareció formar parte integrante de la vestimenta. A través de ese mono, veía perfectamente a las personas vestidas con camiseta (sic), pantalones y sandalias, no de tela, creo, sino de papel brillante. Noté también que su apariencia extraña se debía a los ojos, muy redondos y grandes, sin cejas, pero sí con pestañas. La cabeza era calva. No tenían barba, la cabeza era grande y redonda y las piernas más largas que las proporciones que conocemos. En cuanto a la altura, tenían unos treinta centímetros más que yo, que mido un metro ochenta.

«Lo más interesante es que parecían hermanos gemelos, tanto los que llevaban mono como los que no lo usaban y que estaban en la ventana, mirando a través de los vidrios. Uno de ellos llevaba en la mano un tubo del mismo metal que el aparato, y me apuntaba con ese tubito. Noté que hablaban entre ellos. Oía perfectamente las palabras, mas nada entendía. Hablaban en una lengua que yo nunca había oído, pero que era bonita y sonora. A pesar de su aventajado porte, movíanse con increíble agilidad y ligereza, formando un triángulo a mi alrededor. El que empuñaba el tubo me invitó con gestos a entrar en el aparato. Me aproximé a la puerta y sólo pude ver un pequeño cubículo, limitado por otra puerta interior y la punta de un tubo que venía de dentro. Observé también diversas vigas redondas, en la base del saliente o reborde.

«Comencé a hablar, preguntando adónde me querían llevar, con muchos gestos. Ellos comprendieron la gesticulación y el que me pareció el jefe dibujó en el suelo un punto redondo rodeado de siete círculos. Señalando el Sol



Reconstrucción del encuentro de José C. Higgins con unos gigantes "paperones" en Ilheus (Brasil), en julio de 1947, un mes antes del encuentro de Juhanna en Camá.

Ésta es la nave que vio el cazador de pitos Pedro Serra, en una ciénaga del río Guapeté (Brasil), en noviembre de 1953.



en el espacio, me indicó el séptimo círculo, señalando luego alternativamente a ese círculo y al aparato. Quedé mudo de espanto. ¿Salir vivo del mundo? ¡No! ¡Eso no iba conmigo! Ante esta perspectiva, reflexioné. Me resultaba imposible luchar, pues ellos eran más fuertes físicamente y en número. Entonces tuve una idea. Había observado que ellos evitaban ponerse al Sol. Así es que me dirigí hacia la sombra y, sacando del bolsillo mi cartera, les mostré el retrato de mi esposa, diciéndoles por medio de gestos que quería ir a buscarla.

«No me detuvieron. Salí y, dando gracias a Dios, me interné en la espesura, desde donde me dediqué a observarlos. Saltaban y jugaban como niños, brincando y lanzando a lo lejos piedras de tamaño descomunal. Pasada más o menos media hora, después de mirar detenidamente los alrededores, entraron en el aparato, que se elevó en el aire con el mismo zumbido. Subiendo, se dirigió hacia el norte, perdiéndose entre las nubes.

«Jamás sabré si eran hombres o mujeres. Sin embargo, puedo señalar que, a pesar de las características que he apuntado, son bellos y aparentan una salud espléndida. Por otra parte, me resulta difícil traducir con letras su lenguaje. Sin embargo, recuerdo dos palabras: "Alamo" y "Orque", aquella para designar al Sol y ésta el séptimo círculo del dibujo. ¡Si pudiese estar seguro de que habría vuelto, sabe Dios por dónde iría yo a estas horas!

«¿Habrá sido un sueño? ¿Fue realidad? A veces dudo de que esto haya acontecido realmente, pues bien pudiera ser que todo ello no haya pasado de ser un sueño extraño, pero bello.»

«Sin embargo, si José Higgins se hubiera limitado a contar una historia fantástica o inventada, se habría anticipado con ella a muchas historias similares, procedentes de los más distintos lugares del globo. Este caso, por otra parte, se sitúa a caballo del «contacto» y el simple «encuentro cercano del tercer tipo» y hay en él, también, un principio de abducción. Para ser plenamente un contacto, le falta el elemento mesiánico, pero es más que un encuentro cercano, por el esbozo de conversación que surgió entre el terrestre y los «extraterrestres». En efecto, en el caso de Baurú encontramos una serie de elementos que, luego, se nos harán familiares: el disco con un rebordé central saliente, a modo de dos palanganas encaradas (un típico

rujo ummita), las «escafandras» transparentes, la gran estatura de los seres, etc. Incluso el intento de comunicación, a través de círculos dibujados en el suelo, reaparece en 1952, en uno de los más célebres casos de contacto: el de George Adamski con el «venusiano», en el desierto de California. Pero con Adamski se inician ya las historias de contactos mesiánicos y su lugar no está en este libro, sino en un próximo que pensamos escribir.

«¿Habrá que identificar al séptimo círculo, señalado por los gigantes ovniáutafas, con el séptimo planeta de nuestro sistema solar? En tal caso deberíamos deducir que procedían de... Urano. Sus grandes ojos, su aversión a la luz solar, parecen postular, ciertamente, su procedencia de un mundo mucho más oscuro que el nuestro. Dejémoslo en interrogante.

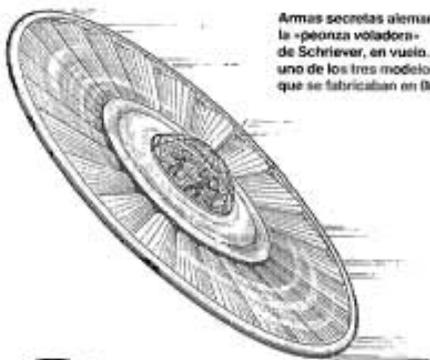
El lector avisado ya se habrá dado cuenta de que los casos que vamos exponiendo no son los «clásicos». En efecto, no me propongo volver a contar aquí, para aburrimiento del lector «enterado», los casos más conocidos de humanoides. Así, nos saltaremos el caso de Johannes, y todos los que, como él, han recibido gran publicidad. Todos ellos se encuentran en libros míos anteriores, o en buenas recopilaciones, como *Los humanoides*, así como en distintas obras de Aimé Michel, Jacques Vallée, Michel Carrouges y otros autores que se han ocupado del fenómeno «humanoide». Lo que yo pretendo es mantener la atención del lector con casos poco conocidos en nuestras latitudes, y ello sin seguir un riguroso orden cronológico ni una estricta metodología expositiva. Este libro no es un manual del ufólogo (ya los hay, y excelentes, por ahí, como el de Alberto Adell, por ejemplo). Yo no soy un ufólogo que escribe manuales, sino un escritor fascinado por lo insólito y que procura contagiar su fascinación al lector. Sólo casos poco conocidos, pues. Como el que sigue.

El caso de Guaporé

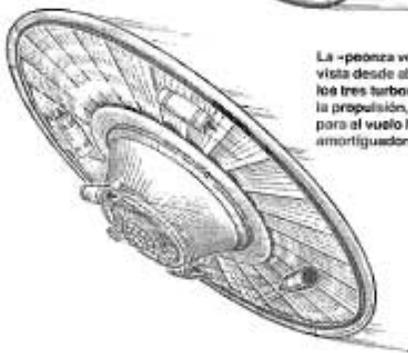
Seguimos en el Brasil. Debo confesar que este caso ya está publicado —como el anterior— en una obra mía: *Ovnis en Iberoamérica y España*. Pero se trata de resúmenes, y la versión que aquí recojo es mucho más amplia; además,



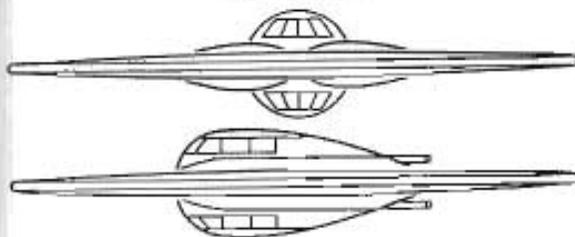
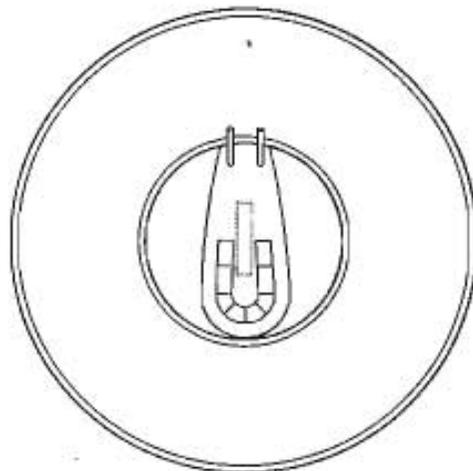
En este dibujo, el estancero argentino Wilfredo Arévalo quiso representar la nave tripulada que observó el 18 de marzo de 1950. (Según Eduardo A. Accy.)



Armas secretas alemanas: la «peana voladora» de Schriever, en vuelo. Era uno de los tres modelos que se fabricaban en Brestau.



La «peana voladora» de Schriever, vista desde abajo. Se aprecian los tres turbo reactores para la propulsión, los dos motores para el vuelo horizontal y los tres amortiguadores para el aterrizaje.



El disco volante del doctor Miethe. Triple aspecto según las versiones de periódicos contemporáneos. (Por cortesía de A. Faber Kaiser.)

narrada en primera persona. Son los protagonistas, en efecto, quienes hablan.

El 28 de noviembre de 1953, Pedro Serrate y Francisco de Assis Teixeira, residentes en la población de Pedras Negras, a orillas del río Guaporé, salieron para cazar patos, dirigiéndose precisamente a la Baía dos Patos, a dos horas de camino de la población citada. Una vez llegados allí, se apostaron en lugares distintos, como acostumbraban hacer. Cuenta Francisco que en determinado momento vio pasar sobre su cabeza un aparato desconocido, y que siguió con la mirada hasta que lo vio posarse en la superficie del agua, sin hacer el menor ruido. Pedro, que se encontraba subido a un árbol, también vio el aparato, que dio una vuelta a gran velocidad sobre la bahía, parando a unos cuatro metros del punto donde él se encontraba. He aquí lo que contó Pedro Serrate:

«El aparato no hizo ruido alguno. En la parte posterior, a cada lado, había un tubo curvado de unas dos pulgadas de grosor, por donde salía agua. Tenía unos cuatro metros de largo por unos dos y medio de ancho y unos dos de alto. El casco era como una bacia, siendo de vidrio o de un material semejante toda la circunferencia de la parte; medía más o menos un metro de altura. La cobertura o cúpula era abombada, se apoyaba sobre el vidrio y estaba sostenida por barras de metal existentes en el interior, sin ramaches en la cobertura. En la parte trasera había una especie de timón, de un sistema cola de pez, de cerca de un metro de largo por unos cincuenta centímetros de ancho. Todo el aparato era de un color azul oscuro. En el interior estaban seis personas, sentadas tres a cada lado. Eran cuatro hombres y tres mujeres, todos los cuales no aparentaban tener más de veinte años de edad. Parecían ser de estatura media y tenían los cabellos rubios. Eran blancos y de tez bastante sonrosada. Las mujeres llevaban los cabellos hasta la altura de los hombros, partidos a ambos lados, y parecían europeas (pareciendo pezoas europeas). Todos estaban vestidos con ropas gruesas, del mismo color del aparato. En el interior había dos bultos: uno, en la parte delantera, y otro, en la parte trasera. Ambos estaban cubiertos. No sé qué eran. Cuando los intrusos se dieron cuenta de que habían sido vistos, levantaron el vuelo, sin hacer ninguna señal.»

Cuando los tripulantes percibieron su presencia, la

distancia entre Serrate y el aparato ya era menor de tres metros. Se elevó silenciosamente, sin desprender humo, desapareciendo en un segundo, a una velocidad increíble.

He traducido la declaración de Pedro Serrate literalmente, casi sin quitarle ni ponerle una coma, para dar mayor sabor de autenticidad al relato. Contó el corresponsal del diario *O Imparcial*, que se publica en Guarájô-Mirim, en el territorio de Guaporé, que los dos cazadores pasaron una semana sin poder controlar sus nervios, impresionados por lo que afirmaban haber visto.

Este CE III (concentro cercano del tercer tipo) es muy ortodoxo. Y se corresponde extrañamente con el que ahora vamos a relatar...

El ovni de Lago Argentino

Cronológicamente, este caso es el más antiguo de la Argentina, en la época contemporánea. Ocurrió el 18 de marzo de 1950. El testigo fue un estanciero de Santa Cruz, territorio de la Patagonia, llamado Wilfredo H. Arévalo. Por tanto, antecede en casi tres años al anterior de Guaporé. Pero el lector no dejará de darse cuenta de sus concordancias. No creo que los dos modestos cazadores de Pedras Negras tuviesen conocimiento de este caso que, por otra parte, sólo había sido publicado por la prensa argentina y, posteriormente, en la prensa española (despacho de Agencia Efe-United Press publicado con fecha 15 de abril de 1950).

Pero vayamos a los hechos.

Cuando se encontraba a las 6,30 de la tarde en un lugar de su estancia y en el día citado, el señor Wilfredo H. Arévalo vio aterrizar un enorme disco, mientras un segundo aparato se mantenía en el aire sobre el primero. El accidente remitió a la prensa un detallado relato de esta sorprendente observación. «Una de las dos máquinas —dice el texto redactado por el señor Arévalo— tomó altura y quedó fija en el espacio, mientras la otra, luego de describir círculos pronunciados, se posó suavemente en tierra. Era una máquina circular, sumamente plana y como fosforescente, de cuya parte superior surgía un humo azulado, luminoso, y un denso vapor verdoso azulado, con fuerte olor a bencol quemado.»

«Este aparato circular —sigue explicando el señor Arévalo— tenía un gran plano giratorio, que daba vueltas constantemente, a modo de disco. Su estructura parecía ser de aluminio o algún otro metal liviano y extraordinariamente fosforescente. En su parte media había una cabina como de vidrio (la cursiva es mía; recuérdese la descripción que hace Pedro Serrate), en forma de hievela, y en su interior se movían cuatro hombres sumamente altos y cabellots, vestidos con ropas blancas, y que tenían más de dos metros de estatura.»

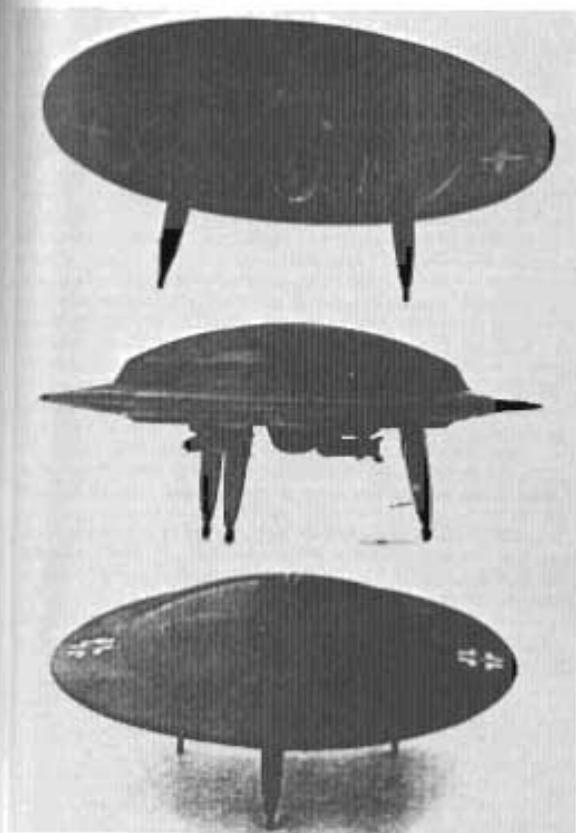
Termina el hacendado diciendo que el aparato se elevó vertiginosamente, cuando sus tripulantes lo divisaron. Al examinar aquella zona, al día siguiente, Arévalo y sus peones encontraron la hierba chamuscada. El estanciero comunicó el caso a la aviación militar argentina y al rotativo bonaerense *La Razón*, que más tarde publicó los nombres de otras personas que habían visto aparatos semejantes, en la misma región, simultáneamente.

La fecha es interesante: dos días antes del supuesto arribo de los ummitas a la Tierra. ¿Se trataría de una avanzadilla de reconocimiento? Pero hay otra posibilidad.

Ovnis «Made in Germany»

En uno de mis libros, *Los doce triángulos de la muerte*, examino detalladamente esta posibilidad. Y que no es otra sino la de que los «platillos volantes» (especialmente los que se han visto en el cono sur americano, más algún caso esporádico del resto del mundo) pudieran ser... alemanes. En efecto: a fines de la Segunda Guerra Mundial, en los laboratorios subterráneos secretos de Breslau, estaba muy avanzada la construcción de nada menos que cuatro prototipos de discos volantes, formando parte del programa de *Vergeltungswaffen* (armas de represalia), de las que llegaron a utilizarse las primeras de la serie: las V-1 y V-2 lanzadas desde Peenemünde contra Gran Bretaña.

Dirigía los trabajos, en Breslau, el capitán de ingenieros Richard Miethe, con la colaboración del teniente Christianesen y el ingeniero italiano Giuseppe Belluzzo, inventor del turborreactor. De los cuatro modelos, uno de ellos llegó a ser operacional y, según Renato Vesco, destruyó una escuadrilla de *Liberators* americanos sobre el Palatinado bá-



Aspecto del «platillo volante» alemán, según reproducción publicada en 1972 en el «VFW-Fokker Journal». (Por cortesía de A. Faber Kaiser.)

varo. Este prototipo tenía un techo de 20 000 m y una velocidad de 2 000 km por hora. Iba propulsado por cuatro turborreactores BMW, y su forma era discooidal, con la cabina del piloto en una cúpula transparente central. Cuando los rusos presionaban por el frente del Este y los americanos avanzaban por el Oeste, mientras Hitler y sus acólitos se encerraban en el búnker berlinés, todos los planos y prototipos secretos de Breslau fueron embarcados en un submarino, que partió de Kiel con rumbo desconocido. Con este precioso material a bordo, es posible que el sumergible arribase a algún puerto de América del Sur. Como es sabido, en esa región del planeta existen poderosas comunidades germanas, donde muchos nazis fugitivos han encontrado ayuda y asilo. No está fuera de lo posible, pues, que los trabajos iniciados en Breslau hallaran su continuación en algún lugar de las inmensas extensiones sudamericanas, ya sea en la Pampa o en la Patagonia. Esto explicaría algunos ovnis tripulados por hombres altos y rubios, vistos especialmente poco después de finalizar la Segunda Guerra Mundial, pero no explicaría todos los ovnis. ¡Ni siquiera los japoneses dispondrían de pequeños pilotos macrocefalos, estadísticamente los más numerosos en los encuentros cercanos del tercer tipo!

Quien quiera más información sobre el particular, que acuda a mi obra citada. De haber algo de verdad en tal suposición, ello aún haría más embrollado el problema, de por sí ya muy enrevesado.

La oleada de 1950

El caso del estanciero argentino Wilfredo Arévalo coincidió con la oleada española de 1950, por mi descenterrada de colecciones de prensa atrasada, siguiendo el mismo método que empleó Ted Bloecher para hallar cerca de un millar de casos contemporáneos de la célebre observación de Kenneth Arnold, ocurrida, como es sabido, el 24 de junio de 1947. Yo no descubrí tantos casos como Ted: solamente unos cincuenta, que luego, en el curso de la llamada «Operación Antiquités» lanzada por el extinto CEONI de Valencia, y sus fundadores Vicente-Juan Ballester Olmos, Carlos Orlando y Miguel Gansp, elevó esta cifra a un centenar, aproximadamente, de casos.¹

Ahora bien: lo curioso es que el *flap* español coincidía matemáticamente con una oposición de Marte. (Digo «cu-

1. El investigador francés Fernand Lagarde, alma de la excelente revista *Lumière dans le Nuit (LDN)*, publicó, en el número 211-212 de dicha publicación, un artículo titulado «Retrospectives» (enero-febrero de 1982) en el que recoge treinta y nueve observaciones desde fines de enero hasta mediados de diciembre de 1950, procedentes de zonas tan dispersas del globo como son Francia, Extremo Oriente, Italia, África, Inglaterra, Estonia y América, con Estados Unidos, México, Bolivia, Guyana e incluso el Círculo Polar Ártico. No hay ninguna observación española, pese a que la Península Ibérica tuvo, ella sola, más observaciones que las recogidas por Lagarde para el resto del mundo. Contestando a una carta mía, en la que le manifestaba mi asombro por esta omisión, Lagarde prometió añadir las observaciones españolas en un próximo artículo. De las treinta y nueve observaciones recopiladas por Lagarde, veinte se sitúan en el período de primavera de aquel año 1950...; o sea, coincidiendo con las españolas... y con la oposición de Marte. Nuevo aviso para navegantes. Más del 50% en primavera. El resto son las «salpicaduras».

rioso» y no debería decirlo: lo verdaderamente curioso sería que no hubiese coincidido...) Esta miniolada no dio prácticamente ningún caso de aterrizaje: en su estudio sobre el fenómeno aterrizaje, Ballester Olmos sólo recoge dos CE I; es decir, dos encuentros cercanos del primer tipo, sin acompañamiento de ocupantes o humanoides.

Para Francia, según la compilación de Fiquet-Ruchon, tan sólo tenemos un caso, que para mí resulta extremadamente dudoso. Tan dudoso que Vallée no lo recoge en su catálogo *Mayonia*, aunque le concede gran espacio en el texto de *Pasaporte a Ídem*, lo cual parece dar a entender que lo considera más bien una manifestación demoníaca o algo parecido. Antes de pasar a exponerlo sucintamente, quiero observar aquí que la oleada de 1950, en cualquier lugar del mundo que se manifestó, se caracterizó por su ausencia de aterrizajes y, en consecuencia, de humanoides. La gran mayoría de casos se encuadran en la clasificación CE I y CE II, según la metodología propuesta por Hynek. No hay CE III (encuentros cercanos del tercer tipo). Diríase que se trató principalmente de una operación de «reconocimiento aéreo». Por ello —y por sus características intrínsecas—, el caso francés de Cours-les-Barres no encaja con estas coordenadas.

Vamos a ver qué ocurrió, y luego daré mi interpretación de los hechos (no tan extraños como pretende Vallée).

Los hechos se desarrollaron el 20 de mayo de 1950, a las cuatro de la tarde, en un lugar llamado Givry, del municipio de Cours-les-Barres, en el departamento del Cher (Borde-Loire), en las cercanías de Fourchambault. El único testigo fue una joven, la señorita Micheline G. (manifestó su deseo de mantener el anonimato).

La protagonista del suceso (digno de figurar en *El Caso*, o en su sucedáneo actual, *Intervista*) salió de su pueblo para dirigirse a pie a Fourchambault (Nièvre), siguiendo el borde del Loira. De pronto —según sus declaraciones— se vio rodeada por una luz blanquísima, brillante como un destello de magnesio. Oyó un gran soplo, un violento torbellino, como una ráfaga de tempestad, que hizo temblar a Micheline y le puso la piel de gallina. Escuchó entonces un aullido feroz y agudo, y vio inclinarse la copa de los árboles, mientras las ramas y la hierba se agitaban violentamente. Esto duró poco; luego notó un sabor acre, ácido, desconocido, en el aire; luego todo se normalizó.

Siguiendo su camino, la joven vio aparecer de pronto ante sí dos enormes manos que bajaban hacia ella, aplastándose sobre su cara y su cuello. Sintió el contacto de una «piel» fría y lisa y de un pecho extraordinariamente duro y frío, como si fuese de hierro.¹ Medio muerta de miedo, Micheline se vio entonces arrastrada por la cabeza, desde atrás, en dirección a un camino que desembocaba en un prado. La muchacha se puso a rezar. Casi inmediatamente, aquellos horribles dedos la soltaron y las manos desaparecieron por encima de ella. Acto seguido oyó un leve rumor, como el que causaría un cuerpo al arrastrarse, y esperó a ver a alguien, persona o animal. No vio a nadie, pero las hierbas y las ortigas se inclinaban como bajo los pasos de alguien que las pisara. Las zarzas y las ramas de las acacias se agitan, como para dejar paso a un cuerpo invisible, para volver después a su sitio.

Micheline, presa de un gran shock, se dirige hacia la casa donde habitan los escluseros de Givry. Al atravesar el camino, se produce de nuevo una ráfaga tan violenta que casi la hizo caer, quedando al mismo tiempo deslumbrada por una luz blanca, brillantísima, mientras sentía como una descarga eléctrica en su cuerpo, seguida de una breve paralización. Vuelve a flotar un olor nauseabundo e indefinible en el aire, pero esto dura poco: de nuevo vuelve a reinar la calma.

Los escluseros atienden a la víctima de esta supuesta «tentativa de abducción», que está ensangrentada y con el cuerpo recubierto de magulladuras y morados. En el cuello muestra las huellas de unos dedos. Conviene señalar que los escluseros, pese a encontrarse dentro de la casa, a aquella hora, quedaron deslumbrados por un gran resplandor blanco poco antes de la llegada de Micheline.

La gendarmería, avisada por el padre y el hermano de Micheline (que sospechaban que su hija y hermana había sido objeto de un intento de violación), investigó en el lugar de los hechos, descubriendo que las zarzas estaban calcinadas y ennegrecidas en unos puntos, y en otros solamente amontonadas y aplastadas. Las acacias mostraban

1. El 11 de setiembre de 1955, más de tres años después del caso de Givry, en la localidad danesa de Brevst se produjo un intento de rapto de una joven por dos humanoides que despedían una luz dorada. Sus manos eran azules y frías como la piel de un pezado. (Caso número 118 de *Mayonia*, citando a Galois.)

diversas quemaduras; algunas aparecían rotas y dobladas. La valla del prado, hecha con estacas y alambre de púas, aparecía derribada y rota. Las estacas mostraban señales de quemaduras y algunas habían sido arrancadas. Las hojas de las acacias aparecían marchitas y chamuscadas. La gendarmería de Fourchambault abrió una encuesta sobre el caso. La encuesta oficial no llegó a ningún resultado y se dio carpetazo al asunto. Las autoridades lo consideraron como un intento no consumado de secuestro o violación, cuyos autores quedaron impunes. (Debió de ser muy urgente, en verdad, el ansia sexual del presunto violador, para causar tal estropicio a su alrededor e incendiarlo todo con su ardor. Aunque el atacante también podía haber sido el hombre invisible, escapado de la novela de Wells o del filme protagonizado por Claude Rains.)

Bromas aparte, el prestigioso y serio investigador de campo Charles Garreau, que fue el primero en conocer la historia por una larga carta que le escribió Micheline G., cuenta lo siguiente en un libro suyo de 1971:

«A consecuencia de esta carta, cuyo estilo sencillo tenía un acento de sinceridad, me fui a ver a Micheline G. La interrogué detalladamente, sin tener necesidad de hacerle precisar ningún pormenor. Ella conservaba un vivo recuerdo de su aventura. Volví en su compañía al lugar de la agresión. Una vez allí, ella me precisó las diferentes escenas y me las situó. Habían pasado veinte años, pero ella aún tenía una mirada angustiada al evocar aquellos instantes de terror.»

«Nunca lo podré olvidar —confió a Garreau—. He pensado con frecuencia en lo que me sucedió, y me he preguntado muchas veces por qué me encontré libre de pronto. Ahora estoy casi persuadida de que si mi agresor me abandonó allí y no se me llevó, fue porque creyó haberme matado. En estas condiciones, yo no tenía sin duda ningún interés para él.»

Micheline —precisa Garreau— es una campesina, que frisa hoy en la cincuentena (esto se escribió en 1970). «Es una persona sencilla, muy estimada, trabajadora e incapaz de inventar esa historia», le dijeron los habitantes del pueblo que entrevistó. Soltera, vivía con su padre en una casita a orillas del Loira. «Por aquel entonces —precisó al investigador— yo no creía en los platillos volantes, por la sencilla razón de que nunca había oído hablar de ellos.»



Marius Dewilde observa el aterrizaje del 10 de octubre de 1954.

Exactamente un mes después se produjo el segundo aterrizaje. Marius Dewilde se dirige hacia el objeto, acompañado de su hijo.



¿Qué hemos de pensar a la vista de todos estos datos, algunos contradictorios? ¿Que la joven Micheline urdió toda esta historia? ¿Para qué? ¿Para adquirir fama de excéntrica entre sus paisanos? ¿Para desprestigiarse? ¿Y cómo explicar las lesiones físicas que presentaba? Hay que admitir que algo bastante grave le sucedió. ¿Intento de violación o de rapto? ¿Cómo explicar entonces las huellas físicas encontradas en el lugar de los hechos, el resplandor —visto por los escluseros—, los árboles tronchados, la hierba pisoteada, el furioso vendaval, etc.? Por más que esto pueda escandalizar a algunos, el episodio parece más bien una «acción satánica». Si sólo se hubiese tratado de una agresión a la joven —sin otros efectos físicos—, la tesis «intento de violación» se sustentaría. Pero concurren en el caso una serie de elementos que pudiéramos llamar «demoniacos», que en mi opinión obligan a excluirlo de la casuística oval (pese a que la propia Micheline había visto el día anterior «una especie de estrella fugaz, que se detuvo bruscamente»). Si por ello —o a pesar de todo— queremos incluirlo en la casuística ufológica, tendríamos que suponer que se trata de la intervención de unos seres parecidos a los que, muchos años después, dieron tan tremendo susto al vigilante nocturno italiano Fortunato Zanfretta.¹ En ambos casos intervienen seres de apariencia «demoniaca» (por sus acciones los otoceréis). Envío ambos casos, envueltos en celofán y con una tarjeta, al ex jesuita Salvador Freixedo, con mis mejores saludos. Creo que pertenecen a su jurisdicción. Pienso que en el universo hay fuerzas malévolas en acción, que participan en una lucha multisecular entre el Bien y el Mal (por más que esta idea me repugne, por su maniqueísmo implícito), y que el hombre puede ser uno de los objetivos de esta lucha (por más que esta idea también me repugne, por su antropocentrismo implícito). Salvador Freixedo, ahí va este ramo de flores.

La oleada francesa de 1954

Con esto llegamos majestuosamente a la oleada francesa de 1954, uno de los hitos cruciales en la investigación ufológica y, especialmente, en el estudio de los aterrizajes y de

1. Véase mi libro *Sesestrados por extraterrestros en cada rincón*. Editorial,

los humanoides. Dos años antes, en 1952, hubo también oposición con Marte (en 1954 fue en junio, y en 1952, en abril). Y también se produjo oleada mundial, recogida en su aspecto «aterrizaje» por Jacques Vallée, quien contabiliza una veintena de casos para este período. Entre ellos volvemos a encontrar una aparición «demoniaca», digna de hacer compañía al caso de Zanfretta: el «monstruo» de Frametown (Virginia occidental), del 13 (naturalmente) de setiembre. Esta aparición, además de demoniaca, resultó muy «maloliente» e incluso produjo graves efectos irritantes en las mucosas de los testigos. La víspera —o sea, el día 12— tuvo lugar el encuentro de un grupo de jóvenes con el célebre monstruo de Sutton, o Flatwoods, también en Virginia occidental. Todo hace presumir que se trataba del mismo ser, que tal vez estaba buscando a su «colega» el Mothman. Entre los casos de 1952 está también el de Oskar Linke, ex comandante de la Wehrmacht.

La oleada francesa de 1954 es muy importante. Se trata de una oleada «servida a domicilio» en un país densamente poblado de la Europa occidental. Durante tres meses, los racionalistas hijos de Descartes contemplaron una fantasmagoría de luces, bolas de fuego, *soucoupes volantes* y, para colmo, *petits bonshommes en aluminium* (hombrecitos de aluminio) que, al parecer, se apeaban de aquellas para aterrorizar a desprevenidos y sólidos ciudadanos (de extracción rural, principalmente). ¿Qué estaba pasando en los cielos y en el suelo de la *France*? Hubo dos investigadores que aceptaron el reto que les ofrecía aquel enigma, y trataron de desentrañarlo mediante métodos distintos. Fueron, como es sabido, Aimé Michel y Jacques Vallée. He explicado tantas veces, en libros, artículos y conferencias, en qué consiste la Ortogenia de Michel y el estudio mediante ordenador de Vallée sobre un muestreo de aterrizajes de aquel año, que me produce sueño intentarlo de nuevo. Como ya he apuntado anteriormente, cualquier parecido entre este libro y un manual de ufología es pura coincidencia. Quien quiera documentarse sobre estos aspectos, que acuda a alguna de mis obras didácticas e históricas anteriores. Este libro, querido lector, no pretende ser más —ni menos— que un ejercicio de dedos sobre el tema «humanoides».

No mencionaré, pues, los «clásicos»: Ponccy, Prémanon

(que después de todo parece que fue un fraude), Chabeuil, la meseta de Millevaches, ni ninguno de los *haut lieux* de la ufología, francesa y no francesa. Mi pretensión es otra: establecer paralelos, hacer comparaciones y sacar consecuencias (siempre que esto sea posible). Y mencionar casos desconocidos (al menos para el lector español no especializado).

Pero hay un caso sobre el que, en su tiempo, no se dijo todo. Y convendrá que ahora volvamos a él. Es un «clásico», y así figura, con todos los honores, en los libros de ufología. He lo aquí.

El caso de Marius Dewilde, revisitado

El encuentro del obrero metalúrgico Marius Dewilde, que habitaba con su mujer, su hijo y su perro en las afueras de Quarouble, en la frontera franco-belga, fue un «contacto en dos tiempos». En mi obra fundamental *El gran enigma de los platillos volantes* (que me llevó cinco años escribir) recojo así su primera deposición (en el sentido jurídico, naturalmente...), aunque su extraño encuentro había de provocar luego, en Marius Dewilde, la del otro tipo, mientras declaraba ante la policía, a causa de la impresión sufrida):

—Mi mujer y mi hijo acababan de acostarse y yo iba junto al hogar. El reloj de pared marcaba las 10.30 cuando me sorprendió oír ladrar a mi perro Kiki. El animal aullaba lúgubramente. Creyendo que tal vez se habría introducido algún ratero en el patio, tomé la lámpara de bolsillo y salí. Al llegar al jardín, distinguí una masa sombría sobre la vía férrea, a menos de seis metros de la puerta de mi casa. Pensé que debía de tratarse de un carro abandonado allí por un campesino. Me dije que debía advertir a los empleados de la estación, a primera hora de la mañana siguiente, para que lo retirasen en evitación de un accidente.

«En aquel preciso instante mi perro llegó saltando hacia mí y de pronto, a mi derecha, oí un rumor de pasos precipitados. En aquel lado existe un sendero llamado "el camino de los contrabandistas", pues a veces éstos lo utilizan de noche para franquear la frontera franco-belga. Mi perro

ladraba furiosamente, vuelto en aquella dirección. Encendí la lámpara eléctrica y proyecté el rayo luminoso hacia el sendero.

«Lo que vi nada tenía que ver con los contrabandistas. Eran dos "seres" distintos a todo cuanto yo había visto. Estaban a tres o cuatro metros de mí, detrás de la valla, que era lo único que me separaba de ellos, y se dirigían uno detrás de otro hacia la masa sombría que yo había observado sobre la vía férrea.

«Uno de ellos, el que iba delante, se volvió hacia mí. El haz luminoso de mi lámpara hizo surgir, en el lugar donde debía tener la cara, un reflejo de vidrio metálico. Tuve clarísimamente la impresión de que su cabeza estaba encerrada en un casco de escafandra. Además, los dos seres vestían unos trajes análogos a los de los buzos. Eran de muy pequeña talla, probablemente de menos de un metro, pero extremadamente anchos de hombros, y el casco que protegía la "cabeza" me pareció enorme. Vi sus piernas, pequeñas, proporcionadas a su talla, según me pareció; mas, por el contrario, no distinguí brazos. (Detalle observado algunas veces.) Ignoro si los poseían.

«Pasados los primeros segundos de estupor, me precipité hacia la puerta del jardín con intención de cortarles el paso, para capturar al menos a uno de ellos. Estaba apenas a dos metros de las dos siluetas cuando, brotando de pronto de una especie de cuadrado que se abrió en la masa oscura que yo había distinguido sobre los raíles, me regó una iluminación potentísima, como la luz del magnesio. (Otras veces los testigos la comparan a la luz de la soldadura en arco.) Cerré los ojos y quise gritar, sin conseguirlo. Estaba como paralizado, intenté moverme, pero las piernas no me obedecían.

«Como en sueños, oí a un metro de mí ruido de pasos sobre la losa de cemento que hay frente a la puerta de mi jardín. Eran los dos seres que se dirigían hacia la vía férrea.

«Por último, el proyector se apagó y readquirí el dominio de mis músculos. Eché a correr hacia la vía. Pero la masa sombría que estaba sobre ella se elevaba ya del suelo, balanceándose ligeramente a la manera de un helicóptero. Sin embargo, pude ver cómo se cerraba una especie de puerta. Por debajo brotaba un espeso vapor oscuro, con un ligero silbido. El aparato ascendió verticalmente hasta

unos treinta metros de altura; después, sin dejar de elevarse, se dirigió hacia el oeste, en dirección de Anzín. A partir de cierta distancia, adquirió una luminosidad rojiza. Al cabo de un minuto desapareció en el horizonte.

Este primer encuentro de Marius Dewilde, de treinta y cuatro años a la sazón, tuvo lugar el 10 de setiembre de 1954. Del «aterrizaje» quedaron huellas físicas sobre las traviesas de la vía férrea: cinco marcas idénticas, de unos 4 cm cuadrados de superficie cada una, causadas probablemente por las «patas» (*béquilles*) del aparato. Según los ingenieros ferroviarios de la SNCF, consultados por la policía, la Gendarmería del Aire y la D.S.T. (Dirección de Seguridad del Territorio), «para producir aquellas huellas hacía falta una presión producida por un peso de treinta toneladas» (sic). Por más adeptos que actualmente tenga la hipótesis parapsicológica, no creo que Marius Dewilde hubiese podido producir tales efectos por telegrafía. La mente humana y sus poderes tienen también un límite.

Hasta aquí, lo que yo publiqué en mi obra citada. De ahora en adelante, vamos a penetrar en *terra incognita*, y ello gracias a Marc Thirouin, director y fundador que fue de la revista *Ouranos*, de Valence, y a su sucesor y amigo Pierre Delval, actual director de la misma. Aprovechando la relativa proximidad que hay de Valence a Quarouble, Thirouin dedicó bastantes días seguidos a investigar en el lugar mismo de los hechos. Trabajó así una sólida amistad con Marius Dewilde, hombre sencillo, sano y honrado (siempre el mismo patrón), amistad que, a la muerte de Thirouin, Dewilde continuó con el equipo de *Ouranos* y con el sucesor de aquél, Pierre Delval. Gracias a estas amistosas relaciones se ha podido saber que el caso tuvo aspectos no revelados por su protagonista a la policía, que aquí abordaremos (no en su totalidad, porque hay cosas que Dewilde ni siquiera quiso confiar a sus amigos de *Ouranos*).

Pero antes de pasar a ellos, hay que ceder de nuevo la palabra a Marius Dewilde... ¡para que nos relate su segundo encuentro, sucedido exactamente un mes después! (como si de Fátima se tratase). El primer encuentro fue nocturno; este segundo ocurrió en pleno día:

—Ocurrió entre las 11.30 y el mediodía. Mi hijo, de tres años y medio, me pidió salir y entonces, a cincuenta me-



Dewilde, muy emocionado, relata su primer encuentro.

Los agentes de policía interrogan a Dewilde a día siguiente de su primer encuentro.



Marius Dewilde (derecha) en la actualidad, en compañía de Pierre Delval, director de «Ouranos». (Foto M. Pissot-Ouranos.)



tros de mí, vi un objeto idéntico al precedente, pero posado sobre otra vía esta vez. Avanzando con prudencia, comprobé la presencia de una abertura rectangular en la base de la cúpula y una hilera de ventanillas (*hublots*). Varios seres se encontraban alrededor del objeto. Uno de ellos, que parecía ser el jefe, se me acercó y ambos nos encontramos a unos tres metros del aparato. El ser tenía una talla de 1,20 m aproximadamente y llevaba un casco provisto de una pieza transparente ante la cara. Sus rasgos, regulares, eran de tipo asiático, mongol. (Dato muy repetido.) La mandíbula era robusta y tenía los pómulos salientes, las cejas y los cabellos negrísimo, los ojos pardos y la tez de un hombre blanco bronceado. El ser acarició a mi hijo, que yo llevaba en brazos, me dio unos golpecitos en la espalda, sonriendo, antes de pronunciar unas palabras en una lengua desconocida para mí. Su sonrisa y su comportamiento eran análogos a los nuestros. Acto seguido se apoderó de una de mis gallinas, que confió a dos de sus compañeros. Acarició de nuevo a mi hijo, me volvió a dar cariñosos golpecitos en la espalda y subió al aparato. Un panel tapó la puerta y el objeto despegó verticalmente, desapareciendo hacia el este.

¡Curioso encuentro, en verdad, este del 10 de octubre de 1954, con caricias al niño, golpecitos amistosos en la espalda, y hasta el robo de una gallina, como si de «gitanos cósmicos» se tratara! Su mismo absurdo lo hace verosímil. ¿Era Dewilde un «elegido» para estos dos contactos separados por un mes de intervalo? Sea como fuere, veinticuatro años después de estos dos extraños encuentros, Dewilde confió ciertos detalles inéditos sobre su aventura a sus amigos de *Ouvanos*. Así, por ejemplo, mencionó la misteriosa caja negra (cuya existencia, además de las autoridades policíacas y militares, conocían muy pocas personas).

Cuando se produjo el aterrizaje del 10 de setiembre de 1954, Marius Dewilde encontró sobre la vía férrea una caja metálica, de unos 70 cm de largo por unos 40 cm de grosor. Cuando Marius dirigió la luz de su mechero hacia la caja, la tapa de ésta se cerró, pero no antes de que él pudiera distinguir como unos aparatos o herramientas dispuestos en su interior. Marius Dewilde se llevó la caja a su casa, con la intención de abrirla. Pero comprobó que no poseía ningún sistema de cierre conocido y que sus paredes eran

totalmente lisas, sin que se distinguiese en absoluto el encaje de la tapa. Sin embargo, Dewilde —no olvidemos que era obrero metalúrgico— trató de forzar la caja con ayuda de una sierra para metales y de una lima, mas todos sus intentos resultaron vanos. El metal de que estaba hecha la caja parecía durísimo e inatacable por medios conocidos de Dewilde.

Llegamos ahora a un punto muy particular de esta historia, según señala Pierre Delval en el artículo que consagró al tema.¹ Aunque la primera reacción de Marius fue la de avisar a la policía sobre lo que había visto —y así lo hizo—, no dijo nada a nadie sobre la existencia de la caja, y la escondió en un cobertizo, bajo un montón de carbón. Poco tiempo después de su declaración a las autoridades (que precedió a la visita de varios investigadores oficiales, así como la del doctor Hynek, que vino especialmente de Estados Unidos y se desplazó a Quarouble en un helicóptero militar desde el aeródromo de Lille), recibió de nuevo la visita de los miembros del Servicio de Información del Ejército del Aire, que lo sometieron a un detallado interrogatorio, invitándolo después a acompañarlos a otro centro oficial, donde volvieron a bombardearlo a preguntas. Y no solamente fue interrogado, sino que lo sometieron a hipnosis y a la acción del pentotal sódico, o «suero de la verdad».

Terminadas estas pruebas y exámenes del testigo, éste es devuelto a su casa en un vehículo oficial y uno de los investigadores le pide entonces que le entregue la famosa caja. Marius Dewilde «se hizo el loco», pretendiendo ignorar su existencia, y entonces dijo: «Puesto que ustedes pretenden que tengo una caja escondida, búsquenla ustedes mismos.» Uno de los oficiales fue entonces en derecha al montón de carbón y extrajo la caja oculta, ante el asombro de Marius Dewilde..., quien sin duda había revelado la existencia de la misma bajo hipnosis, no recordando después haberlo dicho.

Tras esto, se pierde totalmente la pista de este extraordinario objeto, «prueba» incontestable de la visita de los «extraterrestres». No sabemos qué hicieron con ella las autoridades, ni si consiguieron abrirla.

1. En «Les OVNI qui nous observent», *OUVANOS*, n.º 10, edit. Suda, 1978, cap. «Quarouble, tout n'a pas été dit», en *Pratiques d'interrogatoire*, pages 182 et.

La extraordinaria aventura de Marius Dewilde, comenta Delval, no le valió honores ni riquezas. Vive actualmente en la Turena, en casa de su hijo, casado y padre de familia, y rodeado por algunos amigos. En cuanto al ramal ferroviario P.N. 79, que fue teatro de estos fantásticos acontecimientos, fue suprimido, y ya no queda nada de la vía férrea ni de la casita que se levantaba a su vera, donde vivía Dewilde en 1954. Con un brazo amputado por accidente laboral, Marius Dewilde no puede considerarse como uno de los «contactados» más afortunados. A esta mutilación se añaden ciertas dificultades de expresión que, sin embargo, no le impiden pensar con claridad. La extraña experiencia que vivió en 1954 lo marcó para toda su vida, como ocurre en tantos casos de «encuentro» con «ellos». Este encuentro con otra realidad (¿acaso una «realidad paralela»?) marca de manera indeleble a los que lo sufren. Para bien, o para mal.

Quizás en lugares como esta modesta vía férrea próxima a la frontera franco-belga sea donde se está escribiendo la historia de nuestra época. Una historia que todo nos hace presumir que es «cósmica».

6. EXTRAÑAS COMPARIAS

En la casustica mundial de los «encuentros cercanos del tercer tipo», tenemos algunos casos en que los humanoides observados por el testigo o los testigos no iban solos, sino que estaban acompañados por otros seres humanoides, pero de características distintas. Generalmente, la mayor diferencia residía en la talla. Por lo común se ha observado a los pequeños humanoides macrocéfalos (el tipo clásico por excelencia) deambulando en parejas, como la guardia civil. Así, en parejas, se les ha visto innumerables veces dedicados principalmente a hacer misteriosos estudios del suelo, o recogiendo muestras de minerales o vegetación, invirtiendo por pasiva la oración de nuestros astronautas en la Luna (cuando aún iban astronautas a la Luna).

Vamos a pasar revista a algunos de estos casos de «extraños compañeros». Principiaremos por uno verdaderamente desconcertante.

Encuentro nocturno en Le Vézenay

Este es un caso por todos conceptos singular. En él, los pequeños humanoides iban acompañados de... ¡un señor con gabardina! Pero pasemos al relato de los hechos.

Vaya por delante que el caso se sitúa en el contexto de la oleada francesa de 1954. En realidad, es casi contemporáneo del encuentro de Marius Dewilde que hemos reseñado antes. Ocurrió una semana después del segundo encuen-

tro de Dewilde: el 18 de octubre. El primer encuentro de Dewilde inauguró brillantemente la serie de *rencontres rapprochés du troisième type*, que es como los franceses llaman a los CE III. Diremos también, antes de empezar el relato, que para ese día, 18 de octubre, Fiquet y Ruchon recogen en su libro-catálogo otros nueve casos de aterrizaje o de presencia de seres. La información que sigue está sacada de LDLN, número 97, de diciembre de 1968, que publica la encuesta de M. Tyrode. Aimé Michel también se ocupa con cierta extensión de este caso en su obra fundamental *A propos des Soucoupes Volantes*, editada por Pléne en 1966.

El 18 de octubre de 1954, la señorita Marie-Louise Bourriot, actualmente casada, regresaba en su velomotor de Malbuisson, donde tenía su empleo, a su casa de Montperreux. A las 22.45, a la altura del orfanato de Malbuisson, mientras circulaba por la R. N. 437 en dirección a la aldea de Le Vézénay, distinguió una viva luminosidad rojiza que iluminaba la carretera y las primeras casas de la aldea. Ella continuó su camino, pensando que se trataba de los faros de un coche. La luz se extinguió cuando Marie-Louise llegaba al pie de la cuesta que lleva a la aldea. La joven atravesó Le Vézénay sin observar nada anormal.

A un centenar de metros de la última casa del poblado, fue testigo de un hecho bien curioso. En aquella época, un camino departamental bordeaba la carretera, en el lado derecho de la misma según el sentido en que circulaba Marie-Louise. A esta altura, cerca de una encrucijada de pequeños caminos, a la derecha se encontraba una marquesina, que protegía la parada del autobús.

En el lado opuesto de la carretera, sobre el firme y a unos 60 cm del arcén, estaba un hombre, de pie y en absoluta inmovilidad. La testigo cree que era de talla media, más bien baja. La señorita Bourriot lo vio perfectamente a la luz del faro de su velomotor. Desde luego era un hombre, pero de baja estatura, según queda indicado: no mediría más de 1,50 o 1,60 m. Llevaba una gabardina o impermeable más bien oscuro. Miraba en dirección a la parada del autobús. Aunque encontrarse allí y a aquella hora con un hombre fuese algo más bien insólito, Marie-Louise no tuvo miedo, pues el desconocido no la miraba.

Cuando iba a cruzar frente a él, distinguió de pronto, al lado del hombre, a «dos pequeños seres completamente

negros», inmóviles también. Cuando la motocicleta se aproximó a ellos, los dos pequeños seres se pusieron a cruzar la carretera, andando tranquilamente, sin apresurarse. Pasaron a menos de diez metros por delante de la estupefacta joven y se dirigieron hacia la parada cubierta. El hombre no se había movido; continuaba en la más absoluta inmovilidad, sin que pareciera haberse dado cuenta en ningún momento de la presencia de los dos pequeños seres, ni del paso del velomotor. Ante hechos tan extraños, Marie-Louise sintió miedo y dio más gas a la máquina.

Recorrió así rápidamente unos tres kilómetros, atravesando la Source Bleue y Chaudrus, donde dejó la R. N. 437 para tomar la departamental 204 en dirección de Montperreux.

(Antes de continuar, es preciso observar que Michel, en su obra citada, dice que los humanoides salieron «del lado opuesto de la carretera», donde había un prado, y se dirigieron hacia el hombre inmóvil. No queda claro si este llevaba sombrero o no, pero tanto Fiquet y Ruchon como la contraencuesta de M. Tyrode afirman que los pequeños seres estaban al lado del hombre y «desde allí» cruzaron la carretera.)

Sigamos. Al ascender la suave pendiente, de un desnivel de unos 50 m sobre un recorrido de 2 km, Marie-Louise miró hacia atrás para ver si algo anormal se producía a sus espaldas. Fue entonces cuando «vio elevarse un objeto rojo», que ascendió hacia el cielo. El objeto parecía de forma oval y le pareció que se encontraba en la vertical de la aldea de Le Vézénay. Subía en derechura y con bastante rapidez.

Marie-Louise no guardó silencio sobre su extraño encuentro, pero la gente del pueblo se resistió a creer tan singular aventura. Fueron muchos —entre ellos su propio hermano, que vino expresamente de Pontarlier para «elevarle la moral»— quienes la tomaron por una visionaria. Pero ella mantuvo su versión de los hechos, contra todo y contra todos. Cuando M. Tyrode fue a entrevistarla, catorce años después del suceso, ella le dijo que aún veía a los pequeños seres negros, como si los tuviese delante, en el momento de cruzar frente a ella.

Las personas «sensatas» le observaron que tal vez se trataba de jóvenes *boy scouts* acompañados de su monitor, y esto a causa del sombrero que, al parecer, llevaban los

pequeños humanoides. Ella negó esta hipótesis, afirmando que ningún monitor haría cruzar la carretera a unos muchachos en el momento en que se aproximaba un vehículo.

Al día siguiente, 19 de octubre, algunas personas fueron a curiosar en el lugar indicado por Marie-Louise y descubrieron huellas muy claras de pies pequeños, que iban desde la carretera a la parada del autobús, para girar en ángulo recto detrás de ésta. (Aimé Michel también afirma que las huellas de pasos se hallaron en el prado de donde «venían» los pequeños seres, pero Marie-Louise afirmó que esto era falso.)

Conclusiones

La impresión que se desprende del relato de Marie-Louise Bourriot es de «realidad». Tanto ella, testigo presencial de los hechos, como Aimé Michel y M. Tyrode, que la entrevistó catorce años después, se hallan convencidos de que se trató de un suceso «real». También creen firmemente que el singular caballero de la gahardina, que durante todo el episodio mantuvo una inmovilidad absoluta, era «un hombre». No puede decirse lo mismo de los dos pequeños seres que lo acompañaban y que, según Tyrode, «lo tenían en su poder» (hipnotizado o drogado). Hay que asociar también, sin duda, este extraño episodio con la presencia del ovni que vio a continuación Marie-Louise, que acaso vino a recoger a los tres protagonistas del desconcertante drama. ¿Una abducción? ¿Por qué no? Después de descartar la hipótesis del jete scout, Tyrode rechaza también la de un posible «turista». Ni la hora, ni la época (medios de octubre) ni el lugar (a orillas del lago de Saint Point, en el departamento del Doubs, en el noroeste de Francia), son apropiados para la presencia de un turista solitario. En cambio, el lugar tiene evidentes rasgos ufológicos: extensión de agua importante (el lago citado) y presencia de una falla geológica, con posible aumento del geomagnetismo local.

Los «Humanoides Asociados» de Lagoa Negra

Otro caso sucedido en las inmediaciones de un lago: Lagoa Negra (Laguna Negra, no el Lago de la Negra, o «Le Lac de la Nègresse», como traduce *Phénomènes Spatiaux*), en el Brasil, ahora, y en el estado de Rio Grande do Sul. Lagoa Negra se encuentra en la proximidad de la Lagoa dos Patos, una inmensa extensión líquida que se extiende paralelamente a la costa brasileña, entre Porto Alegre y Rio Grande do Sul. En realidad, viene a ser como el estuario del río Jacuí, que se abre en el Atlántico a la altura de Rio Grande do Sul.

Como antes hemos indicado, este detallado informe se publicó en la excelente revista *Phénomènes Spatiaux*, de París, que dirige mi buen amigo René Fouéré, ayudado por su activa esposa Françoise, una marseillaise arraigada entre las brumas del Norte. El informe, debido al profesor Felipe Machado Carrión, presidente del GGIQANI brasileño (*Grupo Gaucho para a Investigação dos Objetos Aéreos Não Identificados*), fue enviado a Fouéré por el investigador brasileño Jader U. Pereira, autor de una conocida clasificación tipológica de los supuestos ocupantes de los ovnis. Fouéré lo publicó con todos los honores —el caso lo merecía— en el número 20 (junio de 1969) de su revista citada. El informe del profesor Carrión servirá de base para mi exposición del caso. Este se sitúa a principios de enero de 1958, entre las 20 y las 22 horas, en una noche clara y sin viento. El lugar de autos (¿o habría que decir «de platillos»? es, como queda señalado, una hacienda a orillas de Lagoa Negra, comuna de Viamão, en las cercanías de la Lagoa dos Patos. Los testigos fueron cinco, lo cual confiere gran solidez al caso. Estas cinco personas eran el propietario de la *fazenda* y su familia, compuesta por su esposa, un hijo y una hija. A éstos hay que añadir el capataz. Los adultos habían recibido instrucción primaria, solamente, a diferencia de los menores, que habían cursado estudios secundarios. Esta familia —que prefirió conservar el anonimato— gozaba de una excelente reputación en aquella zona.

Ninguno de los testigos sentía el menor interés por los «platillos volantes» y los «extraterrestres», que quedaban totalmente fuera de sus preocupaciones inmediatas. Este detalle hay que tenerlo muy en cuenta, lo mismo que la

fecha del episodio y el lugar: 1938 y un rincón remoto del Brasil. El tema aún estaba virgen y no había sido divulgado masivamente.

La observación que vamos a reseñar acto seguido duró unos veinte minutos.

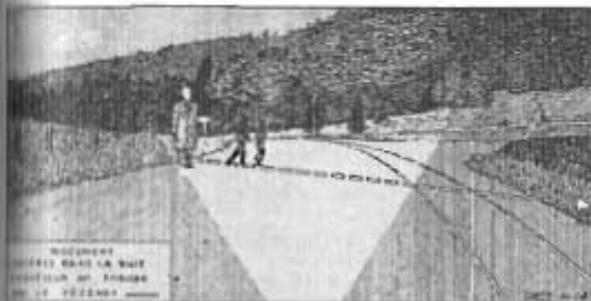
Todo comenzó con la observación del objeto por uno de los miembros de la casa, que advirtió a los demás. De forma redondeada y unos 10 m de diámetro por unos 3 m de alto, estaba rematado por una cúpula redondeada, que daba al conjunto el aspecto de un sombrero de ala ancha. La parte inferior parecía poseer «algunas protuberancias» (¿ovni tipo Adamski?), pero los testigos no pudieron precisar ni su aspecto ni su situación. De apariencia metálica y brillante, el objeto emitía una intensa luminosidad de un rojo claro. Lo que más impresionó a los testigos fue que el objeto se hallaba «suspendido» a unos dos metros del suelo, como si flotase. Estaba completamente inmóvil, sin movimiento de rotación perceptible: sólo cuando comenzó a alejarse, los testigos creyeron observar que giraba sobre sí mismo, si bien muy pausadamente.

La luminosidad rojiza emitida por el objeto irritó los ojos de los observadores, a los que provocó lagrimeo. Esta luz penetraba por las rendijas de ventanas y puertas y, al difundirse, iluminaba totalmente el interior de la casa. La distancia del objeto a la hacienda, que fue medida inmediatamente después, era exactamente de 390 m en línea recta.

Aparecen los humanoides

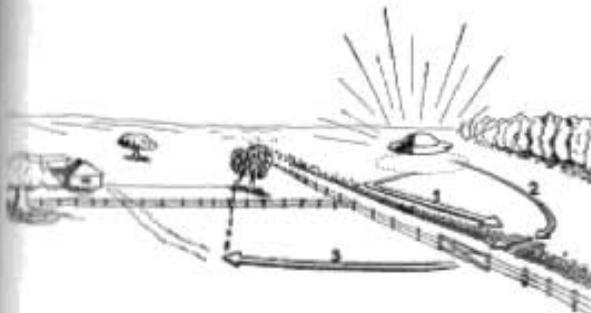
Los dos primeros ocupantes que aparecieron al lado del ovni eran de gran estatura, pues debían de medir unos 2 metros. Vestían una especie de mono de vuelo de color blanco, con un gran cinturón del mismo color. El cuello del traje era alto y de color oscuro. El rostro de las entidades era grande y tenían largos cabellos, que les caían hasta los hombros (otro rasgo «adamskiano»). «Parecían santos», manifestó la niña a su madre, cuando pudo verlos de más cerca. Al parecer eran de raza blanca. Sus pies, que llevaban descalzos, eran muy grandes, y las manos eran muy largas. Andaban envarados, sin doblar las rodillas.

Los tres seres que aparecieron a continuación eran mu-



Esto es lo que vio la señorita Bourriot la noche del 18 de octubre de 1954, cuando circulaba en vehículo cerca de Malbuisson (Francia). Un ser de apariencia humana acompañado de dos pequeños humanoides negros.

Reconstrucción del aspecto que tenían los seres vistos en Lago Negro (Brasil) y de las evoluciones que realizaron los más altos.



cho más pequeños, pues no debían de sobrepasar 1,40 m de estatura. Vestían un mono de color marrón con una faja del mismo color en la cintura. Llevaban igualmente los cabellos largos, y éstos les caían, como a sus compañeros más altos, hasta la altura de los hombros. A los testigos les parecieron también de raza blanca. A diferencia de los dos primeros, éstos calzaban unas pequeñas botas. Se movían con mucha vivacidad, pero en ningún momento salieron de debajo del disco.

Vamos a ver ahora cuál fue el comportamiento de estos seres. Según queda indicado, los tres pequeños humanoides no se alejaron ni un momento del disco. Los dos más altos, en cambio, sí lo hicieron, dirigiéndose hacia la cerca de alambre. Llegados frente a la misma, siguieron una acequia que sigue dicha cerca, hasta la mitad aproximadamente de la distancia que había entre el disco y la puerta de la cerca (véase dibujo). Una vez llegados allí, regresaron a su nave, rebaciendo este mismo camino.

La segunda vez se acercaron a la puerta, dando un ligero rodeo, para detenerse frente a un puentecillo de tablas que permitía cruzar la acequia. Por lo visto, indecisos todavía, también esta vez volvieron sobre sus pasos.

La tercera vez partieron del disco por el camino que habían seguido poco antes, atravesaron el puente y llegaron hasta la puerta de la cerca. «Abrieron esta puerta», entraron en la finca, «volvieron a cerrar la puerta» y continuaron andando en dirección a la casa.

Entretanto, el propietario y el capataz habían salido de la vivienda y se habían tendido boca abajo, al amparo de dos palmeras que, al estar situadas en una ligera elevación del terreno, les permitían observar los acontecimientos sin ser vistos. El capataz llevaba consigo su fusil, por si acaso. La esposa del propietario y sus dos hijos se habían quedado en el interior de la casa. Asustado por la luz roja que parecía penetrarlo todo, el niño se había escondido debajo de unas mantas. La niña y su madre —mujeres al fin— atisbaban por la puerta entreabierta a los ocupantes del disco, que avanzaban hacia la casa (flecha núm. 3).

Resulta aquí curioso en verdad señalar el comportamiento de los cinco perros que poseía la familia. Se trataba de unos feroces mastines, que hubieran destrozado a cualquier intruso. Sin embargo, en esta ocasión permanecían «absolutamente tranquilos». No se inmutaron lo más mí-

nimo cuando los seres de 2 m de alto franquearon la cerca y penetraron en el recinto de la hacienda.

Alarmado ante la pasividad de los canes, el capataz decidió dar el alto a los intrusos. Pero el propietario, inquieto, le ordenó callar.

Cuando los ocupantes del disco estaban ya a unos 60 m de la casa, fue el momento en que la niña gritó: *Ohe, marcinhu! Parecem santos!* (¡Mira, mamiata! ¡Parecen santos!) La señora, asustada, por la exclamación de la niña, decidió llamar a su marido, para hacerlo entrar. Cuando abrió la puerta de la casa y gritó, llamando a su marido, los humanoides se detuvieron, y, dando media vuelta, regresaron sin apresurarse al disco, siguiendo el mismo camino que habían empleado a la ida. A los pocos instantes todos, grandes y pequeños, embarcaron en la nave, la cual se elevó verticalmente, animada al parecer de un ligero movimiento de rotación.

La familia, muy impresionada, se reunió entonces en la casa. Calculamos que aquella noche les costaría a todos conciliar el sueño. Al día siguiente, los hombres salieron a inspeccionar el terreno. Encontraron dos tipos de huellas de pisadas: unas eran grandes, como causadas por pies descalzos de dedos muy largos y talón puntiagudo; las otras eran pequeñas y parecían causadas por una suela sin tacón: en el centro presentaban una especie de estrella de cinco puntas. No se tomaron moldes en yeso de estas huellas, lo cual es de lamentar, pero explicable, atendiendo el poco o nulo interés que los ocupantes de la casa tenían por el tema ovni.

¿Qué hubiera sucedido si la señora de la casa no hubiese salido al exterior para llamar a su marido? (Pues indudablemente este grito es lo que hizo regresar a su nave a los «extraterrestres».) ¿Se hubiera establecido un contacto «amistoso» entre ellos y los terrestres... o acaso eran muy otras las intenciones de aquellos? *Chi lo sà?*

René Fouéré apunta la posibilidad de que los humanoides «pequeños» perteneciesen a otra raza —o a otra «especie»?— y fuesen los servidores de los grandes. Creemos que ésta es una interpretación acertada, puesta de manifiesto y corroborada por otros casos, especialmente de abdicción. Notabilísimo es el comportamiento de los feroces perros, propiedad de la familia. ¿Fueron influidos por algún medio a distancia desconocido? Cabe pensarlo así, en

vista de su insólita mansedumbre en presencia de unos intrusos.

Como tuve el honor de decir ante un grupo selecto de lores de Inglaterra, en diciembre de 1979, «el problema ovni es enormemente complejo, y las respuestas sencillas no existen».

Lo que no se dijo sobre el caso de Julio F.

En mi libro sobre abducciones, publicado por esta misma editorial, publiqué un completísimo *dossier* sobre Julio F., el cazador que fue abducido en la provincia de Soria con su perro *Mas*. Pero entonces me reservé algunas cosas, a petición del propio Julio. Sin embargo, creo que a estas alturas, tras la divulgación que ha tenido el caso, nada impide que mencione un par de ellas. La primera se refiere precisamente a la coexistencia de seres más pequeños con los humanoides de dos metros que abdujeron a Julio. Este no los vio a bordo de la nave, sino desde la nave, en el curso de un «viaje» con que le obsequiaron sus «amigos» del espacio. No sabemos exactamente a dónde se realizó este viaje, pero Julio me dijo que, por una ventanilla, vio un lugar «donde unos seres pequeños, de un metro aproximadamente, convivían con los altos». Estos seres eran «idénticos» a los grandes, sólo que más pequeños. Dijérase que eran aquellos mismos, pero «reducidos», «achataados».

La segunda información se refiere a los niños. Sí, sus captores mostraron a Julio algunos de sus niños. La comparación que me hizo Julio fue muy gráfica: «Eran como chinchetas.» Cuando yo le pedí que me lo aclarase, me precisó: «Tenían una cabeza enorme sobre un cuerpecillo ridículamente esmirriado, pequeño.» Añadió que, según le contaron, tardaban seis años en poder andar, lo cual es muy coherente con lo que sabemos sobre el desarrollo de los vertebrados superiores. Un gatito anda a poco de nacer; un monillo permanece más tiempo agarrado a su madre; la cría humana no anda antes de los nueve o diez meses. Es lógico, pues, que un ser humano altamente evolucionado, necesite un período de rodaje superior al del *Homo sapiens* actual. Quiero recordar aquí que la doctora Maite Pérez Álvarez, autora de un estudio anatómico-mor-

fológico sobre los seres que abdujeron a Julio F., dijo que desde el punto de vista evolutivo, éstos representan al «hombre del futuro».

Y basta sobre este tema. Ya he dicho demasiado sobre el extraordinario caso de Julio F. El cual parece encajar tanto, por sus características, con otros casos de humanoides que conocemos.

Por ejemplo, con el de Río Piedras.

Encuentro en Río Piedras

Con este título, «Encuentro en Río Piedras», la prestigiosa revista barcelonesa *Stendek* (Servicio Informativo CBI), publicó un artículo de Jorge J. Martín, del CIFONI de Puerto Rico, en su número 42, correspondiente a diciembre de 1980. El autor del artículo se refiere a los extraños sucesos que ocurrieron en la madrugada del día 3 de marzo de 1980, a las 3.30 horas, en las inmediaciones de la residencia de las familias Cruz Rodríguez y Delgado del Bo, en el barrio Buen Consejo, de Río Piedras, Puerto Rico.

Los testigos entrevistados por el autor son los hermanos Vivian, de dieciséis años, y José Celso Cruz Rodríguez, de doce años, residentes en la calle Canales, 148, del citado barrio de Buen Consejo. A éstos hay que añadir el señor Luciano Rivera, de cuarenta y ocho años y vecino de la Calle 21, número 433, en la barriada Hill Brothers de Sabana Llan, Río Piedras. Pese al hecho de ser mudo, el señor Rivera se esforzó por todos los medios posibles por relatar lo que él y un compañero suyo, no identificado, vieron esa noche, a las 3.30 horas, en las inmediaciones de la calle contigua a la finca de la familia Cruz Ramos.

En la noche citada, relata el autor del artículo, los hermanos Cruz se encontraban durmiendo en su casa cuando Vivian fue despertada por el ruido que producían unas planchas de cinc que estaban en el patio, y también por los insistentes ladridos de los dos perros de la familia. Resuelta a averiguar la causa del estrépito, vio en el patio una figura (pese a que el lugar no tenía luz). De momento pensó que podía tratarse de un ladrón, pero luego cambió de idea al ver que había cuatro «personas» más, de una extraña apariencia física, completamente fuera de lo normal.

Inmediatamente, la joven despertó a su hermano, José Celso, y ambos pudieron ver cómo los extraños seres deambulaban por el patio, como si estuviesen buscando algo. Parecían atraer especialmente su interés varias jaulas que contenían gallinas y polluelos.

Jorge J. Martín reproduce la siguiente declaración de ambos jóvenes:

«Ellos eran raros, parecían personas, pero eran distintos... Había cinco de ellos, pero dos eran más altos, como de 5 pies de alto (1,52 m), mientras tres de ellos eran chiquitos, como de 90 cm. Los grandes eran esbeltos y más parecidos a nosotros. Estaban vestidos con unos trajes ajustados oscuros, que parecían de color marrón (tipo buzo) que los cubrían hasta la cabeza, menos las manos, las orejas, que eran largas y en punta, y la cara; estas partes eran de color gris. Pude notar que tenían las manos muy grandes y como con membranas entre los dedos, como los patos.» (Declaración de Vivian.)

En cuanto al aspecto de los tres seres pequeños, la joven comentó lo siguiente:

«Los chiquitos eran como de 90 cm de alto, de cuerpo más ordinario; eran más anchos de pecho y, aunque los brazos de los grandes eran largos, los de los chiquitos eran como colgantes y caídos hacia adelante. Eso los hacía parecer como jorobados, pero no lo eran.

«También tenían el cuerpo como cubierto de escamas o unas pequeñas protuberancias (como el acné) de color oscuro (marrón) que cubrían éste a excepción de las manos y la cara; como los grandes, también tenían las orejas largas y en punta.

«A éstos pude verles la cara cuando uno de ellos pareció darse cuenta de que José y yo los estábamos mirando y se fijó en nosotros. La cara era de color gris y alargada, con quijada en punta; la cabeza tenía forma de pera, con ojos y párpados grandes; los ojos parecían brillar como los de los perros en la oscuridad. En cuanto a nariz y boca, no pude fijarme bien, pues sus ojos me llamaron más la atención. También tenían un casco, con una cresta en la parte central. Las manos eran iguales a las de los grandes y los pies parecían como los de los patos.

«Ninguno de los cinco seres caminaba, sino que parecían moverse a base de pequeños saltos, como flotando cerca del suelo.»

Portada de la revista
berrotonesca «Stendeck»,
con una reconstrucción
del caso de Río Piedras
(Puerto Rico).



Aspecto de los seres
de Río Piedras,
altos y bajos.



Basándose en ciertos detalles que ambos hermanos pudieron observar, sacaron la conclusión de que los dos seres más altos y esbeltos parecían mandar sobre los pequeños.

José declaró que estaba de acuerdo con todo lo señalado por su hermana, pero que él realmente observó a los seres por poco tiempo, pues «sentía como un gran cansancio o sueño», hasta el punto de que tuvo que recostarse nuevamente, quedándose dormido.

«Ellos estaban como buscando algo allí, en el patio —sigue contando Vivian— y metían las planchas de cinc que hay allí. También los pollos les interesaban mucho, porque lo que más hacían era brugar con las jaulas de los pollos y a veces los miraban de cerca y fijamente.

«Una cosa que me extrañó fue que, aunque los perros ladraban mucho, los pollos y una cabra que estaban allí, cerca de las jaulas, no parecían sentir nada, de lo que pasaba, pues estaban bien tranquilos y no se inquietaban, aunque los seres tocaban las jaulas y forcejeaban con ellas. Al rato pareció que a los perros les daba sueño, porque, aunque los seres estaban allí, los perritos (chihuahuas) se durmieron junto a mí en la cama y no respondían.

«En un momento dado, el que parecía el jefe, que era uno de los dos grandes y tenía una bola de metal plateada en la mano derecha, se agachó y recogió un viejo espejo retrovisor de auto que estaba tirado allí, al lado de la jaula, y lo examinó durante unos minutos. No sé, quizá le llamó la atención el brillo, porque era niquelado; después lo dejó otra vez en el suelo (la cursiva es mía).

«Lo raro es que justo al lado de donde estaba el espejito había una plancha de metal, que doña Ana (una vecina) usa para tapar un roto en la jaula de los pollos, y en esa plancha apareció al otro día, cuando fuimos a examinar el sitio, una silueta grabada en su superficie, de una mano, que antes no estaba allí. Los extraños dedos que se ven en ella se parecen a los que vi a los seres esos; además, la plancha estaba tan caliente que tuvimos que esperar como hasta la una del mediodía para poder examinarla bien. Y también al ver los sitios donde habían estado ellos, pudimos ver que había como unas manchas húmedas de un líquido raro, que tardó en evaporarse o secarse.

«Después de estar mirándolos por más o menos media hora, se oyó el ruido de un coche y se observó la luz del

mismo. Entonces los seres parecieron inquietarse y se dirigieron hacia allá (el borde del terreno que da hacia la vía marginal a la avenida 65 de Infantería); después no los vi más.»

Al preguntarle a Vivian el investigador por qué no avisó a sus padres sobre lo que estaba sucediendo, ella señaló que la casa está dividida en dos secciones separadas entre sí, y que si quería avisar a sus padres tendría que pasar por el patio, y era allí, precisamente, donde estaban los seres. Tampoco quiso dar voces para llamar a sus padres, porque se sentía fascinada por lo que estaba viendo y tenía que los seres se marchasen.

Señaló además que sentía grandes deseos de bajar y presentarse ante los seres, pero que se abstuvo de hacerlo por precaución, aunque «presentó» que los misteriosos visitantes no le harían daño alguno.

Los padres de los jóvenes, señores Ceiso Cruz y Ramoleta Rodríguez, creyeron lo que les contaron sus hijos, y señalaron que, molestos por los insistentes lamentos de los perros, trataron de levantarse para ir a ver qué sucedía, pero que sentían una especie de torpor o adormecimiento que acabó por vencerlos, tornándose por quedarse en la cama.

El testimonio del señor Rivera (no es broma)

La entrevista con el señor Luciano Rivera, que es mudo, según queda dicho, fue posible gracias a los buenos oficios del joven José Rodríguez, (a) *Timbe*. A continuación, la transcripción de lo declarado por dicho señor:

«Esa noche, mi amigo (el cual es mudo también) y yo estuvimos de juanga (sic), y como a las 2.50 de la madrugada nos instalamos en el coche en la lateral de la 65 de Infantería, cerca del Centro de Servicios Múltiples, y, aunque habíamos echado dos o tres tragos de sangría, no estábamos embriagados, pero sí cansados, por lo que paramos el motor del coche y descansamos un rato, durmiéndonos mi amigo. Pasado un rato abrí los ojos e iba a echar otro trago de sangría cuando vi algo como a unos 12 m de donde estábamos. Era igual a un platillo volador y estaba iluminado. Tenía tres soportes metálicos que salían del aparato y lo sostenían; además tenía una cúpula metálica

grande con varias ventanas, de las que salía una "luz" anaranjada oscura. Esa cúpula era plateada como el aluminio. De ella salía una "antena" que lanzaba rayos de luz blanca en varias direcciones.

«En la parte central había un "alero" o eje central de color amarillo pálido que parecía iluminado, pero no era muy deslumbrante. Debajo había una sección pequeña parecida a una cúpula menor, pero invertida, en la cual había un espacio abierto, por el que salía una escalerilla metálica a tierra.

«Cuando vi esto, desperté a mi amigo, quien vio lo mismo y se sobresaltó mucho. Entonces, al ver que la antena de los rayos se metía dentro del aparato, decidí irme de allí. Cuando arranqué el motor del auto y encendí las luces, pudimos ver que en lo alto de ese talud (la entrevista se sostuvo en el lugar donde aquella noche estuvieron aparcados; el sitio indicado correspondía a la parte superior de la finca de la familia Cruz Rodríguez) había cinco figuras raras moviéndose torpemente. Al llegar al borde del talud, fueron "flotando" casi a ras del suelo hasta la acera, pasando por encima de una cerca de alambre eslabonado, tras lo cual, al llegar al aparato, entraron en éste por debajo, usando la escalerilla. (Desde el borde de la finca al ovni había aproximadamente unos 12 m.) Después de esto, el platillo recogió hacia adentro las patas o soportes y en silencio, mientras giraba la parte central, salió disparado en ángulo ascendente de 45° hacia el este (hacia Luquillo), luego de alzarse del suelo con un movimiento oscilante.

El señor Rivera terminó así su declaración:

«A mí lo que me asustó más fue la "antena" esa que disparaba rayos de luz. ¿Cómo va uno a saber que eso no puede destruirle a uno con un rayo de esos?... Cuando vi que escondían la antena y los soportes, lo único que quise fue irme de allí y no saber nada más de eso.»

Según las indicaciones dadas por el señor Luciano Rivera, el «disco» tenía unos 25 pies de diámetro (7,60 m) y unos 10 pies de altura (3 m). La descripción de los humanoides hecha por Rivera concuerda con la que hicieron los hermanos Cruz, salvo unos medallones circulares metálicos que los seres pequeños mostraban sobre la cintura y en el pecho, con un collar. Estos «medallones» parecían emitir pequeños destellos de luz roja.

Rivera indicó además que las nártices de los seres la pa-

recieron grandes. En cuanto a los labios, dijo que los tenían gruesos. Insistió en que uno de los seres altos le pareció ser femenino, pues le observó que tenía ciertos detalles físicos que así parecían indicarlo.

Posee un elevado valor probatorio el hecho de que existan «dos» grupos de testigos independientes, cuyas declaraciones se confirman entre sí.

Mis comentarios

Encontramos en este caso varias «pautas de comportamiento» o de «extrañeza» que los investigadores del fenómeno humanoide conocen muy bien: las «luces» en la cintura o el pecho de las entidades (sin duda, un dispositivo «multifun»: antigravitatorio, paralizante, de comunicación, etc.); la coexistencia misma de dos tipos de humanoides, uno de los cuales (los pequeños) parece sometido («sumiso» dicen los ummitas en sus comunicaciones) a los otros; estos «servidores» aparecen en varios casos de abducción bien estudiados. El «adormecimiento» o «torpor» que se apoderó de casi todos los testigos que estaban en la casa, más los animales y restantes moradores humanos de la misma (salvo la joven Vivian), es otra característica típica de muchos CE III. Recordemos aquí el famoso caso de Valensole, en el que el único testigo, monsieur Maurice Masse, mostró una somnolencia invencible con posterioridad a su encuentro con los dos humanoides en el campo de L'Orivol; o el caso catalán de Cistella (Gerona), estudiado por mí y «descubierto» por doña Cecilia Conde de Puig, en el que al testigo, Francesc Crous, le ocurrió lo mismo que a Masse, etc.

Es también un rasgo típico la «bola» o esfera luminosa que el humanoide grande sostenía en la palma de la mano, vista en los casos de Villa Carlos Fax, Olaverria y otros. La forma de desplazarse que tenían los seres es también muy curiosa. «No tocaban el suelo», y caminaban como «al lento», a «cámara lenta». Este tipo de desplazamiento es el mismo que aparece en el caso de la «mujer cósmica» con que se entrevistó el finlandés Aarno Heinonen (véase *El caso de Imjärvi*), y acaso se deba a una diferencia en la gravedad del mundo de origen respecto a la Tierra, o bien (hipótesis más fantástica) a que en realidad estos seres

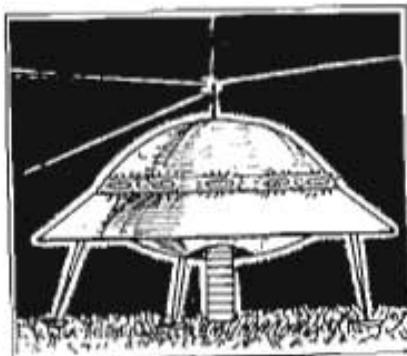
procediesen «de otro marco o complejo dimensionals». Pero hay un detalle verdaderamente absurdo: según el señor Rivera y su compañero, los seres salieron «flotando» de la finca de los señores Cruz Rodríguez, para luego subir a su nave «trepando por la escalerilla». ¿Por qué no podían subir a ella también «flotando», como hicieron los pequeños humanoides del caso francés de Cussac? La presencia de escaleras, por otra parte, es otro rasgo típico, encontrado en varios casos, desde el omni de António Villas Boas hasta el de Julio F. (escalerilla interior) o la fotografía del omni de Génova (1963) de características similares al de Villas Boas.

Sin embargo, recordemos lo que dijo Aimé Michel: ante el omni nos hallamos en presencia de un verdadero «festival del absurdo». Quizá se trate de una tecnología avanzadísima, en la que coexisten algunos rasgos «arcaicos» (la escalera en este caso). En nuestra tecnología actual, de la era del espacio, estas coexistencias, al parecer absurdas, también se producen.

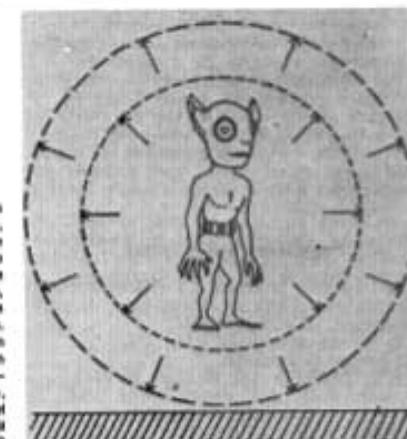
La diversidad (relativa) de tipos morfológicos de humanoides parece postular diversos orígenes para los mismos. Las grandes orejas puntiagudas tipo «señor Spock» aparecen también en otros casos, desde Kelly-Hopkinsville al caso inglés de Aveley. Y no se puede excluir tampoco que algunos tipos (principalmente pequeños) sean lo que pudiéramos llamar (para entendernos) «robots biológicos», como apunta acertadamente en este caso Jorge J. Martín. Estos seres serían el resultado de una ingeniería genética avanzadísima; en realidad serían «vivos» (éste es el nombre, «vivientes», que da el profeta Ezequiel a los cuatro pequeños seres que acompañaban a «la Gloria de Yahvé») adaptados a unas funciones específicas, tal como se pretendía hacer con el cyborg (cybernetic organism) que un investigador norteamericano presentó en el Congreso de Astronáutica de Estocolmo, en los años sesenta.

Para terminar, quiero señalar un detalle (señalado también por Martín) que considero algo inquietante. Escribe Martín: «Luego del suceso aparecieron dos gallinas muertas, pero a esto no le fue dada importancia por parte de los testigos o sus vecinos.» Pues la tenía, y mucha. El mismo Martín alude más adelante a «una serie de hechos insólitos (ocurridos en Puerto Rico durante el año 1975), predominando entre ellos el fenómeno del llamado "Vampiro

La «nave», tal como la vio el señor Rivera. Sus elementos estructurales son «reducidos», y aparecen en multitud de otros casos.



Mapa de Puerto Rico, con la ubicación de las Piedras.



Los pequeños humanoides de Kelly-Hopkinsville, contra los que empezaron disparando hacia la noche los miembros de la familia Sutton, tenían «grandes orejas» puntiagudas, y se desplazaban «flotando». ¿Se hallaban rodeados —y protegidos— por un «campo repelerente», como postula el ingeniero Jean Goupil en esta reconstrucción?

de Moca", llamado así por el detalle de que sus víctimas (animales entre los que había reses, gallinas, cabras, etc.) presentaban extrañas heridas circulares por las cuales les eran extraídos órganos o la sangre de un modo total, sin que se llegase jamás a encontrar la causa de tales hechos.

Posteriormente, el grupo CEOVNI realizó un estudio de estos hechos, y llegó a la conclusión de que, al parecer, había una relación entre los ovnis y tan extraños sucesos.

Más adelante, Martín insiste en el particular: «En semanas recientes se han vuelto a producir hechos similares en los pueblos de Cidra y Cayey, apareciendo en uno de los casos dieciocho gallinas completamente desangradas, al parecer por un extraño orificio [practicado] sobre el espinazo, y estando todas sus plumas y piel en estado normal, lo cual elimina la posibilidad de un animal común y, a la vez, presentándose como algo semejante a lo sucedido en 1975.»

Existe un completo y detallado estudio sobre estas muertes misteriosas de animales, desangrados y eviscerados, realizado por el ingeniero puertorriqueño Sebastián Robiou Lamarche, al que más adelante aludiremos.¹ Pero quiero recordar aquí que este inquietante aspecto del fenómeno ovni (pues es indudable que está relacionado con el mismo) es de alcance mundial y se ha producido en diversos países, entre ellos España.

En efecto: en una obra mía, actualmente agotada,² escribí lo siguiente, en relación con el avistamiento de un ovni con tripulantes «muy altos» efectuado el martes 22 de junio por la noche en el poblado de Las Rosas: «Otro detalle no publicado por la prensa es el de que, días después de ocurrir el caso reseñado, aparecieron en la zona "treinta reses degolladas", sin sangre ni aparato genital. Este hecho también concurría con otros de similares características ocurridos en diversos lugares del globo.» Ni que decir tiene que me refería aquí a sucesos ocurridos en Gran Canaria, zona insular, como Puerto Rico, y en la que parecen repetirse diversas pautas de comportamiento del fenómeno ovni: objetos entrando y saliendo del mar, situación al borde de lo que Ivan Sanderson y su grupo de Nueva Jer-

1. *Muertes misteriosas de animales en Puerto Rico*, *Shedlet*, núm. 22, diciembre de 1975.

2. *Los días oscuros de la muerte*, A. T. E., Barcelona, 1976, p. 137.

sey llamaba «triángulos», o zonas de aberraciones geomagnéticas, etc.

Pero el caso siguiente —que también se sitúa en el Caribe— aún tiene aspectos más misteriosos e inquietantes que el de Río Piedras.

El increíble caso del señor Freddy Miller

El ya citado ingeniero Sebastián Robiou Lamarche es quien ha recogido esta extraordinaria historia en una importantísima obra suya.¹ El será nuestro mentor para exponerla al público español.

El caso comienza en 1959, como una más de las muchas e inexplicables desapariciones que se han venido registrando en el «triángulo de las Bermudas». El día 5 de mayo de dicho año, a las dos de la tarde, salían en un bote, desde Santo Domingo hacia la playa de Boca Chica, María Luisa Castillo, Mirtha Jorge, los niños Francisco Antonio y Julia Altigracia Castillo, junto al deportista Freddy Miller. De este viaje nunca regresaron. A pesar de la búsqueda desplegada, jamás se encontró vestigio de la embarcación o de sus tripulantes, que se esfumaron, a pesar de estar la mar «en completa calma».

Pero hablemos de Freddy Miller, el que, andando el tiempo, habría de convertirse en extraordinario protagonista del caso. Freddy Miller debía su nombre de origen inglés a su padre, un militar norteamericano destinado en Santo Domingo, alrededor de 1916. Su madre era una dama dominicana llamada Julia Otero. Miller destacó como productor y director de televisión cuando este medio nació en su país. Era un hombre de espíritu polifacético. Amaba el mar, la buena mesa, las fiestas y la poesía.

El señor Manolo Quiroz, director en 1972 de Colorvisión, en Santo Domingo, que fue amigo inseparable de Miller, confió las siguientes impresiones al ingeniero Sebastián Robiou, en el curso de una entrevista personal celebrada en 1973. «No creo que Freddy esté muerto —dijo—. Albergó la esperanza de que viva en algún sitio.» Según el señor Quiroz, Miller escribió innumerables poemas que declama-

1. *Avistamiento OVNI* (véase Bibliografía).

ba con su bien timbrada voz, una de las mejores en la Radio y Televisión dominicanas de la época. También le gustaba cantar, interpretando ritmos norteamericanos y tangos, en los que se acompañaba él mismo a la guitarra. La escritora colombiana Carmen de Gómez Mejía sintetiza así la personalidad de Miller: «El espíritu de este poeta es múltiple: periodista, cuentista, cantante. Poseía una inquietud maravillosa. Eran tumultuosas las imágenes que se desbordaban de su mente con una natural sencillez y cuajadas de alto lirismo.» Entre sus escritos se cuentan: *Voces íntimas*, *Almanaque literario de mi mundo*, *Cuentos color sepia*, *La noche pensó en nosotros* y *Noches doradas*. Miller era, en fin, «un pescador no sólo de sueños, sino de peces, de algas y noches doradas». En uno de sus últimos poemas escribió: «Me estoy poniendo viejo, hermano; he perdido la fe, no veo espacio.»

Junto con su amigo Quiroz, Miller poseía un bote de 19 pies (5,80 m), el cual sufría ocasionalmente desperfectos mecánicos. Para aquel entonces —cuando desapareció—, Miller era presidente de la Comisión Nacional de Pesca (lo cual indica cierto conocimiento de las cosas de la mar y la navegación). Según quienes lo trataron, no se preocupaba mucho por su figura, a causa de lo cual aparentaba tener más edad de la real. La fotografía reproducida representa a Miller cuando éste tenía unos cuarenta y cinco años, y fue de las últimas que se le hicieron. Sufría acentuada miopía y de un reflejo nervioso que le hacía mover el hombro derecho, mientras se empujaba hacia arriba las gafas graduadas que llevaba.

El día 5 de mayo de 1959, Freddy Miller salió en su bote, acompañado por María Luisa Castillo, de veintiún años, apodada *La Diabla del Mar*, sus hermanos menores Francisco Antonio y Julia Altagracia, y su amiga Mirtha Jorge, de veintitrés años. Salieron, según atestigua Quiroz, a eso de las dos de la tarde, poniendo rumbo a Boca Chica, playa situada a unos 30 km al este de Santo Domingo. El propio Quiroz los despidió y los vio partir, no pudiéndolos acompañar, señala Robiou, porque sus deberes en la emisora de radio y televisión *La Voz Dominicana* lo retenían en tierra.

Al día siguiente, la ausencia de Miller y sus acompañantes originó una extensa operación de búsqueda, que arrojó resultados negativos. La situación meteorológica era

inmejorable. ¿Qué causó entonces la desaparición de Miller y sus acompañantes?

No puede descartarse, señala Robiou, que el motor de la pequeña embarcación fallara —no era la primera vez que esto ocurría— y que, al quedar al garete, fuera arrastrada por las corrientes marinas hacia el oeste. En 1959, los sistemas de rescate y salvamento, en Santo Domingo y demás países antillanos, no eran de los más modernos.

Algunas versiones trataron de echar la culpa de la desaparición al entonces dictador Rafael L. Trujillo, molesto tal vez por algunos comentarios que había hecho Miller a través de las ondas. Pero esta posibilidad no sostiene un análisis a fondo. En cambio, hay un detalle curioso: Freddy Miller era un apasionado de los «platillos voladores», según afirma Quiroz. Fue productor para el canal 4 de la TV dominicana de una serie de tema extraterrestre, y llegó a pedir unos disfraces de seres del espacio, para emplearlos en su programa. «Freddy creía en la vida extraterrestre; siempre se refería a los platillos voladores, cuando nadie hablaba de estos temas», comentó Quiroz al ingeniero Robiou.

Pues bien: este hombre, Freddy Miller, desaparecido en 1959 en aguas del Caribe, reapareció más de trece años después, si hemos de dar crédito a lo que manifestó otro honrado ciudadano de Santo Domingo: el señor Virgilio Gómez Contreras. Y esta reaparición era digna de figurar, por lo insólita y fantástica, en una película sobre «alienígenas» *Made in Hollywood*. Vamos a ver lo que pasó.

El inesperado encuentro del señor Virgilio Gómez Contreras

El viernes 22 de setiembre de 1972, por la mañana, el señor Virgilio Gómez Contreras, gerente de ventas de la compañía Seguros Dominicana de Salud, se disponía a visitar la finca experimental de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, situada en las proximidades de San Cristóbal, unos 30 km al oeste de la capital dominicana. El objeto de esta visita era ofrecer un plan de seguros a dicho centro experimental, donde aquella mañana ya lo esperaban.

Entre 8.45 y 9 de la mañana, el señor Gómez Contreras circulaba a moderada velocidad (unos 40 km por hora) por

la carretera que conduce de San Cristóbal a Palenque, dirigiéndose a su cita. Al llegar a unos 13 km al sur de San Cristóbal y después de pasar una curva en la solitaria carretera, el conductor vio que a unos 300 m más adelante había «un personaje haciéndole señas con las manos en alto», pidiéndole al parecer que se detuviera.

—Pensé —declaró posteriormente al ingeniero Robiou— que lo mejor era no detenerme... Pensé esquivarlo. Mis intenciones, en casos similares, han sido, cuando veo que es una sola persona, no pararme. Pero al acercarme más noté que el personaje estaba vestido completamente de verde y que también había dos personas más, a 4 o 5 metros del ser que me hacía las señas. Entonces pensé que era una inspección de una patrulla militar o algún accidente. Decidí pararme cautelosamente. Frené como a unos diez metros de la persona que me mandó parar. Mantuve el automóvil funcionando. Entonces, el personaje se me acercó, caminando normalmente.

Al llegar aquí, observa el ingeniero Sebastián Robiou: «Lo que sigue, convierte este caso en uno de los más trascendentales de la fenomenología ovni a nivel internacional.»

Sigue relatando el señor Gómez Contreras:

—El personaje se detuvo frente a mi ventanilla y me preguntó si yo lo conocía. Le dije que no. Entonces añadió: «Mi nombre es Freddy Miller y soy dominicano.» Pensé de inmediato que era una chanza. Luego, con voz grave, me indicó: «Supuestamente me ahogué junto a dos personas (por lo visto los dos niños no contaban), pero fui rescatado por un aparato moderno.»

—¿Un helicóptero? —le preguntó el señor Gómez Contreras.

—No —le replicó el extraño «autoestopista»—, algo más moderno y extraterrestre. Supuestamente, un módulo, lo que ustedes llaman un ovni.

El señor Gómez Contreras pensó de nuevo que era una broma y le preguntó de dónde venían.

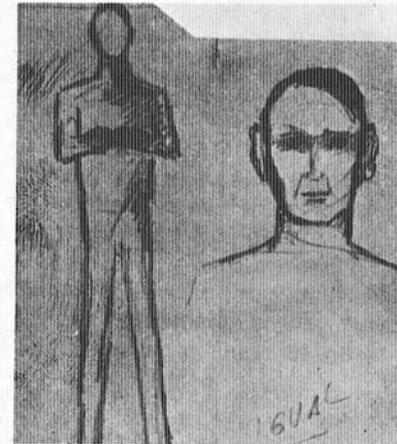
—Supuestamente de Venus... Fui rescatado por mis conocimientos de radiotecnica. Además, no había capacidad para las otras personas ni tampoco podían adaptarse al sistema de adaptación (sic) —le dijo.

(Es curiosa la repetición del adverbio «supuestamente» que hace «Miller», lo que da a su conversación un tono «robótico».)

Una de las últimas fotografías del desaparecido Freddy Miller.



Los humanoides que acompañaban a «Freddy Miller», según descripción del testigo. (Dibujo de Priamo Morel.)



Forma del ovni visto por el señor Virgilio Gómez, según lo describió el artista, señor Priamo Morel.



Tratando de seguirle la broma, el señor Gómez Contreras le preguntó si habían venido a pie desde Venus. Entonces él le indicó un aparato semioculto en la maleza, a su derecha, que no había podido observar hasta el momento. Entre el objeto y ellos se encontraban dos seres parados, con las piernas abiertas y los brazos cruzados. Al ver el objeto, el señor Gómez Contreras se convenció de que aquello no era una broma. Le preguntó entonces al personaje cuál era el motivo de que estuviese allí. Le indicó que se trataba de tareas de investigación. Y recalcó:

—Supuestamente investigaciones.

Y añadió que eran «investigaciones en la fosa de Milwaukee». Dijo que esa fosa les iba a causar problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —le preguntó Gómez Contreras.

—Terremotos —contestó él.

Le señaló entonces que si se producía algún tipo de aviso de la naturaleza entre el 22 de setiembre y el 26 de octubre, podía haber peores consecuencias. Al preguntarle cuáles, contestó:

—Cataclismos, el 28 o el 29 de octubre..., pero trataremos de evitar el cataclismo.

Dicho esto, añadió en tono imperativo.

—Retírese, tenemos que marcharnos.

Dio la vuelta lentamente..., caminó un poco y regresó de nuevo, para decir:

—Su auto se va a descomponer... Déjelo tranquilo, que volverá a funcionar.

El señor Gómez Contreras siguió adelante en su automóvil, y por el espejo retrovisor vio que los tres personajes se adentraban en los matorrales hacia su vehículo ovalado. A unos 500 m se detuvo con deseos de querer preguntar más..., salió del automóvil..., miró hacia atrás, pero no vio nada. Entonces sintió pánico..., reinaba un silencio absoluto.

El señor Gómez prosiguió su camino, pero al llegar al lugar de su cita y no encontrar allí a las personas con quienes debía reunirse, optó por regresar a Santo Domingo por otra ruta. Aquella noche, incapaz de conciliar el sueño, se resolvió a contarle lo sucedido a su esposa, Parmenia Morales, con la que vivía en compañía de los hijos de ambos, Ana, Jeannette, Virgilio y Desirée.

Los detalles del extraño encuentro se fueron propagando

entre el círculo de familiares y amigos. Un mes después, salió el primer artículo periodístico donde se hablaba del caso, sin mencionar el nombre del testigo. Pero el nombre del mismo no tardó en salir a la luz por una indiscreción periodística. Desde entonces en adelante, el señor Gómez Contreras se vio asediado por los medios de información. Se le hicieron entrevistas de radio y televisión. Al año del suceso, su historia se publicó, incompleta, en la revista *Bohemia*.

Descripción del ser

«La importancia de este caso —escribe el ingeniero Robiou— estriba en dos puntos básicos: 1.º La reconocida seriedad y la reputación del testigo; 2.º La realidad histórica que Freddy Miller había sido dado por perdido en la mar trece años antes de su alegada reaparición.»

Pero, ¿cómo era el personaje que tan extrañamente detuvo a Gómez Contreras en la carretera? ¿Se parecía al desaparecido Miller? Estima el testigo que la duración del encuentro fue de unos tres o cuatro minutos. El personaje que le ordenó detenerse se quedó de pie a un metro de la ventanilla del conductor. Se inclinó ligeramente para poderlo ver, con los brazos colgantes. «Hecho esto —declaró el señor Gómez— no hizo ningún otro movimiento..., ni hizo muecas, ni sonrió, ni hizo ademanes, sólo pestañeaba normalmente. Su voz era natural, pero más gruesa de lo normal..., hablaba pausado, sin cometer errores.»

Aparentaba unos cincuenta años, con una estatura de 5 pies, 10 u 11 pulgadas (de 1,77 a 1,80 m). Apenas tenía cabellos. Llevaba el cuerpo totalmente enfundado en «un traje de piloto o mono, de color verde brillante». Sólo la cara estaba al descubierto. El traje «no tenía costuras, ni cremallera, ni bolsillos, ni insignias..., llevaba solamente un reloj grande, gris oscuro, en la muñeca izquierda, tal como los usados por los submarinistas». Lo que más llamó la atención del testigo fue el color de la tez del autodenominado «Freddy Miller»: «El color de la piel de la cara era extraño... Era un gris amarillo, para mí nauseabundo.»

(El empleo del adjetivo «nauseabundo» no deja de ser también raro: generalmente se lo asocia a sensaciones olfativas, no visuales. El gris amarillento de la tez evoca...

¡la tez de un cadáver! ¿Era el supuesto «Freddy Miller» un muerto, un «zombie»?)

Los dos humanoides que permanecían de pie e inmóviles entre el automóvil y el ovni ovalado estaban, según se ha dicho, con las piernas separadas y los brazos cruzados. En ningún momento intervinieron en el diálogo ni hablaron entre sí. Estaban uno al lado del otro, observando la escena. El testigo estima que medirían unos 7 pies (2,12 m). Eran casi idénticos; su cabello también era muy escaso, aunque más que «Freddy Miller», y era más oscuro, estando «peinado de izquierda a derecha». Su vestimenta era igual a la que llevaba el supuesto Freddy Miller. No les faltaba ni siquiera el reloj «submarino». Cuando aquellos dos seres iniciaron la retirada, el testigo observó que «los brazos eran bastante largos..., más de lo normal». El color de su tez parecía ser también gris-amarillo.

Según versiones que Robiou no pudo confirmar, parece que, posteriormente al «contacto», el señor Gómez Contreras pudo identificar a Freddy Miller en la fotografía de un grupo numeroso de personas, entre las que se encontraba el desaparecido, y que le presentó la familia Miller. «Aunque esta versión sea cierta —observa Robiou—, es probable que Gómez haya conocido a Miller, pues el primero contaría unos veintisiete años cuando la desaparición del segundo. Miller era, sin duda, una figura popular en el único canal entonces existente en la televisión dominicana, lo cual quiere decir que sería conocido por muchas personas. Por tanto, la prueba fotográfica no sería una prueba definitiva de la reaparición de Miller.»

El caso tiene unas constantes que se hallan en muchos contactos: preocupación por catástrofes y seísmos, su llegada con objeto de salvarnos de un desastre incommensurable. En este caso, la catástrofe estaría centrada en la «fosa de Milwaukee».

Pero veamos hasta qué punto las predicciones del extraño ser se cumplieron o dejaron de cumplirse.

Las predicciones

Una de las predicciones se cumplió al día siguiente. Era la relativa al automóvil y a su posible mal funcionamiento. Al día siguiente, en efecto, y aproximadamente a la misma

hora en que tuvo lugar el encuentro del día anterior, el padre del señor Gómez Contreras se dispuso a utilizar el coche de su hijo. Sin embargo, después de varios intentos, el automóvil se negaba a arrancar. Se llamó a un mecánico, el cual cambió la batería e hizo una revisión completa del vehículo, sin lograr que se pudiese en marcha. Hacia las 12.30 del mediodía, cuando el mecánico ya se había dado por vencido, sin saber qué le pasaba al coche, el automóvil arrancó a la primera, cuando fue el señor Gómez Contreras quien se sentó al volante y tiró del arranque. Se cumplía así lo pronosticado por «Freddy Miller» el día antes, y que aquella misma noche el testigo había comunicado a su esposa.

Pasemos ahora a las predicciones de terremotos, relacionados con la fosa de Milwaukee. Esta fosa, con sus 9 200 m de profundidad, es la mayor fosa abisal del océano Atlántico. Forma parte de la llamada «Puerto Rico Trench» (trinchera de Puerto Rico), y se encuentra situada a unos 100 km al noreste de las costas dominicanas, siendo epicentro de innumerables movimientos sísmicos. Entre los dominicanos existe un temor latente a los males que puedan surgir de esta fosa, especie de genio maléfico cuya amenaza pesa constantemente sobre aquel país. En agosto de 1946, toda la República Dominicana fue sacudida por un seísmo de magnitud 8,1, que sembró el pánico y la destrucción. Posteriormente se supo que el epicentro de aquel terremoto había estado localizado en la fosa de Milwaukee. No faltó nada más para que la gente, a partir de entonces, creyera que cualquier día la isla entera se hundiría en dicha fosa a consecuencia de un gran terremoto.

Pues bien: de acuerdo con lo vaticinado por «Freddy Miller», se registraron una serie de pequeños seísmos (no perceptibles a nivel humano) los días 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 26, 28 y 30 de setiembre, todos ellos en la zona de la fosa de Milwaukee. Según la investigación realizada por el ingeniero Sebastián Robiou cerca del Instituto Geográfico de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, donde está ubicada la Estación Central Sismológica, el seísmo principal tuvo efecto el 18 de setiembre, seguido por una serie de «réplicas» consideradas «débiles» o «moderadas», y que tenían su epicentro unos 127 km al noreste de Santo Domingo. Solamente la del día 22 de setiembre —fecha del contacto del señor Gómez Contreras— tuvo su epicentro

119 km al nordeste de la capital dominicana; es decir, también dentro de la fosa de Milwaukee. La hora exacta registrada fue las 12 h 26 m y 38 s; o sea, casi tres horas y media después del contacto «Miller»-Gómez Contreras.

Es decir, cuatro días antes de este contacto se habían producido diariamente unos seísmos imperceptibles, sólo captados por los sismógrafos. Casi puede asegurarse que el señor Gómez —por su profesión y actividades muy ajeno a los medios científicos y sismológicos— desconocía por completo tales hechos. No deja de ser significativo, sin embargo, que, como señala acertadamente Robiou, «un extraño ser muestre su preocupación y haga referencia a unos hechos reales que estaban sucediendo y que eran desconocidos públicamente. Y más cuando los mismos ocurrían precisamente dentro de la referida fosa». Y se pregunta: «¿Cabe aquí una coincidencia explicativa o estamos frente a una realidad fantástica, pero irrefutable?»

Dijérase que este «Freddy Miller» vuelto del reino de las sombras, en aquellos momentos encarnó el temor inconsciente de todo Santo Domingo a la fosa fatídica. ¿Sería ésta la explicación? Una captación «a nivel subconsciente» de los seísmos que estaban teniendo lugar, por parte de Gómez Contreras, personificada en un personaje extraño, legendario, un *revenant* que volvía para anunciar catástrofes y cataclismos..., que por suerte no se cumplieron. El hombre —en tanto que ser zoológico—, si bien no está tan próximo a la naturaleza como otros llamados hermanos inferiores (perros, gatos, pájaros), quizás aún conserva algo de aquella facultad que permite *presentir* la proximidad de un terremoto o de cualquier otro desastre. Como ocurrió —una de tantas veces— en el caso siguiente, protagonizado por... una perrita.

La perrita «profética»

Ocurrió el 30 de octubre de 1979, en el pueblecito de Sóller, en la isla de Mallorca. Eran alrededor de las once de la noche. La familia Alemany, propietarios del bar Willy, se disponía a cenar, terminada su jornada de trabajo en el bar y después de haber cerrado el local al público.

Reunidos alrededor de la mesa se encontraban el matrimonio y sus dos hijos, uno de dieciséis años y el otro

de catorce. A sus pies, tendida en el suelo, estaba *Ima*, perra bóxer adquirida recientemente por la familia.

De pronto, el animal empezó a mostrar gran inquietud, yendo y viniendo a la puerta del comedor, hasta que con sus aullidos y sus vueltas consiguió inquietar a toda la familia. Se levantó el padre, Jaime Alemany, y entonces la perra, con los dientes lo agarró de los pantalones y empezó a tirar de él hacia la puerta de la calle. El señor Alemany siguió dócilmente, y cuando la perra lo tuvo en la calle, entró de nuevo en la casa, agarrando esta vez a la señora Alemany por el delantal y tirando de ella.

Ante tan extraño comportamiento del animal, el señor Alemany ordenó a los suyos que salieran todos. Luego apagó las luces y cerró la puerta.

Cuando estaban a unos diez metros de la puerta del bar, la casa se vino abajo con gran estrépito, quedando reducida a un montón de escombros.

De no ser por *Ima*, toda la familia hubiera perecido.¹

¿Es preciso recordar aquí, también, que antes de la terrible erupción del Mount Pelée de 1902, en la Martinica, que causó miles de víctimas, todos los animales de la isla trataron de salvarse, huyendo despavoridos? Pese a su psiquismo superior, el hombre aún puede conservar latentes estas misteriosas facultades premonitorias de las grandes catástrofes naturales. Con ello, empero, no queremos decir que el encuentro del señor Gómez Contreras no fuese un hecho «real», pero puede haber aquí una imbricación de lo «real» con lo «parapsicológico», como tantas veces ocurre ya en ufología. Debemos reconocer que sabemos muy poco —poquísimo— sobre la verdadera esencia del universo, donde «todo puede ser posible»..., incluso que regresen los «muertos». Sea como fuere, a raíz de su experiencia, Gómez Contreras se convirtió en un «contactado», con todas las manifestaciones típicas —principalmente de corte mesiánico— de este síndrome.

1. Revista *Hola* del 24 de noviembre de 1979, citando a *Mallorca Press*. Quien dese más información sobre el particular, puede acudir a: Leo Talamonti, *Universo prohibido*, Plaza & Janés, S. A., e *Ibid. Parapsicología e Misteri del Mondo Animale*, Rizzoli Editore, Milán, 1979.

7. ¿«BUENOS» O «MALOS»? (I)

Hay autores que creen que los ovnis tienen malas intenciones respecto al género humano, y que están aquí como preludio a la «invasión» que, tarde o temprano, va a producirse. Entre los que consideran «malos» a los ovninautas se cuentan Salvador Freixedo, Brad Steiger, Colman von Keviczky y otros. En cambio, las huestes de los «mesiánicos», encabezadas por Adamski, Siragusa, el IPRI peruano, etc., creen que los extraterrestres son poco menos que los serafines y los querubines de la Biblia, y que están aquí para salvarnos.

¿Dónde está la verdad —si es que existe— entre estas dos visiones tan encontradas del problema ovni? Es cierto, como señala por ejemplo Brad Steiger en su obra —escrita con Joan Whritenour—, *Flying Saucers Are Hostile (Los platillos volantes son hostiles)*, que a la cuenta de los ovnis cabe cargar ciertas acciones reprobables, que van desde el ataque a aviones y automóviles hasta la agresión a instalaciones militares (caso del fuerte Itaipú, en el Brasil, por ejemplo), o incluso achacarles muertes misteriosas, como la de los dos técnicos electrónicos de Morro do Vintem, hallados muertos con sendas máscaras de plomo sobre el rostro, en agosto de 1966, cerca de Niterói (Brasil) y, junto a ellos, unas raras instrucciones para ingerir unas cápsulas a intervalos determinados, como «preludio» a un contacto (¿con los extraterrestres?).¹

1. Véase al respecto mi obra *OVNIS en Iberoamérica y España*, p. 311.

Pero también es cierto que conocemos muchos casos de agresiones por parte de terrestres contra «platillos volantes» y sus ocupantes. Aquí veremos algunos. Nuestra especie no se distingue ciertamente por su pacifismo ni por su carácter angelical. Es más que posible que cualquier supuesto visitante del espacio se sienta muy escamado ante nuestras guerras, nuestras atrocidades, nuestros actos de terrorismo, los fríos asesinatos que se cometen en nombre de ideologías «redentoras», etc. No podemos ponernos como modelo de civilización, ni mucho menos.

Sin embargo, repasando la casuística mundial, no puedo por menos de preguntarme si no habrá más de una fuerza en juego. Una «hostil» (y aquí llevarían razón Brad Steiger, Freixedo y todos los que creen en los ovnis «malinos»), y otra «benéfica», a cargo de la cual correrían los casos de «curación» (también enumeraré algunos) e incluso de «ayuda». De reducir el problema solamente a estas dos fuerzas, irremediamente caeríamos en una visión «maniquea» del problema ovni: éste se resolvería en una película de «buenos» y «malos», en un auténtico *western*, o, si el lector lo prefiere, en una versión «real» de *La guerra de las galaxias*.

E incluso, yendo aún más atrás, en la actualización del eterno conflicto entre el Bien y el Mal, entre Ormuz y Ahrimán, entre la Luz y las Tinieblas, entre Yahvé y Satán. ¿Y por qué no, tampoco? En la Biblia, en el *Mahabharata*, en la mitología griega (episodio de la guerra entre los dioses y los titanes), se podrían recoger ecos deformados de una lucha «real» entre entidades y potencias «extraterrestres»..., lucha que aún continúa.

Si admitimos —ciñéndonos al problema ovni, que es lo que aquí nos ocupa y nos preocupa— la existencia de dos orígenes para el mismo, de acuerdo con las características enumeradas más arriba, todo se resuelve armónicamente. Pero quizás aún se resolvería mejor admitiendo una tercera opción, en la que ninguno de los autores antes citados parece haber caído. Y sería ésta la de que los ovnis —y quienes los envían a nuestros cielos— no son «buenos» ni «malos», sino «diferentes». Evidentemente, pretender que en todo el Cosmos rijan las reglas de conducta humana y la ética imperante en un pequeño planeta que gira en torno a una pequeña estrella perdida en un brazo espiral de la Galaxia, a 30 000 años luz de su centro, es demasiada

soberbia y demasiada pretensión. Y aún más teniendo en cuenta que estas normas éticas no se cumplen ya —o se cumplen muy mal— en el propio mundo que las ha dictado. En nuestra limitación espaciotemporal, ¿sabemos lo que es verdaderamente «bueno» y lo que es verdaderamente «malo» para nosotros? «Te hago sufrir porque te amo; te hago daño porque te quiero, dijo Dios al hombre» (o algo parecido: cito de memoria), escribió Rabindranath Tagore. Por encima de nuestra ética limitada, puede existir una Ética universal (con mayúscula) que sólo tenga en cuenta, por ejemplo, el bien de la especie —o de una especie— y no el pequeño bien individual de cada uno de sus miembros.

Supongamos, pues, que los ocupantes de los ovnis se rigen por unas normas acordes con lo que, para entenderlos, podríamos llamar la «moral cósmica». Ante ella, nosotros seríamos pequeños habitantes de un planeta muy primitivo y belicoso, a los que hay que tratar con cuidado y, a veces, hacerles «daño» por su propio bien (de acuerdo con un plan vastísimo, cuyo alcance, en nuestra limitación, no podemos vislumbrar).

Pero si ustedes me apuran, aún habría una cuarta opción. Y ésta sería la de que les somos por completo indiferentes; lo que únicamente les interesa, en nuestro planeta, son cosas que éste contiene. Nosotros somos «un accidente del paisaje», y punto. El lúcido pensador Aimé Michel, uno de los cerebros mejor organizados de Occidente, enumera —para terminar— una posibilidad verdaderamente desesperanzadora: la de que el foso que nos separa de estas «inteligencias cósmicas» sea tan grande, que resulta insalvable. Y pone el ejemplo del perro que ve un televisor, o una locomotora. Para él aquello es «real», emite luces y sonidos, pero el pobre can no sabrá jamás lo que verdaderamente es, por escapar a su posibilidad de comprensión. «Comprender», en efecto, es «comprehender»: sólo «comprende» el superior; el inferior, por definición, no puede ni podrá nunca «comprender». ¿Será el ovni para nosotros lo mismo que es el televisor o la locomotora para el perro? Luces, colores, sonidos... «incomprensibles» porque los han creado cerebros superiores al nuestro. Nos faltan, sencillamente, unos cuantos millones de neuronas y unos cuantos miles de años de evolución biológica para que la «comprensión» sea posible.

Si la posibilidad apuntada por Aimé Michel fuese cierta, entonces el problema no tiene solución y ya podemos irnos todos a casa. Pero yo creo que, si bien el foso existe, no es insalvable. Y creo también que, si bien biológicamente más evolucionados que nosotros, los ocupantes de los ovnis son parientes nuestros: son hombres. El diálogo entre un Neanderthal y un Cro-Magnon —que llegaron a ser contemporáneos— era posible..., como posible ha sido, por ejemplo, el diálogo entre el abducido Julio F. y sus captores, pese a tener éstos un cerebro con varios miles de neuronas más que el secuestrado. Pero es que uno de los signos de superioridad es el de saber descender, el de saber ponerse al nivel del inferior y, sobre todo, no hacer jamás alarde de esa superioridad. Sólo los necios y los ignorantes son jactanciosos. Los sabios son modestos y humildes.

Hechas estas consideraciones —absolutamente necesarias— pasemos a la casuística, en pro y en contra. Empecemos por los supuestamente «malos».

Un rayo de luz verde

Este caso brasileño (el Brasil, como comprobará el lector, es una verdadera cantera de casos ufológicos), fue publicado por primera vez, en Europa, en la revista francesa *Phénomènes Spatiaux*, ya citada para el caso de Lagõa Negra, y en su número 19 (marzo de 1969). Reproducía el informe del GGIOANI sobre los hechos comunicados por un hacendado brasileño, el señor A. S. M. (deseaba guardar el anónimo) a los miembros de dicho grupo, y también al doctor Olavo Fontes, si bien al caer éste enfermo, de una enfermedad de la que no habría de reponerse, tuvo que abandonar la investigación.

Los hechos ocurrieron el 13 de agosto de 1967, en la hacienda del señor A. S. M., situada en el estado de Goiás, entre Crixás y Pilar de Goiás, en una zona subecuatorial a los 14° 27' sur. El protagonista de los mismos —y su víctima— fue el administrador de la propiedad, Inácio de Souza, de cuarenta y un años, casado con Maria de Souza y padre de cinco hijos. Era un hombre sencillo e inculto, pero que gozaba de la mayor estima en su medio social y laboral. Vivía y trabajaba desde hacía seis años en la hacienda

del señor A. S. M. No había visto jamás un ovni ni había oído hablar de «platillos volantes» ni extraterrestres, pese a vivir en el Brasil. Le interesaban únicamente su familia y su trabajo.

El día 13 de agosto de 1967, Inácio y su esposa regresaban a su casa, sita en la *fazenda* de Santa Maria, en el lugar indicado del estado de Goiás. Al aproximarse a su morada, posado en la misma pista de aterrizaje de la propiedad (ésta tenía un pequeño aeródromo privado), vieron «un extraño objeto que tenía la forma de una palangana invertida». El objeto tenía unos 35 m de diámetro. Entre el mismo y la casa, observaron a tres desconocidos.

Inácio contó así los hechos: «Maria y yo volvíamos de Crixás y aquellos seres ya estaban allí. Pensé que sería gente que venía de visita, pero me extrañó un poco el tipo de avión que traían. Eran personas de la misma apariencia que nosotros, salvo que parecían calvos. —Y añade—: Parecían estar jugando y brincando como niños, pero en silencio. Cuando nos distinguieron, me apuntaron con el dedo y echaron a correr hacia nosotros. Yo grité a mi mujer que se metiese corriendo en casa. Como yo llevaba conmigo una carabina, disparé contra el que tenía más cerca. En este momento salió del «avión», como de una linterna, una luz verde que me alcanzó en el lado izquierdo del pecho. Caí al suelo. Mi mujer corrió hacia mí y recogió el arma, pero aquellos sujetos ya habían entrado en el avión, que se elevó en vuelo vertical, a gran velocidad, y haciendo un ruido parecido al de las abejas.»

El relato de Inácio no tiene desperdicio. En primer lugar, es incapaz de comprender que «aquello» puede no ser un avión. Para él, en avión se queda, pues. Luego, tampoco puede admitir que unos hombres que van corriendo a su encuentro —y que ha visto hace un instante jugando y saltando— puedan estar animados de nada que no sean intenciones agresivas. De ahí su estúpida reacción, al disparar contra ellos, sin encomendarse a Dios ni al diablo. Su reacción es la típica, por otra parte, de un *frontierman*, de uno de esos «hombres de la frontera» (con los indios, con los salvajes, con lo desconocido y temido), que el cine y la televisión nos han servido tantas veces (especialmente en filmes norteamericanos): *shoot and then ask* (dispara y luego pregunta). Ni siquiera cuando el aparato se eleva verticalmente, haciendo un «zumbido de abeja» (constante ufoló-

gica muy repetida), Inácio piensa que no puede ser un «avión».

Sigamos.

He aquí lo que relata ahora el dueño de la finca, el señor A. S. M.:

«Yo llegué a la hacienda tres días después de los acontecimientos y no sabía absolutamente nada. Al bajar de mi avión particular, encontré esperándome a la mujer de Inácio, quien me dijo que su marido se encontraba mal. Como se trataba de un hombre fuerte y sano, que no había guardado cama jamás, fui a su casa a visitarlo y, al verlo acostado, le dije en tono enérgico: "Pero ¿qué te pasa, muchacho?" Él me respondió "Patrón, he matado a un hombre." Esto me sorprendió y le pregunté: "Pero ¿cómo has podido hacer tal cosa?" Inácio me refirió entonces, minuciosamente, todo cuanto había ocurrido, explicando que había disparado porque pensó que aquellos hombres iban a por su familia, y sintió miedo.»

(Tenemos aquí una constante del sentimiento que desencadena tantas acciones agresivas: el miedo.)

Después de escuchar el relato de Inácio, el señor A. S. M. comprendió que su administrador se hallaba convencido de que aquellos hombres eran de São Paulo y, para no asustarlo aún más, prefirió no hablarle de «platillos volantes». Resolvió entonces examinar el lugar de los hechos, para ver si encontraba manchas de sangre, atribuibles al hombre supuestamente alcanzado por el disparo de Inácio. No descubrió nada.

Más tarde, el señor A. S. M. pudo obtener más detalles sobre el incidente. Recordaba que Inácio le había dicho: «Apunté bien a la cabeza del que jugaba», y añadió que Inácio no podía haber errado un tiro a 60 m de distancia, pues era un tirador de primera. En lo que concierne al aspecto de los hombres, para Inácio «estaban desnudos». Su esposa, en cambio, opinaba que vestían una especie de *collant* o mono muy ajustado al cuerpo, de un color amarillo pálido (probablemente esta interpretación es la correcta). No se les marcaban sus órganos sexuales, pese a que eran «hombres» y pese a lo ajustado del traje.

Inácio es llevado a Goiânia para examen médico

Fue entonces cuando el señor A. S. M. decidió llevar a Inácio a Goiânia, capital del estado de Goiás, que se encuentra a unos 180 km al sudoeste de Brasília, capital federal del Brasil. Veamos como él mismo lo cuenta:

«El primer y el segundo día, Inácio sufrió náuseas, horrigueos y un entumecimiento general; durante esos dos días le temblaban las manos. Decidí entonces llevármelo a Goiânia, para someterlo a un reconocimiento médico completo. Le recomendé que guardase silencio sobre el extraño suceso.»

»En Goiânia, el médico (que ignoraba lo que pudiera tener) comprobó la existencia de una quemadura circular, de unos 15 cm de diámetro, en la parte izquierda del tronco, cerca del hombro. Le hizo una aplicación de unguento Picrato de Butesin. Por lo que respecta a los demás síntomas, diagnosticó que estaban causados por un vegetal, y pensó que Inácio había podido ingerir "algún hierbajo malo". Entonces me decidí a contar al médico lo que verdaderamente había ocurrido. Sorprendido, el facultativo preguntó a Inácio si alguien más había visto a aquellos hombres. Inácio contestó: "Mi mujer." Entonces, el médico me llevó aparte y me preguntó si yo había hablado alguna vez a Inácio de los OANI (Objetos Aéreos No Identificados). Yo le respondí que no. Preguntó entonces a Inácio si en alguna otra ocasión había visto aquel mismo tipo de aparato, y si había oído hablar de él, a lo que el administrador respondió negativamente. El médico dijo entonces que había que hospitalizar a Inácio, para hacer análisis detallados de heces, orina y sangre.

»Cuatro días después de haber sido puesto en observación, Inácio fue enviado a su casa. Sorprendido de que no lo hubiesen tenido sometido a tratamiento más tiempo, fui a ver al médico. Éste me dijo entonces que el caso de Inácio tendría un desenlace fatal, pues los análisis habían indicado que sufría leucemia, o sea cáncer de sangre, y que al máximo le restaban un par de meses de vida, añadiendo: "...Y este señor (el enfermo) me ha rogado que olvide todo lo que sucedió... Diremos que no vio nada. Tiene que velar por su buen nombre, y la revelación de la verdad sólo serviría para sembrar el pánico. Por lo que a mí respecta, ni he visto ni he oído nada. Yo también tengo

que velar por mi reputación, y para mí no se trata más que de un caso de leucemia.»»

Muerte de Inácio

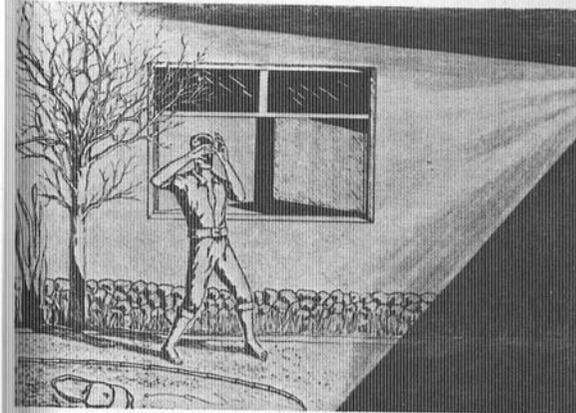
Según reveló su viuda a los investigadores, el estado de su marido no hizo más que empeorar. En todo su cuerpo aparecieron manchas de color blanco amarillento, de un centímetro de diámetro, y empezó a experimentar atroces dolores. Adelgazó a ojos vistas y, cuando murió, no tenía más que la piel y los huesos. Pidió a su mujer que quemase su cama, el colchón y las sábanas después de su muerte. Esta tuvo lugar el 11 de octubre de 1967, casi a los dos meses (como había pronosticado el médico) de su encuentro con los humanoides danzarines. Su muerte fue idéntica, en cuanto a su sintomatología previa, a la de los afectados por radiactividad, especialmente por los rayos gamma: náuseas que duran de dos a tres días y que luego desaparecen (recuérdese el caso finlandés de Imjärvi, en el que los resultados de la supuesta irradiación por partículas no fue fatal, afortunadamente).

El disparo irreflexivo, hijo del miedo, hecho por Inácio con su Winchester 44, fue contestado de forma terrible por lo que verdaderamente podemos llamar «el rayo de la muerte», activado tal vez por otro humanoide que habría quedado de guardia en el interior de la nave. ¿Por qué esta vez no se limitaron a «paralizar» al ser humano? ¿Quizá porque hubo «agresión» por parte de éste? Detalle muy a tener en cuenta... Como apunta René Fouéré, en el comentario que hace a este caso extraordinario, quizás habría que advertir a los hombres: *Ne tirez pas sur les humanoïdes!* (¡No disparen contra los humanoides!)

Las consecuencias, como en el caso de Inácio de Souza, pueden ser fatales. A veces.

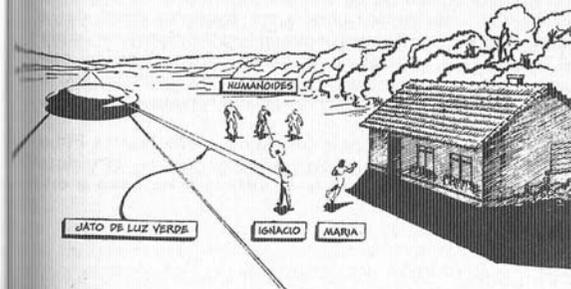
¿Y si hablásemos también de João Prestes Filho?

Los que quieren presentar a los ovniutas como seres hostiles y malignos, hacen grandes alharacas a cuenta de la muerte espantosa de otro ciudadano brasileño: João Prestes Filho, muerto al parecer por otro rayo de luz proce-



El investigador y dibujante brasileño Jader U. Pereira vio así el incidente de Araçariçuama, que produjo al infeliz João Prestes Filho tan atroces consecuencias.

Dibujo publicado en el «Correio do Povo», reconstruyendo el momento en que Inácio de Souza dispara contra el humanoide. Simultáneamente, del ovni parte un rayo de «luz» verde, que alcanza a Inácio en el pecho.



dente de un ovni. En este caso no aparecen humanoides —ni ovni—, y por ello yo no pensaba incluirlo en este libro. Sin embargo, creo que debo mencionarlo, aunque sea brevemente, para «curarme en salud», pues de manera inevitable los partidarios de los «ovnis hostiles» no dejarán de sacarlo a colación, si se deciden a comentar este libro.

El caso fue dado a conocer en Europa, a fines de 1971, a través de la revista del GEPA, ya citada, *Phénomènes Spatiaux*. En este número 30, René Fouéré publicó íntegro un detallado informe del profesor Felipe Machado Carrión, presidente del GGIOANI, sobre este espeluznante suceso, comunicado al profesor Carrión por el doctor Irineu José da Silveira, cirujano dentista brasileño. Vamos a exponer sucintamente este caso alucinante.

Sucedió un día de Carnaval, en febrero de 1946, en el poblado de Araçariguama, en la circunscripción administrativa de São Roque, estado de São Paulo. Araçariguama se encuentra exactamente a la misma latitud que Ubatuba (23° 26' S), en cuya playa, años más tarde, había de desintegrarse un ovni a la vista de cientos de testigos, pero mucho más al oeste, pues su longitud es 47° 04' W; o sea, en el interior del inmenso territorio brasileño.

El desdichado protagonista de este extrañísimo suceso fue un agricultor y comerciante que tenía 40 años, en 1946: João Prestes Filho, casado y residente en la localidad citada. Observo aquí que este episodio antecede en más de un año a la famosa observación de Kenneth Arnold, que inaugura la «época contemporánea» de los ovnis. João Prestes Filho (Hijo) era un hombre robusto y que gozaba de una excelente salud.

El principal testigo interrogado por el doctor Irineu José da Silveira fue un hombre de sesenta y cuatro años: Aracy Gomide, natural de São Roque y que en la época de los hechos tenía treinta años y era inspector fiscal de la Prefectura de São Roque. Como en Araçariguama no había ni luz eléctrica, ni teléfono, ni médico, Aracy Gomide, que tenía algunos conocimientos empíricos de medicina, hacía las veces de tal, cuando alguno de sus conciudadanos caía enfermo.

El día en que ocurrieron los hechos, João Prestes Filho había invitado a su amigo Salvador dos Santos, de treinta y nueve años y que aún vivía en 1972, a ir de pesca a ori-

llas del río Tietê, que discurre a unos pocos kilómetros de Araçariguama. João pidió a su mujer, que con sus hijos pensaba asistir a las fiestas de Carnaval, que dejase entreabierta una de las ventanas de la casa para que él pudiese entrar, a su regreso de la pesca.

Prestes y Salvador pasaron el día pescando tranquilamente, sin la menor preocupación. Hacia las siete de la tarde, bajo una bruma ligera y uniforme, con un tiempo bonancible, impropio para la formación de chispas eléctricas y de «rayos en bola», ambos compadres regresaron del río Tietê. Se separaron al llegar a una bifurcación de caminos, dirigiéndose a sus respectivas casas, que estaban situadas en lugares distintos y distantes.

Una hora después, João Prestes, absolutamente aterrizado, irrumpió en casa de su hermana Maria, explicando a gritos y de forma entrecortada que, cuando intentó abrir la ventana de su casa, se vio bañado por un haz silencioso de luz, contra el que se protegió tapándose la cara y la cabeza con ambas manos. Cayó al suelo, aturdido, donde permaneció unos momentos, sin perder el conocimiento. Se levantó y huyó corriendo de allí en dirección al centro del poblado, para pedir socorro. Sus movimientos eran aparentemente normales.

Los vecinos de su hermana Maria, entre los que se contaba Aracy Gomide, fueron llamados inmediatamente. Prestes no cesaba de repetir su historia. Los cabellos, la cabeza, los ojos y las ropas (camisa de manga corta y pantalones con las perneras recogidas; en aquel clima tropical, Prestes no llevaba sombrero ni zapatos), así como las partes del cuerpo protegidas por la camisa y los pantalones, no presentaban trazas de quemaduras, profundas o ligeras, ni ninguna anomalía. El hombre tenía los ojos muy abiertos de espanto y hablaba con voz excitada.

Pero a los pocos instantes, comenzó una escena de pesadilla: las carnes de Prestes empezaron a hacerse visibles, adquiriendo el mismo aspecto que si hubiesen sido cocidas durante largas horas con agua hirviendo. Luego empezaron a «desprenderse de los huesos», cayendo a trozos de la mandíbula, del pecho, de los brazos, de las manos, de los dedos, de la parte inferior de las piernas, de los pies y de los dedos de los pies. Algunos fragmentos de carne quedaron colgando de los tendones, sin que ninguno de los presentes se atreviese a arrancarlos. Luego todo se deterioró

con mayor rapidez si cabe: el desgraciado mostraba los dientes y los huesos descarnados.

Prestes rechazó enérgicamente el agua y los alimentos que le ofrecieron, pero en ningún momento pareció sentir dolores, pese a lo atroz de su situación. La nariz y las orejas se desprendieron también y, rodando a lo largo de su cuerpo, cayeron al suelo. El pobre hombre se había convertido en un espectro terrorífico, que se iba deshaciendo de mutilación en mutilación. Con los ojos desorbitados de terror, pronunciaba palabras ya ininteligibles, con una boca que se desarticulaba. Acabó pronunciando únicamente sonidos roncós y guturales, incomprensibles totalmente.

En medio de la confusión general originada por la espantosa escena, el cuerpo casi descompuesto de Prestes fue colocado sobre una carreta, con la intención de llevarlo a la Santa Casa de Santana de Parnaíba, que era el hospital más próximo. Pero transcurridas seis horas después del incidente, fue un cadáver el que regresó a Araçariгуаma, pues Prestes murió por el camino, antes de llegar al hospital. Hasta sus últimos instantes, de su boca, ya sin labios ni carne, habían salido sonidos guturales inarticulados, como si intentase seguir contando su espantosa experiencia.

Como el cadáver no fue objeto de autopsia, el certificado de defunción, que fue firmado por varios testigos ignorantes, decía tan sólo: «Muerte por quemaduras generalizadas.» Palabras incapaces —como se señala en el informe transcrito— de traducir esta muerte atroz y desconocida para la ciencia médica actual, puesto que tanto los síntomas como las terribles lesiones causadas no correspondían a quemaduras de tercer grado, o al resultado de una descarga eléctrica de alto voltaje, tanto natural como artificial, ni a ninguna de las radiaciones conocidas.

La policía realizó una encuesta rutinaria, que no reveló nada importante, ni en la casa de Prestes ni en sus alrededores. El único detalle que puede darnos alguna pista es que, tanto antes como después de la muerte de João Prestes Filho, en el cielo nocturno de Araçariгуаma se vieron extrañas luces que evolucionaban de manera caprichosa, y que las sencillas gentes de la región no supieron identificar con nada conocido.

Un intento de interpretación

Es muy sencillo decir que João Prestes Filho fue una de las primeras víctimas de los ovnis hostiles que surcan nuestros cielos. Su caso no se repitió, y todo nos hace suponer que el incidente pudo haber sido «casual»; es decir, que la inteligencia que se esconde tras el fenómeno ovni, en 1946 aún no sabía que determinados aspectos y subproductos de su avanzada tecnología podían ser muy nocivos, incluso mortales, para el hombre terrestre.

Así las cosas, en la revista barcelonesa *Stendek*, y en su número 15 (diciembre de 1973/marzo de 1974), se publicó la siguiente nota, en su p. 34:

SOBRE EL CASO JOÃO PRESTES

«En el número 13 de *Stendek*, de junio de 1973, incluimos un artículo titulado "Un misterioso haz de luz causa una muerte atroz en el Brasil", original del profesor Felipe Machado Carrión.

»Recientemente, al leer el último número de la publicación brasileña *Boletim SBEDV*, correspondiente a enero-agosto de 1973, en la página 2 advertimos una nota que hacía referencia al mencionado suceso. En la misma se dice textualmente: "En una investigación posterior (de este caso) que hicimos, junto con el grupo local de São Roque, llegamos a la conclusión, después de una labor minuciosa, de que la muerte de Prestes no se debió, muy probablemente, a ningún fenómeno relacionado directa o indirectamente con el problema OVNI. Desgraciadamente, el caso fue publicado por la prestigiosa revista *Flying Saucer Review* de marzo-abril de 1973 (y en la francesa *Phénomènes Spatiaux*), en la versión original del primer investigador."

»Damos constancia de ello publicando esta nota.»

El «desmentido» a que hace alusión esta nota, resulta al parecer de una contraencuesta, en realidad es obra del doctor Walter Bühler, presidente de la *Sociedade Brasileira para o Estudo dos Discos Voadores*, o *SBEDV* en sigla. René Fouéré se hizo eco también de este «desmentido» en el número triple (40-41-42) de *Phénomènes Spatiaux*, de junio-septiembre-diciembre de 1974. En su comentario, Fouéré dice algunas cosas muy sensatas. Después de

insistir en que su revista y órgano del GEPA fue la primera publicación mundial que difundió el caso, en la versión del profesor Machado Carrión, cita el «Decálogo» de la SBEDV, en la que esta entidad puntualiza su posición ante el fenómeno ovni. Los dos primeros postulados de este decálogo son los siguientes:

1.º Los discos volantes son extraterrestres (*os discos voadores são extraterrenos*).

2.º Sus tripulantes se han comportado de una manera pacífica (*seus tripulantes têm-se comportado em atitude pacífica*).

Aquí no se trata de «hipótesis de trabajo», sino de «afirmaciones». «Los discos volantes son extraterrestres... y además «son pacíficos». Esto, la SBEDV por lo visto lo considera artículo de fe. Naturalmente, tanto Fouéré como yo pensamos que es imposible abordar el estudio de lo que sea a partir de actitudes dogmáticas y apriorísticas. Ante un fenómeno tan complejo y variado en sus manifestaciones como es el fenómeno ovni, creemos que la actitud más prudente, por parte del investigador, es la de «una mentalidad abierta». Negando los hechos no se consigue hacerlos desaparecer. Si la muerte atroz de João Prestes Filho no fue causada por la «luz» (por llamarla de alguna manera) procedente de un ovni, ¿qué alternativa sugiere el doctor Bühler?

Pero aun admitiendo que la «luz» procediese de un ovni, esto no nos sitúa *ipso facto* en «la guerra de los mundos». Prestes pudo verse sometido «casualmente» (lo repito) a una manifestación tecnológica, a un «campo de fuerzas» (de alguna forma hay que llamarlo) generado por el ovni con fines que «no eran precisamente» el de matar a un ser humano.

En el discurso o *address* que tuve el honor de leer el 11 de diciembre de 1979 ante el Grupo de Estudio Ovni (*UFO Study Group*) de la Cámara de los Lores de Inglaterra, que preside mi buen amigo lord Clancarty (*Brinsley Le Poer Trench*), dije lo siguiente, entre otras cosas: «Permitidme que os hable de nuevo de los ovnis «malos» y de los ovnis «buenos»... ¿Se puede acusar a un cable de alta tensión de la muerte de un muchacho que ha cometido la temeridad de agarrarlo con la mano desnuda? ¿Podemos decir que el cable de alta tensión es «malo» por haber causado la muerte del muchacho? Del mismo modo, ¿podemos

acusar al ovni de haber causado las quemaduras sufridas por el ser humano que, por simple casualidad, se hallaba en el lugar donde aquél aterrizó, viéndose expuesto a su campo de fuerzas? ¿Podemos tildar al ovni de «malo» por esta razón? Otras veces, el efecto de la «luz» que de él emana es «curar» las heridas del testigo. Recordemos el caso del doctor X.»

Esto es, amigo lector, lo que precisamente vamos a hacer.

Recordemos el caso del doctor X

Aquí, a diferencia del caso de João Prestes Filho, sí que hubo fenómeno ovni. (Sin que ello quiera decir que no lo hubiera en el caso brasileño: pero aquí el ovni —u ovnis— fue —fueron— visibles.) Esta vez, la misteriosa «luz» ultraterrena produjo efectos benéficos. Vamos a ver cómo.¹

Este caso tuvo lugar la noche del 1 al 2 de noviembre de 1968 (noche de Todos los Santos), en una villa encaramada en la ladera de un monte que domina un amplio valle, en el departamento francés de los Bajos Alpes (hoy Alpes de Alta Provenza). El testigo y a la vez protagonista fue un médico, persona muy conocida y respetada en la comarca, donde había ocupado importantes cargos en la administración local. Tal vez por esto deseó que su nombre permaneciera en el anónimo: dato muy importante y positivo para valorar la verosimilitud o no de una observación ovni, ya que con el anónimo se descartan de entrada una serie de motivos espúreos: afán de notoriedad, intento de comercialización del supuesto caso, megalomanía, posible fabulación (consciente o inconsciente), etc. El doctor X (así lo llamaremos) contó únicamente lo sucedido a su amigo y vecino Aimé Michel, el gran investigador francés, el cual publicó después un estudio magistral del episodio en un número extra de la *Flying Saucer Review* titulado «UFO Percipients».

Pero pasemos a los hechos.

En la madrugada del día 2, el doctor X fue despertado por la voz de su hijito de dieciocho meses, el cual no llo-

1. Este caso se halla expuesto también en otras dos obras mías: *Treinta años de ovnis* (Plaza & Janés, 1982), y *L'altra banda del mirall* (en catalán), Ed. Portic, 1980.

raba, sino que parecía pedir algo. El doctor X pensó que el niño tal vez tenía sed, y, teniendo cuidado de no despertar a su esposa, se levantó y fue a tuestas de su habitación a la del niño, que era contigua a la del matrimonio. Encontró a la criatura de pie en su camita, señalando muy excitada a la ventana. Las persianas estaban cerradas, pero a través de las rendijas el doctor vio un relampagueo intermitente, que él tomó por chispas eléctricas.

Es preciso señalar aquí que el doctor X sufría una cojera permanente, resultado de una hemiparesis sufrida como consecuencia de heridas que recibió en 1958, durante la guerra de Argelia (una mina de tierra estalló bajo su jeep, hiriéndole grave e irreversiblemente en la médula espinal). Además, el 29 de octubre —o sea, poco antes del incidente— se había causado él mismo una profunda herida en la espinilla, cuando estaba partiendo leña en la trasera de la casa: el hacha se le escapó de la mano y le hirió en la pierna. A consecuencia de ello, tenía el pie correspondiente muy hinchado y doloroso. El médico de cabecera le había prescrito cuatro días de reposo con la pierna en alto. Estos detalles son importantes, como veremos después.

El doctor X cogió el biberón vacío del niño y se dirigió renqueando hacia la cocina. Mientras seguía el corredor, siguió viendo el relampagueo intermitente a través de las persianas, oyendo al mismo tiempo la lluvia, que tamborileaba en el tejado del chalet. Al entrar en la cocina, observó que el reloj eléctrico marcaba las 3.55. Decidió entonces abrir una ventana, para ver qué era lo que causaba aquel relampagueo silencioso. Desde la villa, como hemos dicho, se divisaba una gran extensión de valle, y he aquí lo que vio el doctor X: por su derecha venían hacia él dos enormes objetos en forma de plato. De la parte central inferior, ambos objetos lanzaban intermitentemente, y a la vez, un potente rayo de luz, que era lo que causaba el supuesto relampagueo. Al llegar frente a la casa, los dos objetos viraron y se dirigieron en derechura hacia el observador. Acto seguido se aproximaron el uno al otro y «se confundieron en un solo objeto». Aquel disco gigantesco se ladeó, entonces, hasta presentar su parte ventral o inferior hacia la casa, y por unos momentos una luz blanca, deslumbradora, bañó el chalet, y el doctor X, que estaba asomado a la ventana, con los batientes y las persianas bien abiertos.

El doctor X llevaba únicamente un jersey encima del pijama. En el breve espacio de tiempo que duró su observación, el doctor X pudo ver que los dos objetos eran unos discos gigantescos, rematados por una especie de antena (que se conservó al confundirse ambos objetos en uno solo). Por los lados se proyectaban también horizontalmente otras supuestas antenas. Mientras el doctor X, mudo de asombro, contemplaba aquel espectáculo increíble, el objeto resultante de la fusión de los dos anteriores desapareció de pronto, dejando tan sólo un poco de humo en el aire...

Impresionadísimo por lo que había visto, el doctor X cerró la ventana y miró la hora en el reloj de pared: las 4.05. Habían pasado únicamente diez minutos. Tomó entonces un cuaderno de notas que estaba encima de la nevera y escribió todo lo que había visto, haciendo también un croquis de los objetos. Volvió entonces al dormitorio, despertó a su mujer y se puso a explicarle la observación. Ambos se hallaban excitadísimos, hasta que la mujer gritó de pronto: «¡Tu pierna!» Entonces el doctor X se dio cuenta de que estaba andando normalmente por la habitación, mientras relataba lo visto a su mujer. La cojera había desaparecido. Estupefacto, el médico se arremanga la pernera del pijama: la tumefacción había desaparecido también, la herida apenas se veía y la pierna tenía un aspecto saludable...

Después de seguir hablando todavía un rato, el matrimonio se volvió a acostar. A la mañana siguiente, ella se despertó a las diez, vio que su marido aún dormía y no lo molestó. El siguió durmiendo profundamente hasta las dos de la tarde. Cuando se despertó, no recordaba «absolutamente nada» de lo que había sucedido aquella noche, ni siguiera cuando su mujer le enseñó sus propias notas y los croquis hechos por él mismo.

El ovni de los Monegros

Pasan unos días. Las secuelas de las heridas sufridas en la guerra de Argelia han desaparecido completamente. El doctor camina de manera normal. Pero aún se encuentra bajo la gran impresión que le ha producido el insólito episodio de la noche de Todos los Santos. Él no sabe entonces —no puede saber— que aquella misma noche, a las cuatro de la madrugada, a unos ochocientos kilómetros a vuelo de pá-

jaro (o de ovni) de los Bajos Alpes franceses, cinco soldados barceloneses, destinados a Zaragoza, volvían en coche a la capital de Aragón, después de haber pasado el permiso de Todos los Santos con sus familias. A la hora citada atravesaban la región semidesértica de los Monegros, entre Lérida y Zaragoza, cuando a la altura del pueblo de Monegrillos, su coche (un Seat 1500) empezó a fallar, los faros se apagaron y la radio (que estaba puesta) empezó a acusar interferencias, hasta que dejó de funcionar. Ante su atónita mirada, y posado en la llanura, vieron un objeto hemisférico gigantesco, de color rojo anaranjado. Mientras lo contemplaban espantados, el objeto se elevó y en dos segundos se convirtió en un punto en el cielo, en medio del silencio más absoluto. La radio volvió a funcionar por sí sola y los faros se encendieron de nuevo. El conductor le dio al arranque, y el coche volvió a ponerse en marcha sin dificultad... ¿Era el objeto que vieron los soldados el mismo que causó tan extraños efectos al doctor X? Es muy posible.

Los triángulos

El día 17 de noviembre, al levantarse, el doctor X observó un extraño triángulo rojizo en torno a su ombligo. Al día siguiente, un triángulo idéntico, pero más pequeño, se mostraba también rodeando el ombligo de su hijo. La explicación psicósomática, que había adelantado el médico de la familia, se derrumbó estrepitosamente. Los dos triángulos se mantuvieron aún unos días... y estuvieron acompañados por un incremento perceptible en las facultades paranormales de padre e hijo, entre los cuales, a partir de entonces, se estableció un vínculo telepático invisible. ¿Habían sido marcados ambos, de un modo parecido a como nosotros marcamos a las reses que nos pertenecen? Pero fuesen cuales fuesen estos «ganaderos» cósmicos, tenemos aquí un empleo de la «luz» muy distinto —de signo completamente opuesto— al del caso del infortunado João Prestes Filho. Los «extraterrestres» ya sabían que a los terrestres no nos convienen determinados subproductos de su avanzadísima tecnología...

8. ¿«BUENOS» O «MALOS»? (II)

El alucinante asedio de Cisco Grove

Para que no se pueda decir que tenemos un *parti pris*, y continuando la táctica de ducha escocesa —o sea, de «una de cal y otra de arena», tan brillantemente inaugurada con el caso de Inácio de Souza y João Prestes Filho, al que hemos contrapuesto el caso del doctor X—, vamos a dar ahora otra de arena, con el espeluznante caso de Cisco Grove.

Me enteré de ese caso al traducir la compilación *The Humanoids (Los humanoides)*, hecha por Charles Bowen, director de la *Flying Saucer Review* y publicada como un número monográfico de la misma (en el que colaboré además con el caso conquense de Villares del Saz). Hice mi traducción para Editorial Pomaire, la cual publicó la obra en 1967, un año después de que apareciera el número especial de la *FSR* (reeditado después varias veces). No fue reeditado, en cambio, el libro de Pomaire, lo que lo convierte hoy en una rareza muy buscada por los «ufolocos». El caso de Cisco Grove venía recopilado, junto con otros casos de pequeños humanoides, por Coral Lorenzen, bajo el título particular de «Incidente de pesadilla cerca de Cisco Grove» (pp. 234-241, op. cit.).

El caso también apareció, en 1969, en una compilación de la NICAP, a cargo del mayor Donald E. Keyhoe y Gordon I. R. Lore, Jr., titulada *Strange Effects from UFOs (Extraños efectos causados por los ovnis)*. Resulta notable

que una entidad tan seria como la NICAP se decidiese por fin a abordar el fenómeno «humanoide», y de la mano, nada menos, que de una figura mítica: el mayor Keyhoe. Tanto la NICAP como Keyhoe, en efecto, se habían mostrado hasta entonces alérgicos a los casos de ovnis con ocupantes más o menos humanoides. Tan sólo cinco años antes (1964), la propia NICAP, en su, por otra parte, excelente publicación *The UFO Evidence* no recogía ni un solo caso de humanoide ni de aterrizaje en su Sección VIII, *Special Evidence* (efectos electromagnéticos, casos de radar, evidencia fotográfica, efectos físicos y fisiológicos, sonido, cabellos de ángel). En esta sección se publica una tabla con 35 casos de efectos fisiológicos o físicos, acompañada de la siguiente observación: «Casi la mitad de estos casos proceden del estudio efectuado por Aimé Michel de la intensiva concentración de observaciones ocurrida en Francia durante el otoño de 1954.» Pues bien: pese a figurar en la lista casos de humanoides clásicos, como Chabeuil, Prémanon y otros, nada se indica acerca de la presencia de los mismos. Chabeuil, por ejemplo, se «despacha» con una simple cruz en la columna de «Efectos físicos» (en cambio, no hay cruz en la de «Efectos fisiológicos»), y en la columna «Descripción» leemos: «Círculo de 10 pies (3 m); follaje aplastado.» Y nada más..., pese a que hubo humanoide que dio un susto terrible a la testigo, madame Leboeuf, la cual tuvo que guardar cama varios días por la impresión, a consecuencia de la cual se le adelantó además la regla.

El «humanoide» u «ocupante» era entonces, en efecto, tema tabú..., y eso a pesar de la abundancia de CE III en la oleada francesa de 1954...

Bien. Creo que los citados «ufolocos» —y los que lo son menos— me agradecerán que resucite para ellos el texto de la señora Lorenzen. Helo aquí (con mis comentarios):

«El último incidente que voy a presentar con todo detalle constituye el informe más espectacular que ha llegado jamás a mis manos, y, aunque la APRO aún no ha terminado su encuesta, la labor realizada hasta la fecha nos permite casi afirmar que se trata de un incidente auténtico e importante para el *dossier* de los incidentes con «ocupantes».

»El Día del Trabajo de 1964, tres habitantes de la región

californiana de Sacramento se fueron en coche a las montañas próximas de Cisco Grove (que no están lejos de Truckee) para practicar un poco la caza con arco y flechas (deporte que, por aquella época, empezaba a hacerse popular en Estados Unidos). Acababa de comenzar la época de la caza con arco, que precede al levantamiento de la veda del corzo. La tarde del 4 de setiembre de dicho año, los tres cazadores en cuestión ojeaban una cresta situada a cierta distancia de su campamento. A la caída de la noche, los tres se encontraron bastante separados. El principal protagonista de este caso, mister S. (que desea conservar el más riguroso incógnito), tenía que avanzar por la cresta y regresar al campamento por una zona determinada. Cuando llegó al extremo de la cresta vio que ésta caía a pico sobre el cañón de más abajo, y comprendió que tendría que volver sobre sus pasos y hallar otro camino para regresar al campamento. Empezó el retorno a las escasas luces del crepúsculo y así llegó a un cañón que poseía un espolón de granito en su fondo, donde crecían también algunos árboles y matorrales. Oyó entonces lo que tomó por un oso, a juzgar por los chasquidos de ramas partidas que producía, y decidió refugiarse en un árbol. Al poco rato, convencido de que el oso se había marchado, descendió del árbol y encendió tres hogueras, para hacer señales de humo y llamar la atención de sus compañeros, sin saber que éstos ya habían abandonado aquella zona.

»Entonces mister S. vio una luz por debajo del horizonte y supuso que era una linterna, con la que sus amigos le buscaban. Pero cuando vio que la luz ascendía velozmente y se colocaba sobre un árbol, comprendió que no era una linterna y supuso que enviaban un helicóptero en su busca. Cuando la luz se acercó en su dirección, para detenerse y permanecer suspendida en el más completo silencio, vio que era algo fuera de lo corriente y optó por trepar de nuevo al árbol.

»Este árbol tiene mucha importancia en el caso que nos ocupa. Su altura es de 7,50 a 9 m, bastante corpulento en la base, no pudiendo ser abarcado por los brazos de un hombre, sin ninguna rama saliente hasta unos 3,50 m de altura y, más arriba, pocas ramas, pero gruesas. Mister S. trepó hasta la rama más baja y permaneció en ella durante un tiempo.

»La luz que mister S. había visto parecía tener entre

20 y 25 cm de diámetro y era blanca. Le pareció que la acompañaban otros dos o tres objetos, que siempre permanecían a la misma distancia de ella. Tenga en cuenta el lector que, para entonces, ya era oscuro y, aunque empezaba a alzarse la luna, su luz no llegaba al fondo del cañón. Por tanto, el testigo sólo veía muy confusamente las formas y los objetos. La luz dio entonces la vuelta alrededor del árbol donde estaba mister S.; éste vio un destello y un objeto oscuro cayó al suelo. Entonces advirtió la presencia de "un objeto que tenía forma de cúpula" a 400 o 500 m de distancia, en el suelo o cerca del mismo.

»Acto seguido, mister S. oyó ruido entre la maleza, como si alguien anduviese por ella, y vio salir una figura de una espesura de arbustos de manzanita. A continuación se aproximó otra figura que venía desde una dirección algo diferente, y ambas se dirigieron hacia el árbol en que se había encaramado mister S., se detuvieron al pie del mismo y pareció como si mirasen hacia arriba. El testigo oía de vez en cuando un "arrullo" o un "silbido" que siempre parecía producir efecto en los dos seres, pero no sabe si este sonido procedía de ellos o de un mochuelo del bosque. La reacción manifestada por los misteriosos personajes podía ser sencillamente de curiosidad ante el ruido. Los únicos sonos, además de éste, que mister S. escuchó durante aquella noche, fueron los causados por movimientos en la maleza, y una vez oyó lo que le pareció ser un generador.

»En este momento, una tercera figura, que parecía proceder de la "cúpula", se aproximó al árbol. Esta parecía moverse de una manera distinta a las dos anteriores, haciendo más ruidos, y parecía tropezar con los arbustos, pasando sobre ellos o entre ellos, en vez de contornearlos, como hicieron los otros dos. En esta coyuntura, mister S., prudentemente, trepó por el árbol hasta un punto situado más arriba. La descripción de las tres figuras, facilitada por el testigo, es la siguiente:

»Las dos primeras parecían medir 1,65 m. Se hallaban revestidas por un material gris plateado con una especie de caperuza que les cubría la cabeza, arrancando de los hombros. En ningún momento pudo verles los rasgos faciales. El tercer "ser" era gris, gris oscuro o negro. Tampoco se le veía cuello, pero en el lugar correspondiente a la "cabeza" tenía dos "ojos" rojo anaranjados, que brillaban y parecían parpadear. Tenía una "boca" que, cuando

la abría, parecía "caer" en la mandíbula inferior, formando un orificio rectangular en la "cara". Esta "boca" abarcaba completamente la zona facial.

»Mister S. vio más claramente las dos primeras figuras, porque éstas vinieron de una zona que ya estaba bañada por la luz de la luna. La tercera figura salió del lado de sombras del cañón. Sus ojos parecían tener 7 cm de diámetro.

»Las dos primeras figuras trataron de alcanzar a mister S. montándose una encima de otra, mas, por lo visto, no sabían trepar por un árbol (o no podían). El tercer ser (que mister S. llama un "robot") parecía limitarse a observar y esperar, sobre una roca situada al pie del árbol. Entonces empezó una verdadera pesadilla.

»Mister S. reconoce que estaba medio muerto de miedo. Comprendió que el objeto posado en la colina debía de ser un "platillo volante", aunque sólo sabía de estos objetos lo que había leído en las noticias de prensa. Durante toda la noche el "robot" trató de "gasearlo" con "humo" que le brotaba de la "boca", mientras las otras dos figuras se apartaban para contemplar la escena, o trataban de encaramarse por el árbol. Mister S. subió aún más arriba, se sujetó con su cinturón al tronco, pues la parte del árbol donde finalmente se instaló estaba cerca de la copa y tenía menor diámetro, se puso a horcadas sobre una rama y después se dedicó a encender trozos de su ropa, y tirarlos a los extraños seres. Empezó por encender su gorra, que se inflamó en seguida (probablemente debido a la grasa de la brillantina que revestía su interior), y la tiró hacia abajo, obligando a las dos figuras a apartarse del árbol. Acto seguido, el robot abrió la boca. Mister S. vio salir por ella una nubecilla de humo blanco o gas, y unos segundos después la cabeza empezó a darle vueltas y perdió el conocimiento. Cada vez que esto pasaba, al recuperar el conocimiento, probablemente unos segundos después, sentía mareo y náuseas. Encendía entonces otro trozo de su vestimenta o tiraba algo a sus sitiadores, tratando de ahuyentarlos. Consiguió iniciar algunos conatos de incendio entre la maleza, y confió que esto llamaría la atención de alguien, o asustaría a los seres que así lo atormentaban. Terminó por desgarrar, encender y tirar su anorak de camuflaje, su chaqueta y su gorra.

»Antes de acudir a este recurso desesperado, mister S.

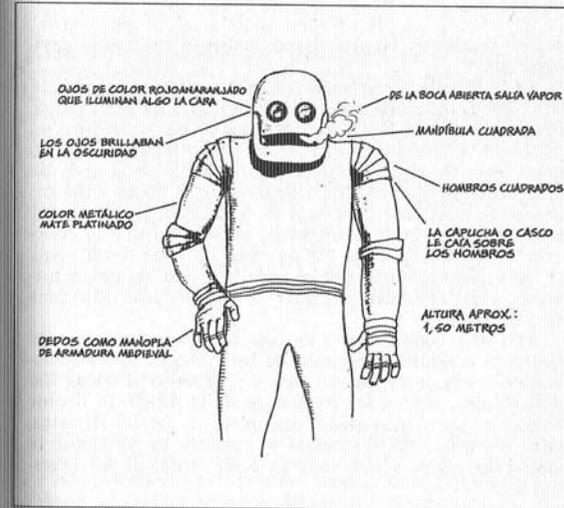
disparó tres flechas, apuntando cada vez a la región torácica del robot. Cuando las flechas alcanzaban al extraño ser, saltaban chispas, como si éste estuviese hecho de metal, y cada vez consiguió derribar al robot a un metro o metro y medio de distancia.

»Mister S. les tiró también su cantimplora, que uno de los seres de traje plateado recogió, para examinarla con su compañero. Además de los trozos de tela ardiendo, les tiró el arco, la cantimplora y todas las monedas sueltas que llevaba en el bolsillo.

»A mister S. le llamó la atención la evidente inteligencia del "robot", el cual se colocaba siempre a favor del viento antes de emitir el "gas". No vio en ninguna ocasión el gas después de que éste hubo salido de la boca del monstruoso ser, pero siempre perdía el conocimiento unos segundos después de esta acción.

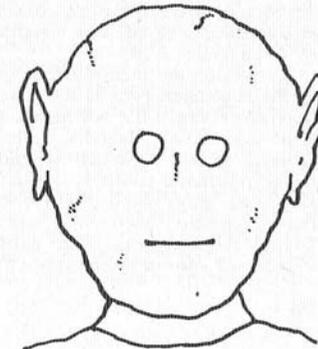
»Finalmente, cuando apuntaban los primeros fulgores del alba por oriente, los dos "hombres" se apartaron del árbol; un segundo robot se unió al primero y ambos permanecieron frente a frente al pie del árbol. Súbitamente, unas chispas y un resplandor se extendieron entre el pecho de ambos y surgió de ellos una nube de "gas". Esta vez, mister S. no puede asegurar de dónde salía el gas. Había tanto, que lo vio ascender hacia él hasta que lo rodeó. Perdió el conocimiento y, al recuperarlo, todos los seres habían desaparecido. Sentía unas náuseas tremendas y quedó medio colgando del árbol, completamente exhausto, sin fuerzas para levantar la cabeza, las piernas ni los brazos. Cree que lo dejaron "por muerto". Tiritaba de frío al hallarse expuesto a la intemperie y a aquella temperatura de sólo 3 °C en mangas de camisa, pues sólo le quedaba ésta, la ropa interior, los calcetines y las botas. Después de esperar un buen rato se decidió a bajar para echar una mirada alrededor.

»Mister S. dice que se llevó otro susto al ver salir humo de detrás de una roca, pero descubrió que sólo era el humo procedente de uno de los pequeños incendios que había provocado durante la noche, y del que únicamente quedaban unos rescoldos. Trató de orientarse y, cuando lo consiguió, emprendió el regreso al campamento. Por último, mareado, aterrorizado, dominado por el frío y el agotamiento, se dejó caer al suelo. Al poco rato, oyó silbar a uno de sus compañeros, se levantó y lo llamó. Cuando am-



Reconstrucción del «robot» que participó en el incidente de Cisco Grove, tal como figura en la obra de la NICAP «Strange Effects from UFOs».

Detalle de la cabeza del humanoide de Ririe (Idaho).



bos se reunieron, emprendieron juntos el regreso al campamento.

»A su llegada al campamento, mister S. se enteró de que su tercer compañero había estado a punto de extraviarse, pero como no se había alejado mucho del campamento, pudo ver la linterna y regresar sin contratiempos. El otro había visto sin duda el objeto, porque habló de la gran luz muy brillante que descendió lentamente la noche anterior. Mister S. relató a sus amigos el terrorífico incidente que había vivido, y ellos le creyeron, no sólo porque lo conocían, sino a causa de la luz que uno de ellos había visto. (Y se supone también que al verlo regresar en paños menores; nadie se expone por gusto a temperaturas nocturnas de 3 °C.)

»Yo tuve conocimiento de este sobrecogedor incidente por pura casualidad, a causa de los rumores que circulaban en la región de Sacramento y pasé aviso al doctor James Harder, uno de los consejeros de la APRO. El doctor Harder se puso en contacto con mister S., grabó su entrevista en cinta magnetofónica y, después de escuchar la grabación, creímos que valía la pena proseguir las investigaciones.»

Coral Lorenzen dice a continuación que planeó someter a mister S. a regresión hipnótica, para tratar de extraer de su subconsciente datos de valor que pueda tener guardados allí. También planeaba someterlo a tratamiento con amital sódico. No sabemos qué resultado dieron estas investigaciones, ni si se realizaron. Pero todo hace pensar que este alucinante episodio fue auténtico. Coral Lorenzen dice que «nos hallamos casi convencidos de la realidad de este episodio y de que éste constituyó una experiencia física verdadera».

La versión del incidente que ofrece la NICAP coincide en líneas generales con la de la señora Lorenzen. Mister S. (llamado «Donald S.» por la NICAP) fue entrevistado por el presidente del subcomité de la NICAP para la zona de la bahía de San Francisco, el señor Paul Cerny. Por el informe resultante sabemos que el testigo tenía veintiocho años y que trabajaba en una fábrica de Sacramento, donde tenía reputación de hombre serio entre sus compañeros. Los que le acompañaban en aquella ocasión, «Tim T.» y «Vincent A.» atestiguan que era un hombre incapaz de

urdir una broma de aquel tipo. Entre otras cosas, «Vincent A.» manifestaba lo siguiente, en una carta que envió al subcomité de la NICAP antes citado: «Llevo trabajando con Don cinco o seis años, y, después de conocerlo durante todo este tiempo, no tengo razón para dudar de él o poner en cuestión su integridad.»

Posteriormente, al regresar a Sacramento, Donald S. comunicó el incidente a la base aérea de Mather. El 25 de setiembre, un capitán y un sargento de la aviación entrevistaron al testigo. Mister S. dio a los investigadores una de sus tres puntas de flecha y un mapa detallado y anotado de la zona donde se produjo el insólito episodio.

Explicaciones oficiales

El capitán de Aviación ofreció tres posibles explicaciones: 1.^a un grupo de japoneses podía encontrarse en la zona; 2.^a algunos muchachos habrían tratado de «gastar una broma», y 3.^a posiblemente se hallaban vivaqueando por allí reclutas de Aviación. El testigo no quedó en absoluto convencido por estas «explicaciones».

—¡Qué iban a ser japoneses! —comentó a Paul Cerny—. En cuanto a lo de los muchachos que «me gastaron una broma», no me puedo imaginar a un grupo de chicos vestidos de «marcianos» donde Cristo perdió el gorro.

Respecto a la posibilidad de que fuesen reclutas de Aviación, el testigo telefoneó a la base aérea de McClelland, para preguntar si aquella noche se habían realizado ejercicios militares o campamentos en la región de Cisco Grove. La respuesta fue totalmente negativa.

—Además —añadió juiciosamente Donald S.—, de haber sido seres humanos, ya hubieran hallado la manera de hacerme bajar del árbol.

Unas semanas después, el testigo regresó con tres amigos al escenario de los hechos. El lugar, que según sus propias palabras quedó como «un pequeño campo de batalla», había sido limpiado a fondo. Donald S. entregó a la NICAP las dos puntas de flecha que le quedaban, para que las sometiesen a análisis «con el fin de hallar posibles fragmentos metálicos». Las puntas fueron enviadas al la-

boratorio de Henry C. Kawecki, ingeniero consultor de la NICAP. No se halló ninguna traza de metal en las puntas de flecha.

En cuanto a la que fue entregada a la Aviación, fue remitida más tarde a la Comisión de Colorado. Esta punta no fue devuelta a Donald S.

En noviembre de 1968, la NICAP envió un *dossier* que contenía informes investigados a fondo de encuentros con ocupantes, a un grupo de científicos altamente calificados, a fin de que los examinasen y emitiesen una opinión. Este equipo comprendía psiquiatras, psicólogos, doctores en medicina, antropólogos, un astrónomo, un famoso escritor, etcétera. Vamos a ver aquí únicamente cuáles fueron algunas de las opiniones que mereció el caso de Cisco Grove a este distinguido *panel* de científicos consultores.

«Este es uno de los casos más sólidos, pese a su extrañeza, a causa de su corroboración parcial (la luz tuvo otro testigo)», escribió el doctor Norman S. Wolf, biólogo especializado en radiaciones. «Resulta aún más reforzado por el hecho de que el testigo quemara sus propias ropas y se expusiera a la intemperie como resultado de ello. Ningún bromista, a menos que estuviese loco (y por los testimonios que tenemos sabemos que el testigo es un hombre cuerdo y estable psíquicamente), querría exponerse a morir de frío de forma tan absurda. Al ser el testigo un cazador y un montañero, sin duda se daba perfecta cuenta de este peligro.»

El antropólogo se mostró inclinado a aceptar la credibilidad de este informe: «La cantidad de detalles suministrados por el testigo y la duración misma de su experiencia tienden a apoyar su credibilidad, en mi opinión... —Y más adelante añade—: Lo que a mí me parece más interesante es el hostigamiento sistemático del testigo por los ocupantes, que revela la aparente existencia de un plan bien establecido y de una clara intencionalidad desde el principio. El testigo fue localizado, la zona vecina fue registrada, y luego los humanoides y los robots actuaron de acuerdo con una estrategia. Encuentro esta actitud amenazadora, muy distinta a la que han mostrado en otras ocasiones... La táctica de localización parece indicar la existencia de unos sensores pasivos muy desarrollados, capaces de identificar a un ser vivo... Si me pidieran que explicase todo este incidente, yo diría que se hizo un intento por

capturar a un espécimen biológico (el testigo) en un estado relativamente indemne. El testigo de este caso parece estar muy por encima de lo normal, en su deseo de evitar publicidad...»

Un psicólogo de una importante universidad canadiense también se mostró interesado por la posibilidad de que quisieran apresar un «espécimen».

«Si el fenómeno es real —manifestó—, entonces esto indica que, por lo menos, un grupo de extraterrestres está deseoso de aprovecharse de un terrestre desvalido, sin duda con fines de estudio.»

Algunos miembros de este grupo, empero, se mostraron preocupados por la falta de información acerca de las reacciones emocionales de Donald S. ante el incidente.

«Lo que realmente me preocupa es la ausencia casi completa de reacción emocional por parte del testigo —observó el doctor Allen S. Mariner, director de una clínica psiquiátrica—. Esto a mí me parece como una experiencia comparable a una espantosa pesadilla...»

Walter N. Webb, asesor en astronomía de la NICAP, manifestó, mostrándose de acuerdo con lo anterior:

«El incidente de Cisco Grove es, sin duda, uno de los informes ufológicos más increíbles que poseemos... Opino que... sabemos muy poco sobre las reacciones emocionales de mister S. ante esa experiencia de pesadilla que él afirma haber vivido. El hecho de que, al parecer, no busque publicidad y dese mantener su nombre en secreto es, desde luego, un punto a su favor.»

Opinión que comparto. Para mí el episodio fue real, y por parte «extraterrestre» intervinieron humanoides de carne y hueso y «robots» a las órdenes de aquéllos. El alucinante episodio no se convirtió en una abducción por dos motivos: a) Incapacidad de los atacantes para subirse al árbol (¿?), y b) La precaución que tomó Donald S. de sujetarse con su cinturón a una rama, lo que le impidió caer entre sus atacantes al perder el conocimiento. El punto a) resulta desconcertante: ¿Cómo una tecnología superior que a veces exhibe un fantástico dominio de la gravedad, no pudo resolver el problema que representaba alcanzar a un ser humano encaramado a seis metros de altura? Esto confirma una idea que se me ha ido imponiendo poco a poco por la misma fuerza de los hechos examinados; a saber: que existen varios «visitantes», con desa-

rrollos tecnológicos y «tácticas» desiguales. Es la única forma de explicar estas flagrantes paradojas.

En demostración de ello, ahí va a continuación un caso donde los «extraterrestres» parecen dominar y vencer la gravedad a su antojo. Figura también en la compilación de la NICAP citada.

Esta vez no era el general Custer, sino...

Los «extraterrestres». Sí, fueron éstos los que pegaron un susto fenomenal a dos indios navajos, modernos y «motorizados», pues en vez de montar a pelo en sus pura sangre de origen hispano, iban en un enorme y viejo Buick modelo 1956. Alrededor de las nueve y media de la noche del día 2 de noviembre de 1967, dos indios navajos, Willie Begay y Guy Tossie, empleados en la explotación agrícola de Earl Hunter, circulaban por la carretera estatal 26, unos 400 metros al sur de Ririe, en Idaho. Los dos hombres se habían tomado unas cervezas, pero al parecer estaban serenos.

De pronto se produjo un destello de luz blanca, que los sobresaltó y los cegó momentáneamente, según declaró C. Reed Ricks, miembro del NICAP que investigó el incidente. De momento creyeron que los había alcanzado un rayo, pero al alzar la vista vieron un pequeño ovni que flotaba aproximadamente a medio metro sobre el firme, frente a su automóvil. El Buick aminó la marcha y, finalmente, se detuvo, pese a que Begay, que era quien conducía, afirmó no haber apretado el pedal del freno.

El objeto «lanzaba destellos verdes y anaranjados por unos orificios situados en un anillo móvil que rodeaba su periferia». Los dos indios vieron además que tenía una cúpula transparente en su parte superior. Se producían cambios de coloración en la parte inferior del objeto, a medida que las luces del anillo giraban lentamente.

—La parte superior transparente se abrió como si tuviera bisagras a un lado —observó Ricks.

Entonces pudieron ver dos pequeñas figuras humanoides. Uno de los ocupantes salió del aparato y «flotando como un pájaro», descendió hasta situarse junto a la portezuela del conductor.

Begay y Tossie pudieron contemplar claramente al pe-

queño ser, de un metro aproximadamente de estatura, mientras se aproximaba al vehículo «flotando en el aire». Su cabeza tenía unos 15 cm de diámetro y parecía mostrar «profundas cicatrices» en la cara. Sus orejas eran «grandes». Los ojos eran redondos, pero no le apreciaron nariz ni labios. El terrorífico «forastero» era de ancho pecho y vestía un traje muy ajustado, «como un mono». A la espalda llevaba una caja aplanada, que sobresalía sobre su cabeza, y sólo le vieron dos dedos en una mano.

Un humanoide al volante

El asustado conductor se apartó a un lado, y el humanoide se coló de rondón en el vehículo, poniéndose al volante (sic).

«El coche empezó a moverse, conducido por el intruso», escribió Ricks en su declaración. Los testigos no supieron explicar cómo el pequeño humanoide podía alcanzar a los pedales, pero ulteriores preguntas que les hicieron parecen indicar que el vehículo fue «remolcado». El ovni se mantenía siempre a la misma distancia delante del Buick, como si tirase de él con un cable invisible. Saliéndose de la carretera, se metió con él en un campo de trigo, en el que sólo había rastros en aquel tiempo, para terminar deteniéndose a unos 15 m de la carretera, a poca distancia del sendero de tierra que llevaba al campo.

Así que el coche se detuvo, Tossie saltó del vehículo y se fue corriendo como alma que lleva el diablo por la carretera, hasta llegar a la granja de Willard Hammon, que estaba a unos 300 m de allí. El indio cree que el segundo ocupante salió en su persecución, pero no pudo asegurarlo.

Begay, por su parte, dijo que el humanoide, sentado al volante, habló dos veces, con una voz rápida y aguda, «como la de una mujer» o «como un pájaro». El indio no respondió: estaba tan aterrorizado, que casi se desmayó. Entonces el intruso salió del coche y regresó «flotando» al ovni, para penetrar en él. La cúpula se cerró. La coloración se hizo más brillante alrededor de la nave, «y ésta se elevó zigzagueando». De la parte inferior central brotó «una luz amarilla, que se agitaba como una llama». (Recuérdese el incidente de Imjärvi.) El ovni desapareció entonces a gran

velocidad, «oyéndose como un chirrido y un ruido de vendaval cuando se elevó».

Mientras esto sucedía, Willard Hammon acudía a abrir la puerta de su casa, que alguien estaba aporreando desesperadamente. Vio ante él a Tossie y que por la comisura de sus labios brotaba un hilillo de sangre. Notó también olor a cerveza, pero era obvio que el indio no estaba ebrio. Hammon le franqueó el paso y el indio entró hasta la pieza donde el hijo de Willard, un adolescente llamado Bob, se encontraba de pie.

El navajo se puso a hablar de forma incoherente acerca de una luz que echó a su automóvil fuera de la carretera. Mencionó también a un amigo suyo, «muerto». Hammon sugirió que regresasen al lugar de los hechos, pero Tossie estaba demasiado asustado. Por último, el granjero consiguió persuadirlo y los tres hombres se fueron en coche al trigal.

Al aproximarse al Buick, vieron que los faros del coche seguían encendidos y que el motor funcionaba en punto muerto. Begay estaba sentado junto al volante, temblando de pies a cabeza y con los ojos cerrados. Cuando le llamaron reaccionó y contó a Hammon y a su hijo lo sucedido.

Los dos indios reanudaron su interrumpido viaje, y los Hammon los siguieron en su coche. Cuando Hammon se cercioró de que Begay y Tossie se hallaban ya en disposición de continuar por su cuenta y de que el coche no había sufrido daños, regresó a la población y se detuvo en un bar, donde supuso que los indios habían estado bebiendo, con ánimo de averiguar algo más. Mientras los Hammon comentaban lo sucedido con el barman, entraron en el local el sheriff y su ayudante, con ánimo de tomarse un bocadillo. Y para que el reparto estuviese completo, a los pocos minutos entraban los dos indios en el *saloon*, pues estaban aún demasiado asustados para «volver solos a casa». (Decididamente, a estos dos «Toro Sentado» los hubiera echado de sus huestes de indios bravos, por «gallinas».)

Ni cortos ni perezosos, los dos indios repitieron su historia al representante de la ley, quien avisó a la policía del Estado. Esta envió al cabo Tom Harper para investigar.

Había transcurrido algo más de una hora desde el fin del incidente, cuando Harper entrevistó a los testigos en el lugar de la supuesta observación. Si bien el cabo Harper admitió que los dos hombres habían bebido con anteriori-

Herb Schirmer,
el joven policía de
Ashland (Nebraska),
que fue abducido
por los tripulantes
de un ovni, es zurdo,
como muchos
«contactados» y
«abducidos».



Encuentro de una patrulla militar con tres humanoides en Olavarría (Argentina), según el dibujante de una revista española.



dad, «subrayó el hecho de que no estaban ebrios», añadiendo que «según aún muy asustados». El investigador de la policía examinó el Buick, tratando de descubrir señales de radiación, abolladuras o quemaduras, con resultado negativo.

Mistress Rita Barnes, una amiga de Willie Begay que regentaba una tienda de comestibles, dijo que aquella misma noche había observado «un gran número de perros asustados y ganado inquieto en la vecindad». Asimismo, durante aquella misma noche, el ganado de mistress Claude Mann rompió una puerta de tubería de acero y se escapó a más de tres kilómetros. Las reses fueron rodeadas y llevadas de nuevo a los corrales, pero volvieron a escapar, rompiendo esta vez una cerca. (Los efectos sobre animales causados por la presencia de un ovni son típicos y han sido listados extensivamente por el investigador inglés Gordon W. Creighton.)

Unas horas después del supuesto episodio con el «humanoide autoestopista», mistress Elaine Quinn salió de su casa de Snake River, situada a unos 10 km al este de Ririe, para ir a buscar una medicina para su hijo a casa de un pariente. A unos 3 km de su casa vio una luz que giraba y zigzagueaba.

Pero la corroboración más sorprendente de este caso había de venir de un hombre que, por temor al ridículo, no permitió que se citase su nombre en todos los informes que se publicaron.

Los humanoides «juguetones»

Le llamaremos «Mister X.». Este señor había pasado la velada solo y bebiendo cerveza. Normalmente, mister X. no solía beber, pero aquella noche, a causa de apremiantes problemas personales, constituyó una excepción a la regla. Aproximadamente a las 11.30, a la misma hora de la observación de mistress Quinn, iba al volante de su camión, por la carretera estatal 48, entre Ririe y Rigby, cuando un pequeño ovni descendió y se situó frente al vehículo, al que obligó a detenerse.

Un pequeño humanoide salió volando del objeto y se acercó al camión, poniéndose a dar golpecitos en el parabrisas. Aterrorizado, mister X. creyó que iba a enloquecer,

pero consiguió librarse del extraño ser y escapar a todo gas. Durante el resto de la noche permaneció tumbado en la cama y despierto, preguntándose si estaba loco.

A las 7 de la mañana siguiente, cuando mister X. fue al trabajo, le contó el incidente a un amigo. Pocas horas después, una emisora local difundía la extraña experiencia de Begay y Tossie. Cuando mister X. la oyó, se puso «blanco como el papel», según su amigo.

«Mi impresión de mister X. fue favorable —expuso Ricks en su informe—. Aunque su calificación laboral es la de obrero semiespecializado, lee mucho, escucha música clásica y ligera... y, por lo demás, demuestra ser un hombre de inteligencia activa, normal o incluso superior a la normal. Tiene mucho miedo de que su caso se divulgue, porque cree que se reirían de él.»

Ricks concluía diciendo que «la gente de Ririe está convencida» de que la historia contada por los dos navajos «fue una experiencia auténtica».

Antes de pasar a exponer algunas de las opiniones del «panel» de consultores de la NICAP sobre este caso, quiero apuntar aquí una posibilidad que ningún investigador parece haber tenido en cuenta. Por lo general, se admite que los ocupantes de los ovnis pueden ser hostiles, bondadosos o indiferentes. Pero ¿no ha pensado nadie que puedan ser también «juguetones»? Posiblemente posean otro sentido del humor que nosotros, pero este sentido «ultraterreno» del humor acaso los lleve a realizar hechos aparentemente incomprensibles e incluso disparatados..., como el de intentar sentarse al volante de un automóvil terrestre.

—Oye, Oinos —dijo Zrill a su compañero—: ¡fíjate que cacharro más anticuado llevan esos dos terrestres! ¿Sabes que me dan ganas de probar sus prehistóricos mandos?

—Adelante, Zrill. No tienes más que intentarlo.

—Voy volando —repuso Zrill—. ¡Me lo pienso pasar bomba!

Y esto es lo que hizo..., divirtiéndose de lo lindo a cuenta de los asustados terrestres.

Pero el caso de los navajos me ha recordado algo que nos contó una tarde, en la memorable tertulia ufológica de la señora Puig, el llorado y recordado Julio Roca Muntañola, eminente parapsicólogo y querido amigo. Circulaba

un día en automóvil por los alrededores de Tivissa, en Tarragona, cuando vio fugazmente, aparcado a un lado de la carretera desierta que cruza aquella fragosa región, un Seat 1500, en cuyo asiento delantero estaba un pequeño humanoide, de pie, agarrado al volante. ¡El extraño ser estaba además «riéndose»!

Por lo visto, los automóviles ejercen una fascinación irresistible sobre los «marcianitos»...

Comentarios del equipo de consultores del NICAP

«Este caso, para mí, resulta muy convincente... —escribió el doctor Allen S. Mariner, psiquiatra—. El elemento que lo hace tan extremadamente convincente es la fortísima reacción emocional de los testigos, rayana en el pánico; sin duda, la reacción apropiada en semejante situación. Su coherencia bajo el careo es otro elemento convincente, como lo es el informe sobre animales asustados en la zona... El hecho de que los testigos hubiesen tomado una o dos cañas de cerveza no me impresiona. Su pánico no es una de las reacciones típicas producidas por el alcohol; además, que dos hombres reaccionasen con pánico y concordasen sobre la causa de su espanto, si la causa no fuese algo real, sería totalmente insólito.»

El doctor Mariner agregó que la ingestión de alcohol «no produce *per se* alucinaciones». Y explicó: «Los alcohólicos sufren alucinaciones en casos de delirium tremens, un estado totalmente psicótico y evidente. Los “elefantes rosados” del bebedor social corriente son un cuento chino; el hombre que “ha bebido de más” después del trabajo o en un guateque no sufre alucinaciones..., ni siquiera de platillos volantes. De aquí que la pregunta casi inevitable: “¿Ha estado bebiendo?” tenga menos importancia de lo que pudiera parecer. Si bien es cierto que el alcohol enturbia las facultades del sujeto y lo convierte en un observador menos fiable —un observador de cosas en general—, el alcohol, por otra parte, no produce el tipo de fenómenos que estamos estudiando.»

Los demás consultantes (el astrónomo, el psicólogo, el biólogo experto en radiaciones y el antropólogo) se mostraron también unánimes en admitir la realidad de los sucesos vividos y descritos por los dos indios. Algunos de

ellos hicieron hincapié en el refrendo que representaban las otras observaciones simultáneas de la misma zona, y atribuyeron gran importancia al pánico experimentado por los animales. El antropólogo hizo unos interesantes y clarividentes comentarios —con los que cerramos este caso— sobre los humanoides:

«La apariencia de los ocupantes o, para ser más exactos, su apariencia y el equipo que llevaban a la espalda, son interesantes. El amplio tórax observado se encuentra a menudo en poblaciones humanas que viven a grandes altitudes..., como una respuesta microevolucionaria a una atmósfera rarificada. El equipo de la espalda podía ser un aparato de respiración conectado directamente con sus trajes o sus cuerpos, o tal vez fuese un equipo individual de propulsión, de recogida de muestras o de comunicaciones (posiblemente una combinación de todos ellos). El hecho de que no se les viesen máscaras o cascos no excluye, en mi opinión, la función de aparato de sustentación vital que pudiera tener este equipo.»

En efecto, encontramos un gran desarrollo torácico en los indios del altiplano boliviano, por ejemplo, que viven a 4 000 m de altitud y respiran un aire más pobre en oxígeno que usted y que yo, y en los marcianos, cuya presión atmosférica a nivel de la Gran Syrte corresponde a una altitud terrestre como la que reina en el Everest... y a un porcentaje de oxígeno equivalente.

Porque los dos humanoides «juguetones» eran marcianitos, que se paseaban en su navecilla de observación por nuestro planeta.

¿O acaso no lo cree usted así?

¿Quién ataca a quién?

«Tu gente es muy hostil», dijeron los tripulantes de una nave de observación al policía Herb Schirmer, de Ashland (Nebraska). Y añadieron que por ello rodean sus naves de un escudo electromagnético protector. Schirmer —por evidente deformación profesional —quedó muy impresionado por lo que él llama «sus medidas de seguridad». Pero esto ya lo recordará quien haya leído mi libro *Secuestrados por extraterrestres*, donde me ocupo extensamente de este «ovni mal aparcado» (al que Schirmer no pudo multar por ello;

si en vez de ser Schirmer, hubiese sido un guardia municipal barcelonés, seguro que el ovni no se libra... o se lo lleva la grúa).

Al final del caso de Schirmer, en mi libro citado recojo el caso de otro policía norteamericano: Robert Goode, de Damon (Texas), quien fue curado por la luz de un ovni de una herida infectada en su índice izquierdo, causada por la mordedura de un caimán que tenía como *pet* (mascota). Como es sabido, la gente tiene ahora los bichos más raros en casa. No hace poco, leía en la prensa una nota titulada «Normas para tener leones en casa». Pero a mí, con mis nueve gatos (*Sombra, Boira, Melania, Gatolín, Rata Pelona, Black, Félix, Jomeini y Pitusa*) y mi perro *Tommy*, de reciente adquisición, estas cosas no me sorprenden en absoluto pese a que, como propietario de *pets*, soy de una vulgaridad aplastante. (Aunque sospecho que algunos de ellos —si no todos— son espías extraterrestres, que han adoptado esta forma para observarme disimuladamente.)

El caso de Goode ocurrió el 3 de setiembre de 1965, y el policía, en aquel momento, en su *patrol cruiser* (coche patrulla) se hallaba acompañado por el sheriff William E. McCoy, quien atestiguó debidamente la veracidad de lo sucedido. Pero antes de aludir a este caso, me hago las siguientes preguntas: «¿Quién es hostil? ¿Quién tiene miedo de quién? Los casos de agresiones realizadas por seres humanos —militares, aviadores, policías, cazadores, etc.— contra los ocupantes de los ovnis, son más numerosos que los casos inversos, siempre muy dudosos...»

El ataque frustrado de Olavarría

Este caso ocurrió el 19 de julio de 1968, en la localidad argentina de Olavarría. Pocos días después, la prensa europea lo publicaba ya bajo grandes titulares. Así, por ejemplo, *France-Soir* del 30 de julio decía: «Descendidos de un platillo volante, tres misteriosos extraterrestres paralizan a una patrulla argentina.» Y subtitulaba así la información: «Los platillos volantes existen. Vienen de otro planeta no para invadir la Tierra, sino simplemente en misión de observación y de acercamiento. Esto es lo que piensan siete de cada diez argentinos, según una encuesta.»

Este despacho de la agencia France Press, fechado en Buenos Aires el lunes —o sea, el día 28— relatava sucintamente los hechos como sigue:

«Los testigos de esta aparición extraordinaria son un cabo y varios soldados de un regimiento de infantería acantonado en Olavarría, ciudad de 80 000 habitantes situada 400 km al sudoeste de Buenos Aires.

«El cabo y sus hombres, avisados por gente que afirmaba haber visto evolucionar un platillo sobre la región, se dirigieron rápidamente al lugar donde el aparato se disponía a aterrizar. Cuando llegaron allí, el platillo ya se había posado en el suelo e irradiaba una luz intensa, multicolor.

«Los militares se aproximaron lentamente al "objeto", del que, según afirman, salieron tres seres de apariencia humana, de una estatura de dos metros, que vestían una especie de monos fosforescentes. El cabo intimó la rendición a los invasores, pero éstos no respondieron. El jefe de la patrulla disparó entonces una ráfaga de metrallera que no produjo ningún efecto en los intrusos ni en su aparato, que se alejó rápidamente, dejando la hierba quemada en el sitio donde se había posado.

«En aquel mismo instante, el cabo y los soldados quedaron paralizados por rayos emitidos desde el aparato. Tardaron tres minutos en recuperar el dominio de sus miembros; el platillo ya se había convertido en un punto en el cielo.»

Esta es, traducida del francés, la versión del incidente difundida por la agencia France Presse. Difiere ligeramente de la que del mismo ofrece el arquitecto argentino Roberto E. Banchs, en su libro *Los ovnis y sus ocupantes*. Además de diferir en detalles, la versión ofrecida por Banchs da el nombre del punto exacto donde ocurrió el suceso (casi sobre el arroyo Tapalqué), la fecha del mismo (19 de julio de 1968), que omite el periódico francés, los nombres de los militares (el cabo Menéndez y los soldados Flores y Hernández), y también cita el cuerpo al cual pertenecían (Regimiento 2 de Tiradores de Caballería Blindada General Paz).

El cabo Menéndez y los dos soldados que le acompañaban se dirigieron al lugar citado en un jeep descubierto, aproximadamente a las dos de la madrugada y a consecuencia de que un amplio sector de aquella zona, cruzada por el arroyo Tapalqué, fue iluminado por un fuerte res-

plandor, al tiempo que se oía un zumbido de creciente intensidad. Fue precisamente el cabo Menéndez, que en aquel momento iba a relevar a su compañero de guardia, quien advirtió estupefacto el extraño fenómeno. Acompañado de otros testigos, informó al oficial de servicio, quien los autorizó a tomar un jeep e ir a investigar qué ocurría.

Desde el vehículo, al que habían montado armados con sendas metralletas, observaron sorprendidos las evoluciones a baja altura de un ovni ovalado, plano, que parecía tener unas patas cortas en su periferia. Del ovni surgían destellos multicolores.

Tras efectuar una rapidísima maniobra, el ovni se posó a espaldas de los tres militares —con lo que les cortó el camino de retorno a su base—, al lado de unos arbustos próximos a una pista militar de emergencia para el aterrizaje de aviones.

Los tres militares dieron media vuelta y fue entonces cuando se encontraron frente a frente con una extraña nave plateada, junto a la cual vieron a tres seres de aspecto humano y de elevada estatura, enfundados en trajes ajustados de brillo plateado. Los tres seres iniciaron un avance hacia los terrestres, y fue entonces cuando, por una reacción nerviosa muy comprensible, el cabo Menéndez apretó el gatillo de su arma, disparando una breve ráfaga contra los ocupantes del ovni. Los seres altos alzaron la mano, en la que brillaba una bola luminosa, e inmediatamente los tres militares se sintieron dominados por un tremendo cansancio y desgana, sintiéndose incapaces de emplear sus armas.

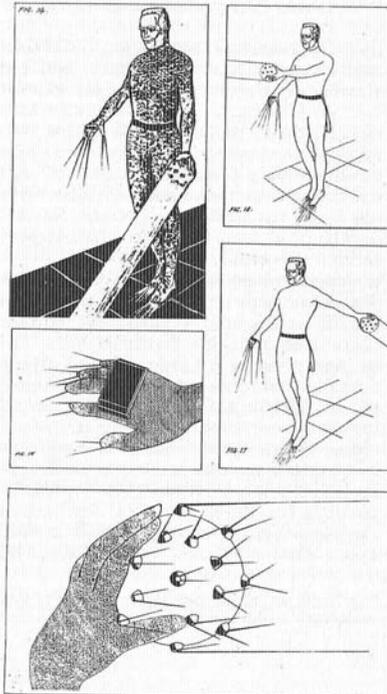
Después de esta acción disuasoria, los «extraterrestres» habrían embarcado de nuevo en su nave, la cual se elevó para perderse en el cielo.

Pese a todos los esfuerzos de los periodistas para obtener información cerca de las autoridades militares argentinas, éstas se limitaron a negar la realidad del suceso. Pero el reportero de un semanario bonaerense logró penetrar en el cuartel y consiguió entrevistar a un suboficial —quien le rogó que no divulgase su nombre—, el cual le confirmó plenamente la realidad del encuentro que habían tenido los citados Menéndez, Flores y Hernández, añadiendo que también pudo oír los disparos que efectuó el primero de ellos. Esta filtración se produjo pese a la negativa del mayor Catani y de la prohibición expresa hecha a sus

Maria Elodia Pretzel, la joven recepcionista que vio al ser humanoide alto, de traje brillante, en Villa Carlos Paz.



Reconstrucción del aspecto que ofrecía el ser visto por Maria Pretzel; detalles de la bola luminosa y el aparato de la mano derecha.



La bola en la mano del ser.

hombres por el jefe de la unidad, teniente coronel Luis Máximo Premoli, de no comentar con nadie lo ocurrido.

Pese a la breve ráfaga —de cinco o seis balas a lo sumo— disparada por el cabo Menéndez contra un blanco muy cercano, ninguno de los tres hombres altos pareció resultar alcanzado. ¿Se debió esta presunta invulnerabilidad a un campo electromagnético repelente, como el que postula el ingeniero francés Jean Goupil para el caso famoso de Kelly-Hopkinsville y los pequeños humanoides contra los que las balas no surtían efecto?¹

Es muy posible.

Villa Carlos Paz: preludio a Olavarría

La bola luminosa multicolor (¿dispositivo paralizante?) hace su aparición en el escenario ufológico argentino aproximadamente un mes antes de los sucesos de Olavarría. El caso de la joven de diecinueve años María Pretzel, recepcionista de un motel de Villa Carlos Paz, fue muy sonado en su día, y apareció en multitud de revistas y periódicos de Argentina y fuera de ella. Basaré mi resumen del caso en el reportaje que publicaron en la revista *Gente*, de Buenos Aires, sus enviados especiales Néstor Barreiro y Ricardo Alfieri; el reportaje fue publicado por dicha revista con fecha 2 de octubre de 1968.

María Pretzel es hija de Jacobo Pretzel y su esposa, Elo-dia. María tiene tres hermanos menores, todos varones. La familia es de Junín, y cuando ocurrió este extraño suceso hacía ocho años que vivían en Villa Carlos Paz, localidad serrana próxima a Córdoba, en el interior de Argentina y a una latitud moderada (31° 25' S). Antes vivieron un tiempo en La Plata, hasta que el señor Pretzel comenzó a tener problemas con su reuma. Hacía cuatro años que había construido el hotel, propiedad de la familia, en Villa Carlos Paz.

Vamos a ver qué ocurrió el viernes 14 de junio de 1968 en la recepción del motel de la familia Pretzel. En la historia de la hostelería sería ésta la primera vez que un «extraterrestre» acudía a inscribirse y a pedir una habitación. Pero creo que el lector me agradecerá que ceda la palabra

1. Sobre el caso de Kelly, véase mi obra *El gran enigma de los P. V.*, pp. 223 ss.

a María Pretzel, la joven recepcionista que se enfrentó con este extraño «huésped».

«Yo había despedido a unos clientes y fui a cerrar la puerta delantera, dejando abierta la del costado. De pronto, una luz azul muy intensa iluminó la recepción. Me di vuelta y lo vi a él, que me miraba sonriendo. Sentí que me hablaba en un idioma extraño, pero yo le entendía que me quería decir que no tuviera miedo.

»—¿Cómo era el idioma? —le preguntó uno de los periodistas.

»—Muy extraño. Decía cosas como *ikisigui igliki*, o algo parecido. De pronto extendió la mano derecha, la que tenía el anillo, y sentí que mi cuerpo se estiraba para arriba.

»—¿Qué anillo?

»—Un anillo que le cubría los cuatro dedos. Era azul celeste, pero sin el brillo del uniforme. Como si fuera cuero nuevo o charol. Tenía un espesor de unos diez centímetros y se lo sujetaba con un aro en el dedo anular, como si fuera un anillo.

»—Y el uniforme, ¿cómo era?

»—De una sola pieza (enterizo). Lo cubría desde los pies hasta el cuello y los brazos y las manos. No llevaba zapatos, y era de un material brillante, como si fuera acrílico. Todo con escamitas.

»—Y él, físicamente, ¿cómo era?

»—Igual que nosotros. Tenía cara de bondad y sonreía siempre. El pelo era muy rubio, casi blanco. Los ojos claros y los dientes parecían perlas brillantes. De la mano derecha y de los pies le salían luces blancas. Eso lo noté cuando se fue, porque iluminaba el piso por debajo del escritorio.

»—¿Te asustaste?

»—No. Parecía muy bueno. Sólo que me hacía perder las fuerzas cuando levantaba la mano, como si me llamara. No sé cómo corrí y llegué hasta el escritorio y entonces empecé a hablar más fuerte, como si me llamara a gritos. El caminaba muy despacio; movía los pies como nosotros, pero muy lentamente, como si tuviera que hacer contacto entre ellos para caminar. Parecía muy ágil. Era delgado, de cuerpo muy bien formado, como si fuera un bailarín. Cuando llegué al mostrador y se acercó, levantando la mano, me caí sin fuerzas. Entonces la bola que llevaba en la mano se detuvo y él se dio vuelta y se fue, caminando despacio.

»—¿Qué tenía en la mano?

»—Una bola como de cristal, que tenía también unas protuberancias redondas, con unos agujeritos de los que salían luces celestes. Iluminaba toda la pared y el escritorio.

»—¿Y cuando la bola se detuvo se fue?

(Se supone que la bola giraba.)

»—Sí. Ahora pienso que podía ser un radar o un transistor y que le avisó que venía alguien.

»—¿Cuánto tiempo estuvo?

»—Unos cinco minutos. Cuando se dio vuelta para irse, vi que detrás llevaba unos pequeños faldones, y, cuando salió, la puerta se cerró sola.

»—¿Usted lee libros de ciencia-ficción? —le preguntó otro de los periodistas.

»—No, nunca creí en esas cosas. No me gustan.

»—¿Y series de televisión, como *Los invasores*, *Perdidos en el espacio*, *Viaje a las estrellas*?

»—No, nunca, no me gustan.»

Hasta aquí la entrevista que los dos periodistas sostuvieron con la joven María Elodia Pretzel. Su padre, Pedro Jacobo Pretzel, encontró a su hija desmayada sobre la cama, en su habitación, no acostada, sino cruzada y casi arrodillada en el piso.

—Era la una y cinco —contó a los periodistas—. Había estado comiendo un asado con unos amigos y cuando venía por la Ruta 20 me pareció ver dos luces rojas muy intensas sobre el pavimento. No me pareció un coche, sino una máquina o un aparato que se alejaba muy rápido. Entré en el motel y encontré a mi hija desmayada. Creí que sería un escape de gas, pero ella me dijo: «Hay un hombre, un hombre en el vestíbulo.» Yo no había visto a nadie, así que bajé al sótano y revisé toda la casa, sin encontrar a nadie.

Reconocimiento médico

El doctor Hugo Vaggione, ex director del Hospital Municipal de Villa Carlos Paz, fue el primer facultativo que reconoció a la joven María Elodia, doce horas después de que entrara el extraño personaje en el motel. «La chica presentaba un cuadro perfectamente normal, aunque le aclaro

que mi opinión científica es bastante limitada, ya que debería examinarla un especialista en la materia, o sea un psiquiatra, y cuando yo la vi ya habían pasado doce horas de la crisis de nervios. Se había recuperado perfectamente, pero después, debido a la cantidad de veces que tuvo que narrarlo, la reiteración del hecho le acentuó el problema. Ahora está en un estado nervioso muy superior al de los primeros momentos. Además, su estado es el de miedo y no de angustia. Es una chica que no está acostumbrada a ser el centro de atracción, sino que ha sido siempre muy introvertida. De pronto, debido a este hecho excepcional, todo el mundo le pregunta cosas y, por supuesto, el sistema de nervios se altera.»

Villa Carlos Paz es un importante centro turístico y balneario, que actualmente cuenta con 50 000 habitantes (la mitad de esta cifra en la época del incidente que resumimos), para alcanzar los 100 000 en plena temporada turística, que en el hemisferio austral se sitúa entre diciembre y marzo. Ello explica la existencia de una importante infraestructura de servicios, que atienden todas las necesidades de la villa. Por ello no es de extrañar que resultase relativamente fácil encontrar allí mismo un contador Geiger para medir la posible radiactividad residual en el lugar de los hechos. Así, las medidas tomadas por tres técnicos en electrónica de una empresa dedicada a instalar equipos de música ambiental en diversos locales de esparcimiento, arrojaron un resultado altamente interesante. El contador Geiger acusó una intensidad de radiactividad mayor, en una proporción de uno a cuatro, «en todos los lugares de la casa» donde Patsy (María Pretzel) dijo que había andado el extraño visitante. Posteriormente, este extraordinario caso (un «clásico» de la ufología argentina) fue investigado a fondo *in situ* por el CADIU y su presidente, el eminente investigador doctor Oscar A. Galíndez, uno de los estudiosos que con más altura y seriedad abordan el fenómeno ovni en Argentina. Este estudio se publicó en dos partes en la revista barcelonesa *Stendek*, en sus números 44 y 45 (junio y setiembre de 1981, respectivamente). A este magnífico y pormenorizado estudio remitimos a quien desee conocer más detalles de este apasionante caso.

Sin embargo, creo que no estará de más señalar algunos aspectos importantes del informe Galíndez. Uno de ellos referente a la testigo, María Pretzel. Su extraño encuentro

provocó en ella una crisis nerviosa muy acusada. Este estado emocional se mantuvo en los días subsiguientes —señala el doctor Galíndez— y se agudizó sobremanera por el acoso del periodismo. Por tal motivo, el doctor Hugo Vaggione, médico de cabecera de la familia Pretzel, aconsejó que se alejara a María Elodia de la ciudad. Y así lo hizo el señor Pretzel, llevándola por veinte días a la ciudad de Salta, de donde regresó restablecida.

Otro detalle interesante es el siguiente: cuando el ser antropomorfo levantó el brazo derecho, en el que llevaba —en la mano— la curiosa pieza rectangular, María oyó varias veces, en sus oídos y en un castellano «neutro», las palabras «¡No temer! ¡No temer!». Esta admonición se repetiría varias veces, en el curso del incidente, e incluso después de él María la oiría resonar en su cerebro. Al mismo tiempo, la joven sufrió una «caída lenta» —que se repitió luego otra vez— hacia el suelo, del que su cabeza quedó a unos 20 cm. A este respecto, comenta el doctor Galíndez: «Las dos caídas lentas que María Elodia manifiesta haber experimentado, nos llevan directamente a asociar este incidente con el célebre episodio de Kelly-Hopkinsville (Estados Unidos) del 21 de agosto de 1955. Allí, las entidades antropomorfas alcanzadas por los disparos efectuados por los Sutton caían lentamente, ya que “parecían flotar hasta el suelo”, reincorporándose de inmediato. —Y se pregunta—: ¿Qué fuerzas han gravitado en la producción de estos efectos de “caídas retardadas”?»

Otro detalle interesantísimo se refiere a la esfera que el ser sostenía en su mano izquierda. De ella partía «un haz compacto y coherente» formado por los pequeños haces que brotaban de los conitos que recubrían la esfera. Estos haces se unían a los 15 o 20 cm de emerger, para formar un «haz tubular» de 20 cm de diámetro, de contornos perfectamente definidos, sin esparcirse lateralmente. Este haz se orientaba hacia delante o hacia atrás, según los movimientos que el ser imprimía a la esfera.

Al igual que el doctor Óscar Galíndez, creo que nos encontramos en presencia de un fenómeno real. El ser de más de dos metros que visitó el motel La Cuesta, propiedad de la familia Pretzel, y que aparentaba unos 30 o 35 años y tenía «cara de alemán», era un ser «viviente», no una proyección holográfica ni un robot. En cuanto a la posibilidad de que se tratase de una alucinación, la esposa del doctor

Vaggione, que es licenciada en psicología, manifestó al doctor Galíndez que descartaba la posibilidad de un fenómeno alucinatorio, habida cuenta de la prolongada duración del hecho (alrededor de 4 minutos) y la numerosa cantidad de detalles retenidos por la protagonista, aspectos éstos no conciliables con una manifestación de tal naturaleza.

El mensaje telepático-auditivo «No temer, no temer» es el mismo que había de recibir casi veinte años después el abducido español Julio F., cuando se le aproximaban los seres altos, de más de dos metros, que lo llevaron a bordo de su nave.

¿Fue la visita al motel La Cuesta una abducción frustrada de una persona joven, sana, normal y sincera que, según su médico el doctor Vaggione, no ha tenido jamás problemas mentales? Quizá la súbita llegada del padre de María frustró las intenciones del visitante cósmico.

Así, todo el caso se nos aparecería desde una nueva luz.

Más y más casos

La lista de casos de ovniutas «buenos» y «malos» se haría interminable. En ella deberían figurar los gigantes de Monte Maíz, que dieron un susto tremendo al camionero argentino Douglas; los enanos velludos y belicosos de Venezuela (casos de Petare y Carora), los seres amorfos y gelatinosos que trataron de llevarse a un joven sueco (caso de Rydberg y Gustaffson), pero en el otro platillo de la balanza, los pequeños humanoides del caso brasileño de Anazia Maria, en que los enanitos curaron de un cáncer de estómago desahuciado por los médicos terrestres a una joven, prescribiéndole después unas cápsulas que le dejaron en la mesita de noche, y *via dicendo*, como dicen los italianos. También podríamos citar casos de terrestres «hostiles» y de terrestres «buenos»: los primeros disparan contra los ovnis, y los segundos conversan con sus tripulantes o les dan agua, como hizo Joe Simonton, recibiendo a cambio unas insípidas tortitas, o como hizo la enfermera brasileña Maria José Cintra, que dio también agua a una mujer «extraterrestre» que luego montó en «un objeto brillante y nacarado», que despegó «con un ruido de alas».

O el «extraterrestre» vestido con una prosaica bata —caso citado por Juan José Benítez— 'que pidió agua a un ingeniero inglés, en Sudáfrica (¡siempre la obsesión del agua!). Y tantos otros.¹

1. Estos casos se publican *in extenso* en las obras siguientes: Monte Maíz, Petare y Carora en *Los humanoides* (Pomairé): *Los «humanoides» en Iberoamérica*, de G. Creighton, casos 9 y 12 (Para 9, cf. caso 344 de *Cat. Magonia*); Rydberg y Gustaffson en *Forasteros del espacio*, de Brad Steiger (Pomairé) y en mi obra *Proceso a los OVNI* (Dopesa), addenda al caso de Sant Martí de Tous; caso de Anazia María, en mi libro *Ovnis en Iberoamérica y España* (Plaza & Janés), pp. 42-44; y el caso de la enfermera brasileña, en *Cat. Magonia*, ficha n.º 918. Y, por último, el caso del «ocupante» que pidió agua a un ingeniero inglés, en la revista *Mundo desconocido*, de Barcelona, n.º 24 (junio de 1978), pp. 62-68. Luego se publicó en la *FSR*. Monte Maíz y los dos casos venezolanos figuran también en mi op. cit. *Ovnis en Iberoamérica y España*, en los capítulos de Argentina y Venezuela, respectivamente.

9. MIS HUMANOIDES FAVORITOS

Todo investigador tiene sus casos predilectos; son casos que, por la razón que sea —por su extrañeza, por su singularidad, por su carácter revelador—, han atraído su atención más que otros y le han hecho compañía a lo largo de sus años de encararse con el enigma. Yo no soy una excepción a esta regla; así, tengo también mis casos de ovnis y de humanoides favoritos. De ellos voy a ocuparme en el presente capítulo.

He comprobado que el trato cotidiano con lo insólito acaba convirtiendo a éste en algo familiar. Cuando, en una de mis conferencias, proyectó por ejemplo el retrato robot de los seres de Kelly-Hopkinsville, hecho por técnicos de la Aviación norteamericana, escucho a veces apagadas exclamaciones de asombro teñido de horror en la sala. Es la reacción típica que tiene el hombre ante lo desconocido, o, mejor aún, ante lo que es extraño y distinto. Hay países donde ser diferente es algo rayano en el pecado —pienso en Estados Unidos, sobre todo en sus pequeñas poblaciones de lo que aquí llamaríamos «provincias»—, que hace que el que es diferente sea aislado y rechazado por el cuerpo social. Es éste un aspecto de la xenofobia, del odio al extranjero, que tan tristemente ha marcado la historia terrestre. ¿Y queréis más «extranjero» que el ser que se supone que «no es de este mundo»? Eso explica, por sí solo, algunas de las reacciones típicas que suscita la presencia o la simple visión de la imagen de los «extraterrestres».

«¡Qué feos!» «¡Qué horrendos son!» «Me parecen repug-

nantes...» Estas son algunas de las exclamaciones que he podido escuchar reiteradamente, suscitadas por la imagen de «ellos». Pero ¿se ha parado nadie a pensar en cómo debemos de parecerles *nosotros* a *ellos*? Los cánones de Fidias y Praxiteles, o las proporciones de Leonardo, estaban muy bien para la Grecia de Pericles o para la Italia del Renacimiento..., pero no tienen necesariamente por qué regir en un planeta que orbite alrededor de Alfa del Centauro. Así, nada impide que nosotros, tan larguiruchos, les parezcamos «repugnantes», con nuestra cabeza ridículamente pequeña, nuestro tórax estrecho y nuestra nariz desconunal. «¡Qué feos!» «¡Qué horrendos son!» «Los encuentro repugnantes.» Estas son algunas posibles exclamaciones proferidas por un público compuesto de pequeños humanoides macrocéfalos de 1,20 m, a los que el conferenciante —otro humanoide como ellos— les proyecta hologramas de hombres y mujeres terrestres, en la amplia sala de conferencias del Planetario propiedad de la Confederación de Mundos, situado, como es sabido, en un planeta que gira en torno a la estrella Zeta 1 Reticuli (según los incompletos catálogos estelares terrestres).

De ahí se desprende que todo es relativo. Y el concepto de la belleza, también. El canon de Fidias es el ideal para nuestra especie, para el *Homo sapiens* (ya no lo sería para el *Homo neanderthalensis*), y punto. Pero no rige en Aldebarán. En la teoría platónica de las Ideas no había un lugar para el pequeño humanoide (por desconocimiento de Platón, por supuesto). Así, no tenemos más remedio que llamarle «feo». (Sospecho que los conceptos de «feo» y «bello» tienen una profunda raíz biológica, que se hunde en lo que pudiéramos llamar «el ideal de especie», la «forma óptima» para nuestro grupo zoológico. Todo lo que se acerca a ella, es «bello»; todo cuanto se aparta de este prototipo —¿o arquetipo?— es «feo». Para los griegos, «bello» era sinónimo de «bueno»; es más, sustituía a «bueno». Incluso hoy, «buenos días», «buenas tardes», es en griego moderno «bellos días» [*kalimera*], «bellas tardes» [*kalispera*], de *kalós* = bello, *himera* = día, y *hespera* = tarde. Vemos, pues, cómo lo bello se confunde con lo bueno; luego, lo «feo» no puede ser bueno, tiene que ser «malo».)

Mi hija Montserrat, hace ya unos años, me señaló la figura que adorna un capitel románico de Santa María de

l'Estany, templo con bellissimo claustro situado cerca de Barcelona. Pues bien: era un retrato exacto del humanoide de Kelly-Hopkinsville..., aunque el artista medieval quiso representar con él al Diablo. Y lo tachó de tal, porque era feo (para sus cánones de belleza, arraigados, como digo, en el patrón óptimo de la especie). Posiblemente le sirvió de modelo un auténtico humanoide. De ahí arranca, creo —lo he dicho muchas veces— la imagen del diablo medieval: las grandes orejas del ser se convierten en cuernos, tal vez como ocurriera con Pan, los sátiros y los faunos, antecesores del Maligno en la imaginería popular. (O Cernunos, el dios silvestre, europeo y prerromano.)

Cuanto más parecido es un humanoide a nosotros, más bello lo encontramos. Y, en una evidente antropomorfización moral, más bueno tiene que ser. ¿Por qué? El ser de Carlos Villa era más «bello» que los seres orejados de Río Piedras. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque nosotros no tenemos orejas grandes y puntiagudas, tipo «señor Spock». Ya estamos dando premios de belleza, en un concurso al cual nadie nos ha invitado como jurados. ¡Pero fuesen tan sólo premios de belleza! Lo peor es que son también «premios de bondad», porque en el fondo todos seguimos siendo griegos, y eso porque los griegos fueron los que más a flor de piel tuvieron los ocultos mecanismos biológicos de la especie.

¿No son discriminados los negros, en el fondo, precisamente porque no se conforman al canon de belleza «blanco»? Si hilamos tan delgado entre nosotros, si no aceptamos una tez oscura, unos labios carnosos y una nariz ancha y achatada, ¡qué no seremos capaces de hacer con seres que ni siquiera «son humanos»!

Pero ellos están aquí, con nosotros, querámoslo o no. Y los que nos vienen a «redimir» y a «salvar» tienen que ser —¿cómo no!— los «bellos» y apolíneos venusianos de Adamski, los apuestos «extraterrestres» de Eugenio Si-ragusa; toda esa caterva resplandeciente y majestuosa..., olvidando que Luzbel, el Ángel caído, era también bellísimo..., lo que no le impidió ser un sinvergüenza cósmico.

Y para los pequeños humanoides macrocéfalos y enanos no queda más, en el *cast* de este telefilme interplanetario, que el papel de «malos» (por feos y por cabezones). Pero es que somos así... ¿Y si los «buenos» fuesen precisamente los pequeñitos? Vaya usted a saber...

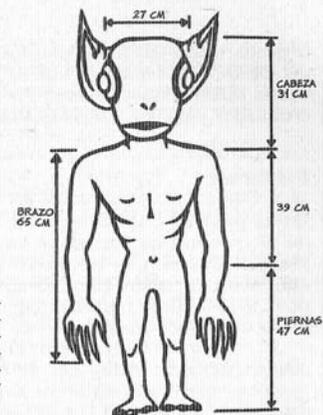
Dejémonos ya de lucubraciones y pasemos a la exposición de casos, que es lo que en el fondo a todos nos interesa.

Los «diablillos voladores» de Cussac

Suele decirse que «la verdad habla por boca de la inocencia». ¿De dónde viene esta frase? Sinceramente, lo ignoro. ¿Del Evangelio tal vez? Pero se dice. En este caso, quizá sea de aplicación, porque los testigos fueron dos inocentes, dos pastorcillos —sí, pastorcillos, como en Fátima— de una zona rural situada en pleno Macizo Central francés. Ni por su edad, ni por su formación, ni por sus conocimientos, los dos niños podían ser capaces de describir con detalles conocidos únicamente por algunos investigadores del fenómeno ovni, lo que vieron aquella soleada mañana, a las diez y media, mientras apacentaban un rebaño de vacas.

Cussac es un lugarejo de poco más de 200 habitantes, situado en el Macizo Central, como queda dicho, que depende administrativamente de Saint-Flour, en el Cantal. La población más cercana es Saint-Flour, que está casi a 20 km. Cussac está situado a 1045 m de altitud, en una meseta algo pantanosa, donde nace el arroyo de Ternes. En la región hay numerosos menhirs y dólmenes. Brindo este dato a mi querido amigo Juan G. Atienza, así como el de que este lugar es un sitio «alesiano», por la proximidad de pueblos que llevan los nombres de Alleuzet y Alleuze, sin olvidar la Salesse, que encierra el mismo vocablo (o alude a una fuente salada). Pero esto entraría ya en el terreno de la Francia misteriosa, tan bien estudiada por Aimé Michel y Louis Charpentier. (Y en España, como es sabido, por Atienza y Sánchez Dragó, sin olvidar a Sebastián d'Arbó para la Cataluña mágica.)

La primera noticia sobre el «encuentro “diabólico” en la meseta de Cussac» (éste era precisamente el título del artículo) la dio la revista *Phénomènes Spatiaux* en su número 16, junio de 1968. El artículo lo firmaban Joël Mesnard y Claude Pavy. En el catálogo *Magonia*, de Vallée, constituye la ficha número 875. La FSR inglesa lo publicó también, en su número de setiembre-octubre de 1968. El caso apareció también en otras revistas (como *LDLN* número 90) y publicaciones. Investigaron *in situ*, además de



Comparación entre el retrato «robot» hecho por la USAF de los seres de Kelly-Hopkinsville, y la figura con grandes orejas (¿el diablo, un sátiro, Cernunos?) que aparece en un capitel del claustro románico de Santa María de l'Estany (Barcelona). (Foto del Autor.)



la gendarmería de Saint-Flour, los citados Mesnard y Pavy, del GEPA; M. Claude, de LDLN; y M. Pulvin y Ameil, del Cercle LDLN Riom-Clermont. Por tanto, fue un caso «bien estudiado» y por investigadores competentes.

Los hechos

En un prado situado al borde de la carretera departamental 57, pacían una docena de vacas bajo la vigilancia de François Delpuch, de trece años y medio, y de su hermana Anne-Marie, de nueve años, acompañados ambos por su perrito *Médor*. Hacía buen tiempo, el cielo estaba claro y solaba una ligera brisa del oeste.

Al ver que las vacas tenían intención de franquear una pequeña cerca de piedras, el niño François se levantó para hacerlas volver. Fue entonces cuando, al otro lado de la carretera, distinguió lo que de momento le parecieron cuatro niños, situados al lado de un seto y a unos cuarenta metros de distancia. Trepó sobre varias piedras sueltas para ver mejor a aquellos «niños» que no lograba identificar. Eran extraños: negros completamente, de vestido y cara. Fue entonces cuando ambos hermanos vieron cerca de los cuatro seres una gran esfera brillantísima, tan brillante, que hacía daño a la vista.

Uno de los pequeños seres se agachó y pareció examinar algo en el suelo, mientras otro, que sostenía en una mano un objeto que reflejaba el sol y que François compara a un espejo, agitó las manos como si hiciese señas a sus compañeros.

François gritó entonces: «¿Venís a jugar con nosotros?» En aquel momento los pequeños seres parecen darse cuenta por primera vez de que alguien los observa.

El humanoide número 1 (véase dibujo) se eleva verticalmente y se introduce de cabeza por la parte superior de la esfera. El número 2 lo sigue de la misma guisa, y el tercero, después de incorporarse, hace lo mismo. En cuanto al número 4, también se eleva, pero antes de introducirse en el aparato esférico, vuelve a descender y recoge algo del suelo (su «espejo», piensa François), para elevarse nuevamente y alcanzar la esfera que, durante este tiempo, había empezado a subir describiendo pequeños círculos. Cuando el cuarto humanoide llegó a ella, se encontraba ya

a unos quince metros de altura. El pequeño ser se coló de rondón en ella; tal como habían hecho sus compañeros. Al elevarse, la esfera emitía un silbido suave, pero bastante agudo de tono, al que se mezclaba un rumor de viento que ninguno de los niños notó en su persona.

Mientras seguía elevándose, la esfera describió algunos círculos más, al tiempo que la intensidad de la luz que emitía aumentaba notablemente. Luego el ruido cesó y la esfera se alejó a gran velocidad (n.º 6) en dirección noroeste.

Al mismo tiempo se esparció por el aire un «olor de azufre», que fue percibido perfectamente por los niños. Las vacas se pusieron a mugir, dando muestras de gran agitación. Otras veinticinco vacas, que pastaban en un prado vecino, a unos trescientos metros de allí, empezaron también a mugir y fueron a reunirse con las que vigilaban Anne-Marie y François. Esto impidió que los dos niños vieran desaparecer el objeto, pues tuvieron que ocuparse de las vacas, que estaban muy nerviosas y a las que tuvieron que hacer volver media hora antes de lo habitual.

Detalles sobre la esfera y los seres

Los niños no observaron nada de particular en la esfera. Era perfectamente lisa, sin mostrar inscripciones ni aberturas: los pequeños seres parecían penetrar en ella, por la parte superior, «pasando a través de la pared». (Es posible que allí tuviera la esfera una puerta o escotilla, invisible para los niños.) El único detalle en que las declaraciones de los dos hermanos difieren es éste: Anne-Marie afirma que bajo la esfera vio un «tren de aterrizaje» compuesto por tres o cuatro patas rectas provistas de patines circulares en su extremo, de unos 10 cm de diámetro (naturalmente, la niña no lo dijo con estas palabras ni dando estas cifras, sino en su lenguaje sencillo e infantil, «traducido» a un lenguaje más técnico por los investigadores). François, en cambio, dice que no vio nada bajo el objeto. Pero en el aparato en vuelo, según la niña, las «patas» ya no eran visibles. Habían desaparecido de pronto, al «despegar».

Aquí es interesante observar que François era un niño de vista delicada y que llevaba gafas. Los ojos le lagrimearon durante un cuarto de hora después de la observación,

y luego, por las mañanas, al despertarse, durante varios días. Anne-Marie, en cambio, de vista normal, no experimentó ninguna molestia ocular, ni entonces ni después. Eso quizás explique que el niño no viera las «patas»; es decir, que el niño, con su vista delicada, quedara casi cegado por el aumento de intensidad lumínica del objeto al iniciar éste su ascensión.

Los detalles referentes a los pequeños humanoides negros son más numerosos e interesantes, según señalan Joël Mesnard y Claude Pavy. Estos seres medían aproximadamente de 1 m a 1,20 m de estatura, aunque no todos parecían tener la misma talla. Los señalados en el croquis con los números 1 y 2 eran los más pequeños, y el más alto era el cuarto, el que sostenía un «espejo» en la mano. Eran «negros» de pies a cabeza, pero de un negro lustroso, que François compara «al de la seda». Los niños no pueden precisar si el color negro corresponde a la piel de los pequeños personajes o a un traje ceñido que éstos llevarán, pues no hay ninguna línea divisoria entre un posible traje y la cabeza de los seres (que al parecer está descubierta). Si se trata de un traje, recordaría al de los buceadores, de goma espuma perfectamente ajustada al cuerpo.

Las proporciones de estos hombrecitos no corresponden a las de la especie humana. Los brazos son excesivamente largos y finos; los testigos no les distinguieron manos. Las piernas, en cambio, aunque también eran finas, resultaban cortas. Pero los niños, si bien no les pudieron ver las manos, sí pudieron observar los «pies» del cuarto personaje, cuando se elevó para atrapar la esfera que ya estaba en el aire. Según la expresión de los niños, eran «palmeados» (*palmés*); es decir, como los pies de un pato. ¿Se debería este curioso aspecto a un tipo cualquiera de calzado?

Por lo que respecta al cuerpo, la cabeza parecía de proporciones normales en relación con la exigua talla, pero el cráneo era «puntiagudo» y se correspondía con un mentón afilado, también muy acentuado. Parece que la nariz también era puntiaguda, aunque éste es el segundo punto en que los relatos de los hermanos difieren. Anne-Marie es la única que vio esta nariz afilada en el cuarto personaje, cuando éste se elevó para reunirse en vuelo con la esfera. Por un momento, se mostró entonces de perfil. François, deslumbrado por la gran luminosidad, quizá no pudo fijarse en este detalle fugaz.

Otro detalle muy curioso se refiere a la «barba», que, según los niños, lucían estos personajillos. Era una barba «triple», formada por «patillas» a ambos lados de la cara y una «perilla» en el mentón. Los niños no pudieron distinguir ojos en la cara de los pequeños seres y tampoco les vieron orejas.

Intento de «explicación»

El detallado interrogatorio a que fueron sometidos François y Anne-Marie por diversos investigadores descarta totalmente el fraude o la fabulación. Los dos pastorcillos relataron sencillamente lo que vieron aquella soleada mañana del mes de agosto, cerca de la diminuta aldea de Cussac. Ahora bien: si en vez de 1967, este extraño encuentro hubiese tenido lugar en 1467 —o inclusive en 1767—, tendríamos una «aparición diabólica» más, acompañada con el consabido e imprescindible «olor de azufre». Los dos niños —que serían debidamente exorcizados y rociados con agua bendita— habrían visto nada más ni nada menos que a un hatajo de «diablillos», que habían acudido para llevárselos al infierno, pero que, por intercesión de Nuestra Señora de... (aquí hay que poner la Virgen local de más prestigio) habían sido salvados *in extremis*.

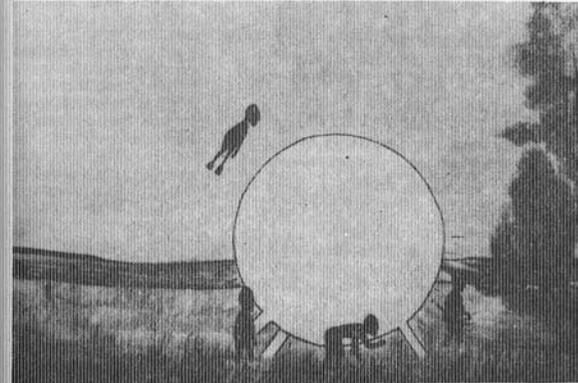
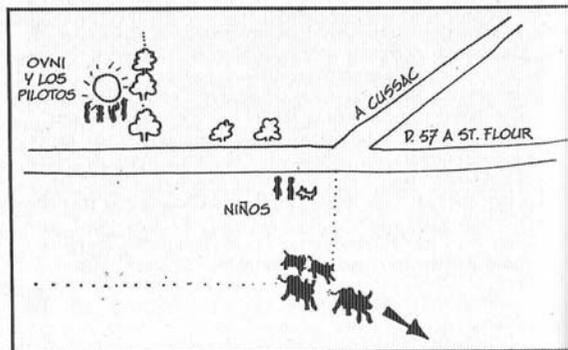
Hoy vemos —o queremos ver— las cosas de otra manera. No en balde el hombre ha ido ya a la Luna (la ex Luna de los poetas; la pálida Astarté de los griegos, etc.), para encontrar allí millones de pedruscos. Por tanto, este episodio puede y debe tener otra «explicación». Una tecnología «superior», capaz de vencer la gravedad; posiblemente los pequeños «diablillos» estaban provistos cada uno de un dispositivo antigravitatorio, o bien empleaban para sus «vuelos» el campo electromagnético general de la esfera (como apunta René Fouéré), de acuerdo con la teoría del «campo repelente» esbozada por el ingeniero Jean Goupil...

Sea como fuere, las vacas —que desconocen los libros de su compatriota Aimé Michel— se inquietaron excesivamente. Quedamos en que los niños no mintieron. Luego, algo insólito, algo increíble, pasó aquella soleada mañana en la meseta de Cussac. Dos años antes, algo pasó también en otra meseta francesa: la de Valensole, donde un honrado y sencillito agricultor, monsieur Maurice Masse, se

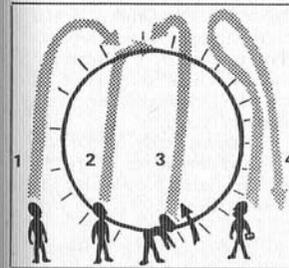


Los dos niños protagonistas del encuentro de Cussac, comentan el mismo con el investigador Claude Pavy.

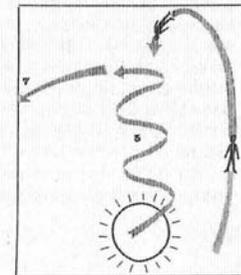
Lugar del extraño encuentro.



Lo que vieron los dos niños.



Distintos aspectos de las evoluciones de los pequeños seres, para entrar en la esfera luminosa.



dio de manos a boca con dos «diablillos» que habían descendido de un objeto ovoide posado sobre cuatro «patas» (esta vez se vieron bien) para examinar sus matas de *lavande*, que él cuidaba con tanto esmero en su campo de L'Olivol... El encuentro de Masse con lo desconocido ocurrió al amanecer, a la incierta luz del alba. El de los dos niños de Cussac, en plena mañana —algo insólito en los casos de «aterrijaje»— y a la luz del sol...

Pero vamos a seguir relatando otros encuentros; otras tangentes de lo cotidiano con lo maravilloso antropomorfo (y que me sea perdonada la pedantería) que cada vez con mayor asiduidad —y no sabemos para qué— nos visita...

¿Qué buscan en el patio de mi casa?

Estamos en pleno «año de los humanoides» (léase octubre de 1973). David Webb recopiló medio centenar de casos para su estudio (hoy clásico) sobre esta minioleada con proliferación de casos de «ocupantes», que se extendió sobre todo por los estados del este de Estados Unidos. A ella pertenece el caso de abducción de Pascagoula, las famosas fotos de un «humanoide» hechas en Falkville (Alabama) por el sheriff Greenshaw, y, fuera de Estados Unidos, el caso Llanca en Argentina y el caso de Draguignan en Francia, del que más adelante nos ocuparemos.

Entre los diversos casos de humanoides de este otoño «caliente», daré un bello botón de muestra: el de Goffstown, en New Hampshire (recuérdese que en New Hampshire se sitúa también el caso de abducción más célebre de todos: el del matrimonio Hill).

Era el día 4 de noviembre, ya casi al final de la oleada (pero esto el testigo no lo sabía). Eran aproximadamente las 12 y cuarto de la noche, cuando el señor Rex Snow y su esposa, de Goffstown, fueron despertados por un ruido persistente y peculiar: alguien parecía «rascar» las paredes de su casa. Rex, intrigado y algo asustado, se levantó para observar cautelosamente al exterior, viendo entonces, a unos 18 m de distancia, en el patio trasero de su casa, a dos seres luminosos que no medirían más allá de 1,50 m, quizá menos.

Estupefacto, comprobó que los extraños intrusos tenían unas enormes orejas puntiagudas, unos ojos oscuros y ova-

lados (en realidad parecían más bien agujeros negros) y una nariz bastante pronunciada. Todo su cuerpo, cabeza incluida, parecía enfundado en una especie de mono plateado. Calzaban unas botas, igualmente plateadas, de punta levantada. Mientras uno de los humanoides sostenía lo que parecía una linterna tubular, el otro recogía cosas del suelo, que iba metiendo en una bolsa plateada. Sus movimientos eran lentos, pero llenos de determinación.

Rex Snow ordenó a su perro, adiestrado como perro guardián, que los atacase, pero el can se detuvo al llegar a unos seis metros de ellos, hizo algunos amagos de ataque y luego regresó con el rabo entre piernas, para tenderse, gimiendo, en el suelo de la cocina.

Aquella misma noche, unas cinco horas antes, Rex había observado un ovni plateado (color por lo visto muy de moda en el otoño de 1973 entre los «extraterrestres») y en forma de «platillo», a poca altura, cerca de su casa.

Webb no nos cuenta cómo terminó este extraño episodio de «recogida de muestras». Hay que suponer que, al verse sorprendidos, los humanoides debieron de regresar a su nave, abandonando el lugar.

Más humanoides voladores

Quien crea que en la casuística mundial no hay más humanoides voladores que los de Cussac andará muy equivocado. Tenemos a un impresionante ser volador en el valle del río Ohio, en Norteamérica: el *Mothman*,¹ sobre el cual John Keel recogió más de un centenar de testimonios. Este ser era de catadura horrenda, aunque recuérdese lo dicho antes sobre la belleza y la fealdad; todo es relativo. La meritoria publicación inglesa *Flying Saucer Review* recoge un caso muy antiguo de humanoide-volador, acaecido al parecer en 1936 y nada menos que en Rusia. La breve nota dando cuenta del caso apareció, firmada por Vladimir V. Rubtsov, en el número de enero de 1979 de la *FSR*. Y para dar más emoción a la cosa, resulta que no se trataba de un humanoide «cualquiera», sino de un MiB (*Man in Black* = hombre de negro) volador. Esta interesante noticia se publicó, como parte de un artículo aparecido en la re-

1. Véase mi obra *¿De veras los OVNIS nos vigilan?*, pp. 121-132.

vista soviética de técnica y ciencia popular *Tejnika-Molodezhi* (*Técnica y Juventud*), en su número 10 (1976).

Hallándose en Kislovodsk hace unos años, el autor del artículo conoció a una señora llamada E. E. Loznaya, quien le contó el extraño incidente, ocurrido, según la testigo, en el Kazajstán, en 1936.

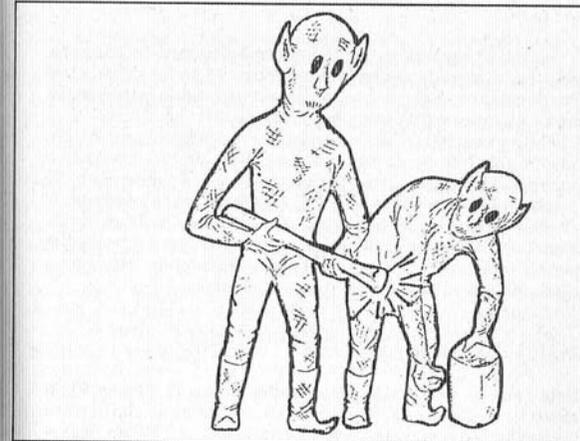
«Este suceso tuvo lugar en el verano de 1936 en el *sovjoz* (granja estatal) Oktyabrskiy, que se encuentra en el Kazajstán, región de Pavlodar —contó la testigo a Rubtsov—. Yo tenía entonces quince años. Muy de mañana iba a la escuela por un solitario camino rural.

»Había ya luz en el cielo, aunque el sol aún no se había alzado. El tiempo era bueno y estaba helando. De pronto distinguí un punto negro que se movía rápidamente por el cielo, a mi izquierda. A medida que se iba acercando se fue haciendo mayor, y a los pocos segundos yo estaba contemplando una figura humana vestida de negro y vista de perfil. El rumbo que seguía formaba un ángulo de unos 60° con el camino.

»Aquel "hombre", según me pareció, era de estatura media; su traje negro le cubría completamente y me pareció una especie de mono o buzo. Su cabeza (o para ser más exactos, algo parecido a un casco), y sus brazos macizos ("cuadrados") muy apretados al cuerpo, eran perfectamente visibles. No le observé manos ni pies. A la espalda llevaba una cosa ovalada, como una mochila.

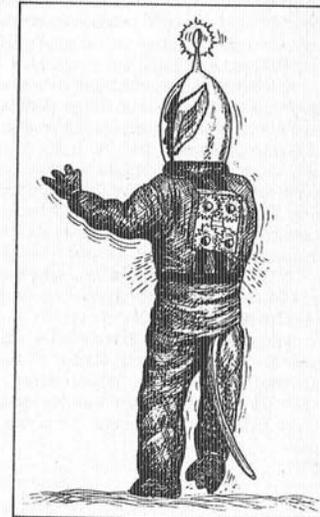
»Mientras miraba espantada al "hombre volador", advertí de pronto que había cambiado de rumbo y que ahora iba en derechura hacia mí. Cuando se volvió (vi) que su brazo derecho estaba ligeramente doblado por el codo. Vi entonces al "hombre" de cara, pero no pude examinar sus facciones porque, en lugar de cara, sólo mostraba una superficie totalmente negra.

»En aquel instante oí un fragor creciente, como si fuese un aparato volador y no un hombre viviente. A la sazón, la distancia entre ambos se había reducido a unos 40 m. El terror que me atenazaba había cesado y miré a mi alrededor en busca de refugio, pero no vi nada que me pudiese resguardar en la estepa nevada. Cuando me volví a mirar de nuevo al "hombre volador"... no vi a nadie. Quizás efectuó un cambio brusco de rumbo, o se ocultó tras un montón de nieve..., pero lo único que sé es que al instante siguiente eché a correr hacia mi casa.

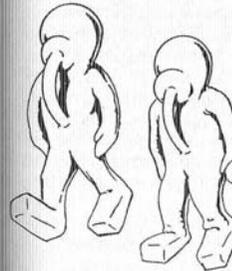


Los dos humanoides «orejones» que estaban investigando en el patio de la casa del señor Snow, en Goffstown. (Según David Webb.)

El humanoide «volador» de Puerto Rico, con grandes orejas y «rabo». ¿Se quiere más para que en la Edad Media se le hubiese calificado de «diablo»?



Los dos pequeños humanoides «voladores» de Hartford City. Los dos seres parecen ir provistos de una especie de escafandra. (Según David Webb.)



»Esta observación duró aproximadamente un minuto, pero la he recordado vívidamente durante todos estos años. Puedo añadir también que no había visto nada parecido, ni antes ni después de aquella ocasión.»

Este es el relato de la mujer. Sorprendente, ¿no? Pero parece absolutamente sincera. El detalle de la «mochila» o *backpack* le confiere mayor verosimilitud. Posiblemente se trataba del dispositivo «antigravitatorio» para efectuar el «vuelo». Este ser es posterior en doce años al humanoide manchego del «soplillo», pero es posible que ambos estuviesen relacionados. Pero se los vio efectuando maniobras distintas: en el suelo uno y en vuelo otro.

Humanoide volador en Suecia

Este caso lo publica el investigador sueco K. Gösta Rehn en su libro *Tefaten är här*, que según creo es su única obra traducida al castellano (véase *Bibliografía*). Gösta Rehn, sin duda alguna, es el decano de la investigación ufológica en el mundo, pues nació en 1891 y «sigue tan campante», como el famoso whisky. El mayor Keyhoe, otro eminente pionero, es de 1897, un jovencito, como quien dice, comparado con el sueco. Yo, con mis sesenta y dos años a cuestas, soy un muchacho a su lado, y el Consejo de Consultores del CEI está compuesto por niños de pecho.

Sus editores españoles olvidaron señalar que Gösta Rehn pasó veinte años de su larga vida en Estados Unidos, donde asistió a la Universidad Fordham y se doctoró en derecho y en filosofía. En 1939, Rehn regresó a su nativa Suecia, donde ingresó en la Compañía Hidroeléctrica del Estado, hasta que se jubiló, en 1957. Tres años antes —o sea, en 1954— empezó a interesarse por los ovnis. Es el representante en Suecia de la APRO, la organización de los esposos Lorenzen, y ha publicado numerosos artículos en el *APRO Bulletin* y en revistas suecas. Es autor también del libro que hemos citado, en el que se contiene la observación siguiente:

«El día 5 de febrero de 1971, un platillo metálico aterrizó cerca de donde se encontraban dos jóvenes leñadores finlandeses: Aliranta, de veintiún años, y Sneck, de dieciocho. El suceso ocurrió en la localidad de Finnula. De la base del objeto emergió, *flotando* en el aire, un ser que

medía aproximadamente un metro. Vestía una especie de mono e iba tocado con algo puntiagudo en la cabeza. (Cf. con la observación de Imjärvi.) Mientras se aproximaba, Aliranta puso en marcha la sierra mecánica. El humanoide retrocedió y Aliranta salió en su persecución. El mismo joven pudo ver entonces a otros tres humanoides de pequeña estatura en el interior del objeto. En su intento por atrapar al ser, que se dirigía *volando* hacia el aparato, logró asirle momentáneamente por aquella especie de casco que le cubría la cabeza. El casco *quemaba* como si estuviera al rojo vivo. Las heridas que Aliranta se produjo en los dedos y en la palma de la mano tardaron *dos meses* en curar. Después de que el platillo hubo despegado, los dos jóvenes fueron incapaces de hablar y de moverse durante un rato. El ovni dejó cuatro marcas en la nieve y las huellas de un ser.

Y en los Estados Unidos

Este caso lleva el número 35 en la recopilación de David Webb sobre *El año de los humanoides*. Fecha: 23 de octubre de 1973. Lugar: Hartford City, en Indiana. El día antes, un matrimonio y una señora habían visto independientemente un par de enanos plateados cruzando lentamente la carretera. Gary Flatter llevaba ya dos horas examinando el lugar donde el matrimonio en cuestión aseguraba haber visto a los pequeños humanoides, cuando divisó una hilera de «pequeños mamíferos» (sic) cruzando la carretera. Luego oyó un sonido de «alta frecuencia» y vio a la pareja de seres descritos por los testigos del día anterior. Esta vez estaban en un campo recién arado, a 15 m de distancia. A los pocos instantes les dirigió el faro pirata de su camión. Los pequeños seres se volvieron entonces de cara hacia él, obligándole a apagar el faro, porque el brillo de sus trajes resultaba insostenible. Tenían una cabeza ovoide y llevaban lo que parecían máscaras antigás, con un tubo que les bajaba hasta el pecho. Tenían los pies cuadrados, con tacón (detalle visto por los testigos de la víspera), y parecían proporcionarles la energía necesaria para saltar en una especie de *vuelo lento*. Al dar el último de estos curiosos saltos, no volvieron a descender, sino que se ale-

jaron volando «como un helicóptero, con los pies hacia abajo».

En el caso que sigue, volveremos a encontrar un humanoide volador con «algo» sujeto a la espalda, como en el caso ruso de 1936.

Humanoide «volador» en Puerto Rico

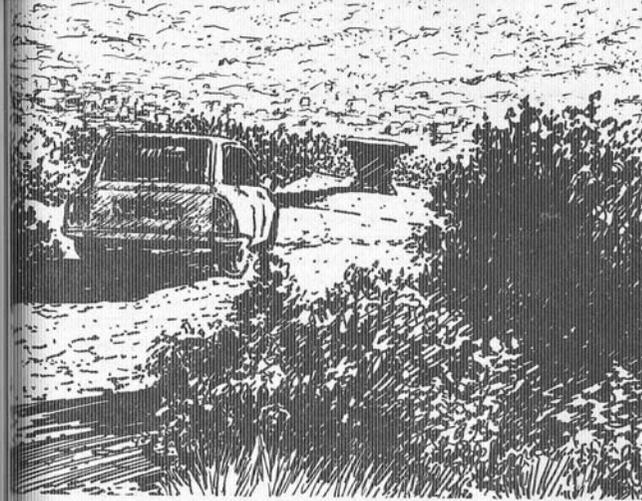
El caso que sigue se publicó también en la *FSR* (abril de 1978), y fue precisamente el que espoleó a Vladimir V. Rubtsov a comunicar el suyo. Es mucho más moderno que el ruso, y el autor de la investigación y del artículo es el ingeniero Sebastián Robiou Lamarche, ya citado anteriormente en este libro.

Entre las 8.30 y las 9 de la noche del martes 12 de julio de 1977, el señor Adrián de Olmos Ordóñez, de cuarenta y dos años y residente en la población puertorriqueña de Quebradillas, observó un extraordinario espectáculo: un humanoide de poco más de un metro. La observación la efectuó desde el mismo balcón de su casa, donde estaba sentado, tomando el fresco.

Al día siguiente, las principales emisoras de radio daban la noticia, la cual se publicó además en *El Vocero*, periódico local de Quebradillas. El sábado siguiente, Sebastián Robiou y su amigo Jorge Martín, dibujante, entrevistaron al testigo, el cual manifestó lo siguiente:

—Entre ocho y media y nueve de la noche del martes, doce de julio, yo estaba descansando y tomando el fresco en mi balcón, cuando vi de pronto salir algo de los terrenos de la granja que tengo frente a mi casa. Era una figurilla que, saliendo de la oscuridad, pasó bajo la cerca de alambre espinoso. Mi primer pensamiento fue que se trataba de algún niño que andaba jugando por allí, pero entonces percibí, por la forma como iba vestido, que era un ser extrañísimo, y comprendí que la situación tenía que ser abordada con cuidado.

»Aquel ser caminaba de manera completamente normal en dirección al farol callejero, situado también frente a mi casa. Dije a Irasema, mi hija, que me trajese un lápiz y papel para poder hacerle un croquis... y le ordené también que encendiese la luz del *living*, pero ella se equivocó, y en vez de encender la luz del *living*, accionó el interruptor



Caso de Draguignan. La mesa de observación, con el R-8 en primer término, antes de su regreso.

Primera aparición del ser. Detrás del mismo se vislumbra el resplandor blanco.



de la luz del balcón, ya que se trata de un interruptor doble. El ser había llegado casi hasta el farol, pero al ver la luz encendida se asustó. Le vi mirando hacia el farol, y yo pienso que estaba buscando algo, energía, electricidad o algo parecido, porque se fue en derechura hacia el farol. En la mano derecha llevaba un pequeño objeto brillante. La luz de nuestra casa se reflejaba en el casco del ser, que brillaba extraordinariamente.

»Entonces, apenas se había encendido la luz del balcón, vi que el ser regresaba corriendo hacia la alambrada. Pasó bajo ella y se detuvo... Puso ambas manos en la parte delantera de su cinturón, y entonces una cosa que llevaba a la espalda, como una mochila (la cursiva es mía), se iluminó, al tiempo que emitía un ruido como el que hace una taladradora eléctrica... Y entonces se elevó por los aires y se alejó hacia los árboles.

»En aquellos momentos, los vecinos y los miembros de mi familia empezaban a mostrarse, y durante unos diez minutos todos pudieron ver unas luces que se movían de un árbol a otro, en la granja, hasta que finalmente se perdieron de vista.

Apariencia del humanoide

El señor Adrián facilitó los siguientes detalles, a Robiou, sobre el aspecto que tenía el extraño ser. Las proporciones de su cuerpo eran normales, aunque los brazos parecían ser algo cortos. Todo su cuerpo estaba recubierto por un «traje» verde que parecía estar «lleno de aire», porque —a diferencia de muchos otros casos— no estaba ceñido al cuerpo. La cabeza estaba encerrada en un casco de aspecto metálico que, en su parte superior, terminaba en una especie de antena, «con una lucecita o una llama a su extremo». De cada lado del casco (que era de un verde algo más claro que el traje) «surgían unas cosas que parecían orejas puntiagudas». El casco estaba unido al traje por una banda negra que le rodeaba el cuello, a modo de cordón grueso. La parte delantera del casco, desde la frente al cuello, era de vidrio o de un material transparente, que reflejaba la luz del farol callejero, tan vívidamente que le resultó imposible al testigo ver la cara del ser.

En su mano derecha, el humanoide sostenía algo «del

tamaño de una caja de cerillas, que brillaba y tenía una punta aguda». Cuando la hija del testigo, Irasema de Olmos Padín, de dieciséis años, encendió por error la luz del balcón, el ser se volvió y echó a correr hacia la alambrada, dando su espalda al señor Adrián. Este pudo ver entonces varios detalles interesantísimos: el humanoide llevaba a la espalda una especie de mochila, «una cajita sujeta con dos tiras», y vio además que el ser «tenía cola, que, si bien era larga, no llegaba al suelo». (¿Queremos más para personificar al «demonio», si la aparición se hubiese producido tan sólo ciento cincuenta años antes... o quizá menos, dependiendo del lugar?)

En el dibujo adjunto, realizado por Jorge Martín, se apreciarán perfectamente todos estos detalles.

Entonces el testigo dijo que el ser se llevó ambas manos «al grueso cinturón», y al instante «dos luces rojas y dos luces azules», que parecían estar girando, iluminaron la caja rectangular que llevaba a la espalda. Entre estos dos pares de luces, «la caja tenía una abertura, o algo parecido». Cuando estas luces se encendieron, de la parte inferior de la caja brotaron «otros dos rayos de luz, que apuntaban hacia abajo». Para describir estos dos haces luminosos, el testigo los comparó, por su color, a las chispas que se producen al soldar. Fue entonces cuando oyó el ruido que compara al de «una taladradora eléctrica» de pequeño tamaño.

(El «cinturón» observado tantas veces en humanoides, tanto grandes como pequeños, sin duda constituye una pieza importante de su equipo. La «hebilla» o pieza que ocupa el lugar de ésta es muchas veces luminosa y, seguramente, se trata de un dispositivo multiuso; en este caso vemos prácticamente uno de estos múltiples usos.)

Inmediatamente después de la maniobra consistente en llevarse ambas manos a la parte delantera del cinto, el humanoide se elevó en el aire y se fue «volando» hacia los árboles más próximos, desplazándose a una altura que el testigo calcula en unos 3 m. Tal como el humanoide visto en Rusia, en 1936, su forma de «volar» era la horizontal, al estilo Superman, y con «la cola levantada» (lo cual no ocurre en el caso de Superman). De esta manera, el ser recorrió una distancia, estimada en unos 130 m, hasta los primeros árboles de la granja. A la sazón se había reunido ya un grupo de vecinos, que estaban escuchando las exci-

tadas explicaciones del señor Adrián de Olmos. Robiou cita a las personas siguientes, diez en total: Marvel González, Daniela González, Josefina González, Luis Cortés, Carlos Cortés, Iris Cortés, Mercedes Medina de León, Minerva Lugo, Betsaide Lugo e Ivi Mena Lugo.

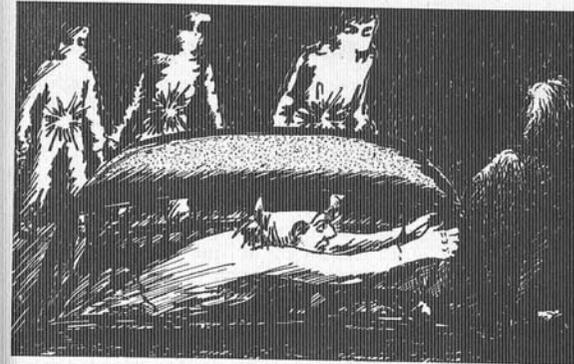
Todas estas personas, durante los próximos diez minutos, contemplaron las luces bicolores de la caja que el humanoide llevaba a la espalda, que parecían «saltar de árbol en árbol», para, en ocasiones, descender a nivel del suelo. El señor Adrián de Olmos añadió que todos pudieron ver también «un segundo grupo de luces que hacían las mismas evoluciones», de lo que infirió que había un segundo ser «que acudió en ayuda del primero», porque en realidad tuvo la impresión, cuando se encendieron las luces a la espalda del primer humanoide, que estaba entonces a unos 12 m, que «el aparato que este ser llevaba a la espalda no funcionaba muy bien» (sic).

Después de esto, el fenómeno cesó y las luces dejaron de verse. Pero hay un hecho importantísimo, que conviene subrayar: todos los habitantes de la zona concuerdan en que a aquella misma hora los animales de la granja «parecían haberse vuelto locos»: las reses corrían asustadas y mugían sin cesar. Numerosos perros de la vecindad, entre los que se contaba *Luly*, la perrita del testigo, se pusieron a ladrar furiosamente, vueltos en dirección a la granja, pese a que ésta se hallaba completamente a oscuras.

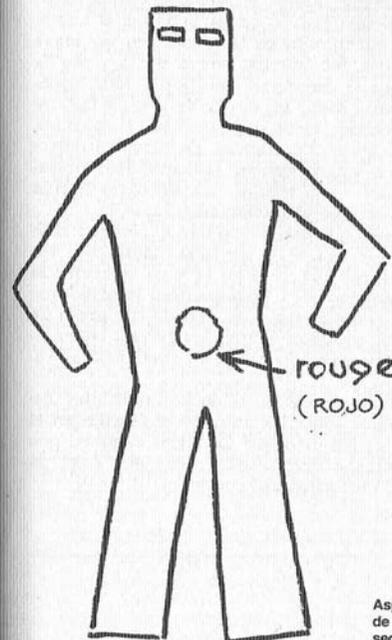
Alguien avisó a la policía y no tardaron en llegar dos agentes, Johnny Ramos y William Castro. Esta fue la primera de una serie de visitas que la policía efectuó en aquel barrio. El vecindario estaba muy asustado y alborotado; muchas madres temían que «les robasen a sus hijos». La policía montó un servicio de vigilancia hasta el amanecer.

Más detalles

Según el señor Adrián de Olmos, pudo observar bien al humanoide aproximadamente durante un minuto. Además de los detalles ya enumerados, reparó en que el extraño ser «tenía sólo cuatro dedos en cada mano» y «unos pies como los de un pato». Afortunadamente, el testigo de este caso tan singular es un hombre muy observador y gran aficiona-



Alain Lecas se asomó para gritarles: «¿Sois buenos o malos?»



Aspecto de uno de los seres altos, según Alain Lecas.

do al dibujo; por eso pudo captar tantos detalles en tan poco tiempo.

En el curso de la investigación que llevó a cabo el ingeniero Robiou, pudo comprobar que el testigo, señor De Olmos, es una persona seria, respetable y trabajadora, que goza de la mayor consideración entre sus convecinos. Es un comerciante que se dedica a la distribución de pienso para ganado en toda la zona noroeste de la isla. Antes de su extraña observación, no había sentido el menor interés por el fenómeno ovni ni por temas afines. Pero su observación espoleó su curiosidad por el tema y pidió a Robiou que le indicase libros sobre el mismo.

Después de su observación, sufrió trastornos gástricos durante dos días, sin poder ingerir alimentos, y estaba nervioso e irritable, especialmente con su esposa, según ésta confirmó a los investigadores.

Al día siguiente, su hijo, Rafael Edgardo, de quince años, encontró la huella de una pisada, que se atribuyó al humanoide. Otra pisada, encontrada en la granja, en un lugar próximo a la carretera, fue borrada por la lluvia y por la legión de curiosos que se desparramaron por la zona, antes de poderla fotografiar y sacar un molde de yeso. Robiou y colaboradores no vieron trazas al examinar el terreno, cuatro días después de la observación. Tampoco se detectaron perturbaciones magnéticas ni radiactividad; únicamente se encontró una rama rota del mango hacia el cual asegura el testigo que voló el humanoide.

Una señora anciana, que prefirió no dar su nombre, dijo que dos días antes —o sea, el 10 de julio, domingo— vio caer un objeto luminoso del cielo en la zona aproximada donde apareció el humanoide. Y otro granjero informó que la misma noche de la observación, su ganado fue presa de un verdadero frenesí, tirándose contra las cercas, tratando de escapar de algo que lo aterrizzaba y causándose múltiples lesiones.

En resumen: un caso bastante sólido, con múltiples testigos, efectos de pánico sobre los animales y detalles en el humanoide que el testigo principal no podía conocer, que concuerdan con otras observaciones. Sólo nos falta la «nave» para que el caso estuviese completo.

«Pero había alguien más con nosotros en la montaña»

Eran casi las nueve de la noche del 19 de octubre de 1973, sábado, cuando el joven Gabriel Demogue, de Draguignan, subía con su moto por el camino que conduce a la cumbre del Malmont, una montaña situada a unos cuantos kilómetros al norte de la vieja ciudad de Draguignan. Desde esta cumbre, que alcanza los 591 m, se goza de una vista extraordinaria sobre el Mediterráneo, San Rafael y también sobre los Maures del Sur, las montañas que se extienden más al norte y la meseta de Canjuers.

Pero Gabriel no va solo: montada tras él, en la moto, va su novia. Ambos jóvenes se proponen llegar a la cumbre del Malmont, donde se encuentra una mesa de piedra en la cual está trazada la rosa de los vientos. Gracias al suave mistral que sopla desde el nordeste, el cielo está limpio y la joven parejita se propone gozar del panorama nocturno, sentados en los bancos de piedra que rodean la mesa de orientación. Por lo menos, eso es lo que dijeron a los investigadores. Las verdaderas intenciones de una joven pareja, a solas en la montaña, son fáciles de suponer.

De pronto, la chica, sentada detrás de Gabriel, observa una bola roja anaranjada de gran luminosidad, rodeada de un halo más claro, que se desplazaba lentamente a baja altitud. Parecía sobrevolar la ladera sur del Malmont y desapareció tras las crestas, dejando un resplandor rojizo entre los árboles que las cubrían. La chica pidió entonces a su compañero que no continuasen. Gabriel Demogue dio media vuelta y la llevó a su domicilio de Draguignan. Luego —suponemos que algo contrariado— contó a un amigo lo que habían visto. Resultó que su amigo formaba parte de un grupo de jóvenes interesados por el fenómeno ovni. Sin pérdida de tiempo, el muchacho avisó a sus compañeros, y todos de común acuerdo decidieron efectuar una expedición al Malmont, para comprobar si aún se veía algo.

El pequeño grupo montó en dos coches y se dirigieron hacia la montaña en cuestión. El primer automóvil era un R-8 conducido por Alain Lecas, llevando como pasajero a un muchacho que el investigador de LDLN —de quien proceden estos datos— no consiguió localizar.

El segundo coche era un Fiat 128. Iba al volante Georges Macret, que llevaba como pasajero a Christian Bensa. Si-

guiendo el angosto sendero de tierra que conduce a lo alto del monte, llegaron a la mesa de orientación sin incidentes y sin haber visto nada. Antes de decidirse a regresar, algo desilusionados, maniobraron en un angosto sendero para poner a sus vehículos en dirección opuesta. Luego apagaron los faros y se reunieron en torno a la mesa de orientación.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, observaron una luminosidad blanca y difusa en la cumbre del Malmont, que se encontraba a unos 80 m de donde ellos estaban. Luego llegaron unos ruidos extraños a sus oídos, que parecían proceder del resplandor, y que los testigos comparan a las interferencias de la radio.

En aquel momento, Georges Macret, que estaba apoyado sobre la mesa, advierte que ésta se calienta de pronto, notando al mismo tiempo como si una ola de calor atravesara su cuerpo. Sus compañeros percibieron también una elevación casi instantánea de la temperatura.

Acto seguido distinguen una luz roja debajo de la luz blanca que corona la cumbre del Malmont. Esta luz roja empieza a desplazarse y desciende por el camino pedregoso que conduce desde la cumbre a la mesa de orientación. Al mismo tiempo oyen claramente el ruido producido por las piedras al ser desplazadas por algo o alguien muy pesado que anduviera por el camino.

Los cuatro amigos empiezan a sentirse intranquilos. Georges Macret, Christian Bensa y el tercer muchacho se esconden detrás de un pequeño muro, mientras Alain Lecas se tiende en uno de los bancos de piedra que rodean la mesa. Desde sus respectivas posiciones, siguen con la mirada la luz roja que se extiende por el camino y se dan cuenta de que parece estar unida a una silueta oscura que parece medir 3 m de altura. Durante todo este tiempo no han dejado de oírse los silbidos modulados. Llegada a menos de 20 m del coche de Alain Lecas, la silueta oscura se detiene, se agacha como para recoger algo, treinta segundos después se incorpora y la luz roja que lleva a la altura de la cintura (la cursiva es mía) se apaga. Al mismo tiempo, el silbido cesa.

Pocos instantes después oyen un ruido de ramas rotas cerca del R-8. Inmediatamente alguien o algo sacude varias veces el automóvil. Dominados por el pánico, los testigos de estos hechos extraños huyen a la desbandada. Alain Le-

Esta maqueta
—reconstrucción de uno
de los seres
del caso francés
de Arc-sous-Cicon—
figuraba en una exposición
canadiense sobre los ovnis.
Cuando don Mauricio
Wiesenthal —que se
encontró con un ser
«idéntico» cerca de San Feliu
de Codinas, en 1968— vio
esta foto, que yo le mostré,
lo reconoció
inmediatamente, con gran
sorpresa por su parte.



A la izquierda, ser de San Feliu de Codinas. A la derecha, uno de los pequeños humanoides «barrigudos» y negros de Arc-sous-Cicon, observados por un grupo de niños. El caso es anterior al de San Feliu de Codinas.

cas se había esforzado por retener a sus camaradas desde hacía algunos minutos, pero entonces les ordena huir. Georges Macret y Christian Bensa se precipitan hacia su coche. El acompañante de Lecas corre hacia el R-8 y se disponía a abrir la portezuela cuando un potente rayo luminoso, de un blanco cegador, procedente de la cumbre, los ilumina violentamente. Todos se echan de bruces al suelo y permanecen tendidos hasta que vuelve a reinar la oscuridad, unos instantes más tarde. Suben entonces en el vehículo, cuyo motor se niega a arrancar. Pero como lo tenían orientado en el sentido de la bajada, basta con darle un empujón para que el motor se ponga en marcha.

En cuanto a Georges Macret y Christian Bensa, se habían ido ya, pues el motor del Fiat arrancó normalmente. Así que el R-8 se puso en marcha, Alain Lecas frenó y miró hacia atrás. Vio primero una silueta idéntica a la que bajaba por el camino, a una distancia de unos 5 o 6 m del coche; luego, una segunda y por último una tercera. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, Alain Lecas embrogó, avanzó unos metros y volvió a pararse. Volvió a hacer lo mismo por segunda vez, 10 o 15 m más lejos. Le pareció entonces que los tres seres se habían detenido también. Entonces, el valeroso muchacho —el único que salvó el honor del grupo— puso marcha atrás y se dirigió hacia ellos, para detenerse a unos 5 m del más próximo.

Pero los seres volvieron a ponerse en marcha, andando a sacudidas, como antes. Alain Lecas abrió la portezuela y, asomándose al exterior, llegando hasta poner un pie en el suelo, se volvió a ellos para gritarles por tres veces: «¿Sois buenos o sois malos?»

El ser más cercano al coche se volvió entonces hacia el que le seguía y un extraño diálogo, a base de silbidos modulados, pareció entablarse ahora entre los tres. Luego continúan andando, algo más aprisa que antes. El testigo cierra la portezuela y arranca. Cincuenta metros más allá, vuelve a detenerse para ver si lo siguen, pero no distingue a nadie. Aprovechando una pequeña plataforma lateral, da media vuelta, espera un par de minutos y sube en primera hacia la mesa de orientación, con los faros largos y los vidrios de las ventanillas alzados. Ha recuperado su presencia de ánimo y está resuelto a establecer contacto con los seres. Ascende hasta la mesa de orientación sin ver nada, ni seres ni luz roja; sólo la luz blanca

sigue en la cumbre. Entonces Alain Lecas se siente dominado por el pánico y se imagina a los seres escondidos en las cercanías, dispuestos a saltar sobre él si sale del coche. Llegado a la mesa, maniobra despacio, con los faros encendidos, y desciende por el camino para regresar a Draguignan, con gran alivio por parte de su compañero.

Pero ¿qué había ocurrido con los que ocupaban el otro coche? Georges Macret y Christian Bensa vivieron una aventura bien extraña, en verdad. A un centenar de metros del punto de partida, durante una fracción de segundo «dos piernas rojas» atravesaron el camino en dos zancadas, a unos metros por delante del coche. En el mismo instante, los dos faros se apagaron de pronto, así como las luces del tablero de instrumentos.

Georges Macret tomó un viraje sin ver nada, no estrellándose por pura casualidad. A los pocos instantes, los faros y las luces interiores volvieron a encenderse progresivamente, como bajo la acción de un reóstato. Christian Bensa, completamente aterrorizado, se había refugiado debajo del salpicadero. Ciento cincuenta metros más allá existe una plataforma para aparcar; Georges Macret se detuvo en ella para esperar a Alain Lecas. Al no verlo venir, creyendo que le había ocurrido algo, no tuvo valor para regresar ni para esperarlo. A los pocos segundos, y al borde del pánico, partió en dirección a Draguignan.

Cosa de un kilómetro más adelante volvió a encontrarse con las «dos piernas rojas», que esta vez venían de la derecha y descendían rápidamente por una ladera muy pendiente cubierta de matorrales, en dirección al camino. Esta vez el Fiat pasó antes de que las «piernas» cruzasen el sendero. Sólo las vio Georges Macret, porque Christian Bensa seguía agachado bajo el salpicadero.

Pero no habían terminado los sustos para los pasajeros del Fiat. A mitad de camino entre el Malmont y Draguignan, y sin que Georges Macret hubiese accionado el volante del coche, éste se puso en posición perpendicular a la carretera y luego se colocó de nuevo en posición normal, sin intervención del conductor, como si una fuerza enorme lo hubiese desplazado. Macret iba entre 60 y 70 km por hora en ese momento, siguiendo una recta en la que no había grava. Llegados a Draguignan, esperaron a sus compañeros durante unos veinte minutos. Finalmente llegó Alain Lecas con su pasajero, y los cuatro resolvieron ir a contar su

aventura a un amigo, el cual los vio llegar pálidos como muertos. Gracias a este amigo, monsieur Jean Chasseigne, encuestador de *LDLN*, pudo enterarse de su aventura.

Descripción de los seres

Cuando Alain Lecas dio marcha atrás, la luz blanca posterior del R-8, que sólo se enciende cuando el vehículo pone marcha atrás, le permitió distinguir bastantes detalles de los humanoides. He aquí cómo los describe:

Estatura superior a los 2 m. Llevaban una especie de mono de vuelo rojo, no fosforescente, con una luz ventral roja en su interior. En opinión de Lecas, era esta luz la que daba su tinte rojo al traje. La cabeza estaba cubierta por un casco cuadrado, con una o dos aberturas rectangulares y luminosas al nivel de los ojos. Uno de los seres, en vez de casco, parecía llevar una especie de máscara antigás y algo móvil —acaso un velo— ante la cara.

Su forma de andar era lenta, envarada y algo mecánica. «A sacudidas», observó Lecas.

Jean Chasseigne (cuya investigación se publicó en el número 132 de *LDLN* y también en el número de enero de 1975 de la *FSR*), termina su artículo con esta nota:

«¿Han dicho la verdad los cuatro jóvenes? Comprémos la importancia de la escenificación y el material que hubiera hecho falta emplear. Además, era necesario —condición imprescindible— que los bromistas estuviesen seguros de que sus «víctimas» acudirían. Fue solamente lo que les contó Gabriel Demogue lo que los decidió a subir al Malmont. Demogue, pues, tendría que haber estado también «en el ajo»... Pero junto con su amiguita, se limitó a hacer una observación bastante ordinaria y que parece sincera. ¿Y si se tratase de un «cuento» urdido por los cuatro amigos? Pero entonces, ¿con qué finalidad? Todos sabemos cuál es la reacción de la gente ante estas historias. En tal caso, cada testigo reaccionó de acuerdo con su propia personalidad. Aquella noche todos revelaron su íntimo ser.»

Las comprobaciones ulteriores sobre el terreno no revelaron la presencia de trazas. De ser todo ello una broma, los presuntos bromistas se hubieran apresurado a dejar multitud de «huellas».

Este caso lo recogen también Figuet y Ruchon en su obra.

Mis «humanoides favoritos» son muchos más que éstos. Tendría que citar a algunos de la oleada francesa de 1954: el que abrazó a Antoine Mazaud, el ya citado de Chaubeuil, el de Prémanon, que, pese a haber sido puesto en duda últimamente, constituye una emocionante fábula que podríamos titular «El niño y el humanoide»; y, entre los casos españoles, el de Maxi Iglesias, el camionero; el encuentro con un ser que era como una «rana gigantesca» cerca de San Feliu de Codinas (muy cerca de donde hoy vivo; no de donde entonces vivía), los dos «hombres Michelin» rojos vistos cerca de Jerez por el señor Timermans; la «proyección holográfica» contra la que dispararon sus Cetmes unos soldados que estaban de guardia en el polígono de tiro de Talavera la Real; el caso de Johannes (¡ni que decir tiene!), y los paralelos de Newark Valley (Gary Wilcox) y Socorro (Lonnie Zamora), protagonizados en el mismo día, con pocas horas de diferencia, por la misma nave y los mismos ocupantes, según hice ver al doctor Hynek (él no había caído en la cuenta); y el impresionante «asedio» de Kelly-Hopkinsville, durante el cual la familia Sutton se pasó la noche disparando contra pequeños humanoides flotantes (de nuevo la «antigravedad»). Y el de la Plaine des Cafres (isla de la Réunion), también con «hombrecillos Michelin».

Éstos, y aun algún otro, son los casos que me han acompañado durante mis largos años de investigación. Son mis «duendecillos familiares», mis «personajillos» que comparten mi vida y que quizás, algún día, se decidan a revelarme su secreto. Pero aquí, por falta material de espacio, me resulta imposible relatar nuevamente todos estos casos. He preferido escoger algunos poco conocidos entre los lectores de habla hispana. Los antes citados se encuentran en obras mías, de Michel, Vallée, etc.

A ellas remito al curioso lector.

EPILOGO

«Mucha gente se llevará la gran sorpresa al descubrir que ocurren tales cosas "en el patio de al lado".» Esto me escribía mi querido amigo Ignacio Darnaude, al acusarme recibo de mi libro *Secuestrados por extraterrestres*, que como sabe sin duda el lector, trata de abducciones. Sin embargo, la frase es igualmente válida refiriéndose a este libro sobre encuentros con humanoides.

Cuando me preguntan si «nos invadirán» o «cuándo establecerán contacto», suelo responder que, de hecho, ya nos han «invadido» (de una manera discreta y sigilosa) desde hace años —los casos recopilados en este libro, ínfima parte de los ocurridos, así lo demuestran—, y en cuanto al contacto, lo han establecido ya... con quienes ellos han querido (no, desde luego, con los políticos pomposos y vociferantes, ni con los científicos oficiales, de los que nada aprenderían, y mucho menos con los militares, a los que sólo les interesarían las posibilidades bélicas de su maravillosa tecnología). Y quienes ellos han querido han resultado ser, por lo general, hombres y mujeres sencillos, del montón, *no especializados*.

Una vez quisieron presentar un extraordinario flautista a Plutarco. El autor ilustre de las *Vidas paralelas* se negó a verlo, arguyendo que «si era tan buen flautista, debía de ser muy mal hombre». Claro, hoy no hilamos tan delgado como los antiguos griegos, con su *sofrosine* y su afán humanista, pero... ¡cuánta verdad no encierra esta respuesta plutarquiana! Si hoy volviera a salir Diógenes, con su lin-

terna, en busca de un hombre, quizá tendría que pedir lugar a bordo de un ovni para que sus tripulantes le ayudasen a encontrarlo. Y es posible que lo hiciesen.

Los ufólogos «científicos» (¡qué dos esdrújulos tan malsonantes!) por lo general se limitan a recopilar casos, a hacer listados y catálogos, sin sacar ninguna consecuencia. No la sacan por dos razones: primera y principal, por *miedo*; segunda, por una excesiva asepsia intelectual. En una palabra, no quieren *mojarse*. (Otras veces, empero, no sacan consecuencias por incapacidad absoluta y manifiesta de hacerlo: la ufología es para ellos un juego de fichitas y un ejercicio taxonómico, a lo sumo. Cuando lo que se pretende estudiar son *agnóptenos* y no posibles naves extraterrestres, es natural que así ocurra.)

Pero yo *a)* no tengo miedo y *b)* deseo vivamente sacar conclusiones. Que luego me equivoque o no, esto ya es otro cantar. Pero una vocecita interior —¿llamémosla intuición?— me dice que *no me equivoco*. (Los asépticos que estudian agnóptenos no escuchan jamás esta vocecita.)

Primera conclusión: lo que para entendernos llamamos *ovni* es muy probablemente una *supermáquina* creada por una tecnología superior. En un próximo libro me propongo examinar todo lo que hoy sabemos sobre estas *máquinas del Cosmos*.

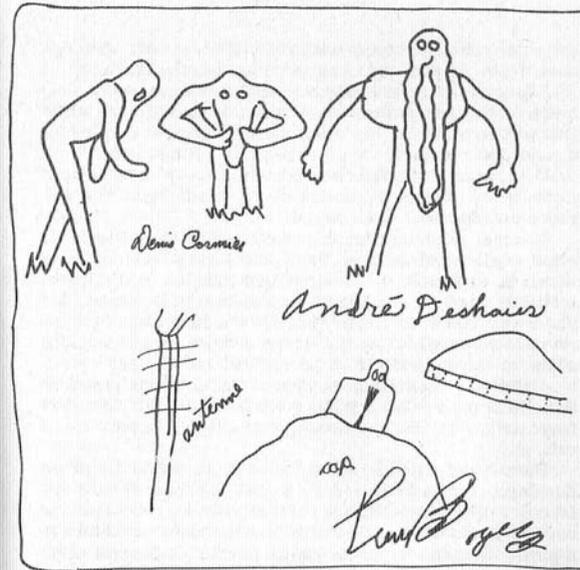
Segunda: estas *supermáquinas* no sólo han vencido el espacio, sino que probablemente han vencido también al tiempo y a lo que nosotros llamamos barreras interdimensionales. Así, no sólo es posible que vengan de fuera de la Tierra, sino también que lo hagan a través de otra dimensión. Las dos teorías principales (la extraterrestre y la pluridimensional) se conjugarían así armónicamente.

Tercera: no creo que se trate de creaciones de la mente. Con creaciones mentales no se impresionan radares ni se dejan huellas de hasta treinta toneladas en el suelo.

Cuarta: estas *supermáquinas* están tripuladas por seres *vivientes* y de aspecto *humanoide*.

Quinta: la diversidad morfológica observada entre los tripulantes (llamados también «ocupantes») parece postular una diversidad de orígenes, aunque en nuestro propio planeta —esto no hay que olvidarlo— coexisten escandinavos blancos y rubios de 2 m de estatura con pigmeos de piel negra que miden 1,20 m, y ambos son *Homo sapiens*.

Sexta: no se descarta que algunos de los ocupantes vis-



Reproducciones de dibujos hechos por los niños, testigos del aterrizaje en Quebec de pilotos de platillos volantes. Estos dibujos han servido para la realización de maquetas de tamaño natural de los pilotos que se han podido ver en el pabellón «El mundo insólito» de Tierra de los Hombres.

tos sean robots: robots «electrónicos» o robots «biológicos», fruto de una ingeniería genética avanzadísima.

Séptima: sobre sus «intenciones» no sabemos prácticamente nada. Sólo podemos especular, de acuerdo con nuestras preferencias. (Como dije ante los Lores, el ovni es un espejo que refleja la cara de quien lo mira.)

Octava: las denominaciones de «buenos» y «malos» aplicadas a los tripulantes de los ovnis, constituyen una evidente antropomorfización moral.

Novena: existe la remota posibilidad de que algunas de estas supermáquinas procedan... del futuro. En este caso serían la «máquina del tiempo» que imaginó H. G. Wells, realizada por nuestros lejanos descendientes. De ser así, los viajes que con ellas efectuarían éstos a su pasado (que sería nuestro presente), acaso fuesen... viajes turísticos. (Más adelante volveré sobre esta posibilidad «turística».)

Y décima: mientras no sepamos más, debemos practicar la política tan británica y tan pragmática del *Wait and See* (esperar y ver). Pero yo creo que el enigma llegará a desvelarse.

Bien: vean ustedes por dónde me ha salido hasta un Decálogo, como a la *Sociedade Brasileira para o Estudo dos Discos Voadores* (SBEDV). Pero el mío no debe tomarse como artículo de fe: constituye diez puntos de meditación, a partir de cada uno de los cuales pueden elaborarse otras hipótesis y barajarse otras posibilidades, casi *ad infinitum*. Insisto en el punto séptimo: ante el ovni todos nos desnudamos. Cada cual ve en él sus esperanzas, sus anhelos, pero también sus frustraciones y sus temores. El meteorólogo trata de explicarlo en términos de meteorología; el físico, en términos de física; la persona de espíritu religioso, viendo en él a Dios o al diablo; el psicólogo lo considera una fabulación de la mente del observador, y así sucesivamente. Cada una de estas personas no describe al ovni: se describe a sí misma. ¡Cuánto *wishful thinking* hay aquí!, señalé también a los Lores. Para añadir: pero el ovni no es más que... un ovni: un «objeto volador no identificado» (cosa que se olvida con demasiada frecuencia). A partir de ahí, una vez «identificado», puede ser el planeta Venus, Júpiter, un pájaro, un avión, un globo sonda, un meteorito, un fragmento de satélite artificial en reentrada atmosférica y... una nave extraterrestre. Y entonces se convierte en un ovi, un objeto volante identificado.

(O un vehículo extraterrestre dirigido [VED], como gusta de decir Rafael Farriols.)

Un par de ufólogos australianos, R. de Lillo y R. H. Marx, han propuesto una ingeniosa (y deliciosa) explicación de las motivaciones que pueden tener los ovninautas en nuestro planeta. Con ella voy a terminar este epílogo. Su artículo apareció en la *FSR* de marzo-abril de 1979. Pero antes diré que mister De Lillo es un físico y mister Marx es escritor profesional. De su colaboración ha salido lo que vamos a ver acto seguido.

Ya al principio mismo de su artículo, estos dos autores se preguntan por los motivos de los ovninautas. ¿Por qué están aquí? ¿Por qué tan a menudo actúan de manera tan trivial, tan falta de sentido? ¿Qué «ser superior» es éste, que se dedica a perseguir automóviles, a asustar a sus conductores, a examinar árboles, a aterrizar en remotos andurriales, a recoger muestras de las plantas más vulgares, a secuestrar perros y terneras, a llenar bandejas con pedruscos y a realizar otras acciones igualmente absurdas y grotescas?

Precisamente esto, unido a la proliferación de avistamientos y de aterrizajes, ha desacreditado la hipótesis extraterrestre entre muchos investigadores de vanguardia, que han buscado «explicaciones» más sofisticadas y sutiles, sobre todo en el terreno de la parapsicología o de la física.

Ahora bien, se preguntan De Lillo y Marx, ¿por qué ellos han de tener un solo motivo? ¿Por qué no cincuenta? En segundo lugar, los investigadores del fenómeno han caído, sin darse cuenta, en un lugar común divulgado por la literatura de ciencia-ficción: el del extraterrestre desprovisto de emociones, frío, cerebral y superracionalista, porque su inteligencia, enormemente superior a la nuestra, así lo exige. Ellos llaman a esto el «síndrome del señor Spock».

Pero si se trata de *hombres* (o al menos de *humanoides*), ¿qué les impide estar también dotados de emociones humanas? Y entre estas emociones estarían la cólera, la alegría, el sentido del humor, «las ganas de jugar» (¿qué hacían si no jugar los humanoides contra los que disparó Inácio de Souza, o los gigantes del Guaporé, o los que asustaron a los dos indios navajos?). Yo también pienso que este aspecto *lúdico* del fenómeno es importante. Explicaría muchas bromas pesadas que, a veces, nos han gastado los ufonautas.

El artículo de los dos investigadores australianos es muy largo y resulta imposible reproducirlo en su totalidad. Pero el meollo de su argumentación está ya expuesto. Y de ello se deduce —siempre según De Lillo y Marx— que, si suponemos una variedad de orígenes y de motivaciones, una de ellas puede ser ...¡el turismo! En efecto: a nuestro mundo llegarían grupos de turistas cósmicos que, como hacen todos los turistas, se llevarían recuerdos de su visita, ya fuesen piedras, plantas o incluso animales. Al lado de esto, podría coexistir un programa de investigación «oficial», organizado por los «gobiernos» de los visitantes.

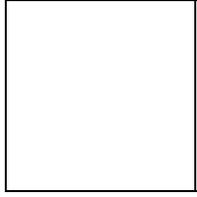
Una teoría tan válida como otra cualquiera... y que tiene la ventaja de explicar más aspectos del fenómeno que otras muchas, que ocultan ciudadosamente aquellas facetas del mismo que no encajan con la teoría preestablecida. No es lícito, en efecto, elaborar una teoría —sea ésta cual sea, aunque no pase de ser una mera hipótesis— para luego tratar de encajar los hechos a ella, escamoteando aquellos que no la corroboran. Por el contrario, hay que ir de los hechos a las hipótesis, para explicarlos, y luego a las teorías generales. Pero sin escamotear ninguno.

Sea como fuere, ellos están aquí, entre nosotros. A estas alturas, su realidad no puede cuestionarse, ni tampoco su existencia. Creo que es conveniente que vayamos aprendiendo a convivir con ella, pues toda la historia humana está ya marcada por el fenómeno ovni y, sobre todo, por sus manifestaciones más dramáticas, como son los encuentros cercanos y las abducciones. Hay que crear un nuevo estado de conciencia: además de aquella *conciencia planetaria*, de ciudadanos de un solo planeta, que postulaba Louis Pauwels, una *conciencia cósmica*, de ciudadanos de una galaxia, que es nuestra gran ciudad de una patria infinitamente más vasta que es el universo. En esta ciudad hay otros barrios, otros habitantes —más afortunados que nosotros, más viejos, más experimentados—, pero que también son *hombres*.

De esta comprobación, de esta aceptación, puede nacer una nueva Historia.

OBRAS CONSULTADAS

- D'Armada, Fina, *Fátima - O que se passou em 1917*, Livraria Bertrand, Amadora, 1980.
- D'Armada y Fernandes, Joaquim, *Intervenção extraterrestre em Fátima*, Livraria Bertrand, Amadora, 1981.
- Ballester Olmos, Vicente-Juan, *Ovnis: El fenómeno aterrizaje*, Plaza & Janés, S. A., Editores, Esplugues de Llobregat, 1978.
- Ballester Olmos, Vicente-Juan, *Aids to the UFO Investigator: a Bibliography*, «The MUFON Journal», Seguin, Texas, número 152, octubre de 1980, pp. 12-14.
- Ballester Olmos, Vicente-Juan y Miguel Guasp, *Los ovnis y la ciencia*, Plaza & Janés, S. A., Editores, Esplugues de Llobregat, 1981.
- Banchs, Roberto E., *Los ovnis y sus ocupantes*, Ediciones Tres Tiempos, S.R.L., Buenos Aires, 1980.
- Carrouges, Michel, *Les Apparitions de Martiens*, Fayard, París, 1963. (Existe traducción española en Pomaire, Barcelona, 1967, bajo el título de *Aparecen los marcianos*.)
- Figuet, Michel y Ruchon, Jean-Louis, *Ovni: Le premier dossier complet des rencontres rapprochées en France*, Éditions Alain Lefeuvre, Niza, 1979.
- Galíndez, Doctor Óscar A., *Los ovnis ante la ciencia*, CADIU, Córdoba, Argentina, 1971.
- Garreau, Charles, *Soucoupes Volantes*, Mame, París, 1971 (*20 ans d'enquêtes*).
- Gösta Rehn, K., *Dossier Ovnis*, Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1978.
- Hynek, Doctor J. Allen, *The UFO Experience*, Abelard-Schuman, Londres, 1972.
- Hynek, Doctor J. Allen, *The Hynek UFO Report*, Sphere Books Ltd., Londres, 1978.
- Lagarde, F., *Mystérieuses Soucoupes Volantes*, Editions Albatros, París, 1973.
- Lorenzen, Coral y Jim, *Flying Saucers Occupans*, A Signet Book, Nueva York, 1967.



Índice onomástico

Las cifras en cursiva remiten a las ilustraciones

- A. S. M.: 132, 133, 134, 135.
Abraham: 44.
Adamski, George: 18, 65, 75, 102, 129, 179. — *51, 59, 63.*
Adell Salutés, Alberto: 50, 64, 75.
Ahlqvist, Bo: 58.
Aigure, Jan d': 24.
Aigure, Josiane d': 24.
Alemany, familia: 126.
Alemany, Jaime: 127.
Aliranta: 192, 193.
Almeida Garret: 45.
Altagracia Castillo, Francisco Antonio: 117, 118.
Altagracia Castillo, Julia: 117, 118.
Alvaizere, barón de: 48.
Ameil: 182.
Ana, doña: 110.
Anazia María: 175, 176.
Ares de Blas, Félix: 34.
Arévalo, Wilfredo H.: 79, 80, 83. — 76.
Armada, Fina d': 37, 38, 43.
Arnold, Kenneth: 24, 83, 138.
Atienza, Juan G.: 180.
Augusto, Octavio: 13.
Azcu, Eduardo A.: 76.
- Balzac, Honoré de: 68.
Ballester Olmos, Vicente-Juan: 9, 17, 25, 46, 68, 83, 84. — 69.
Banchs, Roberto E.: 167.
Barnes, Rita: 162.
Barnet, Philip: 25, 27.
Barreiro, Néstor: 170.
Begay, Willie: 158, 159, 160, 162, 163.
- Belluzzo, Giuseppe: 80.
Benítez, Juan José: 176.
Bensa, Christian: 201, 202, 204, 205.
Berenguel, Raúl: 41.
Bloecher, Ted: 83.
Bourriot, Marie-Louise: 98, 99. — 103.
Bowen, Charles: 147.
Braun, Wernher von: 33.
Brecht, Bertolt: 68.
Bühler, Walter: 141, 142.
- Cantril, Hadley: 33.
Capek, Karel: 32.
Carrouges, Michel: 75.
Carter, John: 33.
Castillo, María Luisa: 117, 118.
Castro, William: 198.
Catani, mayor: 168.
Cerny, Paul: 154, 155.
Cintra, María José: 175.
Clancarty, Brinsley Le Poer Trech, lord: 142.
Claude M.: 182.
Conde de Puig, Cecilia: 113.
Cortés, Carlos: 198.
Cortés, Iris: 198.
Cortés, Luis: 198.
Cramp, Leonard: 63.
Creighton, Gordon W.: 162, 176.
Crous, Francesc: 113.
Cruz Ramos, familia: 107.
Cruz Rodríguez, familia: 107, 112, 114.
Cruz Rodríguez, José Celso: 107, 108, 110, 111, 112.

Cruz Rodríguez, Vivian: 107, 108, 110, 111, 112, 113.
Custer, George Armstrong: 158.
Cyrano de Bergerac, Savinien de: 34.

Charpentier, Louis: 180.
Chasseigne, Jean: 206.
Christiansen, teniente: 80.

Darbishire, Stephen: 63.
Darnaude, Ignacio: 209.
Delgado del Bo, familia: 107.
Delpench, Anne-Marie: 182, 183, 184, 185.
Delpeuch, François: 182, 183, 184, 185.
Delval, Pierre: 92, 95, — 93.
Demogue, Gabriel: 201, 206.
Descartes, René: 89.
Dewilde, Marius: 90, 91, 92, 94, 95, 96, 97, 98, — 87, 93.
Diógenes: 209.
Douglas (camionero): 175.

Ezequiel: 114.

Faber Kaiser, A.: 77, 81.
Fangio, Claro: 43.
Farríols, Rafael: 213.
Fidias: 178.
Figuat, Michel: 28, 84, 98, 99, 207.
Flatter, Gary: 193.
Flores, soldado: 167, 168.
Fonseca y Jiménez, L. G. da: 41, 42, 44, 45, 48.
Formigão, José: 37, — 43.
Fort, Charles: 28.
Fouéré, Francine: 101.
Fouéré, René: 101, 105, 136, 138, 141, 142, 185.
Frank: 25, 26, 27, — 29.
Fredrikson, Sven-Olof: 49, 50, 52, 56, 57, 58, 64.
Freixedo, Salvador: 88, 129, 130.

Galeen, Henrik: 32.
Galíndez, Oscar A.: 173, 174, 175.
Garreau, Charles: 86.
Gernsbachk, Hugo: 34.
Gómez Contreras, Virgilio: 119, 120, 122, 123, 124, 125, 126, 127, — 121.

Gómez Mejía, Carmen de: 118.
Gómez Morales, Desirée: 122.
Gómez Morales, Jeannette: 122.

Gómez Morales, Virgilio: 122.
Gomide, Aracy: 138, 139.
González, Daniela: 198.
González, Josefina: 198.
González, Marvel: 198.
Goode, Robert: 166.
Gösta, Rehn K.: 192.
Goupil, Jean: 170, 185, — 115.
Greenshaw, sheriff: 188.
Guasp, Miguel: 46, 83.
Guiou: 85.
Gustafsson: 175, 176.

Hamilton, Alexander: 24.
Hammon, Bob: 160.
Hammon, Willard: 159, 160.
Harder, James: 154.
Harper, Tom: 160.
Heinonen, Aarno: 49, 50, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 60, 64, 65, 66, 113, — 51.
Heinonen, Jorma: 58, 60.
Hernández, soldado: 167, 168.
Herwagen, Herr Gustav: 31.
Higgins, José C.: 71, 74, — 73.
Hill, matrimonio: 188.
Hitler, Adolf: 82.
Hynek, J. Allen: 15, 16, 28, 84, 95, 207.

Ibáñez, Federico: 46.
Iglesias, Maxi: 207.

Jesucristo: 44.
Johannis, pintor: 71, 75, 207, — 69, 73.
Jorge, Mirtha: 117, 118.
Juan, san: 13.
Juan Arbó, Sebastián: 180.
Jules B.: 30.
Julio F.: 70, 106, 107, 114, 132, 175.

Kafka, Franz: 68.
Kajanoja, doctor Pauli: 56.
Karloff, Boris: 33.
Kawecki, Henry C.: 155.
Keel, John: 19, 24, 30, 189.
Kevickzky, Colman von: 129.
Keyhoe, Donald E.: 147, 148.
Keyhoe, mayor: 19, 192.
Kiehl, William J.: 31.
Koch, Howard: 33.
Kontulainen, Matti: 58.

Lagarde, Fernand: 83.
Lang, Fritz: 32, 33.

Leboeuf madame: 148.
Lecas, Alain: 201, 202, 204, 205, 206, — 199.
Liljegren, Anders: 58, 60, 64.
Lillo, R. de: 213, 214.
Linke, Oskar: 41, 70, 89.
Lithbridge o Lethbridge: 28.
Livio, Tito: 13.
Lore, Gordon I. R. (Junior): 147.
Lorenzen, Coral: 147, 148, 154.
Lorenzen, esposos: 192.
Loznaya, E. E.: 190.
Lucas, san: 13.
Luciano de Samosata: 34.
Lugo, Betsaide: 198.
Lugo, Minerva: 198.

Macret, Georges: 201, 202, 204, 205.

Machado Carrión, Felipe: 101, 138, 141, 142.
Mann, Claude: 162.
Marcos, san: 13.
Maria, Virgen: 38, 40, 41, 42, 44, — 39, 43, 47, 59.

Mariner, Allen S.: 157, 164.
Marques Ferreira, Manuel: 44.
Martin, John: 24.
Martin, Jorge J.: 107, 108, 114, 116, 194, 197.

Martins, João: 71.
Martos, Francisco: 40, — 39.
Martos, Jacinta: 40, — 39.
Marx, R. H.: 213, 214.

Mascaró Pasarius, José: 34.
Masse, Maurice: 113, 185, 188.
Mateo, san: 13.
Máximo Premoli, Luis: 170.
Mazaut, Antoine: 207.

McCoy, William E.: 166.
Medina de León, Mercedes: 198.
Méheust, Bertrand: 33.
Méliers, Georges: 33.
Mellersh, H. E. L.: 9.

Mena Lugo, Ivi: 198.
Menéndez, cabo: 167, 168, 170.
Mesnard, Joël: 180, 182, 184.
Michel, Aimé: 16, 75, 89, 98, 99, 100, 114, 131, 132, 143, 148, 180, 185, 207.

Micheline G.: 84, 85, 86, 88.
Miethé, Richard: 80, — 77.
Miller, Freddy: 117, 118, 119, 120, 122, 123, 124, 125, 126, — 121.

Misraki, Paul Thomas: 38, 44, 48.
Mister S. o Donald S.: 149, 150, 151, 152, 154, 155, 156, 157, 163.
«Mister X»: 162, 163.
Molière, Jean-Baptiste Poquelin, llamado: 34.

Montelo, vizconde de: véase Formigão, José.
Moody, Charles L.: 65.
Morales, Parmenia: 122.
Morel, Priamo: 121.
Myers, Adrian: 63.

Oberth, Hermann: 33.
Olavo Fontes, doctor: 132.
Olmos Ordóñez, Adrián de: 194, 196, 197, 198, 200.
Olmos Padín, Irasema de: 194, 197.
Olmos Padín, Rafael Edgardo de: 200.
Orlando, Carlos: 83.
Otero, Julia: 117.

Patsy: véase Pretzel, María Elodia.
Pauwels, Louis: 33, 214.
Pavy, Claude: 180, 182, 184, — 186.

Pereira, Jader U.: 20, 101, — 137.
Pérez Álvarez, Maite: 106.
Pericles: 178.
Plantier, René: 42.
Platón: 178.

Plutarco: 209.
Praxiteles: 178.
Prestes Filho, João: 136, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 146, 147, — 137.

Prestes Filho, María: 139.
Pretzel, Elodia: 170.
Pretzel, María Elodia: 170, 171, 172, 173, 174, 175, — 169.

Pretzel, Pedro Jacobo: 70, 172, 174, 175.
Proust, Marcel: 68.
Proust, M. (fotógrafo): 93.
Puig, señora: 163.
Pulvin, M.: 182.

Quinn, Elaine: 162.
Quiroz, Manolo: 117, 118, 119.

Rains, Claude: 86.
Ramos, Johnny: 198.
Randles, Jenny: 25, 27.
Renard, Maurice: 32.
Rey Brez, Oscar: 70.
Ribalta Puig, Pere: 61.
Ribera, Montserrat: 178.
Ricks, C. Reed: 158, 159, 163.
Ripert, Otto: 32.

Rivera, Luciano: 107, 111, 112, 114.
— 115.
Robiou Lamarche, Sebastián: 116,
117, 118, 119, 120, 123, 124, 125,
126, 194, 196, 198, 200.
Roca Muntañola, Julio: 163.
Rodríguez, alias *Timba*, José:
111.
Rodríguez, Ramonita: 111.
Rubtsov, Vladimir: 189, 190, 194.
Ruchon, Jean-Louis: 28, 84, 98, 99,
207.
Rydberg: 175, 176.

Sánchez Dragó, Fernando: 180.
Sanderson, Ivan: 116.
Santos, Arturo d'Oliveira: 44.
Santos, Lúcia de Jesús dos: 40,
41, 42, 44, — 39, 43.
Santos, Salvador dos: 138, 139.
Saunders: 17.
Schirmer, Herb: 165, 166. — 161.
Schriever: 76.
Serrate, Pedro: 78, 79, 80. — 73.
Silveira, Irineu José da: 138.
Simonton, Joe: 175.
Siragusa, Eugenio: 18, 129, 179.
Sneck: 192.
Snow, Rex: 188, 189. — 191.
Souza, Inácio de: 132, 133, 134,
135, 136, 147, 213. — 137.
Souza, Maria de: 132, 133, 134,
135, 136.
Sprinkle, Leo: 66.
Steiger, Brad: 129, 130, 176.
Suetonio, Cayo: 13.
Sutton, familia: 174. — 115.
Swift, Jonathan: 34.

Tácito, Publio Cornelio: 13.
Tagore, Rabindranath: 131.

Talamonti, Leo: 127.
Teixeira, Francisco de Assis: 78.
Thedim, J.: 39.
Thirouin, Marc: 92, 94.
Tim T.: 154.
Timermans: 207.
Tono, Antonio de Lara Gavilán,
llamado: 12.
Tossie, Guy: 158, 159, 160, 163.
Trujillo, Rafael Leónidas: 119.
Tyrode, M.: 98, 99, 100.

Vaggione, Hugo: 172, 174, 175.
Vallée, Jacques: 16, 17, 19, 24, 28,
31, 32, 75, 84, 89, 180, 207.
Verne, Julio: 24, 33. — 29.
Versins, Pierre: 33.
Vesco, Renato: 80.
Viljo, Esko: 49, 50, 52, 53, 54, 56,
57, 58, 60, 64, 65. — 51.
Villas Boas, Antonio: 114.
Vincent A.: 154, 155.
Vinci, Leonardo da: 178.

Webb, David: 188, 189, 193,
191.
Webb, Walter N.: 157.
Wegener, Paul: 32.
Welles, Orson: 33.
Wells, H. G.: 33, 86, 212.
Whittemour, Joan: 129.
Wiesenthal, Mauricio: 203.
Wilcox, Gary: 18, 61, 207.
Wolf, Norman S.: 156.

Zamora, Lonnie: 207.
Zanfretta, Fortunato: 20, 88, 89.
Zuccalà, Mario: 70.

Índice toponímico

Las cifras en cursiva remiten a las ilustraciones

- África: 83.
Alamogordo (Nuevo México): 65.
Alayor (Baleares): 35.
Alcázar de San Juan (España): 68.
Aldershot (Inglaterra): 23.
Alemania: 31.
Alpes de Alta Provenza: 143, 146.
Allenze (Francia): 180.
Allenzet (Francia): 180.
América: 19, 83.
América del Sur: 82.
Antinhaara: 62.
Anzin (Francia): 92.
Araçariquama (São Paulo-Brasil): 138, 140. — 137.
Aragón: 146.
Arc-sous-Cicon: 203.
Argelia: 144, 145.
Argentina: 79, 170, 173, 176.
Ashland (Nebraska-EE. UU.): 165. — 161.
Aveley (Inglaterra): 114.

Baía dos Patos (Brasil): 78.
Baleares (España): 35.
Barcelona: 179.
Baurú (São Paulo-Brasil): 71, 74. — 73.
Bermudas, Triángulo de las: 117.
Boca Chica (Santo Domingo): 117, 118.
Bohain (Francia): 95.
Bolivia: 83.
Bournbrook (Inglaterra): 25.
Bournville (Inglaterra): 25.
Brasil: 71, 75, 102, 129, 132, 135, 141.
Brasilia: 135.
Breslau (Alemania): 80, 82. — 76.
Brovst (Dinamarca): 85.
Buenos Aires (Argentina): 167, 170.

Caerphilly (País de Gales): 28.
California: 75.
Campo de Mourão (Brasil): 71.
Canjuers (Francia): 201.
Cantal (Francia): 180.
Cardiff (País de Gales): 28.
Caribe: 117, 119.
Carnia (Italia): 73.
Carora (Venezuela): 175, 176.
Cayey (Puerto Rico): 116.
Cidra (Puerto Rico): 116.
Círculo Polar Ártico: 83.
Cisco Grove (Truckee-EE. UU.): 147, 149, 156, 157. — 153.
Cistella (Gerona-España): 113.
Coimbra (Portugal): 45, 46.
Colorado (EE. UU.): 156.
Coniston (Inglaterra): 63.
Córdoba (Argentina): 170.
Cours-les-Barres (Francia): 84.
Cova da Iria: 40, 44, 45, 48.
Crixás: 132, 133.
Cussac (Francia): 30, 114, 180, 185, 188, 189. — 186.

Chabenil: 90, 148, 207.
Chaudron: 99.
Cher (Bord-le-Loire): 84.

Damon (Texas-EE. UU.): 166.
Denison: 24.

Draguignan (Francia): 188, 201, 205. — 195.
España: 17, 45, 67, 83, 116, 180.
Estados Unidos de América: 83, 95, 149, 177, 188, 192.
Estocolmo (Suecia): 114.
Estonia: 83.
Europa: 61, 132.
Everest: 165.
Extremo Oriente: 83.
Falkville (Alabama-Estados Unidos): 188.
Fátima (Portugal): 37, 38, 40, 41, 44, 45, 46, 48, 49, 58, 61, 62, 65, 92, 180. — 39, 43, 59.
Finlandia: 50, 52, 64, 66.
Flatwoods (Inglaterra): 89.
Fourchambault (Nièvre - Francia): 84, 86.
Frametown (Virginia Occidental): 89.
Francia: 16, 33, 83, 89, 148, 180.
Gaillac (Francia): 41.
Garabandal (España): 49.
Génova (Italia): 114.
Georgian Bay (Canadá): 31.
Givry (Francia): 84, 85.
Goffstown (New Hampshire): 188. — 191.
Goiânia (Brasil): 135.
Goiás, estado de: 132, 133, 135.
Goio-Bang (Brasil): 71.
Gotenburgo (Suecia): 49, 58.
Gran Bretaña: 27, 80, 83, 106, 142.
Gran Canaria (España): 116.
Grecia: 178.
Guadalajara (España): 70. — 69.
Guaporé: 67, 75, 78, 79, 213. — 69, 73.
Guarajá-Mirim (Guaporé-Brasil): 79.
Guyana: 83.
Hamburgo (Alemania): 31.
Hartford City (Indiana-EE. UU.): 193. — 197.
Heinola (Finlandia): 49, 52, 56, 57, 64.
Helsinki: 52.
Hollywood (EE. UU.): 32.
Idaho: 158.
Imjärvi (Finlandia): 49, 50, 52, 58, 60, 64, 65, 113, 159, 193. — 51, 55, 59.
Invercargill (Nueva Zelanda): 31.
Itaipú, fuerte (Brasil): 129.
Italia: 45, 83, 178.
Jaala (Finlandia): 60.
Jaca (España): 34.
Jacui (Brasil): 101.
Jerez de la Frontera (España): 207.
Junin: 170.
Kazajstán (Rusia): 190.
Kelly-Hopkinville (EE. UU.): 114, 170, 174, 177, 179, 207. — 115, 181.
Kiel (Alemania): 82.
Kislovodsk (Rusia): 190.
La Celle-sous-Gouzon (Francia): 30.
La Codosera (España): 49.
Lagõa dos Patos (Brasil): 101.
Lagõa Negra (Brasil): 101, 132. — 103.
Lathis (Finlandia): 57.
La Plata (Argentina): 170.
La Salette (Francia): 180.
La Salette (Francia): 49.
Las Rosas (España): 116.
Leiria (Portugal): 38, 44, 45.
Lérida: véase Lleida.
Le Vézenay (Francia): 97, 98, 99.
Lille (Francia): 95.
Lisboa: 84, 86.
Loira: 84, 86.
L'Olivo, campo de: 113, 188.
Lourdes (Francia): 49.
Luquillo (Puerto Rico): 112.
Llanca (Argentina): 188.
Lleida: 146.
Malbuisson: 98. — 103.
Malmont: 201, 202, 205, 206.
Mallorca (España): 126.
Manaly, finca de: 30.
Mancha, La (España): 67, 68. — 69.
Martinica: 127.
McClelland (base aérea): 155.
México: 83.
Milwaukee, fosa (Puerto Rico): 122, 124, 125, 126.

Millevaches (Francia): 90.
Monegrillos (Zaragoza-España): 146.
Monegros (Zaragoza - España): 145, 146.
Monte Maíz (Argentina): 175, 176.
Montperreux (Francia): 98, 99.
Morro do Vintem (Brasil): 129.
Mount Pelée (Martinica): 127.
New Hampshire: 188.
Newark Valley: 207.
Niteroi (Brasil): 129.
Nueva Jersey (EE. UU.): 116, 117.
Nueva Zelanda: 31.
Ohio, valle del Río (EE. UU.): 189.
Oktyabrskiy (Rusia): 190.
Olavarría (Argentina): 61, 113, 166, 167, 170. — 161.
Oloron (Francia): 41.
Oporto (Portugal): 42, 45.
Pavodlar (Rusia): 190.
Pais de Gales: 27, 28.
Palatinado bávaro: 80.
Palenque (Santo Domingo): 120.
Palmar de Troya (España): 49.
Pampa (Argentina): 82.
Paraná (Brasil): 71.
París (Francia): 101.
Pascagoula (EE. UU.): 188.
Patagonia (Argentina): 79, 82.
Pedras Negras (Brasil): 78, 79.
Peenemunde (Alemania): 80.
Petare (Venezuela): 175, 176.
Pilar de Goiás: 132.
Pirineos: 41.
Pitanga (Brasil): 71.
Plaine des Cafres (Isla de la Reunión): 207.
Poncey: 89.
Porto Alegre (Brasil): 100.
Portugal: 40, 45, 83.
Prémanon: 89, 148, 207.
Puerto Rico: 107, 114, 116, 200. — 115, 191.
Puskin (Rusia): 70.
Quarouble (Francia): 90, 92, 95.
Quebec (Canadá): 211.
Quebradillas (Puerto Rico): 194.
Quero (Toledo-España): 68.
Quintanar de la Orden (España): 68.
República Dominicana: 125.
Rigby: 162.
Río Grande do Sul (Brasil): 100, 101.
Río Piedras (Puerto Rico): 107, 117, 179. — 109, 115.
Riom-Clermont: 182.
Ririe (Idaho): 158, 162, 163. — 153.
Roma: 13.
Rusia: 70, 189, 197.
Sacramento (San Francisco-Estados Unidos): 154, 155.
Saint Flour (Francia): 180, 182.
Saint Point, lago (Doubs-Francia): 100.
Salta (Argentina): 174.
San Cristóbal (Santo Domingo): 119, 120.
San Francisco (EE. UU.): 154.
San Rafael (Francia): 201.
Sant Feliu de Codinas (Barcelona-España): 207. — 203.
Sant Martí de Tous (Barcelona): 176.
Santa Cruz (Patagonia-Argentina): 79.
Santa Maria (Goiás): 133.
Santa Maria de l'Estany (Barcelona-España): 178, 179. — 181.
Santana de Parnaíba (Brasil): 140.
Santo Domingo (República Dominicana): 117, 118, 119, 122, 125.
São Paulo (Brasil): 70, 134, 138.
São Roque (Brasil): 138, 141.
Snake River (EE. UU.): 162.
Socorro: 207.
Södertälje: 58.
Sóller (Mallorca): 126.
Soria (España): 70, 106.
Source Bieue, La (Francia): 99.
Sudáfrica: 176.
Suecia: 192.
Sutton (Inglaterra): 20, 89.
Talavera la Real (España): 19, 207.
Tapalqué: 167.
Tarragona (España): 164.
Ternes (Francia): 180.
Tieté, río: 138, 139.
Tivissa (Tarragona): 164.
Toledo (España): 67, 68.
Truckee: 149.
Turena (Francia): 96.
Turis (Valencia): 46.

Ubatuba: 138.

Valence (Francia): 92.
Valencia (España): 17, 83.
Valensole: 13, 28, 41, 185.
Valinhos, los: 44.
Venezuela: 175, 176.
Viamão, comuna de: 101.
Vila Nova de Ourem (Portugal):
44.
Villa Carlos Paz (Argentina): 61,
113, 170, 172, 173, 179. — 169.

Villa Santina (Carnia): 71. — 69.
Villares de Saz (Cuenca-España):

147.
Virginia occidental (EE. UU.):
30.
Voikoski (Finlandia): 60.

West Midlans (Inglaterra): 25.

Zaragoza: 146.